

«Carlsson pertenece a ese grupo de escritores con talento que quieren ofrecer algo más que suspense»



CHRISTOFFER CARLSSON

EL AGENTE CAÍDO

Lectulandia

En un oscuro callejón de Estocolmo aparece muerto el cuerpo de Thomas Heber, un profesor universitario. Le asignan el caso a Leo Junker y a su antiguo rival, Gabriel Birck. Leo, que sigue sin atravesar uno de sus mejores momentos, acaba de volver a la unidad de homicidios tras una larga ausencia. Aún abusa de los fármacos para luchar contra sus viejos demonios del pasado, pero trata de aparentar total normalidad para acometer su trabajo.

Junker y Birck apenas tienen pistas para investigar, solo unas notas misteriosas del difunto que indican que hay más personas en peligro, pero ¿quiénes? ¿Qué delicada información poseía Heber? Cuando sus investigaciones apuntan a grupos marginales de extrema violencia, súbitamente son apartados del caso para dárselo a otra unidad. Leo se da cuenta de que no están ni ante un delito común ni ante un crimen aislado.

El agente caído es una novela de amistades y traiciones, fidelidades y doble lealtades. Christoffer Carlsson, uno de los más destacados escritores actuales de la novela negra escandinava, como ya hizo en *El hombre invisible de Salem*, a través de la atormentada vida de Leo Junker nos introduce en una Suecia alejada de la imagen acuñada de estado de bienestar que todos tenemos. Nos sumerge en los fríos y sombríos bajos fondos de Estocolmo, esos de los que nunca se habla, un sórdido ambiente en el que prima la violencia y la obediencia ciega es la ley.

Lectulandia

Christoffer Carlsson

El agente caído

Leo Junker - 2

ePub r1.0

Karras 29.12.2018

Título original: *Den Fallande Detektiven*

Christoffer Carlsson, 2014

Traducción: Carmen Montes Cano

Editor digital: Karras

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

I. Who comes around on a special night?

12/12

13/12

II. A town full of heroes and villains

14/12

15/12

16/12

III. Like a ghost

17/12

18/12

20/12

21/12

IV. Some day soon we all will be together

22/12

23/12

24/12

Agradecimientos

Sobre el autor

*Para Mela,
siempre*

WILLARD: Me dijeron que se había vuelto loco, y que sus métodos eran anormales.

KURTZ: ¿Y son anormales?

WILLARD: Es que no veo ningún método, señor.

Apocalypse Now

Fue aquel invierno en que la tormenta arrasaba.

Murió un investigador universitario, había un dictáfono que iba de mano en mano por Estocolmo y, llegara adonde llegara, siempre parecía causar problemas. Una manifestación degeneró y dos que en su día fueron amigos se vieron en los balancines en los que solían jugar de niños.

En el fondo del lago Mälaren había un teléfono móvil que no tenía la menor importancia para lo que estaba ocurriendo, salvo que fue el culpable quien lo arrojó al agua. En una cama de hospital yacía un hombre moribundo, y sus últimas palabras fueron *Denzasuega* y *Dese*. A saber qué significaban. Solo se aclararía cuando fuera demasiado tarde. Y todo el tiempo se oía el tictac del reloj que avanzaba hacia el punto cero, el 21 de diciembre.

Fue una historia extraña y complicada, como todo el mundo convino después. Pero ¿de verdad lo fue? Tal vez se tratara de una historia muy sencilla, en realidad; incluso banal, porque todo esto ocurrió el mismo invierno en que un hombre traicionó a otro y, seguramente, ese fue el principio del fin.

La cosa ocurrió, por lo que yo sé, más o menos de la siguiente manera.

I

WHO COMES AROUND
ON A SPECIAL NIGHT?

Solo una cosa es segura: la ciudad está asustada. Ahora ha enseñado su verdadera cara, estoy convencido. Se le oye en el pulso si te acercas lo bastante y te atreves a pegar la oreja, si de verdad escuchas el tictac. Tensa y nerviosa, así está; impredecible. Una bombilla que ha empezado a parpadear a punto de apagarse para siempre, pero nadie se fija en ello. Nadie lo ve.

Sin embargo, sí que toca la campana solitaria de una iglesia. Es medianoche, y la nieve cae liviana y lenta. Las farolas frías arrancan destellos plateados a los copos, que se vuelven transparentes. De un pub de la zona se oye el retumbar de un bajo, alguien que canta *oh, I wish it could be Christmas every day*, y los frenos de un coche chirrían unos metros más allá. El conductor se emplea a fondo con el claxon.

Y en la distancia: sirenas. Es una de esas noches.

Uno de los callejones que arrancan de la calle de Döbelnsgatan es corto y estrecho. Si estiras los brazos, casi puedes tocar los ladrillos raídos de uno y otro lado, así de estrecho es. Y oscuro. Las fachadas se yerguen altas en el centro de la ciudad, y ha pasado mucho tiempo desde la última vez que el sol bañó el asfalto desgastado.

Ese callejón desemboca en un patio interior no muy pequeño. A lo largo de las paredes hay hileras de contenedores de plástico verde llenos de basura. Los cubre una fina capa de nieve. Al levantar la vista, se distingue un trozo de cielo allá arriba, enmarcado por las fachadas de los edificios.

Una mujer con un mono azul claro levanta una lona grande de color blanco que cubre una parte del patio. Bajo la lona hay un hombre tumbado boca arriba. Lleva un grueso abrigo desabrochado, una bufanda de lana, unos vaqueros gris oscuro y unas botas negras. Cuatro focos muy potentes lo iluminan entero. A su lado se ve una mochila de la marca Fjällräven bastante gastada, está abierta. Por la abertura asoman las pertenencias: un libro, un tarjetero, un par de calcetines gruesos, un llavero, algo de dinero. El hombre llevaba guantes, pero se los ha quitado. Asoman por los bolsillos del abrigo.

Andará entre los treinta y los cuarenta años, tiene el pelo oscuro, corto y bien peinado, barba de varios días y la cara angulosa. Tiene los ojos cerrados, así que no se le ve el color, y quizá sea lo mejor, por el momento.

Espero a unos metros de la lona con las manos en los bolsillos del abrigo y dando zapatazos en el suelo, como si estuviera impaciente. Lo que pasa en realidad es que tengo frío. En lo alto, en una de las ventanas que dan al patio, se ve brillar una estrella de Navidad de color rojo. Es tan grande como el neumático de un coche y detrás se atisba una cara. Un niño.

—¿Lleva ahí mucho rato?

La mujer del mono azul, Victoria Mauritzon, que está en cuclillas, a punto de abrir el maletín, se da la vuelta.

—¿Quién?

Como no quiero que se me enfríen las manos, señalo hacia la ventana con la cabeza, sin sacarlas de los bolsillos.

—El niño.

Mauritzon sigue la trayectoria de mi mirada.

—Ah. —Entorna los ojos por el resplandor de la nieve—. No lo sé.

Mauritzon vuelve al trabajo. Levanta una cámara, ajusta algo en el cuadro y hace sesenta y ocho fotografías del muerto y del mundo que lo rodea.

Las luces azules recorren mudas las fachadas, y a lo lejos aletean las cintas policiales de color blanco y azul. Unos transeúntes se han detenido y lo observan todo con la esperanza de ver algo. De vez en cuando centellea el flash de un teléfono móvil.

Mauritzon ha dejado la cámara en el maletín y, con mucho cuidado, le introduce en el oído un termómetro digital.

—Es bastante reciente —dice.

—¿Cuánto?

—Una hora, puede que ni eso. Estoy menos segura de lo normal. Este método solo ofrece una apreciación general, pero no he podido traerme el otro.

—¿Cómo murió?

—Ni idea. —Saca el termómetro, lo lee y anota algo en el impreso—. Pero está muerto, desde luego.

Entro con cuidado bajo el techo de lona y me agacho al lado de la mochila. Mauritzon me da un par de guantes de látex y, muy a mi pesar, saco las manos de los bolsillos. Con los guantes parece que tenga la piel más pálida y los dedos más huesudos todavía.

Empiezo a sentir cierto mareo y me sube por la espalda un calor que se convierte en un sudor frío. Espero que Mauritzon no se dé cuenta.

—Parece una persona decente —dice con la mirada puesta en el muerto—. No exactamente el tipo de persona que uno espera encontrarse muerta en un patio interior.

—Puede que hubiera quedado con alguien.

Saco el tarjetero. Es negro, y de piel. De los bolsillos sobresalen varias tarjetas, una de crédito, una de identidad, una especie de pase de color blanco, con un

rebuscado emblema de color azul y la leyenda «Universidad de Estocolmo» en el mismo color. Saco la identificación y trago saliva un par de veces para controlar las náuseas.

—Thomas Markus Heber. —Comparo la foto con la cara del muerto—. Parece que es él. Nacido en el 78.

Tomo nota del número personal con la sensación de estar robándole algo, antes de devolver el documento al tarjetero, y me vuelvo hacia el resto de los objetos que se han salido de la mochila. El llavero no desvela nada, salvo que el muerto no tenía coche. Tres llaves: una, la de su casa; otra que no conseguimos identificar de antemano pero que, seguramente, es la del trabajo, y la de una bicicleta. Los calcetines son gruesos y están secos, aunque se ven usados. El olor recuerda al que notamos al meter la nariz en un zapato.

El libro, *The Chalk Circle Man*, es de Fred Vargas. La portada está un tanto desgastada y hacia la mitad del libro hay una esquina doblada. Abro por la página en cuestión y poso la mirada en el primer renglón.

Can't think of anything to think.

Sopeso el significado de la frase antes de cerrar el libro, lo devuelvo a su lugar y me levanto. Es mi duodécimo día después de la vuelta al trabajo, el segundo de guardia nocturna.

La cuestión es qué coño hago aquí.

La sección de Delitos Violentos responsable de la zona centro y de Norrmalm es la que, según los policías, se conoce como el «Nido de Víboras». Gente colocada de cualquier cosa que da puñetazos, patadas y navajazos, que se pegan tiros, drogadictos y traficantes que aparecen con un agujero en la nuca en algún sótano, mujeres que matan a palos a hombres y hombres que matan a palos a mujeres, armas y partidas de droga que cambian de propietario, tumultos, manifestaciones, viajes de locos y vehículos incendiados. Ese es el Nido de Víboras. Y ahora esto, un hombre bien vestido y de mediana edad que muere en un patio trasero. Nadie está a salvo.

En teoría me tuvieron fuera de combate hasta final de año. Antes de esa fecha era impensable que me restituyeran en el servicio activo. Sobre todo después de lo que ocurrió a finales de verano. Puede que fuera una conversación con el psicólogo lo que cambió esa circunstancia.

El psicólogo era de los que valoran a sus clientes por el dinero, y yo había dejado de ser una inversión lucrativa. Nuestras larguísimas sesiones consistían en que unas veces rompía a llorar, otras me quedaba callado fumando, a pesar de que no estaba permitido. El psicólogo parecía aburrido, más que nada, se miraba la cara bronceada en el espejo que había a mi espalda y se pasaba la mano por el pelo, peinado a la perfección.

—¿Cómo te va con el Sobril? —preguntó.

—Bien. Trato de reducirlo.

Una chispa le asomó a los ojos.

—Bien, Leo. —Anotó algo en el cuaderno—. Bien, eso está bien. Es un gran paso.

Poco después el psicólogo consideró que ya no necesitaba su ayuda, así que, unos días más tarde, me sometieron a una revisión médica de una sencillez ridícula, y el que me examinó no vio ningún motivo que me impidiera volver a servir a la justicia.

Puede que se debiera a que no dije ni una palabra sobre las pesadillas ni las alucinaciones esporádicas. Tampoco dije nada de esos impulsos tan raros que me daban a veces de querer estrellar un vaso contra la pared, de romper una silla, de atizarle a alguien un puñetazo en la cara. Por alguna razón, tampoco me lo preguntaron, y, si lo hubieran hecho, no habría dicho la verdad. Si algo he aprendido es que, en el seno de la Policía, no es difícil librarse mintiendo.

La unidad de Asuntos Internos quedaba descartada, teniendo en cuenta lo ocurrido, pero al menos deberían haberme permitido empezar en un puesto administrativo en algún sitio, quizá en Robos o en Delitos Sexuales. En cualquier

sitio en el rincón más recóndito y polvoriento de la burocracia en el que no pudiera hacer ningún daño digno de mención.

Pero no.

Me tuvieron que mandar otra vez al Nido de Víboras en el que me instruyó Levin en su día. La Dirección Nacional de la Policía ha inundado el distrito de recursos, y puede que sea esa la razón por la que estoy aquí. Aumentar los recursos no ayuda mucho que digamos, por lo que yo sé. El desenfreno de la gran ciudad puede volver loca a la gente, dicen, y quienes más locos se vuelven son aquellos que se encuentran en la fuente del desenfreno, en el corazón de la ciudad. No es ningún secreto. Todo aquel que se ha ganado la vida alguna vez en el Nido de Víboras lo sabe.

Me quito los guantes de látex. El niño sigue allá arriba, medio escondido por la gran estrella reluciente. Seis, puede que siete años, no más, con los ojos grandes y los rizos oscuros. Lo saludo con la mano y me sorprende al ver que hace lo mismo con gesto inexpresivo.

—Alguien debería hablar con él.

—¿Con quién? —dice Mauritzon.

—Con el niño.

—Ya irán a verlo, en su momento.

Mauritzon tiene razón. Es tarde y no hay luz en casi ninguna de las ventanas que dan al patio, pero cada vez se van encendiendo más y más, a medida que mis colegas, que ya han empezado la ronda por el edificio, van llamando de puerta en puerta y despertando a los vecinos. Entre tanto, yo saco un Sobril del bolsillo interior del abrigo, el primero desde que empezó el servicio. Es pequeño y redondo como la o de un teclado de ordenador.

Ver la pastilla, solo con tenerla en la mano se me hace la boca agua y noto que disminuyen los sudores. Ya la noto, la sensación de verme poco a poco envuelto en algodón, y cómo el mundo recobra las proporciones adecuadas. Sostengo un instante la pastilla en la mano, antes de devolverla al bolsillo para arrepentirme enseguida de no habérmela llevado a la boca.

—¿Dónde está el teléfono móvil? —pregunto, y me noto la voz de un pastoso antinatural.

—¿El del muerto? Ni idea. Igual lo tiene debajo. Me haría falta darle la vuelta, quiero verle la espalda.

Mauritzon llama con una seña a dos ayudantes de policía uniformados. Tienen diez años menos que yo y están temblando, puede que de frío. Les da unos guantes de látex y entre los tres giran el cadáver con cuidado, para que Mauritzon pueda examinar la espalda y la parte posterior de las piernas.

Debajo del cuerpo de Thomas Heber el suelo es de color rojizo. La sangre ha derretido la nieve, que se ha convertido en una plasta morada y rojiza.

—Qué raro que haya tan poca sangre —digo.

—Es por el frío —responde Mauritzon con un murmullo, mientras examina la espalda mojada del abrigo—. Con el frío, las funciones vitales del cuerpo se ralentizan mucho antes. —Frunce el entrecejo—. Ahí tenemos algo.

Una raja visible en la espalda, más o menos a la altura del corazón.

—¿De una navaja?

—Eso parece. —Se dirige a los dos ayudantes—. Devolvedlo a la posición inicial. Despacio.

—Y llamad a Gabriel Birck —digo.

—¿No está de permiso? —pregunta uno de los ayudantes.

—Sí, oficialmente, así es.

—¿Y no puede esperar a mañana?

Paseo la mirada del cadáver de Thomas Heber al ayudante. Vuelven las náuseas y se me acelera el pulso. Me acecha el pánico, unos seres que salen arrastrándose de las profundidades de la tierra y alargan el brazo para atraparme.

—¿A ti qué te parece? —le suelto—. Necesitamos a alguien que dirija la investigación.

El ayudante mira a su colega.

—Avísale, venga —dice.

—Te lo ha dicho a ti.

—Que le avises —mascullo entre dientes, y noto que las fachadas que nos rodean se acercan, las fachadas, que están a punto de caer y, al caer, me aplastarán.

Los ayudantes se alejan con un suspiro. Mauritzon vuelve a su examen del cadáver. En el bar de por allí cerca alguien canta *oh, what a laugh it would have been if daddy had seen mommy kissing Santa Claus that night*, y Mauritzon tararea la musiquilla.

Puede que sea el bar y el simple hecho de pensar en el alcohol lo que hace que me vuelvan los sudores y me corran por todo el cuerpo, que salgan por los poros y me dejen sin respiración. Me alejo del lugar de los hechos con paso redoblado, salgo del callejón y llego a la calle de Döbelnsgatan, y, la verdad, no sé si se nota mucho o poco, pero voy dando traspiés, vacilo y empiezo a jadear, me falta el aire. Respirar, no puedo respirar.

Se me nubla la vista y en algún punto entre el cadáver y el límite de la cinta policial me apoyo en la fachada. El ladrillo está frío y duro, pero ese apoyo es lo único que me impide caer; y entonces se me revuelve el estómago y me quedo doblado. De la garganta y de la boca sale un torrente con los restos de una salchicha a medio digerir, pan y café, todo es un mejunje maloliente que cae en la nieve helada con un chapoteo.

Me fallan los músculos y caigo de rodillas, noto cómo me sube el frío muslos arriba por los vaqueros, pero es por una sensación de entumecimiento que ahogan el sudor, los temblores, el carraspeo bronco de la garganta y la convicción de que la vida va a acabar así.

—Vaya, parece que a la gente curtida también le puede afectar el asesinato —oigo que dice uno de los ayudantes.

Los flashes de los fotógrafos lanzan destellos. Todo es una niebla densa. No cierro los ojos, pero los tengo llenos de lágrimas después de haber vomitado. Todo se me antoja turbio. Me quema la garganta, se me encoge el estómago.

Con una mano apoyada en los ladrillos de la fachada y la otra hurgando en el bolsillo del abrigo, me levanto por fin. No es la primera vez que me ocurre. ¿Cuándo

me tomé el último? Debe de ser hace dos días. ¿De verdad que no hace más? Sigo cayendo, más profundo, hasta el fondo de mí.

No es la ciudad la que tiene miedo, no es Estocolmo la que es una bombilla a punto de apagarse. Soy yo.

La puerta es pesada, está fría y en la ranura del buzón se lee «THYRELL». Dirijo un índice tembloroso hacia el timbre antes de decidir que mejor llamo con la mano. Los niños tienen algo de impredecible que me pone nervioso.

Estoy mareado, pero el Sobril empieza a surtir efecto y poco a poco me envuelve una tenue neblina. Me siguen fallando las piernas, pero el sudor frío se ha secado y me siento la piel áspera. No acabo de pegar los nudillos a la madera cuando se oye movimiento en el interior, como si me estuvieran esperando. Giran el picaporte con un clic y la puerta se abre; despacio.

Es un niño escuálido, ojeroso y tan pálido que, de entrada, me parece que tiene la piel transparente.

—Estoy enfermo —dice.

—Vale, no pasa nada.

—Neumonía —aclara el niño muy despacio, como si la palabra le exigiera un gran esfuerzo.

—¿Cómo te llamas?

—John. ¿Y tú?

—John es un buen nombre. Yo me llamo Leo, soy policía. ¿Están en casa tu madre o tu padre?

—Mi padre está de viaje.

Detrás de él, en algún sitio, se abre una puerta, por la que asoma una mujer de mi edad con cara somnolienta. Lleva un camisón con un estampado de Bob Dylan descolorido.

—John, ¿has abierto la puerta? —pregunta al tiempo que le pone las manos en los hombros—. ¿Qué ocurre?

—Es que... —Dudo un instante—. Soy policía. Se ha producido un incidente abajo, en el patio, y puede ser que John lo haya visto. Me gustaría hablar con él.

—¿Me puedes enseñar la acreditación?

Hago lo que me pide.

—¿Tenéis que hablar con él ahora?

—Sí, si puede ser.

John aprieta los labios, como si estuviera sopesando las ventajas y los inconvenientes de permitir que entre en su casa un desconocido. Al final se aparta y me deja pasar.

—Tienes que quitarte los zapatos —dice.

—Por supuesto. ¿Cuántos años tienes, John?

—Seis —dice la mujer.

Se presenta como Amanda. Tiene la mano templada. El vestíbulo es pequeño, corto y estrecho, conduce a un salón más o menos grande, para llegar al cual hemos pasado una cocina y la puerta entreabierta del dormitorio de los padres de John. Me

planto al lado de la enorme estrella de Navidad que brilla clara y rojiza en el alféizar de la ventana.

—¿Qué es lo que se supone que ha visto? —pregunta la mujer.

—Cuando me has visto ahí abajo, John, antes, cuando nos hemos saludado con la mano, ¿verdad que estabas en esta ventana?

—Sí.

—¿Qué es lo que ha visto?

Amanda se acerca y mira hacia el patio, contiene la respiración y se tapa la boca con la mano.

—Madre mía.

Le pregunta a John si está bien. Si de verdad tiene ganas de hablar conmigo.

—Sí.

—Vale. Voy a... —Trata de serenarse—. Me parece que voy a poner un té. ¿Tú quieres, John?

El niño se encoge de hombros. Ella se aleja con pasos inseguros.

Apoyo las manos en los muslos y me inclino hacia delante para tratar de ver el mundo de allá abajo tal y como ha debido de verlo él. Incluso así, hay una vista clara del patio, y en estos momentos Mauritzon está quitándole los zapatos al muerto. Alrededor del cadáver se mueven ahora varias personas, y a juzgar por los gestos de Mauritzon, esa circunstancia no la ha puesto de mejor humor.

—Hueles mal —dice el niño.

—¿Ah, sí?

—Hueles a vómito.

—Es la cazadora. Los policías nos las vemos a veces con personas que vomitan, y no siempre nos apartamos a tiempo.

—Y los ojos. —El niño entorna la vista con suspicacia—. Los tienes rojos.

—Llevo mucho sin dormir.

John sopesa el grado de verdad de esa afirmación antes de rendirse, al menos en apariencia.

—Ahí abajo hay alguien.

—Sí. —Me levanto—. Eso es.

—Está muerto, ¿verdad?

—Sí.

Busco algún sitio en el que sentarme y veo un sillón de piel enorme al lado de una mesa baja de cristal. Me siento en uno de los brazos, que son muy anchos, y en ese momento John empieza a toser, con una tos violenta y ronca. Los pulmones borbotean como una tubería en mal estado y el niño hace una mueca de dolor, se pone rojo.

Amanda parece haber olvidado para qué ha ido a la cocina, o ha cambiado de idea mientras se dirigía allí. Vuelve con un vaso de agua, lo deja en la mesa, se sienta en el sofá y se cubre las piernas con una manta.

—Quisiera estar presente.

—Por supuesto. —Miro hacia la ventana—. Me has visto antes cuando estaba ahí abajo, ¿verdad, John?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevabas en la ventana?

El niño se cruza de brazos.

—Un rato, no mucho.

—¿Podrías contarme lo que viste cuando te asomaste a la ventana? ¿Qué estaba pasando ahí abajo?

—No estaba pasando nada.

—¿No había nadie?

Niega con la cabeza.

—Pero luego sí vino uno.

—¿Cuándo?

John vuelve a toser, con menos violencia en esta ocasión.

—Si me preguntas por la hora, es que todavía no la sé.

—Exacto, pregunto por la hora. —Dudo un poco—. Pero no pasa nada. ¿Quién entró en el patio?

—Un chico. El que ahora está ahí tumbado.

—¿Cómo sabes que era él?

—Porque creo que era él.

Ahogo un suspiro. Niños.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿Qué ocurrió después? —pregunto.

—No estoy seguro. Tuve que ir al cuarto de baño, y cuando volví, ya estaba donde está ahora.

—¿Y seguía solo?

—No. A su lado había otro registrándole la mochila.

—¿Sabrías decirme cómo era?

John reflexiona un momento.

—Vestido de negro.

—¿Alto o bajo?

John me mira de abajo arriba.

—Como tú, más o menos.

—¿De qué color tenía el pelo, lo viste?

—No. Llevaba un gorro.

—¿Era uno de esos gorros que se bajan y tapan toda la cara?

La pregunta le arranca al niño una risa, un sonido como un cacareo profundo y agradable que hace que se me encoja el estómago de cariño. La risa se convierte en tos y a John se le vuelve a poner la cara roja.

—Bebe agua, tesoro —dice Amanda.

Le ofrezco el vaso. John toma un sorbo. Hace una mueca, como de dolor.

—No —dice—. Qué va, así no se llevan los gorros.

—O sea, cuando volviste del cuarto de baño, al lado del chico había alguien que estaba mirando en la mochila, ¿no?

—Sí.

—¿Y encontró algo?

—No vi lo que era.

—Pero entonces, sí encontró algo.

—Sí. Y luego se fue.

—¿En qué dirección? —Señalo hacia la ventana y el chico sigue el dedo con la mirada—. ¿Hacia allá o hacia el otro lado?

—Al primero.

De vuelta al centro.

—Y luego —continúa el niño—, también se fue el otro.

—¿El otro? ¿El que está ahí abajo?

—No. El que estaba escondido.

—¿Había ahí abajo otra persona que estaba escondida? —Levanto la mano y estiro el pulgar—. Primero llegó el que está ahí abajo.

El niño asiente. Estiro el índice.

—Luego vino el que registró la mochila.

John vuelve a asentir. Y estiro el dedo corazón.

—Y luego, apareció un tercero.

—Sí. —John parece satisfecho, como si hubiera llevado a cabo la gran hazaña de conseguir que un adulto comprenda algo—. Eso es.

—¿Y el último era un chico o una chica?

—No lo sé.

—¿Cómo tenía el pelo, largo o corto?

—No lo vi.

—¿Dónde se escondía?

—Detrás de uno de los contenedores verdes. Cuando se fue el que había estado registrando la mochila, el otro salió y se fue también.

—¿Cómo se movía? ¿Rápido o despacio?

—Bastante rápido.

—¿Con agilidad? Quiero decir —le explico al chico, que no comprende la pregunta—, ¿parecía torpe? ¿Caminaba derecho o no, iba cayéndose o tropezando o algo así?

John niega con la cabeza.

—No, él... se fue y ya está.

—O sea que a lo mejor sí era un chico, ¿no?

—No, no lo sé. Es que no lo vi. El que ha dicho «él» eres tú.

El niño tiene razón. No añado nada más, sino que me acerco a la ventana. Los potentes focos que iluminan el cadáver resultan cegadores. Mauritzon le está haciendo algo así como la pedicura.

—Mientras estabas aquí, ¿has estado solo todo el rato?

—Sí.

—¿Tú no te has levantado en ningún momento? —le pregunto a Amanda.

—No.

Me mira como si la hubiera ofendido.

—Lo siento, no quería decir... —Ella no responde, y me vuelvo al chico—. Muy bien, John. Gracias, me has sido de gran ayuda. Me has dicho cosas muy importantes, cosas que pueden sernos de utilidad.

—Está muerto —dice otra vez el niño—. El de ahí abajo.

—Sí, así es. De eso al menos sí que podemos estar seguros.

Gracias a la estrella de Navidad, el fondo desaparece derritiéndose y la nieve que cae fuera en la noche invernal se convierte en un fango borroso y negruzco.

—¿Te vas ya? —pregunta el niño.

—Sí, creo que sí.

—Pues feliz día de Santa Lucía. —Desliza la mirada hacia el vestíbulo—. No te olvides los zapatos.

Abajo, junto al muerto, han cambiado muchas cosas y, al mismo tiempo, no ha cambiado nada. Ya no lleva zapatos, y también le han quitado el abrigo. A cierta distancia apenas se puede ver el cadáver, pues queda oculto detrás de todas las personas que se mueven alrededor. Fuera, algo retirado, en el límite que marca el cordón policial, espera el que podría ser el coche de un civil cualquiera pero que pertenece al *Expressen* o al *Aftonbladet*. De los ayudantes no hay ni rastro. Estarán recuperándose después de haber llamado a Gabriel Birck. Hace más frío si cabe, o, al menos, esa es la sensación. Pero los cambios de ese tipo son irrelevantes, porque el muerto sigue igual de muerto, la nieve sigue cayendo incesantemente, igual que antes, y hay noches en que ese tipo de cosas son lo único que importa.

—¿Quién ha dado el aviso? —pregunto con el móvil en la mano.

Ya no confío en mi memoria y necesito resumir la conversación con el niño, pero no tengo otro sitio donde escribirla que en el móvil. Uno de los policías uniformados tiene un cuaderno en una mano y un bocadillo de jamón y queso a medio comer en la otra. Se llama Fredrik Markström, es un joven ayudante de Norrland, y tiene las espaldas de un levantador de pesas.

—A ver —dice mientras pasa las hojas hacia atrás—. Ha sido una llamada anónima efectuada desde un móvil. La persona en cuestión tenía la voz rara, como si la estuviera distorsionando. Y eso es lo que sabemos. He pedido una copia de la conversación telefónica para que te la envíen. El agente de guardia ha intentado tomar nota del nombre, pero parece que el informante le ha colgado sin más. Menos mal que han decidido enviar a alguien a pesar de todo.

—Ya, y te han enviado a ti, ¿no?

—A mí y a Hall —dice Markström, y le da otro mordisco al bocadillo.

Åsa Hall es de Gotemburgo y, en lo esencial, el polo opuesto de Fredrik Markström: habladora, menuda y alegre.

—¿Quiénes vinieron después de vosotros?

—Larsson y Leifby.

—¿Larsson y Leifby?

—Pues sí.

—¿Y qué coño estaban haciendo ellos en el centro?

Markström da otro bocado.

—Ni idea. Decían que estaban por aquí cerca.

Larsson y Leifby son dos policías de seguridad ciudadana de Huddinge, y pertenecen al tipo que rara vez puede representar al cuerpo en las jornadas de reclutamiento y de puertas abiertas. El uno tiene miedo a las alturas, y el otro, a los disparos, dos fallos que se pueden calificar como mínimo de inapropiados en un policía. Además, son tan sensacionalistas como los periódicos de la tarde.

Cuando Markström y Hall llegaron al lugar de los hechos, actuaron conforme a lo que manda el reglamento. Les pidieron a Larsson y a Leifby que hablaran con los

posibles testigos. No veo a ninguno de los dos, y me pregunto si eso es bueno.

Me dirijo a los contenedores que cubren las paredes del patio. Despiden un olor agrio. Me arrodillo delante de ellos, otra vez siento el agujijón del frío que atraviesa los vaqueros y sube del suelo hacia los muslos, pero ahora tengo los sentidos adormecidos y el frío es más sordo, más soportable.

La fina capa de nieve que hay detrás de uno de los contenedores no está intacta. Ahí ha habido alguien moviéndose de un lado a otro. Las pisadas no se distinguen bien. Botas, pero gastadas, como las que lleva una persona que no puede permitirse comprarse unas nuevas todos los años.

—Victoria —digo en voz baja, y Mauritzon levanta la vista del cadáver—. Yo creo que aquí había alguien.

Mauritzon hace una anotación en el cuaderno que tiene enganchado en el bolsillo de la pechera del mono.

Salgo a la calle y recorro la acera, dejo atrás el cordón policial y me fumo un cigarro. La música zumba en el pub, una canción antigua en una versión nueva que se puede bailar. Recuerdo la melodía de mi adolescencia y, por un instante, desearía tener quince años menos, estar estudiando aún, que el futuro estuviera más por escribir.

En el bolsillo interior del abrigo me vibra el móvil de repente, y recibo un mensaje de Sam.

¿estás dormido?

no, tengo guardia.

¿una buena noche?

Me pienso la respuesta, doy una calada.

no está mal, decido al fin; asesinato en vasastan, continúo, pero luego me arrepiento, lo borro y añado: ¿y tú?

te echo de menos, es la respuesta, y yo desearía estar en otro sitio.

¿mañana?

sí, mañana va bien.

Me pregunto qué querrá decir eso. Sam casi siempre cancela la cita o la pospone cuando vamos a vernos.

Un hombre bien vestido y con el pelo bien peinado se acerca caminando por la nieve con el abrigo abierto aleteándole detrás. Levanta la mano sin decir nada y se percata del cigarro que tengo entre los dedos, lo mira con un asco que, a medida que va avanzando, se convierte en añoranza.

—Feliz Santa Lucía —digo.

—¿Me das la última? —pregunta.

Le doy a Gabriel Birck el cigarrillo a medio fumar y él le chupa el resto que le queda de vida.

—No sabía que fumaras.

—Tú no sabes muchas cosas. ¿Quién es el jefe de la investigación?

—Tú.

—¿Yo? Necesitamos un comisario. ¿Dónde está Morelius?

—De permiso.

Birck levanta la vista al cielo.

—Pues que traigan a Calander. Él no está de permiso, lo sé perfectamente porque hace unas horas que lo he visto en el quiosco de perritos de la plaza de Sankt Eriksplan y parecía de lo más apto para trabajar.

—Está liadísimo con el tío del hacha de la calle Tegnérkatan.

—Mierda. ¿Y Bäckström? Es mejor que nada.

Niego con la cabeza.

—Se lo hemos prestado a la Judicial Central.

Birck aplasta las últimas ascuas contra la fachada y hace amago de irse, pero se detiene, olfatea el aire.

—¿Has vomitado?

—No.

—Pues hueles a vomitona.

—Que no he vomitado.

—Pues alguien te ha vomitado encima.

—No ha sido hoy.

La respuesta le arranca a Birck una risotada. Saca un par de guantes del bolsillo del abrigo.

—¿Dónde está?

—En el patio.

—Tenemos un testigo —anuncio mirando hacia la ventana en la que aún brilla la estrella de Navidad—. John Thyrell. Con toda probabilidad, ha visto al asesino.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado hablando con él.

—¿Y qué ha visto?

—Pues bastante, diría yo, pero...

—¿Qué?

—Según su madre, tiene seis años.

—Seis años. —Birck tuerce la boca—. Maravilloso.

Está en cuclillas al lado de la cara serena y apagada de Thomas Heber. El tarjetero está en su sitio, en la mochila, así que lo coge y saca el documento de identidad.

—Un hombre guapo.

—Ellos también mueren —dice Mauritzon.

Birck deja el documento en el tarjetero, y el tarjetero en el suelo, y se levanta, se orienta unos minutos por el lugar de los hechos.

—Heber llega aquí —digo—. Se coloca aquí. Puede que la otra persona ya esté ahí, detrás de alguno de los contenedores. Seguramente es así. Luego aparece una tercera persona, el que le clava la navaja a Heber. Teniendo en cuenta que el navajazo entra por la espalda, lo más verosímil es que se le acercara por detrás. Heber cae y, mientras está en el suelo, el asesino se pone a hurgar en su mochila, encuentra lo que busca, podemos suponer, y luego abandona el sitio, seguramente con el móvil de Heber en el bolsillo, dado que no lo hemos encontrado. Se dirige al centro. Después, la persona que está detrás del contenedor se marcha también, según el testigo. Puede que sea el del contenedor el que hace la llamada. La cuestión es qué está haciendo aquí. O bien está involucrado, o bien es pura casualidad. Quizá un sin techo o un drogadicto.

—Tu testigo es un niño de seis años —dice Birck.

—Pero la información que ha proporcionado encaja con lo que hay detrás de uno de los contenedores. Ahí ha habido alguien escondido.

—Esperemos que haya más testigos. —Mira alrededor—. Podría ser un robo, pero entonces ¿por qué no llevarse el dinero en metálico? Tuvo que ser otra cosa.

—Ya. La cuestión es qué, claro. ¿El móvil, quizá?

—Pero ¿lo tendría Heber en la mochila? ¿Quién lleva ahí el teléfono móvil?

Markström se nos acerca con el cuaderno en una mano y un café en la otra. Me pregunto si alguna vez he visto a Markström sin comida o sin bebida en las manos. Lo dudo, pero, por otro lado, tampoco hace tanto que lo conozco.

—Thomas Markus Heber —dice, y sorbe ruidosamente de la taza de papel—. Nacido en 1978. Soltero, sin hijos. Empadronado en la calle Vanadisvägen, número 5, a menos de un kilómetro de aquí. Condenado por agresión hace once años, en 2002, y por alteración del orden el año anterior.

—Agresión y alteración del orden público —dice Birck, y se vuelve hacia mí—. ¿Te encargas tú?

—Pues claro. —Miro otra vez hacia la ventana—. Claro que sí. —John no está, seguramente su madre lo ha mandado a la cama. Me pregunto si esto le habrá afectado al chico, si esta noche se le quedará grabada. Espero que no—. Mañana.

—Yo me encargo de su casa —dice Birck.

—¿Tienes la llave?

Birck pregunta señalando el llavero, que está en el suelo. Dudo un instante.

—¿Quieres compañía?

—No. Pero uno no siempre se sale con la suya.

Quien no sepa que a la puerta le pasa algo no se da cuenta, a pesar de que Christian utilizó un martillo como un demonio de grande. Fue lo único que se le ocurrió en ese momento, lo único que llevaba consigo. El picaporte queda un poco flojo y la puerta no está cerrada del todo, pero poco más. En la oscuridad, apenas se nota.

Se encuentra en medio de la calle, perfectamente visible. Las luces de las ventanas del bloque están apagadas, salvo unas velas de Adviento que brillan unos pisos más arriba. Son las nueve y treinta y dos minutos de la noche. Falta menos de una hora para que muera Thomas Heber.

Se ha guardado la bolsa con el martillo dentro del chaquetón y lo nota contra el cuerpo, nota cómo se mueve al ritmo de sus pasos. Muy rápido, se aleja a pie del barrio de Kungsholmen. Deja el martillo en el contenedor de una obra, cerca de la plaza de Sankt Eriksplan. Nadie lo ve. Ya nadie ve nada.

Christian y Michael han vivido la mitad de sus vidas el uno sin el otro, y la otra mitad, juntos. Existe en ello una simetría que augura algo, ¿a que sí?

Tenían quince años, hace quince años. Se encontraban en una fiesta, en uno de los bloques del centro de Hagsätra. Corría el mes de marzo y no hay otro mes capaz de durar una eternidad como marzo. Todo estaba gris. Se conocían de oídas, pero no habían hablado nunca, solo se habían visto en la plaza y en el polideportivo unas cuantas veces.

Christian salió al balcón a fumar, y allí estaba él. Empezaron a hablar. Reinaba entre ellos algo extraño, al menos esa fue la sensación que él tuvo, y al principio no atinaba a decir qué era.

Luego se dio cuenta de que los dos llevaban una camiseta de Skrewdriver. Se dieron cuenta al mismo tiempo, bajaron la vista el uno hacia el pecho del otro. Se echaron a reír. La de Christian era blanca. Se la había dado Anton, su hermano. La de Michael era negra.

—¿Te gusta Skrewdriver?

—He oído el primer disco, nada más —respondió Christian—. Me lo regaló mi hermano, y también la camiseta. La camiseta sí que me gusta.

—Lo mismo me pasa a mí. Me gusta *All Skrewed Up*, pero no los demás discos. Sabes que luego se hicieron nazistorros, ¿no?

—¿Qué?

—Neonazis.

Christian se quedó de piedra. El estampado de la camiseta cambió, se convirtió en algo amenazador. Se preguntaba si Anton lo sabría, si le habría dado la camiseta por eso. Para jugársela. Para que le atizaran por eso.

—Pues no, no tenía ni idea.

—Es anormal —dijo Michael—. Que un grupo que empieza siendo punk... cómo se dice...

—¿Dé un giro de ciento ochenta grados?

—Eso. ¿No es anormal?

—Pues sí.

Al otro lado del cristal, en el apartamento, alguien se cayó del brazo del sofá. Los dos se volvieron a mirar.

—Es Petter —dijo Christian—. Está en mi curso. Siempre se emborracha de más.

Dentro, Nirvana cantaba *I'm so happy, because today I found my friends. They're in my head...*

Así empezó.

—¿Vives en Hagsätra? —preguntó Michael.

Christian asintió, tiritando de frío.

—En Åmmebergsgatan. —Señaló entre los bloques, en cuyas ventanas diminutas brillaban las luces—. ¿Ves ese edificio un poco más bajo entre los dos altos de allí?

Christian se esforzó por fijar la vista y se encajó bien las gafas. No fumaba casi nunca, y cuando lo combinaba con la cerveza, era como si se le redoblara la borrachera.

... and just maybe, I'm to blame for all I've heard...

—Sí —dijo.

—La segunda ventana contando desde arriba, la penúltima de la derecha. Esa es mi habitación.

La luz estaba apagada.

Christian tenía mucho acné y un fallo en la vista que lo obligaba a llevar unas gafas muy gruesas que hacían que se le vieran los ojos como la cabeza de un alfiler. En el colegio, un chico mayor que se llamaba Patrik le decía siempre a gritos: «¡Eh, hola, grano molido! ¿Qué tal?», y las chicas se reían. Christian trataba de no darle importancia. Se le daban bien los deportes, el baloncesto, el hockey de pelota y el tenis de mesa. Así era como conseguía amigos, aunque sospechaba que hablaban de él a sus espaldas.

Su nuevo amigo era como él, pronto lo comprendería. Eran iguales en eso, solo que el amigo no tenía ni granos ni gafas, claro.

—Joder, necesito otra cerveza —dijo Michael.

—Y yo.

Soltaron las colillas por el borde de la baranda y las vieron descender en la oscuridad. Luego abrieron la puerta del balcón y entraron. A Christian se le empañaron las gafas con el calor y la humedad. Al ver la capa blanquecina tras la cual se ocultaban sus ojillos, Michael se echó a reír.

—Así no puede ser fácil causar una buena primera impresión.

No lo era. Christian lo recuerda. En otras circunstancias se habría reído. Debía de ser gracioso verlo.

Entre los bloques, los sentimientos iban creciendo más y más, y rara vez encontrabas dónde liberarte de ellos, así que te los guardabas dentro. Te los guardabas cuando ibas por los pasillos del colegio, te mantenías apartado de aquellos que te daban miedo y te acercabas a quienes esperabas que fueran como tú. Te los guardabas cuando reventaban la cerradura de la taquilla de tu mejor amigo y le pintaban dentro una cruz gamada. Te los guardabas cuando te daban el primer beso, a los once años, en una fiesta que organizaron en el local de celebraciones de Hagsätra, al lado del polideportivo. Se llamaba Sara y tenía la piel más suave que Christian había rozado con los dedos en su vida. Estuvieron juntos un mes. Sara solo tenía doce años, pero ya había empezado a usar sujetador y, a un día de la ruptura, lo dejó que le tocara el pecho. Y él se preguntaba si fue por eso, si Sara ya no quería estar con él porque se había propasado.

Te los guardaste también el día aquel que, a los catorce años, te enamoraste de verdad por primera vez; ella se llamaba Pernilla y te había escrito en un papel: «que se rían todo lo que quieran, que se rían de nosotros, nosotros nos movemos, ellos están parados», y lo metió a escondidas en el hueco de la puerta de la taquilla. Con ella te acostaste por primera vez, en una fiesta no muy distinta de aquella en la que, un año después, llevabas la camiseta de Skrewdriver.

Te los guardabas cuando veías a tres inmigrantes dar puñetazos en el estómago a un sueco, dos lo sujetaban y uno le pegaba, detrás del gimnasio. Y te los guardabas cuando, al día siguiente, veías a cuatro suecos apalea a un inmigrante detrás del quiosco, propiedad del padre de uno de los suecos.

Te los guardabas cuando, en una fiesta, conocías a alguien que llevaba una camiseta como la tuya e intuías que esa persona iba a convertirse en tu protector y tu verdugo.

No existe ningún catalizador, ningún factor desencadenante que ponga las cosas en movimiento. Ninguna respuesta a la pregunta «¿por qué?». Solo hay sucesos seguidos de otros sucesos, y si uno se retrotrae lo suficiente en el tiempo, todo se convierte en una red inabarcable de sucesos, y quizá sea así como llegamos a ser quienes llegamos a ser, piensa Christian.

Evita el metro y las cámaras de vigilancia, tal y como le han aconsejado que haga, y coge varios autobuses para ir a la zona universitaria. Da algún rodeo, cambia varias veces para no llegar demasiado pronto. En las paradas pasa frío. Los autobuses llegan tosiendo en la oscuridad, y ninguno de los conductores es sueco. Deja atrás el colegio de Vasa Real y ve que alguien ha escrito en la fachada: «JUDÍA DE MIERDA», seguido del número «1488». Se pregunta quién lo habrá hecho. Empieza a caer la nieve. En la

plaza de Odenplan le pasa por delante una procesión de Santa Lucía formada por estudiantes. Apestan a alcohol y van riéndose a carcajadas.

El gran complejo de latón de la universidad aparece imponente en la oscuridad cuando se baja del último autobús. En las sombras, en la esquina de uno de los edificios, él lo está esperando. Christian lo siente a medida que se acerca. Y, en efecto, allí está, con la mirada clavada en una de las ventanas de los últimos pisos. La única en la que hay luz.

—¿Ha ido bien? —pregunta sin mirar a Christian.

—Sí.

—No pareces seguro.

—No lo estoy.

—Dámelo.

Christian se baja la cremallera del chaquetón y saca la bolsa. Michael se la quita de las manos.

—¿Qué es lo que vas a...?

—Lárgate. Luego hablamos.

—Pero es que...

—No. Esta vez no. Nos vemos mañana.

Michael vuelve a levantar la vista hacia la ventana. La luz sigue encendida. Se produce un segundo de vacilación que le resulta de una longitud antinatural. Los sentimientos se suceden en el interior de Christian como oleadas de agua.

—Vale —dice, y se da la vuelta y empieza a alejarse.

La nieve le cruje bajo los pies. Allá enfrente brilla naranja y gigantesco el letrero de Statoil. Se oye el zumbido del tráfico pero, por lo demás, reina un silencio extraño. Es una de esas noches en las que vuelven los sentimientos de antaño.

Tenían quince años, hace quince años. *Nosotros nos movemos, ellos están parados.*

Christian vuelve la cabeza por última vez, busca la ventana iluminada, pero no la encuentra. Han apagado la luz y Michael ya no está en la esquina del edificio.

De Gabriel Birck se dicen muchas cosas, la mayoría contradictorias, como esquivarlas de pruebas que indican relatos diversos, diversas historias.

Dicen que no tiene el menor sentido del olfato, en tanto que, según otros, es capaz de notar el olor de la saliva de la gente. Que es marica, pero que hubo un tiempo en que estuvo con una mujer de alguno de los clanes Hamilton. Esa misma persona asegura que Birck se cambió el apellido cuando hizo el servicio militar como paracaidista, y que en realidad procede de una familia noble y una vida en la abundancia. Otros afirman que es de origen humilde, que creció solo en los suburbios, con un padre alcohólico que le daba una paliza todos los fines de semana. Que una vez se casó con una mujer de Estonia para sacarla de una red de tráfico de personas. Que ya mientras estudiaba, lo observaban los de la SÄPO, los Servicios de Seguridad, pero que nunca se dejó embaucar por ellos. Otros están convencidos de que tiene un pasado de lo más dudoso justo en el seno de esa actividad secreta.

Y así sucesivamente, y nadie sabe nada con certeza. Yo creo en la mitad de lo que se dice, pero en qué mitad, eso va cambiando de un día para otro, según el humor con que se presente Gabriel Birck. A mí me parece que lleva una vida muy solitaria, que Birck es un hombre que está solo. En eso somos iguales, y quizá por eso funcionemos bien juntos.

Gracias a una suerte de acuerdo tácito, decidimos ir paseando hasta Vanadisvägen, 5. Nos convertimos en siluetas mientras caminamos por la ciudad nocturna. Cuando estamos saliendo del lugar de los hechos, Birck se para de pronto.

—Mmm... —dice—. Mira.

Lo que he vomitado hace menos de una hora se ve cubierto de una fina capa de cristales de hielo.

—¿Es tuyo?

Nos encontramos dentro del cordón. Tomarán muestras. Es absurdo mentir.

—Sí.

—¿Estás enfermo?

—No lo sé, pero tenía náuseas. Puede que fuera el cadáver.

Birck se agacha y examina el vómito más de cerca. Me da vergüenza, como si me estuviera viendo desnudo.

—Pero oye, ¿tú qué es lo que comes? —dice.

Casi nada, eso es parte del problema cuando se va pasando el efecto del Sobril. Pierdes por completo el apetito, así que estoy débil siempre, y me tiemblan las manos.

—Pues lo que todo el mundo —digo—. ¿Podemos irnos ya?

—La verdad, yo creo que deberías cambiar esos hábitos alimentarios.

Hemos girado para salir de la amplia avenida de Sveavägen y nos encontramos delante de Vanadisvägen, 5. Faltan unos minutos para las dos. Ya es el 13 de diciembre.

—¿Vas a ir al Sankt Göran por Santa Lucía? —pregunta.

—No.

—Pero irás esta Navidad, ¿no?

—Una visita, no muy larga, quizá. Nada más.

—¿Con qué frecuencia vas? ¿Con qué frecuencia lo ves?

—Siempre que lo necesito.

—Toma. —Me alarga un paquete de Stimorol—. Hazlo por mí —añade.

Cojo un chicle. Birck se pone los guantes, saca la llave de la bolsa de plástico y la introduce en la cerradura del portal. La puerta es menos pesada de lo que parece, y si emite algún crujido o chirrido, lo habrán ahogado los demás sonidos de la ciudad.

—Quinto piso. —Birck está leyendo la lista de los residentes—. El penúltimo. No, quédatelo —me dice al ver que le devuelvo el paquete de chicles—. Tú lo necesitas más que yo.

Delante de la puerta —marrón claro con el apellido HEBER escrito encima de la ranura para el correo— me quito las botas y Birck se quita despacio los zapatos negros. La cerradura parece intacta, sin señales de que nadie haya querido entrar sin permiso.

—¿Llamamos a la puerta? —pregunto.

—¿Por qué? El tío está muerto.

—Ya, pero puede que haya alguien dentro. Un amigo, una novia. O un novio.

—¿Es que no te fijaste en sus zapatos? Un hombre con unos zapatos así no puede ser marica.

—Ya, pero ya me entiendes.

Birck busca el timbre, lo encuentra y llama. No se oye nada dentro. Pego los nudillos a la puerta y golpeo tres veces. Ante la falta de reacción, Birck mete la llave y abre.

El lugar donde Thomas Heber pasó los últimos años de su vida es un apartamento pequeño de techo alto y dos habitaciones. Está amueblado con sobriedad, con tres estanterías bien cargadas en la pared de una de las habitaciones, al lado de lo que parece un sillón de lectura cuyo único compañero en todo el apartamento es una lámpara de pie que lo mira desde detrás, por encima del respaldo. Por lo demás, la habitación está vacía, a excepción de unas cajas de mudanza que hay en la otra pared, la huella de una persona que, en realidad, ha vivido su vida fuera del hogar.

—¿Cuánto tiempo llevaba viviendo aquí? —preguntó Birck.

—Según las indagaciones de Markström, dos años.

—Pues más bien parecen dos semanas. Yo habría sufrido una crisis nerviosa si tuviera así la casa después de dos años.

—¿Te encargas del dormitorio?

Birck se va sin decir nada. Yo me acerco a las estanterías y lado la cabeza, leo los títulos. Libros de sociología y de filosofía que parecen muy releídos. En un lado de la estantería hay una colección de libros que llaman la atención, como *Guía práctica del activista*, *Manual del asedio político militante* y *The Occupy Movement: An Instruction for Practice*. Cojo uno de ellos, lo han leído con toda atención, tiene páginas marcadas y comentadas con la letra ilegible de un académico. En otro lado se ven varios ejemplares del mismo libro, su tesis doctoral de sociología, *Studies in the Sociology of Social Movements: Stigma, Status and Society*.

Doy unos pasos atrás. Nada me llama la atención. Es irritante. De modo que me voy a la cocina. Es estrecha, con armarios a ambos lados, y desemboca en un espacio cuadrado y pequeño con una mesa de madera más pequeña e igual de cuadrada, con cuatro sillas. Las ventanas están vacías, ni plantas ni lámparas, y están enmarcadas entre dos piernas de cortina azul claro, una por cada ventana. En una de ellas espera un platillo, vacío y limpio.

—¿Fumaba?

—No, que yo sepa —se oye la voz de Birck.

Abro el frigorífico. Contiene dos botellas de cerveza checa de la fuerte, un tarro de salsa de tacos, mantequilla y un triste trozo de queso al que le falta menos de un día para que se cumpla la fecha de caducidad.

Entro en el dormitorio, donde Birck, que está de rodillas delante del armario, está sacando un par de zapatos. Examina los cordones, luego las suelas y el interior, antes de dejarlos en su sitio.

—¿Nada? —digo.

Birck niega con la cabeza.

La cama está sin hacer. Pego la nariz a las sábanas y las huelo. Hace mucho que las lavaron. Delante de la única ventana de la habitación hay un escritorio, y hojeo con cuidado los papeles que hay encima. Un recibo del alquiler del mes de diciembre, una nómina de la Universidad de Estocolmo, la factura de un teléfono móvil. Cojo la

factura y veo el número de teléfono, cojo mi móvil, marco y me lo llevo al oído. Una voz tibia de ordenador me comunica que el abonado no está disponible en este momento.

—O apagado o sin cobertura.

—No esperaba otra cosa —dice Birck.

Debajo de la factura del teléfono hay un papel arrugado. Lo cojo cuidadosamente con dos dedos y lo aliso.

—¿Qué es? —pregunta Birck.

—Un recibo. Heber se tomó un café en el Café Cairo el 11 de diciembre. Y parece que lo pagó con tarjeta. Eso es todo.

—Cairo. Eso está cerca de nosotros, ¿no?

—En Mitisgatan —leo en el recibo—. Sí, está cerca del búnker.

—Déjalo en su sitio. —Birck me está mirando la mano, que va camino del bolsillo del abrigo—. Tiene que estar ahí cuando vengan los técnicos.

—¿Quieres que se lo arrugue también?

Birck levanta la vista al cielo. Dejo el recibo en el escritorio y revisamos juntos el cuarto de baño y el vestidor, pero el apartamento dice muy poco de su dueño. Prácticamente nada.

—¿Crees que iba camino de su casa? —pregunto—. ¿Y que paró en Döbelnsgatan para verse con alguien con quien había quedado allí?

—Yo no creo nada —dice Birck con la vista fija en el suelo del vestíbulo.

—Todo el mundo cree algo siempre.

—Yo creo que, sea lo que sea lo que haya ocurrido, aquí no encontraremos ninguna respuesta. —Luego se para, se agacha—. ¿Esto es tuyo? ¿Esta pisada?

—¿Cómo iba a ser mía? Si nos hemos quitado los zapatos ahí fuera... Yo creía que eras buen policía. ¿Y a qué pisada te refieres? Yo no veo nada.

—Tienes que venir aquí y ponerte en cuclillas, como yo.

Doy dos pasos hacia él, me agacho y entonces lo veo. La pisada es un poco más grande que mi pie, y es de una bota más gruesa. Hay dos, tres, cuatro más como esa en el vestíbulo. El dibujo está borroso, como si alguien hubiera intentado disimularlo a toda prisa.

—¿Las hemos estropeado nosotros?

—No creo. Hemos entrado pegados a la pared.

—No es la misma persona —digo—. Me refiero a esta y la que se escondía detrás del contenedor en la calle de Döbelnsgatan. Es otro dibujo.

—¿Cómo es posible que no lo hayamos visto al entrar? —dice Birck. Luego se levanta, da dos pasos hacia la puerta. Se echa a reír—. Joder.

Las luces y las sombras les gastan a veces alguna jugarreta a nuestros ojos. En la entrada del piso de Heber, la lámpara del techo hace que las sombras se proyecten en diagonal, y la luz se refleja en el suelo. Seguramente, es casualidad, pero cuando estás en la puerta, no ves las pisadas, a menos que sepas que están ahí.

Birck saca el móvil, hace una foto de las pisadas.

—No están secas —dice—. Tendremos que pedirle a Mauritzon que las compruebe.

—¿Cómo coño ha entrado la persona en cuestión? —digo—. La puerta estaba intacta.

—Pues tendría llave. Igual que nosotros. Puede que fuera el propio Heber. Yo qué coño sé —añade Birck al verme la cara de desconcierto.

Los datos como estos, al igual que los hallados en el entorno del cadáver, no son nada sin el relato que crea un vínculo entre ellos. Son como letreros urbanos sin símbolos y sin letras.

En algún punto entre Vanadisvägen, 5, y el lugar del crimen en Döbelnsgatan, dos coches chocan de frente en un cruce. Se produce una disputa muy violenta. Nos detenemos y lo observamos todo a distancia.

—Sabrás que si sale a la luz que estás intentando dejar el Sobril, pero que tienes tal síndrome de abstinencia que llegas a vomitar, te suspenderán del servicio otra vez, ¿verdad? —dice Birck.

—Estoy limpio. Pregúntale al psicólogo.

Brick suelta un resoplido. En un bar de por allí, una voz infantil canta *creo en el enanito de Navidad, que vendrá a mi casa, a la casa donde vivo*.

—¿Hasta cuándo creíste en el enanito de Navidad? —pregunto.

—Nosotros no teníamos enanito. ¿Y tú?

—Lo bastante como para que me apenara saber que no existía.

—Me partes el alma —dice Birck.

Por delante de nosotros pasa en hilera un grupo de hombres y mujeres que van gritando borrachos. Se ríen.

—¿Cómo coño no teníais enanito? —pregunto.

Por la mañana. Al otro lado de la calle, una procesión de Santa Lucía encabezada por una mujer de mi edad avanza sobre la nieve encharcada. Los niños llevan largos camisones blancos y trajes rojos de enanito, velas de plástico apagadas en las manos y cucuruchos, capuchas y espumillón en la cabeza. Ninguno de ellos parece muy contento que digamos. La oscuridad se extiende aún sobre Estocolmo, pero la ciudad se ha despertado hace un buen rato, si es que alguna vez se durmió. En la calle de Hantverkargatan el tráfico avanza muy denso y el humo de los tubos de escape sube al resplandor de las farolas.

En la planta que alberga las oficinas de Delitos Violentos de la policía del centro y del barrio de Norrmalm todo está en silencio, salvo una fotocopidora que escupe documentos en una habitación a unos metros de allí, y una radio en la que se oyen canciones navideñas de Santa Lucía. Un árbol de Navidad de plástico que me llega por la cintura se despereza en un rincón. Está lleno de esposas pequeñas doradas y plateadas, de porras rojas y azules, de pistolas con el dibujo de los bastones de caramelo y agentes de madera que, según dicen, pintó a mano Skacke, el anterior director de la policía. En la cima del árbol luce una estrella navideña normal y corriente.

Mi despacho consta de una mesa de escritorio con el correspondiente ordenador y su silla, y el esqueleto desvencijado que era la silla de las visitas. Detrás, una hilera de estanterías vacías. Todos los muebles iban con el despacho, y tardé varios días en darme cuenta de las marcas de cigarrillo que tenía la madera de la mesa.

En una de las paredes hay una ventana cuadrada no muy grande, a través de la cual se vislumbra una porción del mundo de igual forma y tamaño. La nieve, que empieza a caer otra vez. Eso es todo.

En la mesa hay una pila de documentos que ha impreso Birck y que contienen los sumarios policiales de las dos infracciones protagonizadas por Thomas Heber, y los primeros informes de la calle Döbelnsgatan. Han transcurrido entre nueve y diez horas, y ya hemos informado e interrogado a los familiares del muerto. Dadas las circunstancias, se hizo por teléfono, y allí tengo las copias, con la firma de Birck. El último informe está grabado a las cinco y veintisiete minutos de la mañana, y esos detalles son los que me mueven a preguntarme si Gabriel Birck duerme a alguna hora del día.

La información de los testigos ya ha empezado a llegar y la están procesando, pero, por el momento, no hay nada relevante o decisivo. Han integrado en la investigación a uno de los jefes de la instrucción del caso, el fiscal Ralph Olausson. No lo conozco, pero una nota pegada en la mesa me exhorta a que me ponga en contacto con él lo antes posible. Me pregunto quién la habrá escrito.

Los padres de Thomas Heber estaban conmocionados con la noticia de la muerte de su único hijo, y Fredrika Johannesson, que, al parecer, era la última novia del fallecido, se lo tomó prácticamente igual de mal. Desde el punto de vista de la

investigación técnica pura y dura, ninguno de ellos ha tenido nada relevante que decirle a Birck. Los padres describían a su hijo como un joven agradable y querido entre sus amigos, aunque les resultó un poco más difícil responder a la pregunta de cuáles eran esos amigos. Era profesor titular de sociología de la Universidad de Estocolmo y, según la madre, lo habían premiado dos veces en el trabajo. Había roto con su novia hacía más de dos años, cuando estaba finalizando el trabajo de la tesis, y, al parecer, la causa de la ruptura fue precisamente ese trabajo. Eso los separó. Fredrika Johannesson no tenía ni idea de si Heber había mantenido alguna relación amorosa después de aquello, pero suponía que sí. Aunque, de ser así, no sabía decirnos con quién.

Dejo a un lado los informes, salgo del despacho y paso por delante del árbol de Navidad, sigo hacia la máquina de café y le doy al botón del café solo. Mientras espero a que se llene, pasan varios colegas con cara de sueño y nieve en los hombros, tienen mala cara y los ojos rojos. Evitan mirarme, no dicen nada. Así ha sido desde que me reincorporé. Para ellos no soy más que el cachorro del departamento de Asuntos Internos, ese idiota carente de espíritu corporativo que le metió una bala en el cuello a uno de sus colegas. La damisela que, desde ese día, no es capaz de sostener un arma de fuego sin sufrir un ataque de ansiedad.

Quiero tomarme un Sobril, pero no me lo tomo. Me pregunto cuándo se me pasarán la ansiedad y el miedo a las armas. Según el psicólogo, es importante que le dé tiempo, pero nunca ha sido más específico. Debería haberle preguntado antes de que se deshiciera de mí.

De nuevo en mi despacho, me centro en los sumarios policiales relativos al delito de alteración del orden que Thomas Heber cometió en noviembre de 2001, y al de agresión, en diciembre de 2002. Con los sumarios vienen también las sentencias judiciales correspondientes.

El 30 de noviembre de 2001, los neonazis honraban la memoria del rey Carlos XII en el aniversario de su muerte, en el centro de Estocolmo. Hacía mucho que no se veía un número tan nutrido de cabezas rapadas concentrados para rendir homenaje al antiguo rey. Las organizaciones de extrema izquierda impulsaron contramanifestaciones, una de ellas Thomas Heber, un joven estudiante de sociología al que entonces consideraban de la cúpula de la red AAF, Acción Antifascista. La AAF no había obtenido permiso de manifestación, y la policía neutralizó su protesta contra los neonazis, además de asegurarse de que a los jóvenes les impusieran multas sustanciosas.

El año siguiente, en diciembre de 2002, hubo manifestaciones en Salem para honrar la memoria de otro sueco, Daniel Wretström, al que consideraban una víctima de la violencia fruto de la animadversión hacia los suecos y del odio que los inmigrantes les profesan. Para entonces yo ya me había mudado de Salem, y nunca había asistido a las manifestaciones anuales, pero mis padres hablan de ellas de vez en cuando. Es un acontecimiento que hace que los habitantes de Salem se preparen

como para un fuerte temporal. Ponen planchas de escayola en las ventanas, meten los coches en los garajes y, si tienen posibilidad, pasan el día en otro sitio.

Salem se convierte en un campo de batalla, y en la manifestación de 2002, la tercera desde el asesinato del joven Wretström, que murió con diecisiete años, Thomas Heber cometió un delito de agresión. Golpeó a un neonazi en la nuca con una botella de cristal vacía que, por desgracia, se quebró. ¿Se quebró porque tenía una grieta imperceptible cuya existencia Heber no podía conocer, o fue precisamente a causa del golpe? El fiscal apostaba por la segunda posibilidad. Dedicaron a la cuestión mucha atención técnica en la investigación y mucho tiempo en el juicio. A pesar de todo, no consiguieron dar con una respuesta y a Heber le cayó una condena de prisión condicional con dos años de periodo de prueba, combinada con servicios a la comunidad.

¿Pecados de juventud?

Tal vez.

Me levanto y me acerco a la ventana, estoy inquieto. Fuera, la mañana ha empezado a clarear en Estocolmo. Tengo que hablar con alguien. Tengo que moverme.

Ocurrió en una de nuestras primeras reuniones en el Sankt Görán, y desde entonces he estado enredado en ello. Debería haberlo visto, haber comprendido que esa era la idea, precisamente, que me viera involucrado en esta lucha, una lucha que cada vez tengo más claro que voy a perder.

—¿No has pensado en dejarlo? —preguntó Grim.

—¿Qué quieres decir?

—Eso.

Grim señaló el tubo que tenía en la mano. No hacía ningún intento por esconderlo cuando estaba con él.

—Sí, lo he pensado.

—¿Sabe Sam que lo tomas?

—No.

—¿Y qué pasaría si se enterara?

—No lo sé. —Era verdad. No sabía cómo podía reaccionar Sam—. Pero no creo que le gustara.

—Ya —dijo Grim.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Querrás volver al trabajo, ¿no?

—Claro.

Grim se inclinó hacia delante.

—¿Por qué es tan importante para ti? Lo de volver al trabajo, quiero decir.

—Pues... es que no tengo otra cosa que hacer. No sé hacer nada más. Y necesito hacer algo.

—¿No tienes a Sam?

—No.

—Yo creía que estabais juntos.

—Pues no.

Grim asintió.

—Teniendo en cuenta tus antecedentes, no te dejarán volver mientras lo tomes. O, más bien —dijo corrigiéndose, con una mueca a modo de sonrisa que yo recordaba de cuando éramos amigos—, mientras *vean* que lo tomas.

—No sé si puedo dejarlo.

—¿Lo has intentado?

—No.

—¿Y por qué no lo intentas?

—Tendría que hacerlo solo. Si busco ayuda externa, en la Casa se darán cuenta. Y, como tú mismo acabas de decir, con mi pasado, no me dejarán quedarme. Y no quiero correr ese riesgo.

—Pues hazlo solo. Trata de reducir el consumo. Si lo consigues, te parecerá una liberación.

Me quedé observándolo.

—La única razón por la que estamos hablando de este tema es que tú crees que esto me va a joder la vida más todavía, y ese es el único daño que puedes causarme desde aquí dentro.

—Joder, no te enteras de nada. —Grim levantó las manos e hizo tintinear las esposas que llevaba puestas—. Si pudiera —continuó—, te daría bien fuerte en la cara.

Las zonas verdes de la universidad son preciosas incluso en diciembre; a pesar de todo, el gran Edificio Sur tiene el aspecto de un lugar apto para el almacenado de enfermos mentales. Se levanta hacia el cielo con una altura de nueve pisos de color azul claro descolorido y con unas ventanas minúsculas. Aterrizo allí al mismo tiempo que unos mil estudiantes, todos los cuales parecen ensimismados soñando con otra época más feliz. Unos pocos van hablando, pero la mayoría camina en silencio con la vista clavada en el suelo, en la mano un café en un vaso de plástico y la mochila cargada a la espalda. Cubren las paredes los carteles de una manifestación de la izquierda, y alguien ha garabateado encima «IZQUIERDOSOS DE MIERDA, ROJOS, PUTOS COMUNISTAS». La leyenda está tachada con el rotulador negro de alguien que, al parecer, además, se ha tomado la molestia de dejar otro mensaje: «MUERTE A LOS PUTOS NAZIS».

El Departamento de Sociología está en el último piso del Edificio Sur. Me hago con un café por el camino, más que nada para llevar algo en la mano. En el departamento reina el silencio, y el pasillo es largo y luminoso, con todas las puertas cerradas, recuerda sobre todo a una institución penitenciaria. La jefa del departamento, Marika Franzén, está en su despacho, unos metros pasillo abajo, el único con la puerta entreabierta.

—Leo Junker —digo—. De la policía.

Ella da la vuelta a la silla giratoria, está sorprendida.

—Perdón —digo—. No era mi intención...

—No pasa nada. —Me recorre con la mirada desde las botas hasta el pelo desordenado, se levanta y me da la mano—. Adelante.

Por los altavoces del ordenador se oyen cancioncillas navideñas de Santa Lucía. Marika Franzén es bajita y de pelo oscuro. Tiene la cara fina, unas gafas grandes y una bolita por nariz. Resulta cómico.

—Necesitaría hacerte algunas preguntas. Se trata de Thomas Heber. Supongo que ya te has enterado...

—Sí, sí —dice, y baja el volumen del ordenador antes de decidir que más vale apagarlo del todo. Tiene en los ojos castaños un punto de sereno abatimiento—. Me he enterado. Es terrible. Me cuesta trabajo creérmelo. Pero siéntate.

Uno de los rincones de la habitación está dominado por un tresillo, y yo me acomodo en uno de los sillones. En la mesa hay un montón de papeles y, al lado, una botella de coñac con dos vasos, uno de ellos con restos de carmín.

Marika sigue mi mirada y guarda la botella y los vasos en un armario. Se ha puesto colorada.

—Un colega y yo nos tomamos una copa anoche, terminamos tarde de una reunión para hablar de nuestro proyecto.

—¿A qué hora teníais la reunión?

—Empezamos a las cinco, estuvimos hasta las ocho.

Marika se sienta enfrente de mí, en el filo del sillón, como preparada por si yo pudiera derramar el café en cualquier momento y mancharle la tapicería.

—¿Y Thomas seguía aquí a esa hora?

—Sí, seguía aquí. Tenía la puerta del despacho abierta, así que lo vi cuando se fue.

—¿Sabes qué hora era?

—Pues la verdad es que le pregunté si no pensaba irse a casa, era bastante tarde. Pero dijo que había quedado con alguien sobre las diez y media, así que se quedaría hasta entonces.

—A las diez y media —digo, y saco el cuaderno del bolsillo—. ¿Sabes a quién iba a ver?

—No, pero estaba en la fase de campo, así que supuse que sería alguna de las personas a las que encuestaba.

—¿Fase de campo?

—Cuando un investigador reúne material empírico, los datos de su proyecto, mediante entrevistas, observación participativa u otros medios parecidos, decimos que está llevando a cabo el trabajo de campo, es una fase del proceso de investigación.

—¿Qué investigaba él?

—Movimientos sociales.

—¿Y eso qué es?

Marika cruza las piernas.

—Los movimientos sociales son un concepto algo complejo, pero se trata fundamentalmente de redes u organizaciones, y de sus actuaciones conjuntas. Es decir, se trata de centrarse en el grupo, no en los individuos.

—¿Como la AAF, por ejemplo?

—Exactamente, como la AAF.

En un momento tiene la mirada clara y aguda, y el segundo siguiente se le empaña y se le enturbia, se lleva la mano a la boca y ahoga un bostezo. Se sorbe los mocos, se esfuerza por centrarse en los datos objetivos. Puede que sea su forma de resistir.

—Los movimientos sociales se basan a menudo en protestas contra el orden social establecido, así que es un tema delicado desde varios puntos de vista.

—Entonces se trata de grupos políticos, ¿no?

—Bueno, no necesariamente. Pueden ser de otro tipo, según cómo definamos «político», claro. En el caso de Thomas se trataba de partes del movimiento autónomo con grupos como AAF o el Frente Revolucionario, por un lado, y el movimiento nacional como Resistencia Sueca, por otro.

—Quieres decir de extrema izquierda y de extrema derecha, ¿no?

—Si quieres usar esa terminología, pues sí. El Consejo de Investigación Científica concedió un dinero a Thomas para que investigara cómo interactúan los

miembros de los distintos movimientos sociales, sobre todo los de aquellos cuyas posturas son opuestas, es decir, aquellos que están en conflicto.

La página del cuaderno sigue vacía. Anoto «movimientos sociales, extr-iz, extr-der, AAF», y añado un signo de interrogación. El móvil me suena en el bolsillo, corto la llamada sin mirarlo, con la esperanza de que no sea Sam.

—Estaba pensando en la elección del campo de investigación...

—Quieres decir, ¿por qué eligió los movimientos sociales?

—Quiero decir por qué se centró precisamente en extrema izquierda y extrema derecha.

Marika se encoge de hombros.

—Bueno, no es ningún secreto que él tenía un pasado... bueno, como integrante del movimiento autónomo. En muchas ocasiones investigamos sobre lo que nos resulta familiar en un sentido o en otro, y él no era una excepción.

—O sea, que conoces su relación con la AAF, ¿no?

—Por supuesto. Conozco incluso el asunto de la agresión y la alteración del orden público. Recibimos correos electrónicos que me lo recuerdan unas cuantas veces al año.

—¿Qué correos son esos?

—Los envían nazis, racistas y trols cibernéticos de diverso pelaje.

Una discreta perla de interés se me ha formado en algún punto del globo ocular. Me pregunto si se me notará.

—Háblame de esos correos.

—Ya sabes —dice Marika con un gesto tranquilizador—, nada extraordinario. Los sociólogos nos vemos a veces en situaciones delicadas, sobre todo si investigas un tema que, en ese momento, esté infectado desde el punto de vista político. Varios de nosotros hemos recibido correos parecidos, y siempre tomamos medidas, lo denunciarnos a la policía y todo eso. Desde Breivik y lo de la isla de Utöya, o bueno, en realidad desde 2010, cuando los Demócratas de Suecia ganaron representación en el parlamento, han aumentado los mensajes de agrupaciones de extrema derecha y extrema izquierda.

—¿De cuándo son esos mensajes?

—Los últimos, de principios de otoño, pero los hay anteriores. Claro que es un asunto muy serio, pero no hay nada más que podamos hacer, aparte de enviarlo al Departamento de Seguridad, que es el que se encarga de denunciarlo ante vosotros.

—Y decías que eran mensajes de nazis, racistas y... —Bajo la vista y echo una ojeada al cuaderno en busca de la expresión—. Trols cibernéticos.

—En el caso de Thomas. Por lo que yo sé. Nunca identificaron al remitente.

—De delito de alteración del orden público a sociólogo —digo—. ¿Acaso cambió con el tiempo su concepción política?

—Era muy de la izquierda radical, pero para mí que ya no creía en la acción directa. Simplemente, se había hecho mayor.

—¿Mayor?

—La edad basta para cambiar a la gente. Pero quería comprender lo que había protagonizado mientras fue miembro activo.

—¿Seguía siendo miembro?

—A eso no te puedo contestar, no lo sé. Pero no lo creo. —Marika pone cara de horror, como si un semblante espantoso hubiera aparecido detrás de mí, por la derecha—. ¿De verdad que lo han asesinado?

—Sí.

—¿Y no sabéis quién lo ha hecho?

—No. Todavía no. Estamos intentando dilucidar —continúo despacio— los últimos días de su vida. ¿Notaste en él algo distinto?

Reflexiona un instante, paseando la mirada por los lomos de los libros de la estantería.

—Pues no, no que yo recuerde.

—¿Qué hizo ayer, durante el día?

—Thomas siempre llegaba sobre las nueve —dice—. Como la mayoría de los que trabajamos aquí. Así que ayer también llegó sobre las nueve. Luego se metió en su despacho y creo que estuvo transcribiendo entrevistas. Estuvo ahí hasta que me fui, y entonces fue cuando me dijo que tenía la cita a las diez y media.

—¿Y no sabes a quién iba a ver? —le insisto.

—No, ya te digo, no tengo ni idea. Ah, sí, una cosa más. En algún momento del día, después del almuerzo, creo yo, dio un paseo con Kele, Kele Valdez. Es algo que hacen de vez en cuando, dan un paseo por los jardines universitarios.

—¿Qué clase de persona era Thomas? ¿Tenía algún amigo íntimo o algún pariente del que hablara alguna vez?

—Thomas... estaba solo. Cuando empezó aquí, tenía una novia, eso sí lo sé, luego lo dejaron y, al cabo de un tiempo, conoció a otra, pero con ella también lo dejó. Sus mejores amigos eran sus colegas. Sobre todo, Kele Valdez. No creo que le hayan dado la noticia todavía. —Duda un instante—. ¿Tú podrías...?

—Ya lo hago yo —digo, y tomo nota en el bloc—. De todos modos, tengo que hablar con él.

A todo el mundo lo echa de menos alguien. Eso solía decir Grim cuando alguno de nuestros amigos de Salem se iba y no parecía preocuparle a nadie. Cuando muere una persona, siempre hay alguien que se pasa las noches en vela, siempre hay alguien que recorre las calles por las que una vez caminó el fallecido, alguien que revisa las prendas de su armario, para no tener que despedirse del todo. Y me pregunto quién estará haciendo todo eso en este caso.

Al otro lado de la ventana de Marika Franzén ha dejado de nevar. El mundo se torna extrañamente tranquilo, como suele ocurrir cuando se contempla de lejos.

Valdez no ha llegado todavía, así que me dedico primero al despacho de Heber. Es la mitad del de Franzén, pero contiene prácticamente tantos objetos y muebles como el apartamento. Lo único que falta es el aseo y la cocina: de haberlos habido, habría podido quedarse a vivir allí. Una de las paredes está cubierta de estanterías. En la otra se apoya un sofá no muy grande que pugna por convivir con un escritorio amplio. En el sofá hay un almohadón y una manta. En el escritorio, montones de papeles y de libros, un ordenador con teclado, un teléfono de los años ochenta y una impresora.

En el gancho de la puerta cuelga una lengua negra que es una corbata y una chaqueta de traje y, encima, una raqueta de bádminton en su funda. Tanteo con cuidado los bolsillos de la chaqueta. Están vacíos.

Encima del escritorio hay también un diploma enmarcado según el cual Thomas M. Heber mereció el premio de la Facultad de Ciencias Sociales por la mejor tesis doctoral del año. Al lado, otro que acredita que ganó The European Society of Sociology's Young Sociologist Award por un artículo, «*Notes on the Relations Between "Insiders" and "Outsiders" in Social Movements*», publicado en la *British Journal of Sociology*.

Una estrella ascendente que ya ha llegado muy alto. Y va y muere.

Me dejo caer en la silla del escritorio y muevo el ratón con la esperanza de que el ordenador de Heber esté encendido. Pero no, y cuando lo enciendo, me aparece el cuadro que exige la contraseña para poder acceder al contenido. Me lo quedo mirando un rato, cojo el teléfono y marco el número de marcación corta de la sección de informática, que está anotado en un papel, al lado del teléfono.

—Tienes que darme tu número de identidad —dice el responsable de informática con voz monótona cuando vuelve al auricular.

—¿Mi número de identidad?

—Tengo que poder comprobar que eres policía.

—¿Y cómo sabes que no te voy a dar el número de otra persona?

El responsable de informática suelta un suspiro, como si todos los días mantuviera la misma conversación.

—Tú dámelo, anda.

El escritorio del ordenador de Heber está atestado de carpetas y documentos, y voy haciendo clic en ellos de forma asistemática. Lo único que encuentro son borradores de artículos, versiones guardadas de las publicaciones e informes de otros, el orden del día de reuniones, resoluciones, el tipo de información capaz de hacer que hasta un policía se alegre de no ser académico.

Una carpeta llamada simplemente «C» lleva a otra carpeta, «CAMPO», que contiene muchos documentos. Uno de ellos es una lista de números, empieza en el 1580 y termina en el 1602. La mayoría de los números tienen una sigla, AAF, FR, FP,

P, RS, RAF-N, RAF-B y otras. Sus entrevistados, me figuro, y quizá las abreviaturas de las organizaciones a las que pertenecen. El siguiente documento se llama «BITÁCORA», y al abrirlo y empezar a leerlo noto un escalofrío cerca de la espina dorsal.

Es algo así como el diario de Thomas Heber. La primera anotación es de hace dos años. Acaba de iniciar el proyecto de investigación en el que estuvo trabajando hasta su muerte. El documento consta de cincuenta y cuatro páginas y termina el 12 de diciembre, ayer, con la siguiente nota:

12/12

Voy a ver a 1599, para hablar. Puede que le cuente lo que me han dicho. No lo sé. Nos veremos en el lugar de siempre, 2230. Estoy nervioso y preocupado, indeciso. Hoy no he trabajado mucho que digamos.

Abro otra vez la lista de los sujetos entrevistados y encuentro al 1599, con la abreviatura RAF-S. Me imagino a Heber, lo veo llegar a tiempo a la cita y veo a 1599 cuando él —o ella— entra en el callejón, le clava al sociólogo la navaja en la espalda. Pero no, eso no encaja, hay algo que desentona en el curso de los acontecimientos. Es como llevar el jersey del revés, funciona, pero no es como tiene que ser.

El sujeto entrevistado, 1599. Es el 1599 quien llega primero y espera a Heber detrás del contenedor de plástico verde. Heber tuerce en el callejón y mira alrededor, busca al contacto. Luego, de algún lugar entre las sombras de las calles de la capital, aparece una tercera silueta y le clava a Heber el cuchillo.

¿Habrás conducido el número 1599 a Heber a una trampa? Puede. ¿Cuánto tiempo pasa desde que Heber entra en el callejón hasta que entra el asesino? ¿Un segundo, un minuto? ¿Tienen tiempo de decirse algo Heber y el número 1599? Quizá, pero lo más seguro es que no. ¿Por qué da el número 1599 el aviso a la policía, si es que fue el 1599 quien llamó? ¿Por qué está Heber nervioso y preocupado, y qué es lo que le han dicho? ¿Y quién ha estado en el apartamento de Heber y ha dejado una pisada en el vestíbulo? ¿Ocurrió antes o después del asesinato?

Las preguntas parecen más bien nudos. En cuanto me acerco a una respuesta para cualquiera de ellas, resulta que he hecho demasiadas suposiciones y tengo que retroceder, empezar de nuevo. Tengo que hablar con Birck, él es mucho más analítico que yo.

Saco dos copias de la lista y luego otras dos copias del archivo más largo que parece un diario. Mientras la impresora que hay al lado del ordenador de Heber va escupiendo los documentos, leo la lista de números y abreviaturas, y rodeo al 1599 en un círculo.

Poco antes de las diez de la mañana, el hombre que se presenta para abrir el Café Cairo nota que allí ha ocurrido algo extraño.

Se llama Oscar Svedenhag y entra por detrás, a través del patio, y abre el local vacío, enciende las luces tenues del techo y recorre el pasillo entre las numerosas mesas y sillas hasta llegar a la barra. Suelta la mochila en el suelo, deja las llaves y se pone a silbar. Prepara la máquina del café y comprueba que tiene los alimentos que necesita para el día.

Faltan unos minutos para la apertura cuando Oscar se da cuenta: en el interior de la cafetería se oye un zumbido discreto. La puerta que da a la calle, por la que entran los clientes, no está cerrada. El picaporte está colgando un poco suelto, como si alguien lo hubiera roto.

Por si eso no fuera suficiente, también hay algo allí, detrás de la barra, que tampoco encaja. Pero ¿qué? Y entonces se da cuenta. El juego de cuchillos de la esquina, un soporte de madera del que sobresalen los puños en color negro mate. Falta uno de los cuchillos.

Para colmo de males, también falta dinero de la caja.

Hay muchas formas de reaccionar, y llamar a la policía es solo una de ellas. No es lo que él hace. Pero sí deja de silbar.

Kele Valdez está en su despacho, inclinado sobre la mesa, con la cara oculta detrás de los rizos oscuros, leyendo un texto con suma atención. Lleva una chaqueta negra, una camisa negra y unos vaqueros negros, como si el día de Santa Lucía incluyera también un entierro. Puede que sea lo mejor.

—Toc, toc —digo, y me siento como una sorpresa desagradable cuando Valdez levanta la vista de la mesa.

—Buenos días —dice, y se quita las gafas de montura negra—. ¿Qué quieres?

—Soy de la policía.

—¿De la policía? —Las cejas se le suben un poco en la frente y se la arrugan—. ¿Qué ha pasado?

Kele se toma la noticia de la muerte de su colega como cabe esperar. Durante la conversación, habla con voz mecánica y vacía, como suena una persona conmocionada. Y con esa voz me confirma que ayer dieron un paseo.

—¿Cómo estaba durante el paseo?

—No lo sé, estaba como... parecía nervioso, un tanto susceptible, ¿me entiendes?

—Puede —digo—. ¿En qué sentido?

—Estaba un poco cortante, como si tuviera la cabeza en otro sitio, más o menos. No sé a qué se debía, supuse que tenía que ver con el trabajo.

—Pero no le preguntaste, ¿no?

—No, no le pregunté, qué va. ¿Debería haberlo hecho? —añade, como esperando que yo pudiera aliviarle el peso que llevaba encima.

Y eso es algo que los policías no suelen hacer.

—No —digo—. No lo creo. ¿A ti te parece que existía un cuadro de amenazas contra Thomas?

—Sí, desde luego —dice Kele—. No es una cosa que me esté inventando. Había un cuadro de amenazas contra Thomas, sobre todo después de la masacre de Utöya. La tesis de Thomas acababa de publicarse cuando aquello ocurrió, y los movimientos políticos extremistas estuvieron en el foco de atención después de la tragedia. A Thomas le hicieron un montón de entrevistas y lo llamaron para que colaborase en debates televisivos y demás. Todo ello lo convirtió en un personaje público, y me figuro que peligroso. Los movimientos de la derecha lo reconocían de su época en la AAF, no sé si sabes a qué me refiero.

—Los conozco. Pero de lo que has contado no puedo imaginarme que la cosa llegara tan lejos como para cometer homicidio o asesinato.

—No, claro. Pero me has preguntado si había un cuadro de amenazas, y sí que lo había.

—¿Tú crees que esos movimientos tienen la suficiente capacidad de actuación como para hacer algo así?

—¿Te refieres a algún grupo de la derecha?

—Exacto.

Kele ha cambiado de postura en la silla. Todavía tiene las piernas cruzadas, pero ahora se ha cruzado de brazos muy fuerte, como si tuviera frío o tratara de defenderse de algo. Tiene la voz firme, pero la mirada vacilante y empañada.

—No, no lo creo. Pero no soy la persona adecuada para decirlo.

—Me estaba preguntando... —digo, y saco el diario impreso de Heber—. He encontrado esto en su ordenador. —Se lo alargó y Kele lo cogió—. No lo he leído entero, pero al final hay una anotación a la que me gustaría que echaras un vistazo. No sé cómo interpretarla.

Kele lee la primera página antes de levantar la vista.

—No creo que debas leer esto. ¿Tienes permiso para revisar su ordenador?

—Cuando alguien muere en las circunstancias en que ha muerto Heber, tarde o temprano nos dan permiso para lo que necesitamos. Y yo creo que esto podría ser importante.

—Estas son sus notas de campo. Es el diario de un investigador. No tienes ningún derecho a leerlo, va contra la ley del secreto investigador. O, por lo menos, tengo que ver una orden legal.

—Puedo volver con ella, pero, entre tanto, tengo una duda aquí, en la última página.

Kele pasa las hojas a disgusto y lee la última anotación.

—1599 tiene que ser un sujeto de investigación —dice luego, y pasa el dedo por el papel con delicadeza, con cuidado.

—Me preguntaba si tienes noticia de esto —digo, y le señalo con el dedo—. ¿Qué será lo que le han dicho? No me parece una anotación normal —añado—. En comparación con las otras, llama la atención. Me parece más personal.

—No tengo ni idea de lo que significa. —Deja el documento y se lo ve como desolado—. No quiero leerlo. Es demasiado íntimo. ¿Tienes más copias?

—No —le miento.

feliz santa lucía

Subiendo en el ascensor del gran edificio de la Casa, camino del piso de Delitos Violentos, leo el mensaje de texto que acaba de entrarme en el móvil. Grim.

no sabía que te hubieran dado un teléfono móvil, le contesto.

Enseguida llega otro mensaje, como si Grim estuviera con el móvil esperando a que le entrara el mío. Seguro que es así. No son muchas las actividades del Sankt Görán para los internos acogidos a la Ley de Tratamiento Psiquiátrico Obligatorio.

y no me lo han dado, escribe, lo he robado

Sin saber por qué, me hace reír mientras espero solo en el ascensor. Luego llamo al servicio de psiquiatría del Sankt Görán y les digo que alguno de ellos debería ir a investigar qué objetos ha conseguido apropiarse el interno de la habitación 22.

—Y además —añado—, procurad que se entere de que os lo he dicho yo.

En una de las muchas salas de reuniones están Birck, Olausson y Mauritzon, que se está agarrando con una mano al asa de una taza de café. Parece que eso es lo único que le impide quedarse dormida allí mismo.

—Tengo dos nietos —dice—. Dos y cinco años. Cuando mi hija no puede con ellos, me los llevo yo. Y se han presentado esta mañana, justo cuando iba a acostarme. O sea, no he dormido nada.

—Pobrecilla —dice Olausson con los ojos a medio cerrar.

El fiscal Ralph Olausson es un hombre esquelético. Cuando respira por la nariz, se le oye un débil pitido, y a su traje le hace falta un planchado. Cuando se afloja la corbata y se suelta el primer botón para colocarse bien el cuello, asoma una cicatriz enorme en la parte superior del pecho.

—¿Cuándo llegan los otros? —digo.

—¿Qué otros?

—Pero bueno, ¿ya está? ¿No vamos a ser más? Tendríamos que ser diez veces más.

—Pues en estos momentos, no hay más —dice Olausson por toda explicación.

—Pero traerás más gente, ¿verdad? No podemos sacar adelante una investigación de asesinato con solo tres personas.

—Ahora mismo, es lo que hay. —Olausson se mira las manos como si fueran más interesantes que aquello—. Bueno, pues manos a la obra, supongo.

Durante media hora, repasamos la muerte de Thomas Heber. A juzgar por los demás testimonios, la versión del pequeño John Thyrell se sostiene. Heber llega, y luego aparece otra persona, seguramente el asesino, que después deja el lugar y da paso a un tercero, el que estuvo escondido detrás del contenedor. Cuándo llegó ese tercero al lugar de los hechos es algo que nadie sabe, porque nadie lo ha visto. Un taxista que estaba al otro lado de la calle Döbelnsgatan llega para recoger a un cliente y ve a dos personas que salen del edificio, aunque no juntas, poco después de la hora en que se supone que se produjo el asesinato. En uno de los apartamentos, que da a Döbelnsgatan, una señora de sesenta y siete años con problemas de insomnio está regando sus plantas y observa la misma escena, pero ni ella ni el taxista son capaces de dar una descripción más detallada que el pequeño Thyrell.

—Un niño de seis años —dice Birck—. Nuestro mejor testigo es un niño de seis años.

—Pero el curso de los acontecimientos parece bastante claro —dice Olausson.

—Bueno —digo—. Tenemos un buen puñado de interrogantes.

—Ya, ya —murmura Olausson, y saca el móvil sin mirarme—. Pero ya se aclararán con el tiempo.

—¿Cómo que con el tiempo?

Olausson levanta la vista, parpadea.

—A medida que vayáis haciendo vuestro trabajo.

—Para eso necesitamos gente —dice Birck.

—Ya veremos qué podemos hacer.

Olausson sonrío un poco y ya está.

—Creo que la persona que estuvo detrás del contenedor no se quedó allí más que un par de minutos —dice Mauritzon, quizá para mantenerse despierta—. Es lo que indican las huellas en la nieve. No hay muchas. Y pueden ser de una mujer. Pocos hombres calzan un treinta y ocho.

—Puede que yo sepa quién es —digo, y les cuento sucintamente la visita a la universidad y les hablo de los correos electrónicos que recibía Heber, el proyecto de investigación que estaba realizando, que últimamente parecía distraído, las notas de la investigación de campo y el número 1599, la persona con la que Heber iba a verse el día que murió—. Además, menciona que le han contado algo, y que no está seguro de si contárselo al 1599. No tengo ni idea de lo que sería, pero me dio la impresión de que era importante. No tuve tiempo de leerlo todo y no me permitieron llevarme las notas de campo.

—O sea, ¿las has dejado allí? —dice Birck sin apartar la vista de su cuaderno.

—Sí.

—¿No sacaste más copias?

—No.

Olausson observa con gesto ausente algo que hay al otro lado de la ventana, aún con los ojos entornados. El móvil está en la mesa, delante de él, al lado del archivador de la investigación.

Mauritzon pide el archivador, y él se lo pasa.

—También encontramos esto —dice—. A poco más de cien metros del cadáver, en la calle de Döbelnsgatan.

Saca una de las fotografías y la empuja hasta Olausson, que la coge lleno de curiosidad.

—Vómito —constata.

—Sí. Tomamos una muestra, pero todavía no está listo el análisis.

—Me temo que es mío —digo.

—¿Tuyo? —La mirada de Mauritzon va de la fotografía a mi persona—. Vale.

—Había bebido o comido algo en mal estado. En combinación con el espectáculo del cadáver de Heber..., me mareé.

—Ya —dice Olausson.

—Lo siento, debería haberlo dicho.

—¿Cuánto tiempo llevas de servicio? —pregunta Olausson.

—¿Por qué?

—Por curiosidad.

—Trece días.

—Comprendo.

—¿Que comprendes? ¿Y eso qué quiere decir?

—Nada, ya digo, era curiosidad.

Sonríe y deja la fotografía. A saber cómo se haría la cicatriz que tiene debajo de la camisa. A saber si está casado o si vive solo, y si está grabando la reunión; a saber lo bien que se le da identificar a un mentiroso.

—Entonces, no tiene ningún valor para la investigación —dice Mauritzon, y se guarda la fotografía en el bolsillo y devuelve el archivador abierto a Olausson.

Birck evita mirarme, al igual que evita mirar a Olausson. Todo va en círculo, y sospecho que Olausson lo sabe. Por eso me quedo helado, me sudan las palmas de las manos.

—Las pisadas del apartamento de Heber —digo mirando a Mauritzon para cambiar de tema.

—Estamos con el apartamento. Terminaremos con el registro a lo largo del día, pero... no creo que nos aporte nada, salvo las huellas, vamos. Lo que sí podemos decir es que no son de la persona que estuvo detrás del contenedor en Döbelnsgatan, y que tampoco son de Heber. La persona que estuvo en el piso de Heber calza un 44.

—Puede que el asesino llevara unos zapatos demasiado grandes —dice Olausson.

—Sí, claro —dice Mauritzon, y golpea el tablero con el dedo. Me pregunto si es un gesto que hace cuando se irrita—. ¿Pero cuántas personas calzan un 44? —continúa—. De todos modos, las pisadas no tienen ningún valor hasta que no encontremos con qué compararlas.

—¿Y qué hay del teléfono? —pregunto.

—Sigue desaparecido —responde Birck, y rebusca entre sus papeles—. La última señal procedente de su aparato se registró en una antena próxima a la universidad media hora o quizá cuarenta minutos antes de su muerte, pero no han sabido establecer con quién hablaba. Nos mandarán las listas de llamadas en cuanto puedan, pero tardarán un poco, hasta última hora de la tarde, por lo menos. En estos momentos, lo más probable es que tengan el teléfono apagado. O que esté en el fondo del lago Mälaren.

—Tenemos que encontrar a este, ¿cómo era...? —dice Olausson despacio—. ¿Cómo lo has llamado, 1579?

—1599.

—Eso, 1599. Podría ser el autor de los hechos.

—No lo creo —digo.

—¿Por qué no?

—No cuadra.

—Puede que tenga que ver con cómo lo apuñalaron —dice Mauritzon—. Si el 1599 era la persona a la que estaba esperando, y no estaba allí cuando Heber apareció, este no habría estado de espaldas al callejón, ¿no? ¿Quién espera a alguien dándole la espalda al lugar por el que cree que aparecerá la persona en cuestión? Si el 1599 hubiera llegado ya y se encontrara en el patio, no habría ninguna razón para estar mirando al callejón.

El móvil de Olausson da un pitido. Se ve un nombre en la pantalla, una ge y algo más que nadie logra ver.

—Parece lógico —dice—. Trabajaremos partiendo de ese planteamiento. Y tenemos que averiguar qué fue lo que le dijeron a Heber. O mejor dicho —se corrige, y se levanta de la silla—, lo haréis vosotros, yo tengo otras cosas de las que ocuparme.

Olausson cierra el archivador, que seguía abierto en la mesa, y sale de la sala de conferencias con él en una mano y el móvil en la otra, pegado a la oreja.

—Ni siquiera lo ha mirado —dice Mauritzon estupefacta—. Me refiero al archivador. Me he pasado horas haciendo el informe.

Birck, que ha estado más callado de lo normal durante la reunión, pasea la mirada de Mauritzon a mí, y luego a la silla vacía que parece estar recuperándose después de la despedida repentina de Olausson.

—Menudo idiota —dice.

Me levanto.

—¿Y tú adónde vas?

—Voy a leer un rato.

—¿Esos papeles de los que no tienes copia?

—Algo así.

Birck mira de reojo a Mauritzon, que está a un suspiro de quedarse dormida.

—Aquí hay algo rarísimo —dice en un murmullo.

Dos tazas de café más tarde, estoy en mi despacho con las notas de campo de Heber que he sacado por la impresora. Durante la lectura, trato de dar forma a algo más que la mera silueta de Heber, pero el sociólogo muerto permanece como una sombra para mí. De entrada, las notas tienen un tono indagatorio, de duda, relacionadas sobre todo con su acceso al campo de investigación. Heber ofrece listas y reflexiones en torno a conceptos desconocidos para mí.

En enero comienza el trabajo de campo recurriendo a los contactos que tiene dentro del movimiento autónomo. Y no da de ellos mucha más información.

El primer sujeto entrevistado recibe por alguna razón el nombre de 1580, el tercero, 1582, y así sucesivamente. Se dedica intensamente a las entrevistas, a veces, hace varias al día pero, tal y como él mismo indica, sin ninguna dirección fija. En marzo, aparece por primera vez el 1599 en las notas.

13/3

Después de la entrevista a 1598 en el Café Cairo, le pregunto si conoce a alguien más con quien debería hablar. Me propone a una persona de los RAF, Radicales AntiFascistas. No me ha dado ningún dato de contacto, dice que no los hay, pero que vaya preguntando por ahí y que seguro que encuentro a la persona en cuestión. Me ocuparé de ello —de encontrar al que espero que se convierta en el sujeto 1599— en cuanto haya corregido los exámenes de los alumnos.

Datos de contacto que no existen. El 1599 tiene que ser una persona concreta, pero si se puede dar con ella utilizando la red de contactos, no debe de ser imposible de localizar. Por otro lado, no siempre depende de eso, sino de preguntar a la persona indicada. Y eso es más difícil de lo que parece. Un par de días después, Heber lo ha conseguido.

16/3

He estado en contacto con el 1599. Me ha llevado un tiempo dar con ella, estos días atrás prácticamente no he hecho otra cosa que buscar. El 1599 no tiene residencia fija, ni trabajo, nada. Hay en ello algo liberador que me atrae. Me pregunto si se está escondiendo de alguien, pero no lo creo. Creo que prefiere vivir así, simplemente. El 1599 ha aceptado participar en el estudio, hemos quedado en vernos mañana.

Así que es una mujer. No hay ninguna nota sobre el día siguiente. Heber no escribe nada sobre la reunión con el 1599 hasta el día 18, y además, es una información muy breve.

18/3

Ayer entrevisté al 1599. Acabamos tarde, pero fue muy productivo. Me surgieron nuevas ideas, pero también la confirmación de lo que dicen los demás SE (sujetos entrevistados). Tenemos que vernos más veces, creo que el 1599 tiene más que contar.

A partir de ahí, deja de aparecer en las notas por un tiempo, más de medio año; al menos, de forma expresa. A pesar de todo es como si las notas adoptaran un tono diferente después de la reunión con ella. Heber está más centrado, más maduro. El

centro es su trabajo de investigación, pero de pasada menciona algo más. Al final de una nota dice que «por hoy es mejor dejar de pensar en el proyecto de investigación», y que piensa salir a comer con sus colegas; participa en las reuniones y en los debates y se dedica a dar conferencias para estudiantes, políticos y activistas. Eso le proporciona ideas y reflexiones que utiliza en su trabajo, pero a ratos parece frustrado e indignado ante el hecho de que los demás no sean capaces de olvidar su pasado con la misma facilidad con la que lo ha olvidado él.

15/6

Doce años desde las revueltas de Gotemburgo. Di una conferencia para el Ayuntamiento de Estocolmo sobre lo que podríamos aprender de aquello. Ninguna de las preguntas tenía que ver con mi investigación, sino que todas mencionaban el tiempo que pertencí a la AAF. ¿Conseguiré algún día que dejen de relacionarme con eso? Me pregunto si es importante, si es una idea que debería tener presente en mi trabajo. Me pregunto qué dirían mis SE. Me pregunto qué diría el 1599.

Sí, ahora ya puedo imaginarme a Heber, ahí plantado, mirando en dirección este en alguna de las grandes avenidas, quizá en Birger Jarlsgatan o en Vasagatan, cuyos edificios no son más que figuras de vidrio y metales relucientes, con la calima a la espalda. Es verano y hace calor, y los coches pasan de largo a su lado, uno tras otro, incesantemente. Cuando se da la vuelta y se pone de frente al sol, por fin le pongo una cara, ya no es una silueta sino un ser humano. A todo el mundo lo echa de menos alguien.

No la vuelve a nombrar hasta noviembre.

25/11

Debería anotar aquí montones de cosas para que no se me olviden. Pero hay una gran parte que no sé si quiero tenerla por escrito. Por otro lado, no está bien que solo la tenga en la cabeza.

El 1599 se ha puesto en contacto conmigo otra vez. He mantenido con ella cierta distancia (¿lo habrá notado?), para que la cosa no continúe. Es muy arriesgado. Pero no sé... El 1599 tiene algo que me produce fascinación. Me preguntó por qué no la había llamado, tal y como le prometí, y no supe darle una buena respuesta, sino que me disculpé.

—Tenemos que vernos —dijo ella.

—Vale —dije—, ¿para qué?

—Ya te enterarás —dijo.

Y luego colgó.

Pero en las notas posteriores Heber no nos dice lo que le contó el 1599. Paso varias páginas para cerciorarme de ello. No menciona nada hasta unas semanas después, y en términos algo vagos.

5/12

Lo que el 1599 me contó me tiene destrozado. Pero ¿puedo confiar en ella? La intuición me dice que sí, aunque no lo sé. Si es verdad, es una locura. Dice que debería hablar con H. A ver si lo localizo.

Estoy llegando al final, y antes de que Heber haga la última anotación sobre la reunión con el 1599, la menciona solo unas cuantas veces.

7/12

1599. La cuestión es si no debería ir a la policía, a pesar de que iría en contra de los principios éticos. He intentado localizar a H., pero nada.

Pero ese mismo día ocurre algo que desconcierta a Heber casi tanto como a mí.

7/12 (más tarde)

Durante la entrevista que le hice al 1601 después del almuerzo ha ocurrido una cosa un tanto extraña. No me ha permitido que la grabe, así que he ido tomando notas. Hacia la mitad de la entrevista, me preguntó si había oído lo que decían. Le dije que no, que no me había enterado de nada. Yo sabía lo que me había contado el 1599, pero esto era otra historia. La conversación transcurrió como sigue, más o menos (no tengo aquí las notas, así que no estoy seguro del todo):

Yo: ¿Quieres decir que alguien iba a atacar a ...?

1601: Sí.

Yo: ¿Por qué?

1601: ¿El odio no te parece suficiente motivo? ¿La sensación de verse traicionado? ¿Cuántas razones necesitas?

Yo: Ya, bueno, puede ser. Pero a mí me sigue pareciendo extremadamente drástico.

1601: Supongo que cada uno puede pensar lo que le dé la gana, claro.

Yo: ¿Tú podrías evitarlo?

1601: No me atrevo. No sé nada más al respecto, nadie está al corriente de cuándo o dónde. Ya estoy hablando de más... Ya estoy... si alguien se entera de que...

Yo: Nadie puede enterarse.

1601 [largo silencio]: Yo sé quién.

Yo: ¿Quién?

Entonces me dio el nombre. Pienso ponerme en contacto con él en cuanto pueda, pero no me atrevo a utilizar el teléfono o el correo electrónico. Dudo mucho de que responda si sabe que soy yo.

9/12

He hablado con él. He tratado de convencerlo de que se deje entrevistar, así podremos hablar. Se ha negado. No sé que voy a hacer.

Dos días después, escribe otra nota. Puede que trate del mismo tema, que se refiera a la misma persona, pero Heber es un tanto difuso a la hora de expresarse.

10/12

El 1599 dice una cosa, el 1601 dice otra. No sé cuál de las dos es correcta. ¿Las dos, tal vez? No hay tiempo de más averiguaciones, y no sé si no debería ir a la policía, a pesar de todo. Si lo hago, romperé la promesa que le hice al 1599. No puedo. Sigo sin localizar a H.

11/12

Al final conseguí dar con H. en el Café Cairo. Llegué, me senté en un rincón con una taza de café y me puse a esperar, confiando en que se presentara. Hasta el último momento estuve indeciso, inseguro, sin saber qué decirle y cuánto. Esto tiene demasiada envergadura para llevarlo en solitario, las consecuencias son demasiado serias. No sé cuál de las posibilidades es la correcta, no sé cuánto sabrán otros.

Apareció al cabo de una hora más o menos, lo llevé a un rincón apartado y le pregunté si lo sabía. A propósito de ..., no mencioné quién iba a hacerlo (no me atreví, por razones éticas), solo cuál era el objetivo. Quería ver su reacción.

Se le notaba que estaba al corriente de lo que me había contado el 1599, pero cuando mencioné a ..., se quedó perplejo. Se lo noté. Se negó a decir nada más. Le pregunté si iba a comprobar la información, si podía decirme algo más. Estaba preocupado y, al mismo tiempo, avergonzado por haber roto el compromiso que tenía con el 1601 de mantener el secreto. Había prometido no mencionarle a nadie el nombre.

H. no respondió a mi pregunta. Se fue del Cairo.

12/12

Voy a ver al 1599, vamos a hablar. Puede que le cuente lo que me han dicho, no lo sé. Nos veremos en el lugar de siempre a las 22:30. Estoy nervioso y preocupado, indeciso. Hoy no he adelantado nada en el trabajo.

Busco la lista de los sujetos entrevistados y encuentro al 1601. La otra columna se compone de las abreviaturas de las organizaciones a las que pertenecen los sujetos, pero el 1601 no tiene asignada ninguna. En realidad, el 1601 no es el único al que le ocurre. Me quedo mirando la lista para descifrarla y decidir si tiene alguna importancia. Puede que sí. ¿Quién o qué se esconde detrás de ...? ¿Y quién es H.? Alguien que suele ir al Café Cairo, pero no es uno de los sujetos entrevistados. De ser así, habría tenido asignado un número. Y H. ¿será la inicial de un nombre?

Llaman a la puerta, dos golpes secos. Birck. Abre y entra sin esperar respuesta, yo me apresuro a sacar un archivador de la estantería que tengo detrás, lo coloco encima de las notas y hago como que estoy buscando algo entre sus páginas.

—¿Ocupado? —dice Birck.

—A punto de salir.

—Y por eso necesitabas consultar... —Birck echa una mirada al archivador—. «Recopilación de pruebas en ordenadores. Edición revisada de 1980».

—Un ataque de nostalgia.

—¿Pero tú habías nacido siquiera en 1980?

Birck saca la silla de madera y se sienta con la espalda hundida bajo la chaqueta oscura.

—Olausson —dice luego con la mirada en un punto impreciso del escritorio—. Tenemos que hablar de él.

—Vale.

—Después de la reunión, fui a los aseos, y resulta que las paredes son muy finas, para bien y para mal, más bien para mal, supongo. El caso es que oí que había alguien en el aseo contiguo, que hablaba por teléfono al tiempo que dejaba correr el agua del lavabo.

—Vale.

—No me he enterado de gran cosa, pero creo que he conseguido oír el final: «Acabo de salir de una reunión con ellos. El uno no supondrá ningún problema, el tal Brik o como se llame. La cuestión es el otro. Pero yo creo que tiene un punto flaco». Luego ha colgado y ha cerrado el grifo.

—Brik —digo, y siento unos impulsos involuntarios en los labios—. Mejor que Birck.

A Birck no parece que le haga mucha gracia.

—¿No va a suponer ningún problema? —continúo—. ¿De verdad que ha dicho eso?

—Eso ha dicho. Pero de ti no parece estar tan seguro. Y además, cree que tienes un punto flaco. No hay que ser un genio para imaginarse cuál es.

—Pero si estoy limpio. Tranquilo.

—No, no estás limpio.

—Que sí.

Birck suelta un suspiro.

—Tú y yo somos sus investigadores —digo, cambiando de tema—. ¿Cómo vamos a suponer un problema para él? ¿Y por qué no contamos con más gente?

—Quién coño lo sabe. Puede que ya se haya enterado de que la Judicial Provincial, o la Central incluso, se hará cargo del tema y no quiere molestarse en apartar efectivos de otras tareas. O puede que, sencillamente, no haya más personal.

Birck se alisa el pelo con la mano, bosteza sin hacer ruido y parpadea un poco.

—Pensé que tú lo sabrías —dice—. Pero ten los ojos abiertos. Algo raro pasa con Olausson. Y también pasa algo raro con la muerte de Heber. —Se levanta de la silla de las visitas y le lanza una mirada llena de odio, como si lo hubiera ofendido—. Joder, qué incómoda es. Si encuentras ahí algo que tenga que ver con nuestro 1599 —dice, y señala la edición de «Recopilación de pruebas en ordenadores»—, ten la bondad de llamarme.

Cierro el archivador.

—Estaba pensando ir al Cairo. Te acuerdas del recibo que encontramos ayer, ¿verdad?, era de la cafetería. Y en los documentos de los que no saqué copia también figura.

—Bueno.

Dudo, sopeso las posibles consecuencias de plantarme en la puerta del Café Cairo con un policía que tiene pinta de lobo gigante.

—¿Me acompañas?

—Estoy ocupado —dice Birck, blandiendo el móvil en la mano—. La autopsia de Heber.

—Pues ven cuando termines.

—No hagas ninguna tontería en el Cairo —dice Birck.

Fiel a mi costumbre, eso es precisamente lo que hago.

La calle de Mitisgatan es una tira estrecha de tan solo una manzana de longitud, cuyos antiguos edificios de cinco plantas parecen extrañamente comprimidos en comparación con los edificios de las calles aledañas. Bajo un cielo estresado, voy cruzando los pasos de cebra con las manos en los bolsillos, tiritando de frío.

La puerta metálica de color verde que hay a pie de calle parece lo bastante muda y sosa para no poder ser otra cosa que la puerta de un almacén, pero encima hay un letrero no muy grande. CAIRO.

Bajo el picaporte y la pesada puerta se abre murmurando como un viejo al que despiertan de un sueño ligero. Puedes confundirte y tomarlo por un café como otro cualquiera, pero solo hasta que comprendes dónde has ido a parar, y, una vez que lo comprendes, cariño, estás perdido, ¡pof!, absorbido en otro mundo.

El Café Cairo es un refugio para subculturas autónomas con cierta debilidad por lo extraparlamentario. Es un local grande, con los suelos y las paredes de madera. Las paredes están pintadas de negro y rojo y del techo cuelgan viejas banderolas y letreros de manifestaciones pasadas como reliquias o trofeos. En una de las paredes han colgado una fotografía enmarcada enorme en blanco y negro, es de un manifestante encapuchado que arroja un ladrillo contra el muro de policías de la calle Avenyn de Gotemburgo.

En el Cairo se ve gente sentada aquí y allá en parejas o en grupos de tres alrededor de las mesitas, y cuando abro la puerta giran la cabeza, hombres y mujeres jóvenes con expresión muy seria. Una radio va dando las noticias. Hasta entonces no me doy cuenta de que el picaporte de la puerta está colgando, de que se ha roto.

No tengo nada que ver con ese sitio y se me nota perfectamente. Parezco un hombre con dinero que no tiene tiempo de lavarse la ropa. Soy policía, y en el Cairo han aprendido a sentir el olor a policía incluso antes de que entre en el local. No comparto la fe en la ideología por la que luchan. No tengo miedo de lo que el Estado sea capaz de hacer en nombre del capital, no aborrezco la industria peletera ni el patriarcado y no opongo resistencia alguna. No hago nada. No soy uno de ellos y, por tanto, no soy nadie en absoluto.

Detrás de la barra hay un hombre de mi edad. Es más ancho que un pórtico y la camisa le estalla encima del pecho cuadrado. Tiene el pelo oscuro y corto, en el pecho, en el lado derecho, lleva una insignia blanca con las letras RAF escritas en rojo y negro y en las manos una bandeja de horno caliente con una tarta cremosa de chocolate.

—Aquí no servimos a los maderos —dice. Tiene los ojos grises y, en la barbilla, algo que parece un eccema, como una herida abierta y roja, brillante. Deja la tarta en la barra—. Vete al Klara, en la calle de Hantverkargatan.

—¿Tan claro se ve?

—¿Que eres poli? Sí. Es por la puerta, ¿no?

—¿La puerta? —digo.

—La rompieron anoche. Me la he encontrado abierta al llegar.

—¿Os han entrado a robar? ¿Lo has denunciado a la policía?

—No.

—Pero entonces, ¿cómo iba a saberlo yo?

—Siempre hay algún cerdo que llama a la pasma cuando se trata de nosotros, da igual por lo que sea. He supuesto que os habíais enterado.

—No —digo—. Qué va, esto no va de eso. Es por Thomas Heber. —Pausa dramática—. Estás enterado, ¿no? De que está muerto.

—Nos hemos enterado esta mañana.

—¿Sabes cómo murió?

—Como te decía, nos hemos enterado esta mañana.

—¿Quiénes sois «vosotros»?

El tipo se encoge de hombros.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto entonces.

—¿Y cómo te llamas tú?

—Leo Junker.

Le doy la mano. Un tanto dudoso, el hombre alarga la suya, cuadrada y dura como un trozo de viga.

—Oscar —dice—. Oscar Svedenhag.

—Yo lo único que quiero es hacer unas preguntas. —Lo noto, noto que nadie me mira, pero que todos me están mirando—. ¿Podemos ir a algún sitio?

—Aquí estamos bien —dice Oscar, y se da cuenta de que la cafetera está vacía—. Un momento. —Desaparece por un agujero en la pared y vuelve con una jarra llena y caliente—. ¿Quieres?

—No, gracias. Esa insignia. —Me quedo mirando al círculo de plástico que tiene prendido en el pecho—. Erre, a, efe. —Pronuncio cada letra por separado, sin saber si es así como hay que decirlo—. ¿Es RAF de Royal Air Force o RAF de rifirrafe?

—R-A-F —dice Oscar con frialdad—. De Radicales AntiFascistas.

—Un grupo.

—¿Igual que la AAF?

Eso le provoca una risa cansina y condescendiente.

—Algo así.

—¿Y qué es RAF-B?

—Eso no es asunto tuyo.

—Yo creo que sí.

Oscar señala en silencio a unos clientes que están a mi espalda y que nos están observando. Luego se vuelve hacia mí otra vez.

—No levantes la voz. No soporto que haya bronca en el bar.

Apoyo los codos en la barra, noto el olor de la cafetera, fuerte y agrio, y sopeso la posibilidad de tomarme un café, después de todo.

—Creo que tenemos un testigo del asesinato de Thomas. Una mujer que es miembro de los RAF.

—Los RAF tienen más de cien miembros activos en la zona de Estocolmo —dice Oscar—. Aproximadamente el treinta por ciento son mujeres. Tendrás que ser más específico.

A Oscar le pasa algo. Tiene algo en los ojos.

—Tú lo conocías bien. Thomas y tú os conocíais.

Oscar ladea la cabeza, como sopesando las consecuencias de su respuesta.

—No mucho. Sabía quién era.

—No termino de creerte.

—Me importa una mierda. Lárgate de aquí ahora mismo. La gente va a empezar a preguntarse de qué vas.

—O hablamos aquí —digo— o nos damos un paseo hasta el búnker. Lo que tú veas.

Sonríe y me da la espalda otra vez, cambia de sitio la bandeja del horno y limpia la barra. En el rincón del fregadero: un juego de cuchillos en un soporte de madera.

—¿Ese soporte suele estar lleno?

—¿Por qué?

—Soy de natural curioso.

Se lo piensa, consciente de lo que puede significar la respuesta.

—Sí, suele estar lleno. No sé dónde está.

No es posible distinguir las hojas de los cuchillos. Podía ser uno de ellos, el que falta, el que utilizaron para sajarle la espalda a Heber. Trato de ver los zapatos de Oscar. Podrían ser un 44.

—Aquí no funciona el recurso del ultimátum. Y menos si viene de un madero repugnante.

—Repugnante, vaya, eso es nuevo.

—A ti te gusta tu trabajo, ¿no?

—No tengo nada en contra de él —digo, con el corazón en la mano.

—Se nota.

—¿En qué?

—Te gusta interrogar a la gente, o eso parece. Como si fuera lo tuyo.

—Es que no me gusta que la gente vaya por ahí apuñalando a los demás. Yo creo que lo mío es eso, más bien.

Oscar se para y entonces ocurre. Ya lo he visto con anterioridad, cómo la gente cambia cuando cae en la cuenta de repente. Deja el trapo. El hombretón que tengo delante parece presa de una hondísima pena.

—Si respondes a mis preguntas, te dejo en paz.

Oscar se muerde el labio, se le tensa la piel de la barbilla y el eccema rojo y brillante cambia de forma.

—¿Tiene que ser muy detallado?

—Todo lo detallado que puedas.

Se le hunden los hombros y se le amustia el porte.

—Nos conocimos en Gotemburgo, durante las revueltas. Pronto hará trece años. Perteneíamos a facciones distintas, pero dentro de la misma red, y compartíamos piso con otro chico en Gotemburgo.

Desde lo de Gotemburgo, fueron muy amigos, hasta hacía un par de años. No empezaron a alejarse por nada en particular. Se hicieron mayores. Thomas se concentró en lo académico mientras que Oscar se mantuvo dentro de la AAF y echaba unas horas en el Cairo. Unos años atrás, dejó la AAF y se pasó a los RAF.

—Thomas estaba llevando a cabo una investigación —digo—. ¿Eras tú uno de sus sujetos de estudio?

—Sí —dice Oscar—. Uno de los que le facilitaba el acceso a otros a los que entrevistar. Como él llevaba un tiempo fuera de la política... O al menos, por lo que a la acción directa se refiere. Thomas no conocía a los nuevos, y ellos tampoco lo conocían a él.

—¿Le habías ayudado con anterioridad?

—No, antes se las había arreglado sin mí. —Oscar coge una taza del armario que tiene detrás, sirve un café. Es una taza blanca en la que se lee «I,D TRADE MY BOYFRIEND FOR A TRUE DEMOCRACY» escrito en letras negras—. Pero esta vez no. Así que tiré de algunos hilos para facilitárselo.

—¿Tienes idea de quiénes eran los otros? Los que también le ayudaban —añado.

—Pues le pregunté, naturalmente. Pero no, en esas cosas era extremadamente reservado con la información. Decía que conmigo era lo mismo, que lo mío también estaría protegido por el secreto profesional. Que yo sería un número.

—Ya, ¿cuál?

—¿Cómo?

—Que qué número eras.

—El 1584. —Toma un sorbo de café, mira otra vez de reojo por encima de mi hombro—. Investigadores, ¿no? Con cuántos secretos se andan. Son peores que los de la AAF.

—Estaba pensando... —digo, rascándome la mejilla—. Estaba pensando en su vida familiar.

—¿Qué le pasa a su vida familiar?

—No, bueno... No parece que tuviera. Los hombres de su edad, de nuestra edad, suelen estar al menos en vías de comprometerse con alguien. ¿Sabes si mantenía alguna relación?

—No, ni idea.

—¿Acostumbraba a venir aquí?

—Acostumbraba no es la palabra adecuada. Venía a veces.

—Tengo un recibo que dice que estuvo aquí hace unos días. El once. Creo que se vio con alguien, una persona cuyo nombre o apellido puede que empiece por H. ¿Tú estabas trabajando ese día?

—No, ese día me fui a casa después de una mani en Jönköping.

—¿Podrías mirar quién estuvo trabajando ese día?

—No llevamos ninguna lista de turnos, así que tendría que hacer algunas llamadas, y no tengo la menor intención.

—¿Sabes de algún otro compañero que estuviera aquí ese día? ¿Alguien que esté aquí ahora?

—Si quieres saberlo, tendrás que preguntarles a ellos. Pero te recomiendo que elijas tus palabras con sumo cuidado.

Me vuelvo hacia los clientes, que han retomado su conversación. Algunos están solos, leyendo. Entre ellos, un hombrecillo algo cabezón con unas manos pequeñas que parecen duras. Lleva una cazadora de piel de color gris con una insignia de los RAF en el pecho.

—¿Está bien el libro? —pregunto.

—¿Qué coño quieres?

—Hablar.

—No, gracias.

—No era una invitación.

El hombre todavía no ha levantado la vista del libro.

Termino por cansarme.

—Venga. ¿Qué tal si te llevo a dar un paseo al búnker a ver si te espabilas?

Se hace un silencio terrible. Detrás de mí oigo suspirar a Oscar. Fuera, en la calle, se detiene un coche. El hombrecillo deja el libro y se levanta. Los ojos recuerdan a los de un pájaro, nerviosos y redondos, saltones.

—¿Tú quién coño te crees que eres?

Le saco una cabeza. No importa, porque detrás de él se levantan de la silla cuatro, cinco, quizá más, y me rodean y me miran como se mira a un insecto un instante antes de aplastarlo. El hombrecillo da un paso al frente, me clava rápidamente el puño en el estómago.

Noto que se me escapa el aire del cuerpo y caigo de rodillas jadeando.

Por encima de la cabeza oigo cómo se ríen.

Hago lo posible por ponerme de pie. Tardo demasiado, es una vergüenza, pero al final lo consigo. Veo con el rabillo del ojo que alguien se levanta de la mesa de la esquina y sale del Cairo. Una mujer.

Bajo la vista, aún resoplando en busca de aire después del golpe. Una idiotez descomunal, eso ha sido.

Los hombres están tan cerca que me rozan los brazos con el pecho, y los zapatos con la punta del zapato. Ninguno parece estar enfadado, pero a varios se los ve llenos

de curiosidad por saber qué va a pasar ahora.

—Tu turno —le dice el bajito a uno de ellos.

Entonces ocurre algo. La puerta del Cairo se abre otra vez y Gabriel Birck aparece con las manos en los bolsillos del abrigo y mirando con curiosidad. Un policía con un traje demasiado caro y una cara de aristas tan afiladas que podría valer para estamparla en una moneda. Al ver el grupo de personas, y mi cabeza, que asoma entre los hombros de todos, se acerca y saca las manos de los bolsillos.

—¿Está todo en orden?

—Casi —digo entre pitos.

—Os recomiendo que dejéis el local —dice Oscar desde detrás de la barra.

—Me parece razonable —dice Birck.

Me giro y mi mirada se cruza con la de Oscar.

—Llámame —digo, pero no puedo ver si reacciona o no, porque enseguida estoy en la calle otra vez.

—Te lo dije —protesta Birck camino del coche—. No hagas ninguna tontería.

—Lo sé. —Me froto el estómago. Lo tengo dolorido y vacío después del puñetazo del hombrecillo—. Perdón.

—Precisamente por eso te respondí que no cuando me preguntaste si estaba contento de que fuéramos a trabajar juntos. No se puede confiar en ti.

—Perdón —repito.

—Que te jodan. ¿Tienes un cigarro?

Avergonzado, saco uno del paquete. Nos sentamos en el Citroën negro de Birck. El interior tiene un olor peculiar, una mezcla de piel, perfume e invierno.

—Deberías denunciar el puñetazo —dice—. Agresión a un funcionario público. Al enano de extrema izquierda le va a caer una que no veas.

Niego con la cabeza.

—Puede que tengamos que volver a hablar con ellos. Si lo denunciemos, será imposible. Nos odiarán más todavía. ¿Has visto a la persona que salía del Cairo más o menos cuando entrabas tú?

—Una mujer —dice Birck—. ¿Por qué?

—¿Te has fijado en cómo era?

—No mucho.

—Creo que podría ser nuestro testigo, el 1599.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Un palpito.

Birck suelta una risotada y arranca el coche.

—Pálpitos. Algo totalmente inútil para un policía.

Me pregunto si Birck tiene razón. Puede.

—Me ha llamado repugnante.

—¿Quién?

—El que nos ha dicho que nos vayamos.

—Repugnantes... —dice Birck pensativo—. Repugnantes somos todos, ¿no?

La autopsia de Thomas Heber confirma que murió porque alguien le clavó un cuchillo en la espalda y lo giró un cuarto de vuelta. La hoja del arma era bastante grande, entre doce y quince centímetros, y parcialmente estriada. El cuchillo le rajó varias arterias centrales próximas al corazón, cuyo nombre médico Birck ha olvidado.

Pero lo más interesante de lo que comunicó el patólogo forense no era tan complicado. La cosa fue rápida. El asesino sabía lo que hacía y lo más seguro es que Heber no estuviera consciente más que unos segundos, medio minuto, a lo sumo. Y poco más de un par de minutos después, era médicamente imposible salvarlo.

Unas horas antes de su muerte, Heber se había tomado un café, y los intestinos estaban descomponiendo los restos del bocadillo con que lo había acompañado.

—¿Quién ha hecho la autopsia?

—Khan, por suerte —dice Birck—. Por eso decidí no ir personalmente y me he contentado con llamar. Si había algo interesante, Khan lo había encontrado sin duda.

En el cadáver de Heber no había nada más, ningún fragmento de piel del asesino que fuera de utilidad, ninguna fibra, nada. Los pocos rastros que encontraron estaban en el abrigo de Heber, a la altura del hombro, pero los habían arruinado los elementos, según lo expresó Mauritzon en el informe que leyó Birck. Las fibras halladas en el hombro tal vez pertenecieran a un guante, pero ni siquiera estaban seguros de que fuera esa la prenda.

—Arruinados por los elementos —digo—. Eso quiere decir por el tiempo.

—Exacto.

—¿Qué hombro?

—¿Cómo?

—¿En qué hombro estaban los rastros?

—El izquierdo.

—O sea que el asesino llega por detrás y le pone a Heber la mano en el hombro izquierdo para hacer fuerza a la hora de clavarle el cuchillo —digo.

—Puede —dice Birck—. Supongo que sí.

Birck aparca el coche en el garaje de la Casa. Apaga el motor y se quita el cinturón de seguridad, pero se queda sentado.

—He buscado información de Heber en la red —dice Birck—. Aparte de las semblanzas que le hacen en los foros de nazis y en otras páginas, sorprendía el silencio.

—¿Qué decían esas páginas?

—Nada que no sepamos ya. AAF, condena por agresión, sociólogo e investigador, bla-bla-bla. Puedo tratar de conseguir información acerca de los usuarios que han escrito sobre él, pero dudo que funcione. Lo más seguro es que sea una pérdida de tiempo.

—Sí, seguramente.

En algún punto por allí cerca parpadea un fluorescente, y vemos encima el techo bajo del garaje. Me pregunto si nos daría tiempo a salir de allí en caso de que las columnas cedieran y el techo se hundiera. Últimamente me asalta ese tipo de pensamientos. No se lo he dicho a nadie.

—Aquí hay algo que no encaja —digo.

—¿Es otro de tus *pálpitos*?

—Sí.

Birck se queda callado unos segundos.

—Yo también lo tengo —dice al fin, y abre la puerta.

Delante de mi despacho hay un hombre con un traje negro, camisa blanca y corbata negra muy fina. Lleva el pelo rubio y peinado hacia atrás. De lejos tiene un aspecto agradable, pero de cerca se ven las arrugas y las manchas del traje, y el pelo rubio entreverado de cabellos grises. Se lo tiñe, quizá para no parecer tan pálido, pero solo lo consigue a medias. Tiene la postura de quien iba camino de algún sitio pero ha olvidado adónde. Al verme, sonrío vagamente y saca la mano del bolsillo del pantalón.

—Leo Junker, ¿verdad?

—Sí. —Le estrecho la mano. La tiene seca y fría—. ¿Y tú eres?

—Paul Goffman.

—Goffman —digo—. Me resulta familiar.

—¿Tienes un momento?

—¿Tú trabajas en la Casa?

—En cierto modo. —Mira de reojo la puerta cerrada de mi despacho—. ¿Podemos hablar ahí dentro? Será rápido.

—Tengo mucho que hacer. ¿Y qué quieres decir con «en cierto modo»?

—Puedo explicártelo. He venido para ayudarte.

Ya he metido la llave en la cerradura, pero me paro.

—¿Para ayudarme? ¿Y eso qué quiere decir?

—Lo que estás oyendo. —Me mira a mí, luego la cerradura—. Se trata de Thomas Heber.

Ah. Los refuerzos.

Goffman tiene la mirada clara, de un azul tan claro que parece casi blanco, el mismo color del hielo cuando lo vemos a la luz de un sol intenso. A mí esto no me da buena espina.

Goffman pasea la mirada por el despacho, examina una pared tras otra, como en busca de algún detalle que le desvele algo del propietario. El problema de este

despacho es que, aparte de una taza de café y un paquete de tabaco vacío, no contiene nada que pueda considerarse «detalles».

—Volví hace trece días —digo, como necesitando dar una explicación, sin saber muy bien por qué.

—Lo sé —dice Goffman con tono misterioso, y apoya la mano en el respaldo de la minúscula silla de las visitas—. ¿Puedo?

—Por supuesto.

El hombre se sienta con cuidado, como si no estuviera seguro de que la silla fuera a aguantar.

—Thomas Heber —digo, y me siento en mi silla.

—El mismo —dice Goffman, cambia de postura en la silla, como si acabara de acordarse de lo que había ido a hacer allí—. Me gustaría que dejaras que nosotros nos encargáramos de Heber.

—¿Nosotros?

—Sí... —Goffman frunce el entrecejo—. Nosotros.

—¿Y quiénes sois vosotros?

—Ah, ¿no te lo he dicho?

—No. ¿Eres de la Judicial Central?

—Perdona —dice Goffman, y suelta una risa, niega con la cabeza—. Habría jurado que te lo había dicho. Estoy un poco hecho polvo, llevo tiempo sin dormir. La Secreta. Yo soy de la Secreta y...

—Inteligencia.

Debería ocultar mi sorpresa, pero no lo consigo. Goffman está mucho menos desconcertado de lo que quiere aparentar.

—Exacto.

Los Servicios de Inteligencia ya no están en la Casa, se trasladaron en otoño a unos locales propios algo retirados, en Solna. Y además, Goffman dice la Secreta, no Inteligencia. Lo que significa que lleva mucho tiempo trabajando ahí.

—Comprendo.

—Ya me imaginaba que lo comprenderías. Y necesitamos encargarnos nosotros.

—¿Necesitáis encargarnos?

—Eso es.

—¿Necesitáis, así?

Goffman parece un jugador de ajedrez que trata de interpretar bien el tablero para determinar la lógica de la jugada del contrario. Por lo menos, eso es lo que quiere aparentar.

—Eso es —repite.

—Vale. —Apoyo los brazos en el borde de la mesa y noto una punzada en el estómago, quizá una secuela del puñetazo que me he llevado en el Cairo—. ¿Por qué? ¿Por qué necesitáis encargarnos?

—Bueno, no me está permitido discutir contigo esos detalles, como comprenderás.

—¿Esto viene de más arriba?

—Por supuesto que sí.

—¿De muy arriba? ¿Lo sabe Olausson?

—Olausson está al corriente de lo que hay, y se ha retirado. Nosotros designaremos un investigador propio.

Me quedo mirando el paquete de tabaco vacío, lo levanto, lo estrujo en la mano y lo tiro a la papelera.

—Deberías tratar este tema con Birck. Él es el jef...

—Sí, también pienso hablar con Gabriel.

A mí no me gusta que me interrumpen. Lo miro con encono, pero no creo que lo capte, o que le importe.

—¿Qué pasa con Heber, qué lo convierte en un caso solo para vosotros?

—Oye —dice Goffman, y suelta otra risa, enseña unos dientes regulares y limpios, cruza las piernas y me señala moviendo el índice en el aire—. Eres muy astuto. No puedo hablar de esto contigo.

—Nada de detalles —digo, y siento un impulso repentino de atizarle en la cara—. Has dicho que no puedes discutir conmigo los detalles. Si os vais a quedar con el caso, quiero saber por qué. Eso no es ningún detalle.

—Es verdad —dice Goffman—. Perdona, pero es que esta silla es incomodísima.

—Yo creo que, en parte, es la idea.

—Naturalmente. Eso será. ¿Te importa si me quedo de pie?

—No.

Goffman se levanta; es tan alto que me parece antinatural con ese traje arrugado mientras se pasa la mano por el pelo y observa la silla destartada.

—Si quieres que alguien se sienta incómodo, dale un traje sin bolsillos. Esto debe de ser lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—La gente revela más de sí misma cuando se siente incómoda, ¿no? —Le indica con un gesto de la mano que lo olvide—. Bueno, da igual. El caso es que Heber estuvo vinculado a grupos de extrema izquierda en el pasado. Eso lo sabes tú tan bien como yo. Al final se endereza y se convierte en algo así como un pseudoinvestigador universitario, ¿y sobre qué investiga? Movimientos sociales de izquierdas. Sobre sí mismo, en rigor. Y ahora resulta que alguien va y le clava un cuchillo en la espalda. ¿A ti te parece que eso es casualidad?

—A mí —le digo— me parece que tú eres una persona educada y que quieres que yo crea que sé lo mismo que tú cuando en realidad tú sabes mucho más de lo que estás dando a entender.

Goffman lo mira otra vez como si no lo entendiera.

—Ya, ¿y qué se supone que sé?

—Por ejemplo, la verdadera razón por la que tú, o vosotros, queréis quedaros con el caso. Lo que acabas de darme es un pretexto. Aquí hemos investigado casos similares con anterioridad.

—Ah —dice Goffman, y levanta otra vez el dedo índice. Tiene los dedos largos y huesudos, el tipo de dedos que uno se espera de un carterista o de un mago—. Detalles.

—Si vais a quedaros con la investigación de este caso, quiero saber por qué.

—Tú lo has dicho —dice Goffman, que se guarda el dedo índice y el resto de la mano en el bolsillo del pantalón y da unos pasos por la habitación, como si la situación lo pusiera nervioso—. Lo que pasa es que ni puedo ni quiero responder a eso. Además, has adoptado la perspectiva equivocada. Hablas de «nosotros» y «vosotros», pero esa división no se sostiene. Todos trabajamos para conseguir los mismos objetivos.

—El que ha empezado a hablar de «nosotros» y «vosotros» has sido tú, no yo.

Deja de dar vueltas. Luego se encoge de hombros.

—No tienes elección —dice, con una voz que casi suena compungida, pero que también podría ser burlona, un tanto sarcástica.

—Pues en ese caso, quiero ver papeles.

—Y los vas a ver. No estaría aquí si no los tuviera, solo que no los llevo encima.

—Qué pena —digo.

—Dame la documentación de la instrucción del caso. Puede que ya empiece a faltarnos tiempo.

—No la tengo aquí, la tiene Birck.

—Ya —dice Goffman—. Mándamela por mensajero. —Abre la puerta—. Gracias por atenderme. Feliz Santa Lucía.

—¿Quién es?

Goffman se detiene.

—¿Cómo?

—¿A quién están amenazando?

—Perdona, pero ¿a qué te refieres?

—Hay una amenaza dirigida contra alguien, y relacionada con la muerte de Heber. Hasta ahí llego. Y por eso os lleváis el caso. Quiero saber quién es el objetivo.

Goffman vuelve a levantar el índice.

—Detalles.

Luego lanza un guiño, sonrío y se larga.

Me quedo mirando la silla de las visitas. Al cabo de un rato, un minuto, tal vez, pero tal vez bastante más, me levanto, rodeo la mesa y me dejo caer en ella.

Goffman tenía razón. Es incómoda de narices. Me quedo ahí sentado con la mirada en mi silla, que está al otro lado del escritorio.

Can't think of anything to think.

—**E**sto... mmm... —se oye en la puerta una voz que me hace girar la cabeza. Allí está Birck—. ¿Qué haces? —Da unos pasos, entra y cierra y la puerta—. ¿Por qué no te sientas en tu silla?

—Pues... no lo sé.

Birck se sienta en mi silla. Me imagino mi cabeza por dentro. Solo niebla, ninguna idea digna de tal nombre.

—¿Cómo coño te sientas tú? —murmura, y tira de las palancas de debajo del asiento, ajusta el respaldo.

—Me llevó una hora ajustarlo bien.

—Y, aun así, te sientas como un viejecillo encorvado.

Empieza a zumbear el móvil y me llega un mensaje de Sam.

¿te parece que nos veamos mañana mejor?

Cierro los ojos. Viernes o sábado, qué más da, pero me pregunto por qué querrá posponerlo esta vez.

sí, escribo, si de verdad es eso lo que quieres...

sí

bien

Birck carraspea un poco, se retrepa en la silla y pone los pies encima de la mesa.

—Ya no tenemos caso —digo, y levanto la vista del móvil.

—¿Qué?

Mientras le cuento la visita de Paul Goffman, la sorpresa de Birck se va replegando hasta que recupera una tranquilidad inexpresiva. En un momento dado parece ir a buscar algo en el bolsillo interior de la americana, quizá un paquete de tabaco, o un peine, pero, por lo demás, se queda allí mirándose los zapatos.

—Impensable —es su único comentario.

—¿Se supone que estás siendo irónico?

—Eso creo. ¿Traía papeles?

—No, pero los tiene.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Birck baja los pies, se levanta, se pasa la mano por el pelo.

—Pues vaya putada.

—Goffman no me ha dicho la razón exacta de por qué se llevan el caso, de eso estoy seguro, solo me ha dado excusas.

—Puede haber cientos de razones, y ni siquiera la mitad de ellas serán legítimas. Pero lo más lógico es que tengan que ver con el pasado izquierdista de Heber.

—Pues claro —digo—. Eso es lo que ha dicho él. Pero cualquiera sabe.

—O sea, tenemos que darles todo lo que hemos averiguado.

—Todo lo que figura en la instrucción.

—Y —dice Birck en voz baja— ¿tenemos algo en los documentos de la investigación que no esté en los de la instrucción?

—Puede —digo, y miro de reojo el archivador que hay encima del escritorio, y las notas de campo de Thomas Herber, que asoman por debajo.

—Lo sospechaba.

—Menciona a alguien —digo—. En las notas.

—¿Al 1599? Eso ya lo sabemos.

—No, a otro. El siete de diciembre, entrevista a una persona a la que llama 1601, que le cuenta otra cosa. No sé si hablan de personas, pero quizá debamos dar por hecho que sí. También podrían ser grupos, organizaciones o cualquier cosa. Luego el 1601 menciona a otra persona que, al parecer, «es la que lo va a hacer». A saber a qué se refiere. —Retiro el archivador y le doy a Birck la copia—. Léelo tú mismo.

Birck coge los documentos y va pasando páginas hasta la fecha en cuestión frunce el ceño mientras lee.

7/12 (más tarde)

Durante la entrevista que le hice al 1601 después del almuerzo, ha ocurrido una cosa un tanto extraña. No me ha permitido que la grabe, así que he ido tomando notas. Hacia la mitad de la entrevista, me preguntó si había oído lo que decían. Le dije que no, que no me había enterado de nada. Yo sabía lo que me había contado el 1599, pero esto era otra historia. La conversación transcurrió como sigue, más o menos (no tengo aquí las notas, así que no estoy seguro del todo):

Yo: ¿Quieres decir que alguien iba a atacar a ...?

1601: Sí.

Yo: ¿Por qué?

1601: ¿El odio no te parece suficiente motivo? ¿La sensación de verse traicionado?

¿Cuántas razones necesitas?

Yo: Ya, bueno, puede ser. Pero a mí me sigue pareciendo extremadamente drástico.

1601: Supongo que cada uno puede pensar lo que le dé la gana, claro.

Yo: ¿Tú podrías evitarlo?

1601: No me atrevo. No sé nada más al respecto, nadie está al corriente de cuándo o dónde.

Ya estoy hablando de más... Ya estoy... si alguien se entera de que...

Yo: Nadie puede enterarse.

1601 [largo silencio]: Yo sé quién.

Yo: ¿Quién?

Entonces me dio el nombre. Pienso ponerme en contacto con él en cuanto pueda, pero no me atrevo a utilizar el teléfono o el correo electrónico. Dudo mucho de que responda si sabe que soy yo.

—Ya —es cuanto dice Birck.

—Más abajo tienes las notas del 9 de diciembre. Heber trata entonces de contactar con el hombre que menciona el 1601, creo, pero el hombre no accede a la entrevista.

—No es posible inferir que se esté refiriendo a ese hombre —dice Birck—. Heber no escribe nada más, solo que ha hablado con él y que ha tratado de convencerlo para que participe, y que el hombre se ha negado.

—Lo sé. Pero puede haberse referido a la misma persona.

—En ese caso, Heber lo conocía —dice Birck, sin apartar la vista de los documentos—. Debían de saber el uno del otro, por lo menos. O Heber debía de saber o, como mínimo, suponer que esa persona no quería hablar con él. O con alguien como él. Mira —dice, y señala con el dedo un punto de la página—. «Dudo mucho de que responda si sabe que soy yo».

—Exacto.

Birck dobla el documento y lo deja encima de la mesa.

—No, espera, mira otra vez la última anotación.

Birck lo abre y vuelve a la última página.

—«Voy a ver al 1599, para hablar» —lee Birck—. «Puede que le cuente lo que me han dicho. No lo sé. Nos veremos en el lugar de siempre, 22:30. Estoy nervioso y preocupado, indeciso. Hoy no he trabajado mucho que digamos». Vale, ¿puedo cerrarlo ya?

—La cuestión es si habló con el 1599 de lo que le habían dicho. En ese caso, ella lo sabe. Sí, ya puedes cerrarlo.

—Ya —dice Birck—. Pero puede que lo que le dijeron no tenga la menor importancia para lo que le ocurrió luego a Heber.

—Lo sé. Pero puede que sí.

—Si tanto sabes, ¿por qué me estás contando esto?

Suelto un suspiro, meneo la cabeza. No pasa nada. Todo está en calma. Siento un picor en los dedos. Quiero un Sobril. ¿Cuándo fue la última vez que lo tomé? ¿Antes de ir al Café Cairo? ¿No hace más?

Birck se levanta y se dirige a la puerta.

—¿Cómo puedes ponerte en contacto con alguien si no lo llamas por teléfono o le escribes un correo electrónico? —pregunto.

Birck se da la vuelta.

—No lo sé. ¿Por paloma mensajera? ¿Telegrama? ¿Señales de humo?

—Pero qué gracioso eres.

—Da lo mismo, porque ya no es cosa nuestra. Envía las notas a Inteligencia a ver si no nos llueven más problemas. Nos vemos mañana.

—Mañana es sábado.

—¿No me digas? —dice Birck extrañado.

—Pues sí —digo, sin moverme de la silla incómoda—. Vale, sí, nos vemos.

II

A TOWN FULL OF
HEROES AND VILLAINS

Christian está en Enskede, en el sofá de la casa de su amigo. Uno de los líderes políticos está dando en la tele su opinión sobre un tema insignificante. Han quitado el sonido para no tener que oír tanta basura. A veces es lo único que se puede hacer.

Lee las palabras, una a una, en la amplia banderola que hay colgada en la pared, encima del televisor. Christian está pensando en el cuchillo, en la sensación de tenerlo en el interior de la cazadora.

—¿Quieres una cerveza? —pregunta Michael desde la cocina.

—¿No tienes whisky?

—Claro.

Michael lleva un par de dedos de whisky en otros tantos vasos redondos.

—Joder, se te ve muy cansado —dice, y le da a Christian uno de los vasos.

—Es que no he dormido bien. —Christian levanta la vista—. Pero tú sí.

—Sí, ¿por qué?

—Hombre, teniendo en cuenta q...

—No lo hice por gusto. No me quedaba más remedio y lo sabes.

—Ya. Pero... ¿no sentiste nada?

Michael toma un trago, resuelto.

—Si la pregunta me la hubiera hecho otro, me habría cabreado muchísimo. —Deja el vaso en la mesa—. ¿Tú qué coño crees? Por supuesto que sí. Pero hay ciertas cosas... —Duda—. Lo aprendí mientras estuve encerrado. Hay ciertas cosas que uno tiene que hacer sí o sí. Y esta era una. De lo contrario, todo se habría ido a la mierda.

Christian quiere levantarse e irse de allí, pero no puede. Así que se queda sentado.

Se habían conocido en fiestas, porque así funcionaba aquello entonces y así funciona todavía, seguramente. Cada vez que se veían, Michael tenía un móvil nuevo, siempre Nokia. Christian no tenía móvil, pero Michael no tardó en darle uno de los suyos.

—Puedes quedarte con este —dijo Michael—. Tiene el Snake. Pero como superes mi récord, te vas a enterar.

A Christian le llevó una semana superar el récord. No dijo nada. Lo que sí hizo fue cambiar las gafas por unas lentillas y tomar Roaccutan para el acné, tres pastillas al día. Al cabo de seis meses tenía la piel lisa y suave y, desde ese día, no volvió a tener un solo grano.

Christian no sabía mucho de aquel nuevo amigo. Se dio cuenta de que no era de Estocolmo, porque cuando se emborrachaba le salía otro acento. Era cálido y

deslizante y más sonoro que el que tenía normalmente.

—¿De dónde coño eres? —preguntó Christian riendo.

—Borlänge.

—¿Y eso dónde coño está?

—En Dalecarlia.

—Pero si eso es Norrland.

—Dalecarlia está en el centro de Suecia. Norrland empieza como a cincuenta millas suecas al norte.

—¿Y cómo viniste a parar aquí?

—Mi madre se separó y conoció a otro chico que era de aquí. Yo tenía como seis o siete años cuando nos mudamos.

—¿Y querías mudarte?

Michael se encogió de hombros sonriendo.

—Bueno, cuando eres pequeño no quieres que cambien las cosas, pero no estuvo mal.

La madre de Michael y su nueva pareja trabajaban en el sector de los seguros. Era el tipo de familia que podía permitirse ser propietario de la casa en la que vivía.

Christian había nacido en Estocolmo, y se crio primero en Bredäng y luego en Hagsätra. Su madre trabajaba de cajera en uno de los comercios de la plaza y su padre..., bueno, lo que fue de su padre solo lo sabía su padre, y Christian habría intentado destrozarle las muelas si hubiera tenido la suerte de cruzárselo en alguna ocasión. Se largó cuando él tenía diez años y nunca dio señales de vida. Su madre le dijo que vivía en algún sitio de la costa oeste, con una mujer, pero, por lo demás, no hablaban de él.

Quizá fuera ese el prelude de la primera discusión entre Christian y su nuevo amigo. Nunca lo tuvo muy claro.

Cada vez que pensaba en su padre, aunque ya habían transcurrido varios años, Christian recordaba la traición: cómo se despertó una mañana y comprobó que solo había tres personas en casa. Que faltaba la mochila Fjällräven enorme que él solía llevar cuando se iban de vacaciones por Escania. La madre de Christian estaba llorando en la cama. Era un martes, hasta de eso se acordaba. Anton estaba en su cuarto y cuando Christian le preguntó por qué papá no estaba en casa, su hermano lo miró extrañado.

—No lo sé. Ni me importa.

Anton y papá nunca se llevaron bien. Se parecían demasiado, o así lo explicaba mamá, quizá porque era lo más sencillo.

—¿Y qué pasa si no vuelve más? —preguntó Christian.

—Seguro que vuelve —dijo Anton sin interés—. Largo de mi cuarto ahora mismo.

—Pero ¿qué pasa? ¿Habría sido mejor que hubieran seguido juntos, siendo desgraciados y peleándose a todas horas? —objetó su nuevo amigo.

Era a primera hora de la noche y estaban sentados en un banco cerca del polideportivo de Hagsätra. Estaban en otoño, y la escarcha cubría el césped a sus pies. Algún que otro corredor solitario daba vueltas y más vueltas, iluminado por la luz fría de los potentes focos. Delante de ellos revoloteaba el aliento en forma de nubecillas de humo blanco.

A veces, más avanzada la noche, Christian iba a correr al polideportivo. Llevaba varios años haciéndolo, no recordaba cuándo empezó. ¿Tendría once años? ¿Doce? En el polideportivo siempre tenía la sensación de que la cúpula celeste estaba más alta allá arriba, y que aquello de correr una vuelta tras otra era purificante.

—Habrían podido arreglarlo —dijo Christian de pronto—. Si él se hubiera atrevido a quedarse y luchar un poco por lo que tenían, enton...

—Eso tú no lo sabes.

—Pues claro que lo sé. Ya habían tenido problemas antes, pero siempre consiguieron resolverlos.

Tenían quince años y los dos creían que lo entendían todo. En realidad, no entendían nada.

Al cabo de un rato, Christian empezó a buscar la cartera en el bolsillo de los vaqueros, pero no la encontró. Compartieron una botella de vino que Michael había comprado barata en Salem y, en un primer momento, Christian creyó que estaba demasiado borracho y que la había perdido. Miró alrededor como pudo en la oscuridad, pero nada.

—Raro, ¿no? —farfulló—. Joder, estaba segurísimo de que la había cogido.

—La habrás dejado en casa —respondió Michael arrastrando las palabras como él, y tomó un trago—. Yo no te la he visto desde que llegamos aquí.

Los dos iban dando tumbos y, para Christian, el mundo había empezado a tambalearse con una inclinación agradable. Tardaba en poder enfocar la vista. Michael se bajó del banco para ir a orinar al lado de una de las casetas que había en el lateral más largo del polideportivo. Perdió el equilibrio, se tambaleó otra vez y cayó al suelo. Se echó a reír, y Christian también.

Se cayó al suelo y debió de ser entonces cuando se le salió del bolsillo: una cartera. Christian la vio de pasada y entornó los ojos mientras Michael trataba de levantarse.

—Qué mierda... —comenzó Christian, y se inclinó a cogerla.

La abrió. Era la suya.

—¿Qué es esto?

—Tu cartera.

—Has dicho que no habías... —Faltaban las trescientas coronas—. ¿Dónde está el dinero?

—No lo sé.

—Me has cogido la puta cartera.

Michael logró incorporarse y se echó a reír con un gesto tranquilizador.

—Había pensado devolvértela luego, cuando empezaras a volverte paranoico del todo.

Algo en el tono de voz hizo que Christian no lo creyera.

—¿Es que eres un puto marginado social o qué? ¿Quién coño hace una cosa así? Dame la pasta ahora mismo.

Un segundo después, Christian estaba boca arriba en el suelo, al pie del banco, con la mejilla bombeándole y un dolor palpitante en la mandíbula.

—Qué coño —masculló Christian, haciendo un esfuerzo por levantarse.

Se apoyó en el banco y, una vez de pie, agarró a Michael por la camiseta y se abalanzó sobre su amigo, lo empujó al suelo y cerró el puño derecho.

Seguramente, aquello pasó en unos segundos, pero a él se le antojó mucho más tiempo: los dos allí tirados en el suelo, al lado del banco, dándose puñetazos en la cara, dándose rodillazos donde podían. Christian se las arregló para partirle la ceja al otro, y a él le crujía por dentro la nariz. Tenía un diente suelto.

—¿Quién coño le quita la cartera a su compañero? —farfulló Christian.

—¿Quién llama a nadie marginado social? En el instituto vemos quién va a los Servicios y quién no. A mí no me compares con ellos.

—No te estaba comparando.

—Cierra el pico.

Un poco después fueron a urgencias y dijeron que les habían atacado unos inmigrantes. Se les ocurrió que era la solución más sencilla. Les pusieron esparadrapo y los cosieron y en algún punto de la cadena informaron a la policía de una agresión, pero de ahí no pasó la cosa, y no era de extrañar.

Camino de urgencias, Michael extendió la mano en la oscuridad, sin decir nada. En la palma tenía tres billetes de cien coronas.

—¿Cuándo llegan los otros? —pregunta Christian.

—Dentro de una hora más o menos. Hacemos la reunión, pensamos la estrategia y la liamos parda. —En ese momento se oye el zumbido del móvil—. Jonathan ya está en camino —dice mirando la pantalla.

Jonathan. El pobre se enganchó a las anfetaminas el verano pasado y, desde entonces, no han parado de utilizarlo. Jonathan, que no sabe nada. ¿O se maliciará algo?

En la tele, la locutora del informativo habla mirando a la cámara. A su lado hay una foto del líder de Demócratas de Suecia.

—Joder —dice Michael—. Apaga esa mierda.

—¿No quieres oírlo?

—Yo no quiero oír nada que tenga que ver con ese cerdo.

Christian coge el mando a distancia. La pantalla se queda negra.

Estocolmo. A vista de pájaro es un entramado de agua y verdor, y unas cuantas plantaciones de edificios altos, zonas residenciales y casas aquí y allá. La gente ya hace tiempo que ha olvidado que lo único que la separa de la perdición es que la naturaleza no se pone a sacudir los hombros para quitársela de encima. Hace eones que la naturaleza no nos enseña su verdadera cara, y, teniendo en cuenta cómo se comporta el ser humano, resulta extraordinario.

—¿No te parece? —pregunta el taxista para concluir.

Voy en un coche que se mueve por las calles del barrio de Kungsholmen, a menos de un kilómetro del patio trasero de Vasastan en el que alguien le clavó un cuchillo en el corazón a Thomas Heber. Está mediada la tarde. Ha caído la oscuridad. En la radio, alguien canta *if you've got no place to go, let it snow, let it snow, let it snow*. Delante de nosotros va creciendo el hospital de Sankt Göran.

—¿Qué? —digo.

El taxista suspira ostentosamente.

—Nada.

El coche se detiene en la zona de cambio de sentido, le pago al contado y salgo al frío. Creo que le he dicho al taxista que pase una buena tarde. Espera hasta que la puerta se cierra y luego se marcha sin decir nada. Me quedo allí plantado viendo las luces rojas mientras me fumo un cigarro.

Entonces llega otro coche. Entra en el aparcamiento, aparca en línea y apaga las luces y el motor, se queda parado. Tiro el cigarro al suelo. Chisporrotea en la nieve.

Las salas de las visitas son sencillas y frescas, y silenciosas. En el Sankt Göran piensan que es lo mejor. Allí se conservan las almas que han visto el fondo del abismo de un modo u otro, y que han experimentado cómo el abismo les devolvía la mirada, parpadeaba un poco y luego trataba de engullirlos.

Tienen aquí a un físico famoso que ha intentado matar a su pareja. Los periódicos hablaban de él, de cómo descubrió que, mientras él pasaba las noches en un laboratorio de la Escuela Superior de Tecnología, ella se entretenía con su colega más próximo. Eran rivales profesionales, cada uno defendía una teoría sobre por qué algo era de un modo determinado. Una noche llegó a casa temprano y se encontró al rival y a su pareja en la cama. Extenuado y con falta de sueño, trató de matarlos a los dos sin conseguirlo.

Otros de los pacientes que hay allí cayeron en su día en psicosis de las que no supieron salir, pero se las arreglaron para cometer uno o dos delitos graves antes de colapsar. Todos están bajo el efecto de una medicación muy fuerte. Sorprende que sean tan pocos los que sufren traumas de la infancia. Sorprende que sean tantos los que no sufren nada de nada.

Yo habría podido ir a parar allí. Si las cosas hubieran ido peor, si todo hubiera degenerado un poco más. Puede que hubiera bastado con un susurro en la noche. Puede que aún sea eso lo único que haga falta.

—Vaya, cuánto tiempo —dice Johanna, la enfermera que me conduce a la sala de visitas.

—Lo sé. Prometo mejorar.

—No, yo no he dicho eso. Uno no debe exigirse de más. John no tardará en venir. Estoy aquí fuera, por si queréis algo.

—Gracias.

Sale de la habitación, pero deja la puerta abierta.

Las primeras veces que vine no me permitieron verlo con los zapatos puestos. Tenía que quitarme el cinturón y ponerlo en una bandeja de plástico junto con las llaves, el teléfono móvil y el mechero. Luego me cacheaban. Era por mi seguridad, la de los pacientes y la de los empleados, puesto que se habían producido recientemente varios intentos de fuga. Al parecer, el famoso físico había asustado a uno de los pacientes hasta el punto de que lo convenció de que su familia había acudido con la sola intención de llevarlo a una cámara de gas. Si uno se toma en serio una cosa así, y es fácil tomárselo en serio cuando uno está encerrado en este sitio, tiene una razón tan buena como otra cualquiera para fugarse.

Aunque rara vez, se oyen los ruidos que desvelan que algo no va como debería. Un golpeteo monótono en la pared, murmullos que suenan como un mantra, un ataque aislado. Por lo general impera el sonido más elocuente de todos.

El silencio. Como si hubieran anestesiado al mundo.

Se oye por el pasillo el tintineo de cadenas que entrechocan. Grim entra en compañía de Gorila, un cuidador al que reconozco. Es un búfalo con la cabeza rapada, la piel pecosa y una barba de chivo de color rojo. En una juventud que cada vez que nos vemos parece más remota, Gorila formó parte activa de los *hooligans* de Estocolmo y le cayó una condena por homicidio involuntario. Siguió uno de los programas de rehabilitación del sistema penitenciario, y ahí fue donde le pusieron el mote de Gorila. Luego solicitó una plaza de cuidador en el Sankt Görán; una plaza que, seguramente, le dieron en razón de las dimensiones de su persona.

—Leo Junker —dice—. Sí que hace tiempo. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo.

Nos damos la mano. Me siento cómodo, Gorila me da un apretón que me tranquiliza. Ayuda a Grim a sentarse en la silla. Tarda un rato, Grim tiene las manos esposadas y los pies encadenados, y no hay quien pueda moverse rápido con semejante equipamiento. No es la indumentaria estándar del Sankt Görán, pero allí opinan que Grim es tan peligroso que es obligado que la lleve. Evita mirar a Gorila y se dedica a observar un punto invisible que hay en el suelo, en algún lugar entre sus pies.

—Estamos fuera —dice Gorila.

—Lo sé.

Consigo sonreír un poco y luego espero a que salga y cierre la puerta antes de dirigirme a Grim.

El tiempo que ha pasado en el Sankt Göran ha transformado al que fue mi amigo en su día. El pelo, antes corto, está un poco más largo, pero estropeado y desigual. Los cuidadores me han contado que, a veces, se arranca mechones enteros mientras duerme. La medicación lo ha hecho engordar, y no es natural lo hinchada que tiene la cara. Además, ha perdido la visión cromática, un efecto secundario raro pero que es obvio que puede producirse. O también puede que esté mintiendo. Nadie lo sabe. Con John Grimberg nadie sabe nunca nada con certeza.

Cuando me mira a los ojos, veo que tiene la mirada vacía y gris, no refleja nada más que la mesa que hay entre los dos.

—Hola —dice.

—Hola.

—Les avisaste para que me quitaran el teléfono.

—Esta vez tampoco era tu teléfono.

Grim se encoge de hombros y vuelve a bajar la vista.

—Querías verme —digo—. Aquí me tienes.

—¿Cómo está Sam?

—¿Eso es lo que quieres saber?

—¿La saludaste de mi parte la última vez? —pregunta Grim.

—No.

—¿Por qué no?

—Se me olvidó.

—Eh, ¿eso ha sido una mentira? —dice Grim con una sonrisa.

Cuando sonrío, vuelve a tener diecisiete años, y yo noto un temblor en los más hondo de mi ser.

Esta es la enésima vez que voy a verlo. Siento como si cada encuentro con Grim supusiera dar un paso y adentrarse en una burbuja en la que el tiempo y el espacio se ven ligeramente desvirtuados, distorsionados. A veces estoy convencido de que llevo aquí más de una hora cuando en realidad no han pasado más que unos minutos. En otras ocasiones estoy seguro de que acabo de llegar cuando, al salir, compruebo que me he pasado con él más de dos horas.

Grim no tiene mucho que hacer o, por lo menos, no muchas cosas que puedan tomarse por ocio. Los pacientes del Sankt Göran siguen tratamientos muy duros, están muy medicados, y a los del programa de la Ley de Tratamiento Psiquiátrico Obligatorio los tratan como a los presos que son. Por si fuera poco, Grim tiene impuesta una serie de restricciones y no puede ver a quien quiera.

Al principio era él el que me pedía que fuera a visitarlo, no al revés. Según el personal hospitalario, no recibe visitas, salvo algún que otro policía que quiere interrogarlo de vez en cuando sobre algún delito del que supone que él puede tener

ciertos datos. Grim no tiene familia; ni amigos. Los que tiene son de esa clase cuya compañía no se considera adecuada para su tratamiento. Hace poco más de un mes, un hombre que se llama Jack se las arregló para entrar. Hubo un tiempo en que trabajó en la policía, seguramente por eso lo consiguió. Hace años que le dio la espalda a la ley y al cuerpo, y ahora realiza trabajos para el grupo que mejor le paga. No averiguaron qué quería de Grim, pero, fuera lo que fuera, seguramente valía dinero. Desde aquel incidente, el personal es más cuidadoso, más controlador a la hora de decidir quién puede visitarlo y quién no.

A pesar de todo, Grim consigue hacerse con teléfonos móviles y con tabaco. Y el que consigue eso puede conseguir otras cosas. Por ejemplo, armas.

Puede que Grim esté loco de verdad. En cualquier caso, no creo que para él sea saludable pasar las veinticuatro horas aquí encerrado. Grim no es una persona muy sociable, nunca lo fue, pero el mundo hermético del Sankt Görán puede terminar horadando el interior de cualquiera. A veces, cuando estamos así, sentados el uno frente al otro, tomo conciencia de que, en silencio, yo sufro con él.

Quizá por eso, después de mucho sopesar los pros y los contras, accedí a ir a verlo, con una condición. Quería que me dijera la verdad; aunque comprendí que, de hacerlo, él me exigiría lo mismo a mí.

—Si me doy cuenta de que me estás mintiendo, no vendré más —dije.

—Si me mientes, yo no querré verte de todos modos —dijo Grim.

—Ya no está con el tío ese de los *piercings* —dice Grim al ver que no respondo.

—No, ya no.

—Pues eso ya me lo puedes agradecer a mí.

—No pienso agradecerte nada.

—Vale. —Grim se encoge de hombros—. Me he enterado de lo del asesinato de Döbelnsgatan.

—No me digas.

—¿Cómo va?

—Ni idea.

Grim enarca una ceja finísima.

—¿Tan mal están las cosas?

—El caso ya no es nuestro. Los Servicios de Inteligencia nos lo han quitado.

—Vaya —dice Grim, y hace un puchero—. Pobrecito el niño Leo chiquitín, que ha venido el lobo malo de los Servicios de Inteligencia y le ha quitado ese asesinato tan interesante. —Hace una mueca, se lleva las manos a la cara. Las cadenas chirrían como sonido de fondo cuando finge que se pone a llorar—. Buaaaa.

Luego se echa a reír.

Saco el móvil. Llevo allí dos minutos, nada más.

—Los policías son un caso, ¿eh? —dice Grim, que se ha puesto serio otra vez.

Eso también es un efecto secundario de la medicación, le han dicho en el hospital, esos cambios bruscos y repentinos. Pero ellos no conocen a Grim como yo, y yo no estoy tan seguro. Grim siempre ha sido impredecible. Leo el último mensaje que me mandó por la tarde.

deja de intervenir para que me quiten el teléfono, ¿vas a venir?

—No has tardado mucho en conseguir un teléfono nuevo —digo.

Grim no responde. Llevo tiempo sospechándolo: tiene alguien allí dentro. Alguien a quien ha conseguido manipular lo suficiente como para que le proporcione un móvil detrás de otro.

—¿Qué más puedes conseguir?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero.

Grim sonrío extrañado.

—Levin y tú, ¿seguís sin hablaros? Pregunta.

—¿Levin y yo?

—Sí.

—Me evita, o eso me parece.

Grim se mira las palmas de las manos, como si en ellas estuvieran escritas las instrucciones de cómo debía continuar.

Hace poco más de medio año toqué fondo. Llamarlo de otra manera sería sobrevolar el objetivo. Había matado de un disparo a un colega en la isla de Gotland, en el puerto de Visby.

Lo sé. Fatal.

Se llamaba Markus. Markus Waltersson. Aquello me persigue, y no solo en sueños. A veces se me aparece su cara, una más entre el hormiguero de una plaza o de una estación de metro.

Aquello se llama hoy por hoy el «caso Gotland», y lo conoce todo el mundo, así que supongo que no es necesario dar detalles al respecto. Yo trabajaba en Asuntos Internos y me mandaron a Visby a las órdenes de Levin, entonces adscrito a la jefatura de administración. Una partida de armas iba a cambiar de manos y la unidad de Asuntos Internos estaría allí, dado que la actuación policial implicaba la intervención de algún informante. Algo salió mal. Empezó el tiroteo, le di a un colega en el cuello y me suspendieron. El verano pasó volando en una penumbra de tabaco, medicinas y alcohol. Me preguntaron si quería conocer a los familiares. Dije que no. Creo que tenía una hermana.

Y entonces ocurrió algo. Encontraron a una mujer muerta de un disparo en el edificio donde vivo. El responsable último era John Grimberg. O Grim, como lo llamaba todo el mundo. Hubo un tiempo en que fue mi mejor amigo.

El origen de todo era un suceso que aconteció cuando yo tenía dieciséis años. Entonces fui el causante de la muerte de Julia, la hermana de Grim. Al menos, así lo veía él.

La muerte de Julia desencadenó una espiral de sucesos que terminó por desmembrar a aquella familia Grimberg, ya destrozada, y arrojó a Grim a los límites de la sociedad y a las cloacas. Poco a poco, logró recuperarse y convertirse en otro. Decidió volver al principio, al momento en que todo se torció. Y todo se torció conmigo.

Yo debía sufrir alguna pérdida, exactamente igual que él la sufrió en su día. Yo debía perder a Sam.

Existe una lógica absurda en lo que se me quedó grabado dentro mucho después y aún hoy permanece. Al menos, una parte de lógica. Lo más probable es que utilizara a Sam para atraerme a mí. Nadie lo sabe con certeza. Puede que ni siquiera el propio Grim.

Por lo que a los sucesos de Gotland se refiere, nunca lograron esclarecerlos, más allá de que a mí me había enviado allí Levin como cabeza de turco si algo salía mal. Y a Levin lo había obligado a su vez a hacerlo así alguien, alguien de una esfera superior. Si no hacía lo que le ordenaban, saldrían a relucir asuntos de su pasado. Ignoro de qué asuntos se trata. Levin se niega a hablar del tema.

Grim está al corriente de todo esto. Me lo ha preguntado, y yo se lo he contado. Sin mentiras.

—¿Y cómo te sienta? —pregunta—. Que te evite, quiero decir.

Me guardo el móvil y noto cómo la distancia, la mesa gris que nos separa, va creciendo.

—No sé cómo me siento. Te toca. ¿Por qué estoy aquí?

Grim desvía vacilante la mirada. Ahora está inclinado con la espalda encorvada y los antebrazos apoyados en el borde de la mesa. Por el ventanuco de la puerta se entrevé la enorme cara barbuda de Gorila.

Dentro de dos horas voy a ver a Sam, y quiero que me dé tiempo de ir a casa, ducharme y, si el reloj está de mi parte, espero que afeitarme también. Ya siento el hambre. Y, además, ahí fuera hay alguien que sabe que ha matado a un sociólogo y, por si fuera poco, yo no tengo ningún derecho formal a hacer nada al respecto. Solo los Servicios de Inteligencia tienen ese derecho, y la sola idea es de lo más irritante. A la gente se le va la pinza por menos.

—Me aburro —dice—. Quería recibir alguna visita.

Grim era muy habilidoso con el lenguaje corporal y con las señales que enviaba, era capaz incluso de utilizarlo para despistar a su interlocutor. Era una cualidad importante en su gremio. Pero ahora ha sucedido algo. Fue heroinómano durante un tiempo, y sustituyó la droga por un tratamiento, una especie de metadona que compraba en el mercado negro. Ya no puede consumir metadona, porque sería contraproducente con los medicamentos que toma. Puede que sea eso. Grim es más abierto, más vulnerable.

Noto el zumbido en el bolsillo interior del abrigo. Cojo el teléfono y leo el mensaje de texto de Birck.

UNO737. estaba delante de mi casa ayer, y ahora en el monopolio de bebidas alcohólicas de klarabergsgatan lo he visto al salir. si lo ves, es de los servicios de inteligencia.

UNO737. La matrícula de un coche.

—¿Es Sam?

Grim sonrío. Se le notan entonces los hoyuelos de las mejillas. Siempre los ha tenido y, al verlos, algo parecido a la añoranza me hace un nudo en el estómago.

—No. Mi colega.

Cuando me bajé del taxi, apareció un coche delante del Sankt Göran. Un coche que aparcó, se paró; un coche del que nadie se bajó. ¿O sí? No puede ser el mismo coche, pero igual utilizan más de uno.

Cruzo la mirada con la de Grim. De repente, está muy viejo, un niño que ha envejecido y se ha cansado demasiado rápido.

—¿Por qué has venido? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir exactamente lo que he preguntado. ¿Por qué vienes cuando te pido que vengas?

Ya me lo han preguntado antes. No solo Grim, otros, Birck, Sam, incluso Mauritzon, que, por alguna razón, está enterada de mis visitas y se considera autorizada a preguntar. Todos ellos preguntan, extrañados e inseguros, y yo suelo

darles la respuesta que más verdadera me parece en cada momento. Tengo que comprender qué le pasó a aquel amigo con el que un día lo compartí casi todo, y la única forma de hacerlo es seguir hablando con Grim. O puede que yo me sienta culpable de lo que pasó y vaya allí para mortificarme. La respuesta más rebuscada es la que les doy a mis colegas: que Grim es culpable de un montón de delitos que nunca ha reconocido y que, si es posible, quiero intentar sacarle información que me lleve a resolver las investigaciones abiertas, quizá incluso a conseguir una condena.

Al no responder no se miente, pero tampoco se dice toda la verdad. Lo que me hace volver una y otra vez es lo mismo de siempre, el grado de intimidad del vínculo que nos une. Ese vínculo convierte la sala de visitas en el único lugar donde puedo ser yo mismo, aunque me comporto con más cautela y estoy más tenso aquí que en ningún otro lugar. Nada existe salvo Grim y yo, y las cadenas que él tiene alrededor de las muñecas. A veces nos pasamos un buen rato en silencio, como si necesitáramos estar cerca el uno del otro para sobrevivir, Grim aquí dentro, yo ahí fuera. A veces, algunas noches, me sorprende echando de menos este sitio. Y me avergüenzo.

Es una respuesta que no le he dado nunca a nadie, y que nunca daré; sobre todo a Grim. Si supiera que todavía tiene ese poder y esa influencia sobre mí, podría ocurrir cualquier cosa.

—No tengo nada mejor que hacer —digo—. En algo tengo que invertir el tiempo.

—Eso no es verdad.

—Pero tampoco es mentira.

Grim asiente despacio.

—¿Nada de Sobril?

—¿Qué?

—Siempre tomas Sobril cuando estás aquí.

—Para nada.

—Claro que sí —dice Grim—. Pero hoy no. ¿Por qué?

—Estoy tratando de reducir.

—¿Y qué tal va?

—Va —digo, aunque no resulta tan convincente como quisiera.

—¿Y la gente cree que lo has dejado? Como has vuelto al trabajo... Por eso lo digo.

—Algo así.

—Pero no lo has dejado.

—No.

Por un instante, es posible tomar su reacción por preocupación.

—Si te descubren...

—Lo sé.

Grim aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea blanca, luego abre la boca para decir algo, pero se arrepiente, duda.

—Ten cuidado —dice.

—¿Qué quieres decir?

—Si te echan otra vez del cuerpo, no te quedarás aislado en tu casa. Acabarás aquí.

—¿Y no es eso lo que tú quieres?

Grim suelta un suspiro, mueve la cabeza.

—Tú sabes que ha estado aquí, ¿verdad?

—¿Quién?

—Levin. Lo he visto hoy en el pasillo, cuando iba al comedor. Iba con uno de los otros internos. No creo que quisieran que yo lo viera. O bueno, sé que no querían ni mucho menos. Levin fue muy discreto, pero tuvo que darse cuenta de que lo había visto... ¿Me sigues?

—Sí. Viene aquí. Lo ves por casualidad. Pero ¿cómo sabes que él vio que lo veías?

—Más tarde me mandaron a una de las salas de visita, y allí estaba él.

—¿Ajá? ¿Y qué pasó?

—Quería hablar conmigo, yo creo que la expresión correcta es *damage control*. Quería que mantuviera la boca cerrada. Y me dio un móvil por las molestias. — Sonríe—. Pero no tengo obligaciones con nadie más que contigo.

—¿Con quién iba?

—Una mujer. ¿Lo sabías? ¿Sabías que viene aquí a visitar a alguien?

—No —digo—. No lo sabía.

Me pregunto si es verdad. Grim se encoge de hombros.

—Pensé que igual querías saberlo.

—¿Te arrepientes? —pregunto—. De lo que hiciste, quiero decir.

Se le ve un destello en los ojos.

—¿De lo que te hice a ti?

—Sí.

Llevo queriendo preguntárselo desde que empecé a venir a verlo, después de que lo sentenciaran en octubre y lo internaran aquí. Le pregunté la primera vez, pero lo único que hizo fue soltar un resoplido por respuesta. Ahora es distinto. Las medicinas han surtido efecto, y ha pasado el tiempo, aunque no hayan sido más que dos meses. Esa combinación puede hacer cosas extraordinarias con un ser humano.

—No, en realidad, no.

Y eso me alivia, curiosamente. Si se arrepintiera, sería como si todo hubiera sido en vano. Grim ha cambiado de postura; de estar hundido y como agotado, ahora se lo ve más tenso y nervioso, como si estuviera esperando la posibilidad de abalanzarse sobre la mesa y atacarme.

—El que estés aquí —digo—. El que fuera yo quien hizo que acabaras aquí. El que fuera yo quien consiguió que fracasaras... ¿Me odias más por todo eso?

—Yo no he dicho que haya fracasado.

—Pues no entiendo cómo puedes considerar un triunfo haber acabado aquí —digo señalando con las manos alrededor.

Grim no responde. Se me queda mirando, quizá para desconcertarme. Aprovecha todas las oportunidades a su alcance para desequilibrarme.

El problema es que lo consigo. Me esfuerzo por no demostrar que tengo miedo. Así que formulo la pregunta interesante, la que todavía no tiene respuesta y me martillea las sienes en las noches de insomnio.

—¿Qué era lo que intentabas hacer?

Grim no responde, quizá porque no quiere desvelar la verdad, pero cabe la posibilidad de que calle porque no sabe qué decir.

—Teniendo en cuenta lo que nos hiciste, me merezco una respuesta.

—¿Teniendo en cuenta lo que hice? —Grim ríe con sarcasmo—. ¿Teniendo en cuenta lo que hice yo?

—Es hora de irse —digo, y me levanto de la silla turbado, comprendo que he perdido una vez más—. Si no querías nada más, pues me voy.

—¿Vas a ver a Sam?

—Sí.

—¿Piensas decirle que nos hemos visto?

Me quedo pensando, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla.

—Sí.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad?

—No. —Me dirijo despacio hacia la puerta—. Nos llamamos.

—Sí, claro, ya tengo tu número.

Grim suelta una risotada y, sin saber por qué, se me contagia y no tardo en empezar a reír yo también, en voz alta, pero nadie lo tomaría por una expresión de alegría.

Ya en recepción, me tomo un Sobril sin pensármelo, al mismo tiempo que me suena el móvil; es un número que no conozco.

—Hola, soy Kele Valdez —dice un hombre con la voz potente—. De la universidad. Estoy en el trabajo, en el despacho de Thomas. —Carraspea un poco—. Perdón, es que...

—¿No está acordonado el despacho?

—Bueno, estuvieron examinándolo todo ayer y esta mañana. Han dicho que habían terminado, así que le he preguntado a Marika Franzén, a la que ya conoces, y aquí estoy. Quería pasar un rato entre estas paredes y ver si... si encontraba algo que me ayudara a comprender. Es tan absurdo que haya muerto...

—¿Y qué? ¿Qué has encontrado?

—No, nada. Y siento llamar en sábado, pero me estaba preguntando dónde está el dictáfono de Thomas.

—¿El dictáfono?

—Debería haberlo dicho ayer, pero no lo pensé porque... bueno. Creía que estaría aquí, pero no está, así que seguramente lo llevaba encima. Es importante que no escuchéis las entrevistas. O, si tenéis que escucharlas, al menos debéis mantenerlas bien custodiadas bajo llave.

—Yo no recuerdo ningún dictáfono —digo, y pienso en la lista manuscrita que hizo Mauritzon del contenido de la mochila de Heger—. ¿Podrías describirlo?

—Un dictáfono pequeño, de color azul oscuro y de la marca Olympus, con unos cuantos años de antigüedad.

—Luego te llamo.

Me dirijo a la salida y las puertas se deslizan con un sonido siseante. El frío me muerde las mejillas, me abrocho el abrigo, examino el aparcamiento para ver si el coche que llegó al Sankt Göran después de mí sigue ahí. Ya no me acuerdo de dónde se paró. Un taxi está esperando en el cambio de sentido, y me acurruco en el asiento trasero, que huele a caro y a limpio. El conductor es un hombre de piel oscura, y tiene una fotografía en el margen del salpicadero. En ella hay tres niños que están en un país que no es Suecia, donde el suelo puede ser una alfombra color tierra. O tierra, directamente.

—Al Mäster Anders, en la calle Pipersgatan —digo, y cojo otra vez el teléfono, molesto primero a Birck, que parece cansado e irritado, y luego molesto a Mauritzon.

Ninguno de los dos recuerda un dictáfono azul oscuro. Sopeso si llamar a Olausson, pero no lo hago. Lo que sí hago es llamar a Valdez, que sigue en el despacho del colega muerto.

—¿Qué había en el dictáfono?

—Las entrevistas de su investigación.

—Y... ¿es normal guardarlas así?

—No, la verdad es que no. Hay que guardarlas bajo llave en la caja fuerte del Departamento. Pero... sospecháis que Thomas iba a hacer una entrevista cuando murió, ¿no? Una entrevista de seguimiento. Al menos, eso se deducía de la última anotación que me enseñaste.

—Sí, así es.

Valdez debía de estar totalmente inmóvil, no se oía el menor ruido al otro lado. Me pego más fuerte el teléfono a la oreja. Desde la acera, alguien arroja a la calzada una lata de cerveza, el taxista da un volantazo y suelta un improperio.

—Cuando vas a hacer ese tipo de entrevista, repasas lo que se dijo en las reuniones anteriores celebradas con la misma persona, puesto que puede pasar mucho tiempo entre una entrevista y otra. Para evitar hacer las mismas preguntas en la nueva entrevista. Thomas, yo y algunos más del Departamento solemos pasar al dictáfono las entrevistas anteriores, para refrescar la memoria. Así que seguramente estarán las entrevistas con ese tal... quién era...

—El 1599.

—Eso. Lo más seguro es que estuvieran en el dictáfono.

Sam. Tiene algo, algo indefinible y grande, como si las moléculas del aire cambiaran cuando ella entra en el restaurante. Lleva una mano, la que hoy por hoy solo tiene cuatro dedos, en el bolsillo del abrigo; y la otra se mueve al ritmo de sus pasos. Lleva las uñas sin pintar y la piel sin lustre. Cuando me ve encogido, sentado a una mesa al fondo del local, medio oculto detrás de una gruesa columna, sonrío con esa clase de sonrisa con que Sam recibe a la gente a la que no está segura de conocer.

Dejo de pensar en el sociólogo muerto, en el dictáfono desaparecido y en el 1599, la investigación que ya no es nuestra, y me pongo derecho. En Pipersgatan, delante del Mäster Anders, se ha extendido la oscuridad, y por los altavoces se oye música muy bajita, alguien que canta una y otra vez *sometimes I feel very sad*.

—Hola —dice Sam—. Perdona el retraso.

—Pero si no llegas tarde.

—Lo sé —dice Sam, y suelta una risa, se quita la bufanda con una mano—. ¿Por qué decimos eso? «Perdona el retraso», hasta cuando no llegamos tarde.

—Por haber hecho esperar al otro.

—Ya —dice—. Puede. Pues perdona que te haya hecho esperar.

—No pasa nada. ¿Cómo ibas a saber que yo había llegado con antelación?

—No, claro.

Madre mía. No hablamos de nada e incluso eso es un martirio. Así ha sido desde aquel día del verano pasado en que Grim se interpuso entre los dos y casi la mata a ella, y a mí también. Eso apartó a Sam de Ricky, que era su pareja entonces, pero no la acercó a mí. Ahora está sola, y se le nota. Tiene la mirada inquieta, vacilante, como si hubiera olvidado cómo se comporta uno cuando está con gente. Tiene los ojos verdes enturbiados. A la mirada le falta la luz y la chispa que siempre tuvo.

Al principio sintió alivio al comprobar que había salido con vida. Luego pasó a culparme de todo. Ya no puede seguir dedicándose al tatuaje. Cada vez que se miraba la mano, era un recordatorio de lo que yo le había ocasionado, aunque en realidad fue Grim. Antes siempre era yo el que llamaba a Sam, cuando estaba colocado y solo y no podía aguantarme las ganas de decirle que seguía echándola de menos, que aún la necesitaba. Últimamente ha sido ella, el teléfono sonaba en la oscuridad y ella estaba al otro lado, a veces llorando y gritando, pero casi siempre en silencio. Al principio estaba medicada, con fármacos fuertes, de esos a los que yo quisiera tener acceso. Al cabo de un tiempo, lo dejó. No quiere depender de los medicamentos para funcionar, decía. Ella no es así. En cambio, va a terapia, y seguramente tendrá que seguir yendo mucho tiempo.

Me pregunto si sabe que no me las arreglo sin el Sobril. Puede. Me pregunto qué diría si le contara que anoche vomité en la escena de un crimen.

Apuro el vaso y Sam se quita el abrigo. La otra mano se desliza del bolsillo y, con el rabillo del ojo, intuyo el hueco en el lugar donde antes tenía el dedo índice, pero hago por no mirarlo, más por mí que por ella.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta mientras se sienta, y despide al hacerlo un ligero aroma a perfume que revolotea hacia mí, un aroma que hace que uno recuerde lo que fue una vez.

—Bien —digo, y comprendo que no tengo nada más que responder—. ¿Y tú?

—Bien —dice, abre la carta con una mano y continúa, sin levantar la vista—, ¿lo has visto hoy?

—¿A quién?

—Ya sabes a quién me refiero.

—Ah, no.

—¿Sigue llamándote?

—A diario, prácticamente. Siempre se las arregla para hacerme llegar mensajes. Si hasta me envía mensajes de texto, se ha agenciado un móvil.

—¿Y tú le respondes?

—No —digo, y abro la carta yo también—. Llamé al Sankt Göran y les dije que se lo requisaran.

Aquello provoca en Sam una carcajada, una risa sincera que le aflora a los ojos y le arruga ligeramente la piel de alrededor.

—Vale —dice.

Ni yo ni Sam queremos que salga como la vez anterior, que la cosa termine como entonces. Estamos tratando de encontrar algo que funcione, pero es muy frágil todavía. Cuando estamos cerca, siempre me encuentro a una frase, a una palabra de perderla. Al menos, esa es la impresión que tengo. El pasado es peligroso para la gente como nosotros.

Quiero tocarle la mano.

Pedimos la comida. Los dos bebemos agua; yo, porque no debería mezclar el Sobril con alcohol; y Sam, porque ya nunca bebe. Fuera, en la calle, entre los oscuros edificios, pasa un coche y alumbra con los faros otro coche que hay aparcado delante del restaurante. En el interior a oscuras hay una persona, y más no alcanzo a ver cuando el coche ya ha pasado y el que está aparcado queda confundido con las sombras. Veo eso, y que el conductor está vuelto hacia nosotros, tiene la mirada clavada en mí y en Sam, que estamos sentados delante de la ventana, cerca de la columna. Podría ser el coche que se paró delante del Sankt Göran.

—¿Leo?

—¿Sí?

—¿Qué pasa?

—Nada. —Creo que he negado con la cabeza, como si de ese modo la mentira fuera más convincente—. Estaba pensando en una cosa.

—¿En qué?

—En que echaba de menos esto.

—Lo mismo digo.

Sam sonríe tímida­mente, baja la vista. Cuando nos sirven y va a empezar a comer, vacila con el cuchillo, quizá por el dedo que ya no est  en su lugar. Se le cae al suelo.

—Ya lo cojo yo —digo.

—Tranquilo —dice Sam, y se agacha—. Estoy empezando a acostumbrarme.

Un coche pasa delante de la ventana y, esta vez, me da tiempo a ver las letras de la matrícula. DOS. Luego, el vehículo vuelve a entrar en la oscuridad y el conductor se convierte en una silueta. Podría ser Goffman.

— Has estado en Salem  ltimamente?

—Hace bastante que no. No he tenido tiempo.

—Mmm —dice Sam con la boca llena de comida.

—Y además —continúo—, no he tenido fuerzas. Por un lado, me cuesta, después de lo que pasó en verano. Es como si... volviera a vivirlo todo otra vez. Pero por otro lado, también es difícil lo de mi padre.

— No mejora?

—De alzhéimer no mejora nadie. —Bebo agua otra vez, aunque me gustaría que fuera algo más fuerte—. Así que no.

—Vaya mierda.

—Mi hermano va bastante por all . No es que él lo lleve mucho mejor que digamos, pero lo hace por mi madre. Micke siempre fue el favorito de mi madre, vamos. Como es el mayor... Yo, en cambio, era el niño predilecto de mi padre. Quizá por eso sea más difícil para mí, me figuro, verlo así. Ya ni siquiera se acuerda de cómo se cambian las pilas del mando a distancia.

—Pero... —dice Sam, vacilante—. A ti te reconoce,  no?

—Bueno, por ahora s . Casi siempre, aunque a veces, cuando est  cansado, me confunde con Micke. —Me echo a reír—. Pero eso le ha pasado siempre.

Sam coge el vaso y bebe un trago.

— Tienes algún contacto con... cómo se llama?  Ricky?

—No. —Sam deja el vaso—. No, ninguno.

— Lo echas de menos?

Ella niega con un gesto.

—No como te echaba de menos a ti. —Luego, como si acabara de comprender que había desvelado algo, dice que tiene que ir a los servicios, y se levanta—. No tardo.

Cuando ya se ha ido, cojo un Sobril y jugueteo con él entre los dedos. Resulta agradable. Después de darle unas vueltas, me lo guardo otra vez en el bolsillo. Al otro lado de la ventana, el coche sigue ahí. Cuando otro vehículo lo ilumina al pasar, un cam n esta vez, leo las cifras de la matrícula. DOS327. Tomo un bocado, bebo un poco de agua, escribo la matrícula en el móvil y se la mando a Birck.

Cambio de postura en la silla. No es fácil comportarse con normalidad cuando uno sabe que lo están vigilando.

 d nde está ahora el coche?, responde Birck.

delante de mäster anders. ¿inteligencia?

sí

¿seguro?

sí

Las preguntas me zumban en los oídos. Si es uno de sus semiagentes el que está en ese coche, es comprensible, en cierto modo, que nos hayan tenido vigilados cuando la investigación aún era de Birck y mía. Son unos bichos paranoicos, eso lo saben hasta los ciudadanos de a pie. Pero la Comisaría General ha entregado el caso, así que deberían estar satisfechos y tranquilos. ¿Habrá un micrófono, alguna grabadora oculta por aquí? ¿Habrán oído mi conversación con Sam? Trato de recordar los movimientos de Goffman en mi despacho, me esfuerzo por recrear la imagen de sus manos. ¿Colocó algo allí mientras estuvo conmigo? ¿En la ropa de abrigo? Reviso el abrigo, que he dejado colgado en el respaldo, miro en los bolsillos y en el cuello. Nada. Eso creo.

Ese es el problema con los Servicios de Inteligencia. Su paranoia es contagiosa.

Suelto un suspiro y detengo la mirada en el móvil. ¿Estará...?

—¿Algo importante? —pregunta Sam, que se sienta en la silla, enfrente de mí, así que levanto la vista.

Me guardo el teléfono.

—No, trabajo y eso.

—Tú tenías guardia anoche, ¿verdad?

—Sí.

—He leído en el periódico lo de Döbelnsgatan.

—Ese caso ya no es nuestro. —Sin querer, dirijo otra vez la mirada hacia la calle —. Se lo ha quedado otra parte de la Casa.

—Ya estás otra vez —dice.

—¿Con qué?

—Ya estás mirando. —Sam dirige la vista hacia la calle—. ¿Qué pasa?

—No lo sé.

—Tú sabes que te he perdonado, ¿verdad? Por lo que pasó, digo. No tienes que sentirte... bueno, como quiera que te sientas. Si es así, ya puedes dejarlo. No pasa nada. Es solo que necesito... un poco de tiempo.

—Qué bien —digo un poco a la expectativa—. Claro, comprendo que necesites tiempo.

—Siempre decías que no te las arreglarías sin mí. ¿Sigue siendo verdad?

Esa pregunta me pilla por sorpresa.

—Sí.

—Lo mismo digo. —Se echa a reír—. Al menos eso lo tenemos en común —dice, y algo de una gravedad y de un sentido trágico increíble desciende y aterriza entre los

dos; y nos quedamos callados un buen rato.

—¿Lo dices en serio? —pregunto—. ¿De verdad que no te las arreglarías sin mí?

—Sí.

—Hablamos —dice cuando salimos del restaurante.

Ha empezado a nevar otra vez, y hace viento. En un campanario resuena un último tañido. Son las diez, y ya no soy capaz de localizar el coche negro. Se ha esfumado.

—¿No? —dice Sam.

—¿Qué?

—Que hablamos —dice.

—Sí, puede que mañana, ¿no?

—Puede. —Se muerde el labio—. Las cosas no tienen por qué ser así siempre, como comprenderás, ¿no? Es solo ahora, es que...

—Lo comprendo —digo, y la verdad es que creo que no es cierto, pero al oírme decirlo, sonrío, otra vez, y eso me gusta.

La acompaño al metro con la esperanza de ver aparecer el coche por algún sitio, pero lo único que veo es que nieva más todavía, y cuando doy un resbalón en el hielo es Sam la que me sujeta, y eso también me gusta.

En cuanto me despido de ella —con un abrazo, nada más—, noto que me invade el cansancio, tengo que ir a casa a dormir, ya no recuerdo cuándo fue la última vez. Algo surge de las sombras por las calles del barrio de Kungsholmen y noto por dentro un estremecimiento, la certeza de que sigo sin poder asegurar si me lo estoy imaginando o no.

Jonathan no puede dormir. Está demasiado nervioso, demasiado alterado. Puede que tenga que ver con la manifestación de mañana. El alcohol también hace lo suyo, seguramente. A veces, cuando ha bebido, es como si las ideas le susurraran por dentro y se le arremolinaran dando vueltas y más vueltas en la cabeza, y él no es capaz de conseguir que se paren, que se callen. No tienen por qué ser ideas desagradables ni angustiosas, sino pensamientos normales entre los que él va bailando, saltando de uno a otro, incapaz de ralentizar la marcha. Exactamente igual que le pasaba siempre con las anfetaminas.

Esta vez, en concreto, se le hace un nudo en el estómago.

Por si eso no fuera suficiente, el banco de cocina en el que está tumbado es tan incómodo que el suelo que tiene debajo le resulta incluso atractivo. Oye los ronquidos de su jefe resonando en el dormitorio y, a pesar de que se trata de un ruido repetitivo, le imposibilita el sueño. Debería haberse ido a casa, a pesar de todo, tal y como hizo Christian, aunque está lejos de Enskede.

Al lado del banco está la mesa de la cocina, y encima hay un reproductor de música con unos auriculares pequeñitos. Dirán lo que quieran del jefe, pero para la música sí tiene buen gusto, y Jonathan duerme mejor con música de fondo. Siempre ha sido así. Al menos, amortiguará los ronquidos siempre y cuando la ponga lo bastante alta.

Se apoya en el codo y coge el reproductor, se pone los auriculares y pulsa el botón. Las canciones tienen unos títulos muy raros, sin palabras, son números de cuatro cifras. ¿Habrá sido al pasarlo del ordenador al reproductor? Elige una de ellas, deseoso de saber qué grupo será.

Pero Jonathan no oye música. Oye voces, un hombre y una mujer; y se incorpora en la oscuridad y se queda mirando el reproductor.

Ella: Hola.

Él: Hola.

Ella: ¿Tienes tabaco?

Él: No, lo siento.

Ella: Mierda, a mí se me ha terminado.

Él: Podemos ir luego a comprar.

Ella: Estoy... Oye, que nos veamos así no es lo suyo.

Él: ¿Por qué no?

Ella: Pues... he estado indagando un poco desde la última vez que nos vimos, sobre lo que hablamos, y yo creo que hay gente que piensa que me he pasado de curiosa y preguntona.

A veces tenía la sensación de que me seguían. No es bueno para tu estudio, por lo del requisito de anonimato y todo eso, que nos vean juntos.

Jonathan no entiende nada, pero continúa escuchando. Pronto empieza a comprender el contexto, y lo que oye lo deja helado.

Es un reproductor azul oscuro, y un poco viejo. La pintura azul se ve rayada en los cantos. Saca el móvil y escribe un mensaje, solo dos frases. No se atreve a mandar más.

en los columpios mañana a las 8. tengo que darte una cosa.

Después de enviarlo, sale del piso, no puede quedarse allí, tiene que largarse.

Hallunda, una mañana de domingo muy temprano. Más allá del centro hay un viejo parque infantil. Era muy bonito en su día, pero ahora el balancín está lleno de pintarrajos, los columpios cuelgan torcidos de las tuercas y los caballitos de madera están medio podridos.

Hacia el parque caminan dos jóvenes, cada uno viene de un lado, y guardan entre sí un parecido sorprendente, tanto en el aspecto físico como en la vestimenta. Uno tiene la piel más oscura, y el otro, unas cuantas cicatrices más en la cara, pero eso es todo. Llevan cazadoras oscuras, vaqueros claros y el pelo corto, y se mueven como si lo que van a hacer les provocase una gran desgana: con las manos hundidas en los bolsillos, la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo. Uno llega desde la estación de metro; el otro, de los altos edificios descoloridos de la calle Klövervägen.

Y sí, desde luego, incluso para un observador es prácticamente posible notarlo en la boca, el sabor del tiempo transcurrido desde que eran niños, y todo lo que les ha pasado.

Hallunda, muy temprano por la mañana. Se ven. El hombre que ha llegado en metro parece en guardia. Sigue con las manos en los bolsillos. El otro parece ser el que ha pedido la cita. Es él quien dirige la conversación. Están a un metro de distancia y conversan rodeados de silencio. Al cabo de unos minutos, se sientan en un columpio.

Uno de ellos saca la mano del bolsillo. Tiene un dictáfono pequeño de color azul oscuro. A pesar del frío, se le ha formado una gota de sudor en la delgada franja del bigote.

Día tres. Ya no tenemos investigación, pero los medios todavía no se han enterado. Informan sobre el asesinato y mencionan a Olausson como fiscal del caso, pese a que, hoy por hoy, el fiscal es otro. Alguien ha filtrado que tan solo hay unos cuantos policías activos en la investigación, y en uno de los periódicos matutinos una columnista reflexiona sobre lo extraordinario del cometido. Lo achaca a la decadencia de la policía sueca y a la reducción de recursos, lo cual no tiene ninguna lógica, desde luego, puesto que nuestros recursos han aumentado en los diez últimos años.

Yo me mantengo apartado, me escondo en mi despacho. Cumplimento formularios, saco copias de interrogatorios y redacto informes breves sobre los pasos que he seguido desde el inicio de la investigación. En una nota, menciono que el dictáfono de la víctima ha desaparecido y que, seguramente, está en poder del asesino. Luego adjunto una copia de las notas de campo, a pesar de que, en realidad, no tengo permiso para disponer de ellas, y aseguro que es el único ejemplar conocido que existe, aparte del original, que se encuentra en el ordenador de Heber. Eso ahora es su problema. Después concluyo formalmente mi participación en la investigación de la muerte de Thomas Heber y lo envío todo a los Servicios de Inteligencia. Hago lo que me mandan. Lo que debo hacer.

Buen chico.

A Olausson no se lo ve por allí, ni a él ni a nadie. Una mano invisible parece haber redirigido toda la información relacionada con la muerte de Heber de mi correo al correo de otro, de modo que en la bandeja de entrada reina el silencio, aparte de un breve mensaje que ha evitado a la mano invisible. Dicho mensaje informa de que los padres de Heber van a pasar el día en Estocolmo para ver a su hijo por última vez. Lo más probable es que no signifique nada, salvo para los padres, posiblemente. A veces los padres son padres y nada más.

Llamo a Olausson y, mientras oigo el tono de llamada, trato de inventarme algo que decirle. No tengo claro lo que pretendo averiguar, pero hay algo en todo esto que no encaja. No quiero engañarlo, no porque eso esté mal, sino porque no es posible. Él no se deja engañar. Es demasiado listo, está demasiado en guardia, demasiado alerta.

Exactamente igual que tantas otras cosas en la vida de un policía, los preparativos resultan inútiles, puesto que Olausson ni siquiera contesta al teléfono. Una voz automática, fría, me invita a dejar un mensaje, y eso es lo que estoy pensando hacer, pero cuando termina el pitido y me toca hablar, me quedo ahí en silencio, mirando esa silla tan incómoda que hay al otro lado de la mesa, incapaz de decir nada. *Can't think of anything to think.*

Cuelgo. Al cabo de unos minutos, quizá solo uno, llamo a Oscar, el del Cairo. Él tampoco responde. Para comprobar que no es un fallo del teléfono —es una idea que

a veces se me pasa por la cabeza cuando llamo a varias personas y ninguna me contesta—, llamo también a Birck. Suenan varios tonos de llamada y, cuando por fin lo coge, suelta su apellido con tono malhumorado.

—¿Molesto? —pregunto.

—¿Tú qué coño crees?

—¿Qué haces?

—Tuve guardia anoche.

—Qué va.

—Vale —dice Birck—. No tuve guardia. Estoy follando. Llámame por la tarde.

—¿Con quién estás follando?

Birck pone fin a la conversación.

Poco antes del almuerzo llaman a la puerta. Es Olausson, ese saco de huesos que tenemos por fiscal, que aparece con la mano en el picaporte y respirando por la nariz, con ese pitido característico.

—Te he estado llamando —digo.

—¿Ha ido bien el traspaso? —pregunta en voz alta, como si no me hubiera oído.

—Creo que sí.

—Bueno.

—Tú lo sabías desde el primer momento, ¿verdad?

Olausson suelta el picaporte y da unos pasos hacia el interior del despacho, ve la silla y parece estar sopesando si sentarse o no, pero se lo piensa mejor y se queda de pie.

—¿Qué quieres decir? —pregunta. Cierra la puerta y se cruza de brazos, con lo que le cruje la lujosa americana que lleva puesta.

—Que iban a quedarse con la investigación.

—No, no tenía la menor idea.

—¿Por qué mientes?

—Ya que me estás acusando de mentiroso, por lo menos podrías mirarme a la cara.

Levanto la vista.

—Ya que vas a dirigir investigaciones de asesinato que sabes que no vamos a poder concluir, podrías ser claro y decirlo.

—Pues es que no lo sabía.

—Tú y Goffman —digo— estudiasteis juntos la carrera de Derecho en la Universidad de Estocolmo. Algo más de veinte años después, tú fuiste a parar a Inteligencia, por deseo expreso de Goffman. Estuviste ahí hasta que te largaron, después del fracaso en Gotemburgo en 2001. Sin embargo, nada indica que no sigáis siendo amigos. Corrígeme si me equivoco, pero, al contrario, la manera de gestionar

esta investigación indica que estáis de lo más unidos. —Doy unos golpecitos en el papel—. Yo también tengo contactos en la Casa.

Olausson me observa con una mirada inescrutable. Parece que deja escapar un suspiro, pero es difícil decir si la situación le afecta o no.

—¿Puedo sentarme?

—Por tu cuenta y riesgo. O eso dicen.

Olausson se sienta en la silla, se cruza de piernas.

—Sí, joder, aquí no quiere uno pasarse mucho rato. —Se rasca el dorso de la mano, un sonido rasposo y casi agradable—. Qué quieres que te diga, Leo.

—Quiero saber por qué nos han quitado la investigación.

—Porque contiene elementos y cuadros de amenazas que ya están en la mesa de la Secreta.

—¿Amenazas contra la seguridad nacional?

Olausson se echa a reír.

—Para nada.

—¿Entonces?

—No lo sé. Paul y yo somos amigos, no colegas.

—O sea, que tú tampoco sabes más, ¿no?

—Sé lo que te he dicho, ni más ni menos.

Saca un papel del bolsillo interior de la americana y me lo alarga.

—Esto es lo que me han dado.

Es una solicitud de traslado de la investigación del asesinato de Thomas Heber de Delitos Violentos de la Comisaría General a los Servicios de Inteligencia. Las he visto antes. Llevan el sello de SÄPO, un claro aroma a paranoia y maquinación secreta en combinación con una forma absurda de patriotismo. Tomo nota de la fecha. Está firmado el día 13, a las dos y media de la madrugada, tan solo unas horas después del asesinato de Heber.

Mientras Birck y yo estábamos en el piso de Heber tratando de no discutir, alguien de los Servicios de Inteligencia ya se había dado cuenta de que aquello era un trabajo para ellos.

Olausson alarga el brazo y yo doblo el documento y se lo devuelvo.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué diste lugar a que iniciáramos el trabajo si nos lo iban a quitar?

—A eso —dice despacio— solo puedo responderte una cosa: eran órdenes de Goffman. Y no sé más.

Así estamos siempre. Curramos como hormigas, hacemos el trabajo sucio y les servimos en bandeja los resultados. Quedará estupendo en sus estadísticas. Lo que ha hecho cada sección no lo verán hasta que lean con detalle el contenido de la investigación, y eso es algo que nadie es capaz de hacer. Varios pesos pesados han criticado duramente desde dentro el hecho de que SÄPO, a pesar de la cantidad de recursos con los que cuenta, realice demasiado poco trabajo sobre el terreno. Es una

forma sencilla de contentar a todo el mundo, incluso a sí mismos, puesto que así pueden quedarse tranquilamente en sus despachos ocupándose de cosas tan complejas que, fuera de los pasillos de SÄPO, nadie las comprendería.

Me planteo la posibilidad de preguntarle si sabe que dos coches de los Servicios de Inteligencia se pasean por Estocolmo y han estado siguiendo cada uno de los pasos que hemos dado desde el inicio de la investigación. La expresión de Olausson —satisfecho, la de un jefe que ha conseguido que su subordinado crea que no lo pueden culpar de lo ocurrido— me induce a desistir.

—Si llegara a tu mesa alguna otra cosa relacionada con esta investigación —dice Olausson, y se levanta de la silla—, algo que puede suceder teniendo en cuenta los retrasos en dar traslado y todo eso, me avisas y me lo entregas a mí. Ya me encargaré yo de pasárselo a Paul.

—¿Y qué pasaría si no lo hago?

—Ah —dice Olausson—. Sí, cabe preguntarse qué pasaría. Pero no debería resultar nada difícil relacionar la vomitona de Döbelnsgatan con ciertas sustancias si te hacemos un análisis de sangre o de orina. Y resulta fácil conseguirlas, basta con un examen médico obligatorio. En tu caso —continúa— es hartamente comprensible que alguien lo solicite, teniendo en cuenta el poco tiempo que ha pasado desde tu reincorporación y el estrés que ya has tenido que soportar.

Saca algo del bolsillo interior de la americana y deja en la mesa una fotografía.

La han tomado a cierta distancia con una cámara digital de las malas, puede que con un móvil. Es la noche de Santa Lucía en el barrio de Vasastan. Al fondo aletean las cintas policiales y, algo más allá, inclinado sobre una fachada, estoy yo de rodillas, concentrado en vomitar. Tengo la piel de color rosa pálido por el esfuerzo de las arcadas. Lo primero que pienso es en lo extrañamente pequeño que se me ve.

Me quedo sin respiración. Espero que no se me note, aunque seguro que sí.

—¿Lo has captado?

—¿Cómo has conseguido esto? —digo.

—¿Lo has captado? —repite Olausson.

Es como si los colores de la fotografía se volvieran más fuertes, más afilados allí mismo, delante de mis ojos.

—Sí.

Olausson abre la puerta.

—Muy bien.

En cuanto se va, rompo en dos la fotografía. Luego vuelvo a partir los trozos en dos, y luego en otros dos, en pedazos cada vez más pequeños, hasta que son tan pequeños que resulta difícil sujetarlos entre los dedos siquiera, pero yo no puedo parar.

La amenaza me produce vértigo. Salgo al pasillo, dejo atrás el árbol de Navidad y llego a la máquina de café. Espero mientras escupe y chisporrotea el café que me está preparando.

En el despacho de enfrente veo a una de mis colegas enfrascada en unos documentos. A su lado, el programa televisivo del *Calendario de Adviento* va pasando mudo por la pantalla del ordenador. Un hombre de barba blanca, con una barriga enorme y la piel rubicunda yace en el banco de cocina de una cabaña en el bosque. O está borracho o está febril. El capítulo va mostrándolo a él y, alternativamente, a tres niños, dos chicas y un chico, que van corriendo por un paisaje cubierto de nieve. Por encima del hombre resuena el tictac de un reloj que parece tener algún significado.

Sigo la película para no pensar, para resistir el deseo de un Sobril o de algo más fuerte, para no tener que sentir hasta qué punto se acerca el momento de que se sepa que lo consumo. Al final del capítulo, los niños han llegado a la cabaña, tratan por todos los medios de despertar al hombre, pero no lo consiguen.

Llegan los créditos. El café está listo. Vuelvo a mi despacho. El *Calendario de Navidad* me recuerda las navidades de mi infancia, que siempre son blancas en nuestro recuerdo, aunque no lo fueran. Me acuerdo del olor a cera, y de cómo olía el árbol, y del ruido que hacía mi madre al envolver los regalos en el ropero mientras mi padre nos distraía a Micke y a mí. Sí, en un segundo me envuelve todo ese ambiente, y puede que no sea casualidad que suene el móvil y vea que en la pantalla parpadea la palabra «SALEM».

—Hola, mamá.

—Eh... hola, Leo.

La voz que resuena al otro lado es clara y grave, tranquila. Una voz que llevo mucho, muchísimo tiempo sin oír.

—Hola, papá. —Dejo la taza de café en la mesa—. ¿Dime... cómo estás?

—Bien. Estoy bien. Acabamos de desayunar.

Mi madre cuida a su marido en casa exactamente igual que su madre, Ella, hizo con mi abuelo, Arthur Junker, que también enfermó de alzhéimer. Los destinos de la familia se mueven en círculos.

—Pareces animado —digo.

—Y que lo digas, estoy animadísimo.

—Me alegro.

—¿Qué estabas haciendo? ¿He llamado en mal momento?

—No, qué va, estoy en el trabajo.

—¿Qué regalo quieres por Navidad?

—Pues... no sé.

Hace mucho que no oigo a mi padre tan consciente. No me explico cómo es posible, pero es una sensación abrumadora.

—Estábamos pensando reunir dinero para regalarle a Micke un viaje —dice—. Últimamente le cuesta tanto alejarse del trabajo...

—Vale, ya, claro. ¿Cuánto tengo que poner?

—Dos mil, tres, quizá. ¿Te parece mucho? Tu madre y yo vamos a poner seis mil, así serán ocho o nueve en total. Eso bastará para un viaje, o puede que él tenga que poner algo, no más de unos pocos miles, si quiere ir lejos.

—Pero eso es suficiente si quiere ir solo, ¿no piensa ir con alguien?

—Bueno, ha dicho que le gustaría hacer el viaje solo.

—Ah, de acuerdo.

Un día mi padre no es capaz de tirar de la cadena del váter porque ya no sabe cómo funciona. Otro, mi padre no sabe usar el papel higiénico y se limpia con la toalla. Y otro, como si esos días no hubieran sido más que fragmentos desvirtuados de un sueño, sabe usar el teléfono y hacer cálculos.

—¿Qué me dices? —pregunta—. ¿Puedes contribuir o no?

—Pues claro —digo una vez más—. ¿Quieres que saque el dinero al contado?

—Bueno, es mucho más agradable que una tarjeta regalo. *Cash is King*. ¿No crees? ¿O será que estoy anticuado?

—Quien dice *cash is King* no puede estar anticuado.

Mi padre se echa a reír.

—¿No vas a venir a vernos un día de estos?

—Pues... claro. Intentaré ir antes de Navidad. Si no, pues el mismo día de Navidad.

—Muy bien. Tu madre quiere hablar contigo. Aquí la tienes.

En el auricular resuenan un ruido y un carraspeo, hasta que oigo la voz de mi madre.

—Mamá, ¿qué está pasando? Papá parece...

—Lo sé, cariño, lo sé.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

—¿Y qué quiere decir?

—Pues poca cosa. A veces está así, un rato. —Baja la voz—. Ya iba... Yo creo que nota cuándo va a recaer, y por eso me ha dado el auricular ahora, no quería que te dieras cuenta.

—¿Por qué no me habías dicho nada de esto?

—No me culpes. No quiero infundirte esperanzas, ¿comprendes?

—No, claro, esperanzas no me infundes —digo.

—Me doy perfecta cuenta de cuándo no dices la verdad, y lo sabes.

Seguimos hablando, pero no tardo en notarla distraída, quizá porque mi padre anda por ahí trasteando la aspiradora. Parece que se le ha metido en la cabeza que no funciona y está tratando de arreglarla.

—Tengo que irme con él —dice mi madre—. Hablamos, ¿verdad? Por lo del regalo de Micke.

—Sí —digo—. Hablamos.
Y todo vuelve a estar como siempre.

Aquí arriba me encuentro tan lejos del mundo... Podría sucumbir sin que ninguna de las personas que se hallan entre estas paredes reaccionara siquiera. Estoy pensando en la fotografía que acabo de romper, una fotografía que jamás le mencionaré a nadie.

Veo un parpadeo en la intranet del ordenador. Acaba de empezar una manifestación en el Rålambshovsparken. Representantes de la extrema izquierda se manifiestan contra la expulsión de refugiados que han pedido asilo, y los de la extrema derecha se manifiestan contra el hecho de que la extrema izquierda se manifieste. Existe el riesgo de un enfrentamiento y la policía ha desplegado un fuerte dispositivo de vigilancia.

Vuelve a sonar el teléfono.

—¿Estás listo?

—Deberías venir a mi casa —dice Birck.

—¿Y eso por qué? ¿Y dónde vives?

—Lützengatan, 10, cuarta planta. Tengo en el vestíbulo a una persona que asegura ser el 1599. Y creo que dice la verdad.

La calle de Lützengatan está en un barrio discreto de clase alta detrás de la plaza de Karlaplan. Es el barrio de la ciudad en el que menos delitos se denuncian, aunque seguramente se comenten tantos como en cualquier otro sitio. Eso lo sabe todo el mundo, aunque todo el mundo se calla, porque tienen una reputación que perder.

La calle está adoquinada con la disposición clásica, y termina en una plazoleta de cambio de sentido. El taxi se detiene y yo salgo con el sonido de la radio y el taxista que canta también *Who's got a beard that's long and white? Who comes around on a special night?*, una polca estresante y agobiante que no acaba nunca.

Calle arriba, algo más allá, en la esquina donde la calzada se encuentra con Wittstocksgatan, hay un Volvo azul oscuro en cuyo interior se distinguen unas siluetas. Enciendo un cigarro y trato de ver la matrícula, pero me lo impide el ángulo en que está aparcado el coche.

Santa's got a beard that's long and white! Santa comes around on a special night!

El taxista me devuelve la tarjeta y el sonido de la polca se ahoga cuando cierro la puerta del taxi. El vehículo se aleja. Doy una calada, me estremezco de frío.

Cómo es un hogar desvela por lo general algunas características de sus habitantes, pero no es así en el caso de Gabriel Birck. Es un piso grande de techos altos, pero da la sensación de estrechura. La gran cantidad de puertas, rincones y escondites facilita que uno se extravíe. Hay muy pocos libros; en cambio, bastantes más películas, series de televisión y cuadros. Ningún mueble de Ikea, salvo la cocina. La pegatina de Ikea aún se ve en una de las puertas del mueble que abro para coger una taza. Es una taza de color azul con el logotipo del partido Nuevos Moderados, pero en el vestíbulo hay folletos y panfletos de una asamblea de Iniciativa Feminista organizada en una plaza. En la pared libre de la cocina hay una fotografía enorme de Twiggy, andrógina y simétrica. En un banco, delante de la ventana, hay un equipo de altavoces con el móvil de Birck y música que suena bajito.

Encima del sofá del salón cuelgan veinte o treinta fotografías, puede que más, todas enmarcadas en negro, de distintos tamaños. Están colocadas sin ton ni son, como un gran *collage*. Algunas representan niños. La mayoría son fotos de hombres y mujeres y, en algunos casos, de algo intermedio e indefinido. Birck no aparece en ninguna de ellas. Podrían ser fotos de su familia, o de personas a las que conoce, pero también podrían ser desconocidos.

Y debajo de las fotos veo sentada a una mujer. Tiene las manos en las piernas, y las cruza y las descruza todo el rato, nos mira a nosotros, luego a la mesa baja de cristal que tiene delante, donde hay un dictáfono azul oscuro.

Dejo la taza a su lado, cojo la cafetera y la lleno hasta la mitad.

—Un poco más, por favor.

La mujer toma un trago. Me siento en el sillón, al lado del sofá, dispuesto a esperar. Birck está en el otro sillón, con las piernas cruzadas y un vaso de agua en la mano. El agua está tan fría que se ha formado vaho en el vaso. Lleva una camiseta blanca y un pantalón de chándal de color gris con la marca «Armani» escrita en el muslo y, por lo que pude intuir cuando Birck me abrió la puerta, no lleva calzoncillos. Tiene el pelo mojado y revuelto y huele a gel de ducha. La mujer es bajita y tiene un peinado parecido al de Twiggy en la fotografía de la cocina, con una raya al lado de color negro muy marcada. Tiene los ojos grandes y la boca pequeña, pecas que se extienden por la nariz y debajo de los ojos. Lleva unos vaqueros negros, botas rojo oscuro y un jersey de lana grueso, y no parece la típica persona que le clava un cuchillo a nadie en la espalda, aunque, hoy por hoy, no es posible estar seguro de una cosa así. La mujer deja el café en la mesa.

—¿Cómo...? —digo, pero cambio de idea—. Tú eres el 1599.

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Lisa Swedberg.

—¿Con uve o con uve doble?

—Con uve doble.

—Anteayer, cuando estuve en el Cairo, tú también estabas allí. Te vi salir.

—Sí.

—¿Por qué te fuiste?

Tarda un poco en responder. Toma otro sorbo de café; pensativa, tamborilea los dedos en la taza.

—Me asusté.

—¿De qué?

—De... todo. No quería ver...

No concluye la frase. Birck bebe agua. A través de las ventanas, grandes y con travesaños, entra la pálida luz del día. Me dan ganas de fumarme otro cigarro.

—¿Por qué has venido? —pregunto.

—Ayer, al irme, lo vi. —Mira a Birck, luego a mí, como si tuviera necesidad de explicarse—. A Gabriel, delante del Cairo. Vi el número de matrícula del coche y lo busqué en el registro de tráfico, lo puedes buscar en el móvil. Me apareció su nombre y busqué la dirección en internet. No hay muchos Gabriel Birck en Estocolmo.

—Muy expeditiva —dice Birck—. ¿No te parece?

—Sí. Pero yo creía que tu coche estaba registrado a nombre de la policía.

—Mi coche es mío —dice Birck.

—Pero ¿por qué? —le digo a la mujer.

—¿Cómo que por qué?

—¿Por qué querías vernos?

—Es que... —Mira sorprendida la taza que hay al lado del dictáfono, como si creyera que aún la tenía en la mano. Vuelve a cogerla muy despacio—. No sé por

dónde empezar. Nadie sabe que estoy aquí. Todos están en la manifestación de Rålbshovsparken. Por eso he venido ahora, nadie podía seguirme.

—¿No te echarán de menos en la manifestación?

Ella niega con la cabeza.

—He dicho que me encontraba mal.

—Tú conocías a Thomas —digo—. Eras uno de sus sujetos entrevistados.

—Sí.

—¿Pero qué implica eso exactamente?

—¿Seguís sin saberlo a estas alturas?

—Estaría bien que nos lo contaras.

Se arregla el flequillo con dos dedos.

—Me hacía preguntas para su trabajo de investigación.

—¿Cómo te seleccionó?

—Una persona a la que conozco, a la que también había entrevistado, le dio mi nombre. No es posible localizarme a través de una dirección ni de un teléfono móvil, pero él fue preguntando por ahí hasta que dio conmigo.

—¿Tú sabías quién era?

—Bueno, sabía de él. Hubo un tiempo en que fue un personaje de peso en la Acción Antifascista, AAF. Ellos no tienen jerarquías formales ni nada de eso, pero yo sé que era un elemento importante. Que para ellos fue decisivo mientras estuvo en la organización.

—¿Cuándo os visteis?

—En marzo.

—¿Dónde?

—En una cafetería. No en el Cairo, en otra. Está en Vanadisevägen, cerca de...

Guarda silencio.

—¿Cerca de donde vivía?

—Sí.

—¿Y a ti te dijo que él vivía por allí?

—No, no me dijo nada.

—¿Entonces, cómo lo sabes?

—Lo comprobé. Además, un par de días después, lo acompañé a casa después de una entrevista de seguimiento y me acosté con él.

Birck no se sorprende. Yo sí. Quizá sea esa la razón por la que el 1599, o Lisa Swedberg, está tan ausente de las notas de Heber, a pesar de lo importante que parecía ser para él. Debe de plantear un problema ético acostarse con uno de los sujetos de la investigación que uno está realizando. Quizá quiso asegurarse de que nadie lo averiguara, aun cuando las notas de campo fueran a parar a las manos equivocadas.

Nos parecía que Heber estaba solo, que sufría una soledad extraordinaria. Y eso parece, después de todo, pero a Lisa le brilla la mirada intensamente, y el principio de

Grim se confirma: a todo el mundo lo echa de menos alguien.

Lisa Swedberg parpadea un poco. En la cocina se oye la música, una voz cálida e *it's beginnig to look a lot like Christmas, everywhere you go*.

Lisa se dirige a Birck.

—¿No habías dicho que no te gustaba la música navideña?

—Bueno, a todo el mundo le gusta Johnny Mathis, ¿no?

—A ver —digo—, vamos a ir paso a paso. O sea, que iniciaste una relación con él.

—No, no es la palabra adecuada. Al menos, para describir cómo fue al principio. Fue... un arrebato.

—Pero llegó a convertirse en una relación, ¿no?

—Sí. Para abril más o menos ya lo era, si es que lo que teníamos puede llamarse relación, claro. La manteníamos en secreto, por Thomas. Yo entendía el porqué, pero me resultaba molesto de todos modos. Prácticamente solo nos veíamos en su casa, salvo las dos o tres veces que fuimos al cine o nos tomamos una cerveza en algún pub dudoso al que se atrevió a llevarme.

Suelta una risa tristona. Me suena el móvil en el bolsillo, y Lisa guarda silencio. Es Sam. Corto la llamada.

—Perdona —digo—. Continúa.

—No sé qué decir, la verdad. No fue una relación apasionada, por así decirlo, o bueno, sí, sí que lo fue, pero por oleadas. No sé si me explico. Era así cuando nos veíamos. A veces, aprovechando que me hacía una entrevista. A mí me hizo varias, creo que cinco o seis en total. A varios de los sujetos entrevistados los utilizaba así, como llaves. Cuando se le ocurría algo nuevo, algo que había intuido en otras entrevistas, a veces me llamaba para preguntarme al respecto a mí también. Yo no he estudiado mucho de sociología, pero Thomas decía que los estudios de entrevistas a veces funcionaban así. Al principio creía que me lo decía solo para poder verse conmigo. Así de egocéntrica soy, vamos. Pero con el tiempo me di cuenta de que no, o, al menos, de que no era solo por eso.

—¿Lo notaste desde la primera vez? —dice Birck—. Me refiero a que tú le interesabas.

—Noté... qué sé yo. Thomas era una persona difícil, o, más bien, era bueno. Se le daba bien hacer que uno se sintiera cómodo, seguro, accesible, no sé si me explico. Claro que para ser entrevistador, es necesario. Para mí no fue fácil al principio saber si le interesaba yo o lo profesional. Me daba la impresión de que algo había. Y después de la segunda entrevista, comprendí que no estaba equivocada.

—¿Cómo te diste cuenta? —pregunto.

—Bueno, esas cosas se notan. Se leen entre líneas.

Calla unos instantes antes de continuar el relato. Ninguno de nosotros dice una palabra. Me pregunto si se tiene a sí misma bajo control o no.

—A veces podía pasar un mes entero sin noticias tuyas, pero entonces me llamaba y me preguntaba si no podíamos hacer otra entrevista, que tenía material nuevo que quería comentar conmigo, y entonces nos veíamos y volvía a encenderse la llama, se mantenía a tope un par de semanas y volvía a extinguirse un tiempo.

—¿Y tú cómo te lo tomabas? —dice Birck—. ¿Te habría gustado verlo más a menudo?

—No —dice—. A mí me va ese tipo de relación. Yo no necesito mucho, vaya, prefiero estar a mi rollo. Muchos hombres son un desastre, pero algunos hacen bien un par de cosas que a mí me gustan. Una es la cama. La otra, hablar de política. A Thomas se le daban bien las dos.

—Thomas guardaba el secreto de vuestra relación —dice Birck—. Pero ¿y tú?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo duró en esas condiciones?

—Hasta... hasta el jueves, supongo.

Birck apoya los codos en las piernas.

—Muy bien, pues cuéntame qué pasó.

—¿Aquella noche?

—Sí.

—Habíamos quedado... en un sitio en el que nos vemos, o bueno... nos veíamos a veces. En un callejón de Döbelnsgatan. Tengo una amiga que vive por allí y a veces me quedo a dormir en su casa; esos días Thomas y yo quedábamos allí, en el callejón, y nos íbamos a su casa dando un paseo. Pero esta vez quedamos en vernos en el patio.

—¿Era la primera vez?

—Sí.

—¿Por qué lo hicisteis así?

—Porque... bueno, así lo pensamos. —Duda un instante—. Yo tenía miedo.

—¿De qué?

—Me coloqué entre los contenedores de basura —prosigue, como si no hubiera oído la pregunta de Birck—. Los que había pegados a la pared. Me quedé esperando a que Thomas doblara la esquina. Y allí estuve hasta que oí pasos. Entonces se me ocurrió que igual no era Thomas, y quería asegurarme de que sí lo era antes de salir. Desde mi ángulo lo vi de perfil, y vi que me estaba buscando, que no me había visto. Se quitó los guantes y se los guardó en el bolsillo. Entonces empecé a caminar hacia él pero en ese momento oí un ruido que me asustó y retrocedí. Unos pasos rápidos y nerviosos resonaron en el callejón. Y, antes de que pudiera darme cuenta, lo vi desplomarse en el suelo. Mi campo de visión o, bueno, el panorama se veía limitado por el contenedor y no me atreví a moverme, así que solo veía la cara de Thomas, cómo cayó boca arriba y luego que alguien empezaba a revisarle los bolsillos enseguida. Ni siquiera tuve tiempo de... Thomas ni siquiera me vio.

—¿Cómo sabes que la persona en cuestión le registró los bolsillos? —pregunta Birck.

—Porque veía que le tironeaban el abrigo.

Ese detalle del relato de Lisa la deja rígida y seria, observando la mesa de Birck con la boca apretada y tensa. El detalle más inesperado es el que más nos afecta. Yo lo sé mejor que la mayoría.

—¿Qué pasó después?

—Oí que registraban la mochila, que abrían la cremallera y que alguien revolvía dentro.

—¿Y luego? —pregunto.

—Quiquiera que fuese se largó de allí. Recuerdo que me sorprendió, porque estaba convencida de que la persona en cuestión también me había visto, y de que me había llegado el turno a mí, pero se largó sin más. Estaba conmocionada, creo, porque el corazón me latía como un caballo desbocado. Salí del escondite de detrás del contenedor y vi... Estaba aterrorizada, de verdad... estaba alteradísima. Me agaché y traté de comprobar si respiraba. Pero no. Puede que aún no estuviera muerto, pero... a veces caes en ello demasiado tarde. Puede que suene extraño, pero me sobrevino un sentimiento... no era capaz ni de mirarlo.

—¿Qué hiciste después? —pregunta Birck.

—Me despedí de él sin tocarlo. Temía que quedaran en él huellas mías. Y no quería. Me fui de allí tan rápido como pude, y llamé a la policía.

—¿Llamaste a emergencias?

—Sí.

—¿Y qué dijiste?

—¿No habéis oído la llamada? Las grabáis, ¿no?

—No la hemos oído todavía —dice Birck.

Pedimos la grabación, pero no llegó antes de que Inteligencia nos quitara la investigación.

—Dije que habían acuchillado a una persona y di la dirección. Nada más.

—¿Distorsionaste la voz?

—Todo lo que pude, traté de que pareciera más grave.

—¿Por qué?

—No quería... no puedo...

Lisa se mira las manos. Son bonitas, limpias, de las que nunca han tenido que trabajar para que su dueño pueda comer.

—El asesino —digo—. ¿No lo viste?

—No. Ni siquiera vi si era hombre o mujer.

—Para clavarle un cuchillo a alguien de esa manera hace falta emplear bastante fuerza.

—Como si una mujer no pudiera...

—Sí, claro —digo—, claro que puede, pero es menos habitual. ¿Qué era lo que quería quienquiera que fuese? En la ropa y en la mochila, ¿qué era lo que buscaba el asesino?

—Esto —dice Lisa.

—¿El dictáfono? ¿Cómo lo sabes?

—Cuando lo oigáis, lo entenderéis. Aunque puede que lo que contiene tampoco sea del todo verdad, yo... ya no lo sé. Estoy hecha un lío.

—Cuéntanos —le ruega Birck—. Ya lo escucharemos luego, primero cuéntanos.

—Es que... no puedo.

—¿Cómo has conseguido el dictáfono? —pregunto.

—Me lo han dado.

—¿El asesino?

Lisa no responde, pero levanta el dedo y pone en marcha el aparato, que responde con un débil pitido, y la pantalla diminuta empieza a brillar.

Lo sostiene hacia Birck.

—No hace tanto que lo tengo, me lo dieron esta mañana. Los archivos están guardados por nombre. O por números sucesivos. La primera entrevista conmigo se llama 1599. La segunda, 15992. La tercera, 15993, y así sucesivamente.

—Una cosa —dice Birck despacio, sin coger el dictáfono—. Tú sabes que nosotros ya no llevamos la investigación del asesinato de Thomas Heber, ¿verdad? Sino que son los Servicios de Inteligencia.

—Lo sé. Ellos ya han estado hablando conmigo.

—¿Y qué les dijiste?

Lisa baja la mano que tiene tendida hacia Birck, pasa el pulgar por la parte superior del dictáfono, como si estuviera limpiando la pantalla.

—Pues... Nosotros siempre tenemos encima a los de Inteligencia. Están tan paranoicos que ven terroristas por todas partes. Entre nosotros incluso, vaya. Solo porque luchamos por algo con lo que no están de acuerdo, nos ponen en una lista negra. Son unos fascistas, casi tanto como los nazis. Así que no me sacaron mucho. Quiero que... que la muerte de Thomas se esclarezca, pero no me fío de Inteligencia ni una pizca. Lo llamaban pseudoinvestigador y terrorista encubierto, ¿os dais cuenta? Y resulta que era un sociólogo de fama internacional, joder.

—¿Quiénes sois «vosotros»? —pregunto—. Acabas de decir que siempre los tenéis encima.

—Ah, sí. Pues me refiero al movimiento autónomo, en realidad, a todos los que tienen en casa un ejemplar de *La insurrección que viene* o algún libro por el estilo. Me han dicho que controlan a todos los que compran ese tipo de libros y pagan con tarjeta. Así pueden seguirles la pista. Están como cabras. Y sí, bueno, hay miembros del movimiento autónomo que recurren a la violencia en la lucha contra el fascismo. Es autodefensa. Pero el movimiento autónomo incluye también activistas por los derechos de los animales, sindicalistas y feministas, antifascistas que nunca han utilizado la violencia.

—¿Cómo se llamaba el policía de Inteligencia con el que hablaste? —pregunto.

—Goffman, no sé qué más. Y otro. Eran dos. Una mujer, Berg, creo. O no, Berger.

—¿Quién te ha dado el dictáfono? —pregunta Birck.

—No puedo decirlo.

—¿Estás protegiendo a alguien?

—La persona que me lo dio no ha hecho nada, de eso estoy segura.

Nadie sabe qué decir. Lisa toma un poco más de café.

—Radicales AntiFascistas —digo despacio—. ¿Qué es?

—¿Es que tu móvil no tiene Google? —pregunta.

—Sí, pero lo único que hay en la red, por lo que he podido ver, es una página web con un logotipo. Un decorado que no conduce a ninguna parte.

Lisa se retrepa en el sofá.

—No somos una organización, aunque así nos califiquen los medios de comunicación y la policía. Me saca de quicio, porque la esencia de una organización es que cuenta con una estructura jerárquica, con una jefatura y unos subordinados. Nosotros estamos en contra de las jerarquías, precisamente. Radicales AntiFascistas es más bien una red. Formamos parte del movimiento autónomo y combatimos el fascismo y la opresión, sobre todo los movimientos de «supremacía blanca» del tipo Resistencia Sueca.

—Vuestra lucha adopta a veces una forma de expresión delictiva —digo—. ¿No es eso lo que has dicho?

—Vosotros lo definís así. Nosotros consideramos que el fascismo no puede combatirse con medios legales en una sociedad que alberga tendencias fascistas. Es como el hecho de que Anticimex se dedique a erradicar plagas. Nosotros...

—Vale, vale —digo.

—A esto precisamente me refiero —dice Lisa con tono implacable—. Tú solo ves ese mundo minúsculo de policía. No ves la opresión que se ejerce fuera a diario.

—Yo lo que no entiendo —dice Birck— es la diferencia entre RAF-B y RAF-N. ¿Son movimientos distintos?

—No, es el mismo. Se llaman así según funcionan en las manifestaciones, en un bloque blanco o en un bloque negro. Los blancos son aquellos que prefieren evitar la violencia, pero que no renuncian a recurrir a ella si fuera necesario. Los negros son los que emplean la violencia desde el principio, los que están dispuestos a provocar un enfrentamiento directo. Yo tengo la impresión de que esa denominación es un invento de Inteligencia, por una organización que existía antiguamente y cuyos miembros menos violentos se vestían de blanco, precisamente, mientras que los demás no. Pero poco a poco se fue convirtiendo en una forma más genérica de distinguir cómo actúan los grupos en diferentes bloques. RAF-B y RAF-N son abreviaturas que nosotros no utilizamos, pero Thomas recurría a ellas para establecer categorías entre los sujetos entrevistados. En realidad, para nosotros es una división

un tanto extraña, puesto que todos los miembros del RAF están dispuestos a recurrir a la fuerza física en defensa propia en la lucha contra el fascismo.

—Estaba pensando —digo— que... has dicho que habíais quedado en veros esa noche. ¿Verdad?

—Sí. Casi siempre era Thomas el que se ponía en contacto conmigo, como os decía, cuando surgían nuevos temas o nuevas ideas en su proyecto de investigación. En esta ocasión también fue así.

—Has dicho que tenías miedo —observa Birck—. ¿Por qué?

—Pues... no puedo... —dice, y baja la vista otra vez, y casi pueden sentirse las palabras que tiene en la punta de la lengua pero que encuentran algún impedimento para salir.

Deberíamos presionarla más, ser más bruscos, pero existe el riesgo de que se eche atrás y se cierre en banda.

—En las notas de campo que Thomas llevaba sobre su trabajo, describía el proyecto de investigación y las entrevistas —digo.

Lisa pone la misma cara que pondría quien acaba de enterarse de que su pareja se ha acostado con otra persona.

—No lo sabías, ¿verdad? —dice Birck.

—No.

—Al parecer, no es de extrañar que los investigadores procedan de ese modo, pero...

—¿Las habéis leído?

—Sí —digo.

—¿Puedo verlas? ¿Las tenéis aquí?

Niego con la cabeza.

—Cuando Inteligencia se hizo cargo, se quedaron con todo el material.

Se queda un buen rato observándome.

—De acuerdo —dice, como si acabara de decidir que no estoy mintiendo—. Lástima. Me habría gustado leerlas. ¿Escribió algo sobre mí?

—Sí —dice Birck—. Pero no con tu nombre, y nada sobre vuestra relación. Se refiere a ti como al número 1599.

—Al final de esas notas —continúo— menciona algo que tú le habías contado. Si no recuerdo mal, fue a finales de noviembre. Dice que te pusiste en contacto con él y que querías verlo.

Lisa no dice nada, pero asiente con un gesto imperceptible.

—Un par de semanas después, vuelve a escribir, aunque lo único que dice es que lo atormenta lo que le habías contado. No aclara de qué se trata. —Contengo la respiración—. ¿Qué fue lo que le contaste?

—Pues... era... Es que no puedo decirlo, porque ya no estoy segura de que sea verdad.

—¿Tenía algo que ver con su muerte? —pregunta Birck—. ¿Tú sabías que iban a matarlo?

—No, por Dios, no —dice, con un tono de voz como si fuera a levantarse e irse inmediatamente—. Yo no tenía ni idea de... No pesaba sobre él ninguna amenaza, desde luego, para nada.

—No pesaba ninguna amenaza sobre él, pero sí sobre otra persona —dice Birck—. ¿Es eso lo que quieres decir?

Lisa no responde.

—Vamos a ver —digo con mucha calma—. En las notas, Thomas te menciona a ti y dice que habéis hablado de algo. Además, menciona a otro sujeto entrevistado, el número 1601. —Trato de interpretar su reacción, pero es difícil. Me da la impresión de que no reconoce el número—. Y nosotros creemos —continúo— que el 1601 le facilitó información sobre el mismo suceso que tú, pero una información que difería de la tuya. Quizá porque lo que tú le habías comunicado no fuera del todo cierto.

Lisa nos observa con la boca entreabierta. Es imposible dilucidar si lo sabía o no. Puede que esté sorprendida de lo que acaba de oír, puede que para ella sea una novedad. O puede que le resulte sorprendente que lo sepamos.

—De acuerdo —dice al fin.

—¿No conoces al número 1601? ¿Nunca hablasteis de él?

—No, nunca.

—Y no hay en vuestro... círculo, o como queramos llamarlo —dice Birck—, ¿no corre ningún rumor de que vaya a ocurrir nada?

No hay respuesta.

—De acuerdo. Me lo tomaré como un sí. ¿Existen varias versiones del mismo rumor, o se trata de varias actuaciones?

—Yo... —Lisa duda.

—Explícate —le ruega Birck.

Ella niega con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Es que...

—Se trata de una persona —digo—. ¿A la que van a liquidar?

Lisa asiente despacio.

—¿Quién? —pregunto—. ¿Quién es? Lisa, deberías ayudarnos.

Me lanza una mirada llena de ira. Mis palabras han sonado más duras, más acusadoras de lo que pretendía.

—¿Y qué coño te crees que hago aquí?

—Yo... —digo, pero se oye un pitido, Lisa coge el móvil del bolsillo, lee el mensaje de texto.

—Madre mía. —Se levanta del sofá—. Tengo que irme.

—¿Ahora? No puedes irte ahora.

—No me queda más remedio.

Recoge sus cosas.

—Por favor, quédate —dice Birck.

—No puedo. Ha ocurrido algo en Rålambshovsparken, han herido a uno de mis amigos. Escuchad eso —dice señalando el dictáfono antes de dirigirse rauda a la puerta—. No se lo deis a Goffman.

—¿Y cómo damos contigo si necesitamos hablar otra vez?

Sin detenerse siquiera, sin darse la vuelta, da una dirección de Bandhagen que me apresuro a anotar. Abre la puerta y, en un abrir y cerrar de ojos, Lisa Swedberg desaparece como si nunca hubiera estado allí.

Durante la contramanifestación, Jonathan va a parar cerca de uno de los árboles. Lleva puesta una capucha, no necesita más para combatir el frío. La adrenalina que le bombea por todo el cuerpo, mezclándose con las anfetaminas, se encarga del resto.

Lleva una bengala en una mano, un puño de acero en la otra. Hay demasiada gente, todo está borroso. Lanza la bengala contra uno de los polis que hay por allí cerca. Le aterriza al lado del zapato con un chisporroteo humeante. El colega del poli ha debido de notarlo, porque un segundo después alguien ataca a Jonathan por la izquierda, una porra extensible le atiza en el antebrazo y le arranca un lamento.

Jonathan se da la vuelta. A saber por qué, pero el poli no tiene puesto el casco, está en el suelo, entre los dos. La porra vuelve a girar en el aire. Jonathan se protege y recibe el segundo golpe en el hombro. Siente como si se le hubiera dislocado. Recibe un golpe más. Se gira atacando al frente con el puño de acero, pero se encuentra con el escudo en un golpe mudo y estéril.

Alguien viene corriendo por detrás y le planta al policía las manos en la espalda. El empujón lo sorprende, lo hace perder el equilibrio. El policía se tambalea y Jonathan se aparta para que no le caiga encima.

Delante de él tiene a Ebi. Lleva la misma ropa que cuando se vieron en Hallunda, pero ahora va enmascarado. Jonathan reconoce los ojos de su amigo de la infancia. Ebi se abalanza hacia el policía y lo aplasta contra el árbol, consigue que se le caiga la porra.

—Fascista de mierda —masculla Ebi—. Largo de aquí.

Jonathan debería haberlo visto, el miedo en los ojos del policía, cómo va moviendo la mano libre hacia la funda de la pistola. En un abrir y cerrar de ojos, tiene la pistola en la mano. Ebi lo suelta demasiado tarde. El policía está pálido de miedo.

Cuando resuena el disparo y Ebi se desploma en el suelo, Jonathan ya no puede hacer nada. Ni siquiera puede arrodillarse a su lado. Le encantaría, pero no puede ser. Si lo hiciera, todo se descubriría.

La máscara oculta las lágrimas que ya inundan los ojos de Jonathan.

Christian no ve lo que sucede. Está ahí, a un par de metros, pero no lo ve.

El humo de las bengalas se funde con los cohetes y la lucha, los gritos y los lamentos se mezclan con el sonido de los latidos de su corazón. Con el rabillo del ojo ve que dos policías armados con porras se lanzan sobre sus amigos.

Ve a un poli aplastado contra un árbol y, sin saber cómo, se le ha caído el casco, que está en el suelo. El policía tiene el escudo tan cerca de la cara que se le empaña al respirar. Christian reconoce a Jonathan. Hay otro hombre allí, con él.

Christian se da la vuelta y, en ese momento, se oye un disparo a su espalda. Todo se detiene, y él gira la cabeza. El otro hombre yace en el suelo. El cuerpo le tiembla sin control. Jonathan lo mira fijamente.

El hombre que hay en el suelo solo tiene un ojo.

Esto es lo que dicen, pero nadie lo sabe con certeza. En el parque de Rålambshovsparken un policía antidisturbios con el dedo incontrolado se las ha arreglado para dispararle en un ojo a un manifestante. El policía se puso nervioso al verse rodeado y atacado por los manifestantes. Y cuando la gente que va armada se asusta, la cosa siempre sale mal.

Los participantes en la manifestación eran principalmente Radicales AntiFascistas y Resistencia Sueca. Se ven sus panfletos esparcidos por la nieve. Varios de ellos están heridos, mujeres y hombres de ambos bandos llevan vendas en brazos y piernas, apósitos enormes en la cara y la frente. Unos cuantos policías presentan algún rasguño. Aquí y allá, la nieve del parque aparece manchada de sangre, de los restos de cohetes y de las bengalas que han explotado.

Es un caos.

El olor es aún muy intenso, pero ya ha desaparecido el humo. Hay ambulancias aparcadas en hilera y sanitarios que curan a los manifestantes mientras los policías los vigilan con la espalda muy derecha y los medios de comunicación observan y fotografían cuanto ven. Más allá, filas de gente aterrorizada. Entre ellos, en alguna parte, se encuentra Lisa Swedberg.

Birck y yo estamos al otro lado del parque, a una distancia lo bastante grande como para convertirnos en espectadores.

—¿Ves eso?

—Lo veo —dice Birck.

En el suelo, entre la nieve sucia, hay una bandera de los RAF, roja, negra y blanca.

—¿Crees que le han disparado en el ojo de verdad? —digo.

—Da igual si ha sido en el ojo o en cualquier otro sitio, se va a armar una buena con todo esto. ¿Te acuerdas de Gotemburgo 2001?

—Entonces tenía veintiún años.

Birck me mira extrañado.

—¿Ah, sí?

—Fue mientras estudiaba.

—¿Y no se hablaba de eso?

—Seguro que sí, pero no mientras estaba yo.

Birck se gira.

—Y ahí siguen, oye, como una lapa. —Levanta la mano, saluda y sonrío en dirección al Volvo que aguarda delante de la acera—. Ya ni siquiera hacen por esconderse.

Tanteo el dictáfono, que llevo en el bolsillo del abrigo, y me pregunto qué habrá dentro.

—Saben que Lisa ha estado con nosotros —dice Birck.

—Quieres decir que lo sabe Inteligencia, ¿no?

—Sí. Deberíamos habérselo dicho a ella.

—Pero si no tuvimos tiempo... Lo que sí deberíamos haber hecho era presionarla más. Deberíamos haber intentado retenerla.

—¿Retener a una antifascista que aborrece a los policías?

En el parque, una ambulancia circula sin las sirenas pero con las luces azules parpadeando para abrirse camino entre el gentío. La muchedumbre se disgrega a regañadientes. A nuestros pies aletean los panfletos. Por allí cerca hay varios iguales en el suelo. Birck da unos pasos, recoge uno y lo lee en voz alta mirando en mi dirección:

La cultura sueca se encuentra en un estado crítico. Las regiones nórdicas que nos pertenecen se han visto invadidas en las últimas décadas por pueblos extraños, al tiempo que los políticos y los medios de comunicación nos animan obsesivamente a la tolerancia y la integración racial y cultural. Toda raza y toda cultura tienen poder para conformar su destino y, por ende, también el derecho y el deber de defenderse. Aquí nos vemos obligados a aceptar una ocupación devastadora, y nuestros políticos, unos corruptos, han procurado por todos los medios que las manifestaciones de descontento o de resistencia se declaren ilegales. Tenemos las manos atadas, y los defensores del multiculturalismo luchan por acallar nuestra voz también. Los tiempos de crisis exigen soluciones drásticas. Tenemos la responsabilidad de liberarnos para poder responder. No podemos guardar silencio. Tenemos que garantizar la existencia de nuestro pueblo, y el futuro de nuestros hijos suecos.

Al principio del folleto, se lee el texto:

ÚNETE A RESISTENCIA SUECA - ÚNETE A LA LUCHA POR SUECIA

—¿Qué me dices? —Birck sonrío—. ¿No te apetece?

Suelta el folleto y lo deja caer al suelo.

—Lo que dijo de la noche del asesinato —digo, refiriéndome a Lisa Swedberg— concuerda con el testimonio de John Thyrell. No está nada mal para un niño de seis años.

—Lástima que no tengamos ningún sospechoso. Que sepamos. En ese caso, habríamos podido enseñarle a Thyrell una foto. Y así lo habríamos probado en serio.

—No creo que viera mucho —digo—. Estaba a demasiada distancia. Lo que el niño ve es que hay alguien revolviendo en la mochila de Heber. Me figuro que no vio la cara con claridad. Además, el patio trasero está tan oscuro como boca de lobo. Es un milagro que viera ni siquiera lo que vio. Por si fuera poco, ya han pasado varios días desde que cometieron el asesinato, y la memoria de los niños es menos fiable con el tiempo.

—Aun así —dice Birck—. Siempre podemos probar.

—Ya. Si Inteligencia tuviera alguien con quien probar.

—Puede que lo tengan.

—Ya, pero ¿quién?

—A saber. —Birck parece mosqueado—. Qué follón de mierda.

Nos quedamos en el parque y mi mente empieza a divagar. Me siento tristón y decaído.

En el barullo que hay al otro lado del parque entreveo a Lisa Swedberg. Tiene las manos en los bolsillos, aunque no parece que sea por el frío. A su lado hay un hombre alto y robusto que le está diciendo algo. Es Oscar Svedenhag. La veo cada vez más seria, hasta que se da media vuelta y se aleja de allí, a toda prisa. Yo observo lo que está ocurriendo, pero no lo registro. Estoy en otra parte.

—Eh, oye —dice Birck.

—¿Sí?

—Te estaba preguntando que si nos vamos. ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa por qué?

—Pareces hecho polvo. ¿Estás bien?

Me paso un buen rato sin decir nada. Se oye el pitido de sirenas. Empezamos a volver al coche.

—Olausson me ha amenazado.

—¿Qué?

—Que si meto las narices en el asesinato de Heber, me suspenden. No cree que haya dejado el Sobril.

—Joder. Claro que... es verdad que no lo has dejado.

—Hay otra cosa —digo para cambiar de tema.

—¿El qué?

Tengo un Sobril en el bolsillo. Jugueteo con él entre los dedos. Pienso en mi padre, en su voz.

—Nada. Creo que estoy un poco confuso.

Birck abre el coche. Yo suelto la pastilla que tengo en el bolsillo, a pesar de que no he tenido tantas ganas como ahora en todo el día.

Salimos de la zona del Rålambshovsparken y el Volvo negro nos sigue a unos metros. Saco el dictáfono del bolsillo y se lo doy a Birck.

Está anocheciendo. En algún punto del barullo de la plaza de Kungsholm, el Volvo nos pierde de vista, y Birck pone cara de satisfacción, enciende la radio, donde interrumpen una canción navideña para informar de los últimos acontecimientos en el Rålambshovsparken.

—¿Sabes que hoy es domingo? —pregunto.

Birck se echa a reír.

—¿Y qué importancia tienen los días de la semana?

Me suena el teléfono. Puto teléfono.

Es Birck. Debería responder, pero no quiero y no puedo, porque Sam está esperándome en la puerta. Es por la noche, y en el piso de al lado se oyen voces que hablan al mismo tiempo, risas y gritos. Y me hace pensar en algo que se parece a la felicidad.

—Llevo todo el día tratando de hablar contigo —dice Sam.

—Me has llamado dos veces.

—¿Puedo pasar?

Me aparto y ella entra en el recibidor. Trae consigo un aroma, una mezcla a Sam y a noche de diciembre que me recuerda al tiempo en que compartíamos un hogar. Exceptuando el último año, fue una buena época, puede que la mejor de mi vida.

Se ha desabrochado el abrigo, pero sigue con el bolso colgado del hombro.

—¿Puedo quedarme a dormir?

—Sí.

—No quiero dormir sola.

—Ya te he dicho que sí.

—Pero si no quieres, no quiero. Siempre te pasa lo mismo, dices que sí a cosas que en realidad no quieres hacer.

Cierro la puerta.

—Quiero que te quedes a dormir —digo, y alargo el brazo, cojo el abrigo y lo cuelgo del perchero, y tengo la sensación de que Sam ha vuelto a casa, por fin.

Eso es lo que el olor de Sam trae a mi casa, el olor de la esperanza. Pero hace ya mucho tiempo, sí, cariño, una eternidad, una eternidad que quedó atrás y que no volverá nunca. Solo los niños y los locos creen que las cosas pueden arreglarse.

desde luego, deberías escuchar esto

Birck se refiere al dictáfono. Me pregunto qué dirá. Estoy sentado con el móvil en la mano y la cabeza de Sam apoyada en el hombro. Se ha dormido. Delante de nosotros relampaguean las luces de una película en la que Jane Russell y Marilyn Monroe están en alguna parte, rodeadas de hombres de cabello repeinado y con trajes caros, y Jane Russell está cantando *bye bye baby, remember you're my baby when they give you the eye*.

mañana, respondo. sam está conmigo

Birck no responde, y se lo agradezco. Le ha costado mucho dormirse y se despierta con mucha facilidad, siempre le ha pasado. Muy despacio, le acerco los labios al pelo, y ella se da cuenta, porque se mueve un poco, se incorpora ligeramente y pega la boca a la mía. Es inesperado, después de tanto tiempo, y aunque sabe a metal y tiene los labios secos, sabe a Sam de todos modos. La piel tiene memoria.

Cuando me levanto del sofá para tapparla con la manta, ella tira de mí y me retiene, como temiendo que vaya a abandonarla en el sueño.

Tres golpes en el pecho y eso es todo. No, golpes no son, son algo más afilado. Más peligroso. El dolor pesa sobre todo. Cae boca arriba y clava la mirada en el techo. ¿Puede mover los ojos? Sí, sí puede. Recorre con la vista la mesa, el hombre que se inclina sobre ella, otra vez el techo.

Eso la llena de asombro, que el cuerpo le dé tanto tiempo, que siga funcionando. Pero no puede moverse. Le duelen las piernas, no sabe por qué.

Lo que ha ocurrido..., no lo comprende. El móvil que sonó, tres tonos, y el hombre que hablaba al otro lado, que le preguntó si podían verse. Decía que tenía algo que contarle, una información que iba a ser importante, según le dijo. Ella se mostró escéptica, teniendo en cuenta quién era el hombre, pero la conversación con los dos policías la tenía crispada, asustada. Casi desesperada, esa es la palabra que busca. El hecho de que le cueste tanto encontrar la palabra le indica que no le queda mucho tiempo. Se le viene a la cabeza una imagen: alguien que empieza a soplar una vela encendida, la llama flaquea y se extingue.

Desesperada. Por eso aceptó. Tuvo que ser por eso, se desesperó al comprender lo que estaba a punto de ocurrir. Y ahora que él está aquí, lo entiende menos todavía. Lo único que sabe es que la han engañado. Tomar conciencia de ello la llena de ira, comprender que algo tan banal como el hecho de que la hayan engañado es lo que acabará con su vida.

Ella le abrió la puerta, de eso sí se acuerda. Él la miró de un modo inescrutable y, cuando levantó la pistola, ella atinó a dar un paso atrás, dos o quizá incluso tres, antes de que el primer golpe le alcanzara el pecho.

Los contornos de las cosas se desdibujan. Le duele respirar. No, es que ya no puede respirar. Eso es, le han puesto en el pecho un bloque de cemento. Ve con el rabillo del ojo que el hombre retrocede, sale del piso y se esfuma.

La idea la asalta como un chispazo, y recuerda lo que Ebi Hakimi le contó cuando le dio el dictáfono.

No es Antonsson.

No estaba segura de que Ebi tuviera razón. Ni siquiera al ver lo preocupado que estaba. ¿Sería esa la razón por la que no se lo contó a los dos policías? Puede. ¿Se lo habría contado de haber sabido que iba a terminar así? ¿Confiaba en ellos? En uno sí, se dice. En el otro no. Eso también la inclinó a no decir nada. Y ahora que es demasiado tarde, se arrepiente.

Entonces viene la certeza, y quizá por eso deja de oponer resistencia. Por eso lo comprende todo.

Ella sabe que quien está amenazado no es Antonsson, y es verdad. Por eso es peligrosa.

Y por eso debe morir.

Los coches que iban rayando aquel invierno de hace tanto tiempo. Apenas habían empezado a pasarlo bien cuando todo se torció. Estaban en casa de Christian viendo en la tele cómo la ciudad de Gävle se paralizaba por la peor nevada que se recuerda. La gente iba esquiando al trabajo, deslizándose a la altura del techo de los coches sepultados en nieve. Los tanques recorrían la ciudad para transportar artículos de primera necesidad.

—¿Llevarán cerveza? —dijo Christian, y Michael se echó a reír.

Sonó el teléfono. La madre de Christian respondió en el salón. Oyeron su voz a través de la puerta cerrada.

—Joder, qué aburrimiento —dijo Michael—. ¿Llamamos a Oliver?

Oliver era una de las cuatro personas a las que podían llamar para comprar alcohol ilegal. Oliver era el preferido, siempre llegaba puntual y no era demasiado caro y, a diferencia de los otros, no iba acompañado de tíos con pinta de bulldogs.

—Hoy no me apetece —dijo Christian.

—Yo creo que a mí tampoco.

Llamaron a la puerta. Christian bajó el volumen del televisor.

—¿Sí?

Su madre entreabrió la puerta.

—Llaman a Michael.

—¿Quién?

Ella miró a Christian, luego a Michael.

—La policía.

Al parecer el poli, un tal Patrik Törn, de seguridad ciudadana, había intentado localizar al amigo de Christian en su casa, pero allí no había nadie. Törn había logrado sumar dos y dos y había llamado a Christian, pues sospechaba que estaría con él.

Era por un coche rayado. El propietario había presentado una denuncia a la policía. De no haber sido por una compañera de clase de Christian, que pasó por allí en bici y le contó a su padre lo que había visto, no habría pasado de ser una denuncia más, de esas que no conducen a nada.

—¿Por qué coño le has dicho que estaba aquí? —le preguntó Christian después indignado.

—Lo habrían encontrado de todos modos, y si ha hecho algo ilegal, es lo justo. La verdad, yo estoy contenta de que no preguntaran por ti.

—Vete a la mierda.

Su madre lo miraba sin comprender.

—Sé quién es —dijo Christian un par de días después—. La que te vio. Se llama Natalie.

—¿Y qué coche sería? —dijo Michael—. ¿Cuántos llevamos rayados a estas alturas?

—Ni idea —dijo Christian, aunque sabía exactamente cuántos habían caído bajo su mano—. ¿Diez?

—Pues qué buen promedio, salir airosos en nueve de diez.

Michael se echó a reír, no parecía tomárselo en serio. Christian no sabía cómo reaccionar, así que se rio también. En realidad, no había rayado más de cuatro.

Natalie no sabía el nombre del que había rayado el coche, pero esa información era capaz de averiguarla un hombre de acción como Patrik Törn. Por si eso no fuera suficiente, Natalie pudo dar algo así como una descripción del culpable. Llevaba un anorak blanco sin abrochar y una sudadera oscura, quizá negra, en la que se leía Skrewdriver. La leyenda se veía bien en la penumbra.

—Joder —dijo Michael—. Me van a poner una multa que te cagas.

Pero no fue así. Christian pensó que ojalá le hubiera caído una multa y nada más.

La cosa fue rápida, mucho más de lo que Christian pensaba. Aquel invierno, unas semanas después de la denuncia, a Michael le sonó un día el teléfono. Christian y él estaban sentados en la cama escuchando un disco nuevo, viendo la carátula y examinando las fotografías, leyendo las letras... Christian cogió el mando a distancia, apuntó al equipo. La música cesó.

—Sí, hola —dijo Michael.

Al otro lado se oyó vagamente una voz de hombre. Sonaba tranquila, metódica. Sonaba peligrosa. Preguntó con quién hablaba. El amigo de Christian dijo su nombre con un tono grave, como de confesión.

—Sí —dijo Michael—. Sí, eso es. Pero ¿quién te ha dado mi número? —El hombre hablaba al otro lado del hilo telefónico, y Michael iba enarcando las cejas cada vez más asombrado—. Pero... ¿en serio? Sí. Gracias. Sí, claro. Allí estaré.

Michael se quedó mirando el teléfono como si lo hubiera sorprendido. Y colgó.

—¿Quién era?

—Era el del coche que hemos... el coche que rayé.

—Mierda. —Christian se incorporó en la cama—. ¿Y qué quería?

—Quería verme. Si accedo, retira la denuncia.

Michael cogió la carátula del disco, hojeó el libreto distraídamente.

—¿Y vas a ir?

—Si así me libras de la multa, puedes jurar que sí.

—¿Y cómo había conseguido tu número?

—Dice que se le da bien averiguar ese tipo de cosas. No sé qué ha querido decir.

Christian no dijo nada. Pero le sonaron todas las alarmas.

Llegó el 21 de diciembre. En el centro de Hagsätra habían colgado luminarias rojas y verdes entre los edificios y en la plaza había cuatro hombres tocando la guitarra y

cantando *¡copos de nieve caen sin cesar al ritmo alegre de la Navidad!*, con acento extranjero. Una lluvia casi helada caía cubriendo el suelo de una película brillante y resbaladiza. Christian y él se vieron en la barrera del metro, donde saludaron a unos cuantos conocidos. Iban al mismo instituto. Christian no les dijo adónde iban.

Se fueron de Hagsåtra a Rågsved. Al otro lado de las vías había cuatro yugoslavos, o lo que fueran, enzarzados en una discusión. Sonaba como una mezcla incomprensible. Christian le hizo un gesto de resignación a Michael, que se rio bajito. Iban tranquilos.

Pasaron por delante de Högdalen, antes de que el tren frenara al entrar en Bandhagen.

—Gracias por acompañarme —dijo Michael.

Christian asintió sin decir nada.

Había un hombre apoyado en la puerta del conductor de un Volvo negro. El coche relucía. El hombre llevaba un abrigo negro y una bufanda gris claro, vaqueros y botas negras. Se vieron al mismo tiempo. El hombre se les acercaba sonriendo. Christian notó que Michael se ponía tenso.

El hombre sacó la mano del bolsillo y se la tendió. Dejó de sonreír.

Michael le dio la mano.

El hombre sería diez años mayor que ellos, no más. Dijo que se llamaba Jens, Jens Malm. Tenía la voz apagada y agradable. Luego miró a Christian.

—Preferiría que estuviéramos los dos solos —le dijo a Michael—. ¿No te importa?

—No, claro. —Miró a Christian—. Podemos vernos luego delante del polideportivo, ¿no?

—Vale.

Christian se dio media vuelta y se alejó de allí. A su espalda oyó cómo Jens abría la puerta del coche.

Aquella primera vez tardaron mucho, eso lo recuerda. Y después, fue como si algo hubiera cambiado, solo que no sabía decir qué exactamente. Christian y Michael se vieron en el polideportivo, ya bastante tarde.

—En realidad debería estar ya en casa —dijo Michael mirando el reloj.

—A mi madre le da igual —dijo Christian.

—Pero a la mía no.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó tanteándolo.

—Creo que bien. Quería hablar, más que nada.

—¿De qué?

Michael se echó a reír.

—Me ha preguntado por la sudadera de Skrewdriver.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí.

Jens Malm le había preguntado si le gustaba el grupo. Sí, le había dicho él, son de puta madre.

—Luego —continuó Michael— me ha preguntado si yo sabía de qué iban, y le he dicho que antes era un grupo punk, pero que luego se habían vuelto nazis.

Exacto, le había dicho Jens Malm. Michael tenía razón, salvo por un particular: la expresión correcta es nacionalsocialistas. Se habían pasado al nacionalsocialismo después del primer disco.

—Entonces me ha preguntado qué pensaba yo de los inmigrantes, de los musulmanes y los judíos, y le he dicho que me daban igual. Que a veces eran un poco coñazo. —Se encogió de hombros—. Porque es verdad que lo son.

Christian estaba de acuerdo. Encendieron un cigarro. Echaron una ojeada al cielo, tiritando muertos de frío.

—Me ha dado esto —dijo Michael, y se sacó un papel del bolsillo. Se parecía a los folletos que solían poner en el tablón de anuncios del instituto—. Dice que debería plantearme meterme ahí. Y que si lo hago, retira la denuncia.

—Yo creía que la retiraba si hablabas con él.

—Sí, eso creía yo también, pero ha cambiado de idea.

Michael apagó el cigarro.

—¿Y cómo sabes que no va a cambiar de idea otra vez? —dijo Christian.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo sabes que va a retirar la denuncia si lo haces? Para mí que estás a punto de meterte en algo que no...

—Oye, que se lo he preguntado, como comprenderás.

—Ah, bueno, ¿y qué te ha dicho?

—Que me pondría el altavoz del teléfono para que oyera cómo la retiraba.

Christian trataba de pensar... No sabía mucho de denuncias, ni de cómo trabajaba la policía.

—Yo creo que le voy a decir que sí —dijo Michael—. Me ha dicho varias cosas que me han parecido de lo más lógico, y la verdad que yo echaba de menos tener algo que hacer, ¿me entiendes? Los demás tienen el fútbol o la música o lo que sea. Yo no hago nada. Y tú tampoco, nosotros no tenemos nada. Deberíamos meternos en esto. Y si veo que todavía no estoy preparado para entrar en su grupo, dice que hay otro en el que puedo entrar primero para ver cómo es. Un grupo un poco más abierto y eso. Además... —Michael miró el reloj—. Tengo que largarme. Ya veré lo que hago. ¿Nos vemos mañana?

—Sí.

Y se despidieron.

—¿De verdad que no lo has visto? ¿Ni ayer ni el sábado tampoco?

Por la mañana temprano, muy temprano. Es lo primero que dice Sam, que está tumbada en el sofá, al otro lado del salón.

—No, no lo he visto.

—Vale.

—Si el sábado nos vimos tú y yo.

—Pero antes.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quiero saberlo.

—Que no lo he visto.

Sam no me cree, y no se lo reprocho. La verdad es que lo he visto, pero me pregunto si ella lo intuye. No puedo evitar sentirme enojado. No, ofendido, quizá porque la situación me recuerda demasiado a cómo fue el último tiempo que pasamos juntos, por no compartir cama y por las vacilantes reconciliaciones nocturnas, que se convierten por la mañana en una actitud expectante y suspicaz.

—Igual que antes —dice Sam, y suelta una risa que no sé muy bien cómo interpretar.

—Eso mismo estaba pensando yo.

—Pues hay cosas de las que es mejor no sentir nostalgia. —Juguetea con uno de los muchos aros que tiene en el lóbulo de la oreja—. ¿Qué quieres que te regale por Navidad?

—No tienes que regalarme nada.

—Ya, pero quiero.

Me pregunto qué contendrá el dictáfono azul oscuro, qué será lo que Birck piensa que debería escuchar.

En realidad, hoy no me va a dar tiempo, debería dedicarme a un robo perpetrado en la calle de Torsgatan, donde un hombre colocado de anfetaminas amenazó a otro poniéndole un cuchillo en el cuello. El atracador se llevó mil ciento cincuenta coronas en metálico y, seguramente, la droga de la víctima, porque así suele ser siempre. Todavía anda suelto, pero la víctima tuvo la mala idea de contactar a la policía de inmediato, antes de que se le pasara el colocón. Aquello resultó en un interrogatorio largo y confuso a principios de la semana pasada, hasta que le di las gracias por su tiempo y lo arresté como sospechoso de delito menor relacionado con narcóticos. Desde la muerte de Heber, no he podido dedicarme a ello de verdad.

—Pues quiero una cafetera nueva —digo—. Esa empieza a estar hecha un trasto. La tengo desde que estábamos... No me compré una nueva.

Y entonces lo suelto y, una vez dicho, no lo puedo retirar.

—Y estar contigo.

¿Es verdad siquiera? Tiene que ver con el hecho de tenerla ahí acostada en el sofá, y con cómo me mira. No soy capaz de determinar si quiero estar con ella ahora, o si me gustaría poder dar marcha atrás al reloj y empezar de nuevo. Son dos cosas distintas, pero no puedo separarlas, no en estos momentos.

—Ya me tienes contigo.

—¿Seguro?

—Si quieres.

—No sé si quiero —digo—. Solo sé que te necesito.

—Eso es lo más bonito que nadie me ha dicho nunca.

Hace tanto frío que notas cómo se congelan los mocos en la nariz al respirar. Y está todo resbaladizo. El suelo brilla cubierto de hielo. Falta algo más de una semana para la noche de Navidad y quizá tres o cuatro días para que empiecen las vacaciones navideñas.

Ahora las recuerdo, las navidades pasadas, al tiempo que los pies me llevan hacia el norte por las calles del barrio de Kungsholmen. Sam tiene razón, hay cosas de las que es mejor no sentir nostalgia, pero esta vez no puedo evitarlo. Recuerdo las primeras fiestas navideñas en casa de los abuelos paternos, Ella y Arthur; y luego, según a él lo iba devorando el alzhéimer, los años en casa, en Salem. Cómo Arthur se negaba a entrar en el ascensor las últimas veces, antes de morir, porque estaba convencido de que era una cámara donde lo aguardaba la muerte. Micke y yo teníamos que ir con él por las escaleras, los ocho pisos.

Todas las navidades mis padres, al igual que tantos otros padres de Salem, solicitaban un pequeño préstamo para poder comprar los regalos que pedíamos los niños; y luego dedicaban el primer trimestre del año a devolver el dinero. Después de los primeros años, dejó de venir el duende de la Navidad. Micke había visto desde muy pronto quién se escondía detrás de la barba postiza y la levita roja que colgaban en el trastero el resto del año, pero yo creía en el duende de la Navidad, y mi hermano se reía de mí por ello.

—¿Por qué tenemos que sufrir tanto? —oí preguntar a mi madre la misma Navidad que el duende dejó de existir—. Tanto estrés con las compras, el préstamo y todo lo demás, para decir que los regalos los trae el duende. Es de tontos, ¿así es como queremos educar a nuestros hijos? Tiene que saber que somos nosotros quienes le compramos los regalos, que lo queremos y que por eso se los hacemos. Es importante que lo comprenda.

—Pero Annie, solo tiene cinco años. El duende de la Navidad es un ser mágico para un niño. Es la señal de que los prodigios pueden ocurrir.

—Pero si no existe.

—No hables tan alto —le susurraba papá—. Eso es algo que averiguará tarde o temprano de todos modos, no tenemos por qué acelerarlo.

—Pues yo creo que sí.

Como casi siempre, mi madre ganó y yo, pobre infeliz, quedé destrozado, como si me hubieran arrebatado algo. El mundo me había enseñado su auténtica cara.

Esta mañana llego antes que Birck y me pregunto hasta cuándo se quedó despierto escuchando las entrevistas de Lisa Swedberg. Con total seguridad, lo bastante como para quedarse dormido. Lo llamo y, mientras suenan los tonos de llamada, voy mirando los correos electrónicos que he recibido desde la última vez que estuve en el despacho.

Voy camino de la impresora para recoger un memorando cuando me asalta otra vez la idea. ¿Cómo se puso Heber en contacto con el hombre que mencionó el 1601? ¿Fue a visitarlo? Lo más probable es que no. ¿Cómo se pone uno en contacto con alguien si no recurre al teléfono o al correo electrónico? ¿Qué fue lo que dijo Birck, señales de humo? Ya, puede ser.

A esta hora tan temprana, toda la sección está en silencio, aparte de los ruidos que continúan en ausencia del hombre. El zumbido de la ventilación se mezcla con el de todos los ordenadores, una radio que siempre está encendida y un televisor con el volumen muy bajo en la sala de descanso. En la tele están dando el *Calendario de Navidad*, son esos tres niños, dos chicas y un chico, que se acercan al hombre gordo de la barba, que está durmiendo. Una de las niñas trepa y se le sube a la barriga y se pone a saltarle encima, mientras le echa al hombre agua fría en la cara. Luego, un primer plano del pie del hombre, que da un tirón.

Leo el memorando. Trata de la inminente reorganización de la policía. Lo tiro a la papelera y me quedo viendo el *Calendario de Navidad*.

El hombre se incorpora en el sofá, como si alguien le hubiera aplicado una descarga eléctrica. La niña que tiene encima de la barriga sale volando y se estrella contra la pared. El hombre respira jadeante, mira alrededor un tanto desorientado, igual que me siento yo.

Vuelvo a mi despacho y me quedo absorto en mis cosas, pienso en la amenaza de Olausson, me pongo a trabajar distraídamente en el robo de Torsgatan.

Voy a prepararme otra taza de café y el televisor sigue puesto en la sala de descanso. Están poniendo otra vez el discurso que la líder de un partido político pronunció ayer ante el pueblo. Es la presidente del partido de centro, lleva un traje de chaqueta immaculado y una blusa con el último botón abierto, y está sentada en una silla de color rojo oscuro. Está hablando de tradiciones, y sonrío a la cámara, como si solo existiera ella.

—¿Qué me dices? —oigo la voz de Birck a mi espalda—. ¿Te gusta el nacionalismo solapado? Todos los líderes políticos tienen su cuarto de hora en la televisión pública en los días previos a la Navidad. Ella es la primera.

—Me gustaba más el programa *Calendario de Navidad* —digo—. ¿Por qué no contestas al teléfono? Te has levantado bastante tarde, ¿no? ¿Cuánto?

—No he dormido nada de nada. Llevo aquí desde ayer, salvo unas cuantas excursiones rápidas a un bar y al hospital.

A juzgar por la mala cara que tiene y lo irritados que se le ven los ojos, es perfectamente posible que esté diciendo la verdad.

—Deberías dormir.

—Oye —dice, mientras se sirve una taza de café solo—, mientras tú estabas en casa tan a gustito, yo estaba haciendo mi trabajo. A mí no me digas lo que tengo que

hacer.

—¿A qué has ido al hospital?

—He ido a ver a Ebi Hakimi.

—¿Quién coño es ese?

—El tío al que la lumbrera de nuestro colega le metió ayer un balazo en el ojo. — Toma un sorbo de café—. Mierda —masculla—. Está ardiendo.

—¿Por qué has ido a verlo?

—Estoy bastante seguro de que él sabe por qué murió Heber, puede que sepa incluso quién lo mató. Y cuál será el próximo paso.

—¿Qué?

—Ven —dice—. Vamos al coche. Tenemos una larga conversación por delante.

—Pero...

—¿Qué?

—Se supone que no tenemos que meternos en esto. A mí me puede caer una gorda si nos pillan. Además, ¿a ti no te han encargado otro caso? Porque a mí sí.

—Sí, sí, claro que me han encargado otro caso.

—¿Y no deberíamos dedicarnos a eso entonces?

—Yo he terminado lo mío. ¿Tú no?

—No.

—Mala pata —dice Birck.

No añado nada más, aunque debería. Bajamos al garaje y nos sentamos en el coche de Birck.

—He utilizado las funciones del dictáfono y he cortado las entrevistas. —Birck tiene el aparato en la mano—. Así no tendremos que perder más tiempo del necesario. También tengo las grabaciones completas, en un lugar que solo yo conozco y al que solo yo puedo acceder. Si quieres oírlas después, te las doy.

Pone en marcha el motor. Yo cierro los ojos, solo un instante, pero noto el sueño a lo lejos.

—Estoy cansado.

—Pues espabila. Estate atento.

Birck pone el coche en marcha y lo conduce fuera, a la luz de la calle, que nos recibe pálida y fría.

—¿Adónde vamos?

—Ni idea. A algún sitio donde se vea un lago o el mar. Me gusta ver el agua, resulta más fácil pensar.

Un traqueteo, luego un rasgueo sobre un fondo de voces, un timbre. Alguien se ríe y luego la voz de Thomas Heber:

—Bueno —dice—. Pues yo creo que ya está en marcha.

—Cómo que crees...

—No, está en marcha.

—No tengo ninguna gana de tener que repetir nada.

—Tranquila, está encendido. Ya sabes que no tienes por qué hacer esto, ¿verdad? Puedes parar cuando quieras.

—Lo sé.

Según las notas del cuaderno, es marzo, en un café. Thomas Heber y Lisa Swedberg se ven por primera vez. Se encuentran cerca de la casa de Heber. Ella parece un tanto desconfiada, a juzgar por el tono de voz.

Cerca se oye un teléfono móvil. El tono de llamada es la canción de *El bueno, el feo y el malo*. Heber parece tranquilo y sereno. Podría tratarse de un locutor de radio, una voz agradable en la noche, suave con las consonantes. Ese es el tipo de voz que tiene Heber, una voz que va en consonancia con su cara.

—No es del todo fácil dar contigo —dice.

—Mejor, lo prefiero así.

—¿Y eso por qué?

—Hace unos años tuve un montón de líos con la policía y me cansé. Ahora les resulta un poco más difícil.

—Puede que también despierte más sospechas, ¿no?

—Pues sí, claro, supongo. No me lo he planteado mucho que digamos.

Se oye el tintineo de la vajilla. Alguno de los dos bebe sonoramente un sorbo de té o de café.

—Tú pertenecías a la AAF, ¿verdad? —pregunta Lisa.

—Sí, es verdad.

—¿Y por qué lo dejaste?

El reproductor va dejando pasar unos segundos eternos sin ninguna voz.

—La AAF estaba bien como política para emergencias. Siempre podíamos acudir a apagar un fuego en alguna parte, como cuando los Demócratas de Suecia organizaban una manifestación o una marcha aquí o allá. Así éramos eficaces. Pero no podíamos afrontar el tipo de partido político que los Demócratas de Suecia constituyen hoy. Pero claro —añade—, a saber si tengo razón. Puede que la AAF sí sea capaz y que sea yo quien ha cambiado. Ahora soy mayor. Puede que sea así de simple.

Ella se echa a reír.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta.

—Treinta y cinco. ¿Y tú?

—Tengo veintiséis, pero me siento mayor, no sé por qué. Siempre me ha pasado lo mismo.

—Puede que eso tenga que ver con mi primera pregunta —dice Heber—. Pensaba preguntarte cómo entraste en el movimiento autónomo.

Ahí se corta la grabación.

—Lo que viene es un rollo descomunal sobre unos padres de clase media, la política económica conservadora, el patriarcado, una serie de experiencias de opresión de clase y de género y todo eso —dice Birck—. La primera entrevista es, en realidad, totalmente carente de interés, salvo para un sociólogo, supongo.

—Qué curioso —digo.

—¿El qué?

—Oír su voz.

—Ah, ya. El siguiente fragmento es bastante breve, al final de la primera entrevista.

Hay más silencio, menos clientes. En algún sitio han encendido una radio, una voz lee las noticias.

—Tengo que irme, he quedado con un amigo.

—Claro —dice Heber.

—¿Tienes todo lo que necesitabas?

Lisa está ahora mucho más relajada, parece como si hablara con un amigo. Hay algo más, el deseo de satisfacer a Heber.

—Bueno, ahora mismo no puedo estar seguro —dice—. Me haría falta escuchar primero la entrevista.

—Es fácil hablar contigo, ya sabes... Como tienes la misma historia que yo... Así no tengo que explicarte un montón de cosas que tú entiendes de antemano.

—Ya, pero puede que por eso también me pierda detalles importantes. ¿Puedes darme tu dirección o algún modo de ponerme en contacto contigo?

—Sí. —Se oye un ruido, como si alguien hiciera clic con un encendedor—. ¿Podrías apagar la grabadora?

—Claro.

Carraspeo. Silencio.

—Ahí ya se oye que hay algo entre los dos —dice Birck.

No está expreso, pero existe. Es posible adivinar las miradas entre las palabras.

—Y desde el principio, ella se muestra en extremo cuidadosa a la hora de no dejar grabados datos personales, como habrás visto. Algo más adelante cede un poco, pero

nunca del todo. Creo que en las entrevistas no se menciona ni su nombre, salvo una vez, al final del todo. Y no lo dice ella sino Heber. Pero no creo que ahí sepa ya lo que...

Birck guarda silencio mientras va pasando la cinta en el dictáfono para llegar al siguiente archivo.

—¿Lo que...? —digo.

—Ahora verás. Tranquilo. Esta es la entrevista que le hace un par de semanas después, en el mismo café. Es la entrevista después de la cual se van a follar a la casa de él.

El mismo lugar, pero hay algo diferente. Cuando se oye la campanilla de la puerta, suena más lejos. Se han sentado más al fondo de la cafetería. Es bastante tarde. En la radio están dando las noticias de la noche.

—Ya sabes, las cosas... han cambiado.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, todo. Todo es más crudo desde que los Demócratas de Suecia están en el parlamento.

—¿A qué se debe?

—Eso lo sabes tú mejor que yo. —Risita, ahogada como la de un niño. Suena bien, genuino—. Supongo que... En fin, que no puede ser tener en el parlamento una pandilla de racistones y nazistones venidos de cualquier barrio. Eso es lo que son, comprueba su historia si no, pero la cosa tiene muy mala pinta. Así que desde 2010, o desde 2005, con el nuevo líder del partido, están intentando reinventarse y ser más presentables. No sé dónde, por ahí, en la red, vi un eslogan que decía «el partido de toda Suecia», ¿no lo has visto?

—Sí, creo que sí, me resulta familiar.

—Han atenuado lo que defienden de verdad, al menos en el plano nacional, no sé cómo lo harán en los municipios. El caso es que el panorama político ha dado un giro a la derecha, puesto que todos los partidos parlamentarios, incluso la izquierda, se ven afectados cuando un nuevo agente entra en escena. Es lógico.

—Sí.

—Pero también ha provocado el que la extrema derecha se vuelva más radical aún, puesto que siempre tiene que distinguirse de la política convencional. Para ellos el líder de Demócratas de Suecia es un traidor del pueblo. Consideran que ha traicionado a Suecia. —Ella suelta un risita—. ¿Comprendes? ¿Te das cuenta de lo disparatado que es? Son unos verdaderos cerdos. Siempre hablando de lo genuinamente sueco, de la superioridad de la raza, de la cultura de los blancos, en sus fiestas hacen montajes de ejecuciones masivas de inmigrantes y homosexuales, las graban y las cuelgan en internet, hasta que algún moderador las retira. Nos las envían

a nosotros, claro. Y nosotros hacemos lo mismo, grabamos ejecuciones masivas de nazis y se las mandamos a ellos.

Hace una pausa, quizá para darle tiempo a que comprenda lo que acaba de decir.

—Eso no pasaba hace diez años —dice Heber.

—Claro, a eso me refiero. Y no es más que un ejemplo. Empezaron ellos, pero nosotros, los del movimiento autónomo o como quieras llamarnos, vamos detrás. Hacemos exactamente lo mismo que ellos. Al mismo tiempo que la extrema derecha se radicaliza, nos radicalizamos nosotros también, pero en el sentido contrario. Los de los RAF celebramos una asamblea en la plaza de Medborgarplatsen hace dos semanas, cuando el Día Internacional de la Mujer, y a mitad de la asamblea cortaron los cables de la megafonía con unos alicates cuando nadie miraba. Nosotros no tenemos mucha idea de dónde y cuándo celebran sus reuniones, porque como lo llevan todo tan en secreto..., pero las fiestas son más abiertas, no sé por qué, y nos enteramos de la que daban la semana pasada, así que allí nos plantamos. Era en un viejo cobertizo cerca de Ösmo, en medio de la nada. Una locura, la gente iba de uniforme, las paredes estaban cubiertas de banderas con la cruz gamada y oían música de grupos racistas; un proyector iba pasando viejos vídeos en los que aparecía Hitler. Estallaban en vítores cada vez que salía una cruz gamada, vitoreaban como si estuvieran en un partido de fútbol y su equipo hubiera marcado un gol.

—¿Y qué hicisteis vosotros?

—Le prendimos fuego al cobertizo.

Aquello él no se lo esperaba. Se oyen pasos y alguien se les acerca, una mujer con la voz clara.

—Perdona, pero vamos a cerrar.

—Ya, gracias —dice Heber.

Lisa Swedberg no dice nada. La mujer se aleja. *All my friends in the loop*, se oye una canción en la radio, *making up for teenage crime*.

—¿Qué pasó con el cobertizo? —pregunta Heber.

—Se quemó entero. Salió en todos los medios de comunicación a la mañana siguiente.

—¿Algún herido?

—No. Por desgracia.

—Me gustaría continuar con la entrevista —dice Heber—. Si no te importa, claro. Lo que tú digas.

—Por mí, estupendo. ¿Tú no vivías por aquí cerca?

—¿Cómo lo sabes?

—Esas cosas no se cuentan, como tú bien sabes.

Me pregunto qué estaría pensando Heber, me imagino la cara que puso.

All my friends in the loop, making up for teenage cri...

Carraspeo. Fin de la grabación.

—Vale —digo—. Entonces se van a la casa de él y se acuestan.

—Sí. Pero no lo graban. Lo cual es de agradecer. —Birck pone en marcha el dictáfono—. De todos modos, no parece que hayan continuado con la entrevista esa noche, al menos no está grabado. Esto ocurrió más o menos el 26 de marzo, ella habla del Día de la Mujer, y dice que fue dos semanas atrás. El siguiente encuentro para una entrevista es en mayo.

—El cobertizo que se quemó —digo.

—Sí, lo he comprobado. La organización que ella no quiere mencionar es Resistencia Sueca. Y el dato es correcto, hay una denuncia de un incendio provocado en Ösmo, donde las lumbreras locales hicieron cuanto estuvo en su mano con todos los recursos a su alcance por dar con algún sospechoso, seguramente porque la mitad de los empleados simpatizaban ideológicamente con los idiotas de la fiesta. Sea como fuere, no lo consiguieron. El caso se archivó en junio y para mí que fue mejor así. Pero escucha. Aquí empieza lo bueno.

En esta ocasión reina el silencio, salvo por un leve murmullo, quizá de una ventana abierta. Sí, ahora es primavera, y la calle Vanadisvägen se extiende susurrante y despierta a sus pies, y ellos están cerca de la ventana, Lisa Swedberg y Thomas Heber. Se oye el tintineo de las tazas.

—¿Un poco más? —pregunta él.

—No, gracias.

El clic de un mechero una vez, dos, tres veces. El crepitar leve del tabaco al encenderse. Ella da una calada y echa el humo.

—Este piso da mal rollo —dice Lisa—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Un par de años. ¿Por qué dices que da mal rollo?

—Porque parece... deshabitado.

—Es que no paso mucho tiempo aquí.

—Por lo menos la cama sí funciona.

Puede que sonría al decirlo. Tiene un tono juguetón en la voz. Da una calada. Heber carraspea un poco.

—Hace bastante que no hacemos una entrevista —dice—. He estado hablando con otros y estaba pensando que es interesante cómo os veis los independientes como vosotros, los RAF, y los del movimiento de supremacía blanca. Ayer estuve escuchando la última entrevista que hicimos, en la que decías que habíais quemado un cobertizo porque ellos sabotearon una asamblea vuestra. ¿Podrías contarme algo más de aquello?

—¿Cómo que te cuente más?

—Sí, bueno, qué pasó después, por ejemplo.

Lisa suelta una risita.

—Esto resulta muy raro, ¿no?, después de lo mucho que hemos hablado...

Él se ríe. En ese instante, no es el investigador.

—Lo sé —dice.

Ella lo toca; el brazo, quizá, o puede que el muslo. Suena un rumor agradable cuando pasa la mano por el tejido.

—Ya sé que es raro —dice él, y parece incómodo, como si no supiera cómo manejar la situación—. Pero inténtalo.

—Fue a más. Esas cosas van así. Nosotros lo sabemos, y ellos también. La cosa lleva tranquila una temporada, pero es cuestión de tiempo que ocurra algo más y que vuelvan a escribir del asunto en los periódicos.

—¿En qué sentido fue a más?

—Nos robaron dinero, por ejemplo. Debió de ser un par de días después de nuestra última entrevista. Puede que no suene tan grave, en comparación con el cobertizo, y no fue mucho, unos miles, pero ya sabes, tenemos unos márgenes ridículos. Aquel dinero habría podido costear el viaje en tren de diez personas a una manifestación, y el triple si hubiéramos ido en coche. Así atacaron lo esencial de nuestra actividad. Oficialmente, los RAF no invertimos el dinero en manifestaciones y esas cosas, como es lógico, quedaría fatal. Pero las organizaciones como la Resistencia Sueca y el Frente Popular lo saben. Y se aprovechan. Y más pronto que tarde, alguien saldrá herido.

—Comprendo.

—Desde ese día no ha habido revancha, más que nada porque no hemos podido. Ahora está la cosa más o menos tranquila, no hay ninguna manifestación de envergadura a la vista. Pero la habrá. Me han dicho que el odio es ahora más intenso que nunca. Es...

Suena una señal de teléfono, tan alta que ahoga todo lo demás y le arranca un crujido al altavoz del dictáfono. El móvil debe de estar muy cerca.

—Perdona —se oye a Lisa en medio del barullo—. Tengo que responder, es una persona con la que...

No termina la frase. La señal cesa de pronto.

—¿Hola?

La voz se oye con una claridad sorprendente al otro lado. Es un hombre.

—Pues... no sé —dice Lisa Swedberg—. ¿Qué? ¿Y tú cómo coño lo sabes? Menudo cerdo... Ya estoy harta, oye. Más vale que..., mira, hablamos otro día, ¿vale? No, no es eso para nada. Nada. Ahora tengo que colgar. Y no me llames más.

—¿Quieres que vaya a buscarte? —pregunta la voz de hombre.

—No, gracias. Adiós.

Cuelga el teléfono.

Y en ese momento, cuando la voz ha dejado de oírse, caigo en la cuenta de quién era.

Goffman.

—Goffman —digo—. Joder, ¿a que era él?

—Eso creo yo. La voz no vuelve a aparecer en las grabaciones, así que es la única vez que se lo oye. Pero joder si se parece...

—Y si es así, ¿qué tiene él que ver con Lisa Swedberg?

—A saber. Ella misma dijo que Goffman había estado encima de ella, pero me figuro que se refería al periodo *posterior* al asesinato de Heber, como parte de la investigación.

—Sí, así lo entendí yo también. —Miro de reajo el dictáfono, como si nos lo fuera a desvelar todo en cualquier momento, como si fuera a colocar todas las piezas en su sitio—. ¿Y ahora qué sigue?

—Pasa un tiempo. Llega el otoño. No se ven hasta la entrevista de noviembre.

Hemos parado en la playa de Hornsberg, en el barrio de Kungsholmen. Allí todo está en calma, casi desierto. Hay coches vacíos aparcados en hilera en toda la calle. En la otra orilla se alza el castillo de Karlberg. Birck cambia de postura en el asiento. Me da la impresión de que está satisfecho, casi sereno.

Pulsa el botón del dictáfono. El siguiente archivo. «PLAY».

Y empieza con Heber solo. Habla con la boca pegada al micrófono, como si tuviera miedo de que hubiera alguien por allí escuchándolo.

—Me ha llamado esta mañana —dice—. Me ha parecido que tenía miedo. No sé lo que está pasando, ni si ha ocurrido algo. —Breve silencio—. No hemos tenido ninguna entrevista desde mayo, tengo unas preguntas que hacerle y estaba pensando llamarla para hablar con ella cuando se me ha adelantado y me ha dicho que si podíamos vernos. Algo le pasaba, parecía agobiada. —Otra pausa de efecto—. Puede que sean figuraciones mías.

Se oye un leve crujido, luego un silencio y entonces, aparece ella. Le da un beso que se oye perfectamente. La entrevista comienza después como las demás, Heber hace las preguntas y escucha las respuestas largas y detalladas, pero ahora hay entre ellos algo que no existía antes. Heber formula las preguntas con más cautela, y ella responde más impetuosamente, como cuando nos empeñamos en no hacer caso de lo que de verdad nos ocupa el pensamiento.

—Te noté algo distinto por teléfono —dice Heber—. Querías hablarme de algo, ¿no?

—No, no era nada.

—No me lo acabo de creer.

—¿Por qué no?

—Sé cómo eres cuando ocultas algo.

—No, no lo sabes.

Pienso que me gustaría ver la expresión de Lisa Swedberg. Se la oye respirar, se oye el clic del mechero, pero nada más.

—Me he enterado de una cosa que... me ha dejado perpleja.

—¿El qué?

No hay respuesta.

—Vale —continúa Heber—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Alguien a quien conozco de los RAF.

—¿Lo conozco yo también?

—No creo.

—¿Es hombre o mujer?

No hay respuesta.

—¿Cuándo te contó lo que sea que te contara? —pregunta.

—Esta mañana. Nos vimos en el Cairo, y salimos juntos de allí.

—¿Es alguien a quien conoces bien?

—No, pero me creo lo que me ha dicho.

—De acuerdo. O sea que tú crees que lo que te ha contado es verdad.

—Exacto. Y eso es lo que... Bueno, por eso no se me va de la cabeza.

—Te lo voy a preguntar una vez más —dice Heber—. Luego dejaré de insistir, dado que no tengo ningún derecho a exigirte respuestas. Pero tengo la sensación de que quieres contármelo.

—Sí que quiero —dice ella—. Por esto te he llamado. Necesitaba contártelo, pero no sé si puedo.

—¿Por qué?

—Porque no sé cuánto abarca tu secreto profesional.

—Abarca mucho —dice Heber, aunque aparentemente sin mucho ánimo de convencerla—. Si me contaras que has cometido un delito grave... Ni siquiera en ese caso tendría derecho a difundirlo. El único caso en el que podría tener derecho, es decir, el único caso en el que pudiera ser que un comité ético no me condenara sería si llego a saber que *se va a cometer* un delito grave. Si existiera la posibilidad de evitar que se cometiera ese delito. Pero ni siquiera entonces tengo la obligación de difundirlo. En una situación como esa, el investigador puede elegir, y yo elegiría no actuar. En resumidas cuentas, mi obligación de secreto profesional es, en principio, absoluta.

—¿Seguro que no se lo dirías a nadie ni siquiera en ese caso? ¿Ni siquiera si supieras que iba a cometerse un delito?

—¿Es eso lo que quieres contarme?

Ella no responde.

—Estoy seguro —dice Heber al fin—. No diría nada, ni siquiera en ese caso.

—Pues creo... —comienza ella despacio— que hay una persona que puede salir herida. Eso es todo. No sé ni quién ni cuándo.

—¿Es alguien del otro lado, como decías? Quiero decir, a quien van a atacar.

—Supongo. La cosa está de lo más tensa entre los grupos. Hay una fracción en el seno de los RAF, o bueno, en realidad, ni siquiera es una fracción, sino unos cuantos que se han unido y han empezado a ir por su cuenta.

—¿Cuántos son?

—Diez, poco más o menos. Los implicados en esto, según la persona con la que he hablado, serían tres, puede que cuatro.

Lisa respira, y suena como respira la gente que se siente culpable de traición. Le ha costado muchísimo, y Heber se da cuenta.

—Y ese grupo —dice— ha empezado a ir por su cuenta, ¿no?

Se oye el leve crujido de la ventana al abrirse y el rumor de la ciudad, que entra en el apartamento como una oleada. Otra vez el clic repetido del mechero, más rápido y duro en esta ocasión. Lisa da una calada, echa el humo. Heber le acerca el dictáfono.

—Son más extremistas, defienden que recurramos a una violencia mayor. Piensan que todos los RAF deberían llevar armas. Armas de fuego, vamos. Bates de béisbol y puños americanos y cosas por el estilo ya tenemos.

Da otra calada.

—¿Sabes si ya tienen armas de fuego?

—Creo que sí. No las he visto, pero la persona con la que he hablado dice que sí tienen.

—Estaba pensando... —dice él—, ¿tú crees que están dispuestos a utilizarlas? Lo digo porque la extrema derecha también hace cosas así, posan con banderas de Suecia y con armas automáticas delante de los colegios de las afueras y todo eso, en plan propaganda. Pero ninguna o casi ninguna de esas organizaciones se atreve luego a utilizar las armas. ¿No pasará lo mismo con esa facción de los RAF?

—Ya, puede, pero estoy segura de que al menos dos o tres son capaces. Tienen algo... Tienen una... brutalidad...

—¿Y no sabes a quién querrían hacerle daño?

—No, ni idea.

Lisa Swedberg da varias caladas. En la calle, un coche se pone a tocar el claxon. Siguen unas voces, una disputa que surge a lo lejos.

—Y esa persona ¿está muy alto en el escalafón? —pregunta Heber—. ¿Lo sabes?

—No. Pero me figuro que no estará ni muy arriba ni muy abajo en la organización, sea cual sea la organización, que a saber. Demasiado insignificante, no tiene mucho sentido, en realidad. Y demasiado importante es imposible, porque esas personas están muy protegidas. Oye, ¿dónde tienes el cenicero?

—No tengo, suelo utilizar un plato. Espera, te traigo uno.

Heber se levanta, se aleja. Abre la puerta de un armario. Ella sigue fumando. El tabaco chisporrotea al quemarse. Él coloca el plato en la ventana, y se oye un leve tintineo.

—A mí me importa una mierda que muera un puto nazi, como comprenderás — dice Lisa—. No tengo nada en contra; puede hasta gustarme la idea. Cuanto más pez gordo sea, tanto mejor. Perdona, pero es que los aborrezco con toda mi alma. Sin embargo, sería una catástrofe que ocurriera. ¿No te acuerdas en septiembre, cuando el Partido de los Suecos organizó una marcha por la ciudad y la gente le tiraba globos de agua? Se armó un escándalo fenomenal, ellos armaron un escándalo fenomenal. Ganarían más simpatías...

Heber se pasa un buen rato sin decir nada. Igual que ella. Se oye un repiqueteo, como una uña contra un vaso.

—¿Intentarás averiguar más sobre este asunto? —pregunta Heber—. ¿Sobre la... amenaza?

—No sé si quiero.

—No es eso lo que te he preguntado.

—¿Puedes parar eso?

—Por supuesto —dice Heber, aunque un tanto alerta—. Pero ¿por qué?

—Porque pensaba decirte que ahora mismo tengo ganas de acostarme contigo, y no me gustaría que quedara grabado.

Heber suelta una carcajada.

—Eso tendré que cortarlo luego —dice.

Y ahí acaba la grabación.

—La siguiente es la última, y es breve —dice Birck—. Pero puede ser la más importante de todas. Si es que ella dice la verdad, desde luego. Debe de ser a principios de diciembre.

El móvil de Birck empieza a zumbear. Lee el mensaje de texto.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Ya lo oiremos luego. No tardamos nada.

En la calle, en el centro de Estocolmo. El ruido de la ciudad hace que casi podamos sentir el cielo colgando muy bajo, el aire densísimo. Los coches pasan zumbando. Es de día, a alguna de las horas punta, o muy temprano por la mañana o a última hora de la tarde.

Se oye un carraspeo y como un chisporroteo rasposo, y hasta que los sonidos no quedan como debajo de una gruesa alfombra, no se da uno cuenta de que Heber se ha guardado el dictáfono en el bolsillo del chaquetón. Cuando se mueve, se oye el crujido de la nieve bajo las suelas de las botas.

Unos pasos se distinguen del ruido de fondo y van acercándose con el mismo ruido que los de Heber. Lisa Swedberg.

—Hola —dice.

—Hola.

—¿Tienes tabaco?

—No, lo siento.

—Mierda, a mí se me ha acabado.

—Podemos ir a comprar luego, ¿no?

—Estoy... Mira, no es adecuado que nos veamos así —dice ella.

—¿Por qué no?

—Pues... Es que, desde la última vez que nos vimos, he estado preguntando por ahí. Y para mí la gente piensa que soy una preguntona y una curiosa. A veces me ha parecido que me seguían. Y para tu estudio no es bueno que nos vean juntos, por lo del requisito de anonimato y todo eso.

—¿Es mi estudio lo que te inquieta?

—¿Y qué iba a ser si no?

—Tu seguridad, por ejemplo. —Heber habla con un tono de auténtica preocupación. Baja la voz—. ¿Has averiguado algo más?

—Pues puede que sí —dice ella.

—¿La cosa sigue en pie? ¿Va a pasar algo... de verdad?

—Sí.

—¿Y cuándo?

—No sé.

—Pero sí a quién. Sabes quién es el objetivo.

Silencio.

—¿Puedes decirlo? ¿El nombre?

El semáforo se pone en verde en el paso de cebra y el lento tictac da paso a un repiqueteo más acelerado. Un coche toca el claxon.

—Martin Antonsson.

—¿El que estaba en Demócratas de Suecia?

No hay ni rastro de sorpresa en el tono de Heber, ningún sentimiento, solo la constatación.

—Sí.

—¿Por qué?

—Sé con quién puedes hablar, alguien que sabrá decirte más que yo.

—¿Quién es?

—Tengo que fumarme un cigarro ya.

—Lisa —dice Heber con tono suplicante, y dice su nombre por primera vez.

—Ebi Hakimi, de los RAF. ¿Lo conoces?

—No.

—Habla con él.

—Pero...

—Puede que esta sea la última vez que nos vemos en una temporada —dice ella—. Empiezo a tener miedo. Tu piso ya no es un lugar seguro.

Carraspeo, rasqueo. Heber para la cinta en el bolsillo. Se corta la grabación. Es la última vez que oímos su voz.

—Martin Antonsson —digo.

—El mismo.

Esa sí que es buena. Martin Antonsson es uno de los antiguos y celeberrimos miembros de los Demócratas de Suecia. Trabajó activamente en el gobierno municipal de Estocolmo y tenía presuntamente un pasado en la organización Conservemos Sueca a Suecia, y relaciones no menos supuestas con el antiguo Frente Nacionalsocialista. Cuando los Demócratas de Suecia empezaron a hacer limpieza en el partido y exigieron que se corrigieran las primeras filas, Martin Antonsson fue uno de los eliminados. Los medios de comunicación hablaron de él en aquellos momentos, y su nombre aparece incluso hoy, cuando se habla de los miembros peor vistos de Demócratas de Suecia. Nadie sabe a qué se dedica ahora, salvo que se encuentra en lo más extremo de la extrema derecha y que siempre anda liándola.

Martin Antonsson. Esa sí que es buena.

—¿Y por qué iban a ir por él?

—Ni idea —dice Birck—. Puede que ni siquiera sea verdad. Cuando hablamos con Swedberg ayer, dijo que ya ni siquiera estaba segura de que fuera verdad. Pero lo más seguro es que Antonsson ande metido en algo que no sepamos. Yo he hecho una investigación de sus antecedentes, de lo más dudosa desde el punto de vista policial, en Google, lo busqué en el móvil, porque no quería que quedara rastro en la Casa, teniendo en cuenta que..., bueno.

—Teniendo en cuenta que no deberíamos meternos en esto, ¿verdad?

—Exacto. Pero no encontré nada, salvo que conoce a Jens Malm, que es líder nacional de Resistencia Sueca.

—A lo mejor los apoya económicamente, quién sabe —digo—. Si no es cuestión de ideología, será cuestión de dinero. Así es casi siempre.

—En este caso, puede que se trate de las dos cosas —dice Birck—. Antonsson vive en un chalé en Stocksund. He pasado por allí esta mañana y he visto dos coches camuflados aparcados por allí, y uno identificado, delante de la entrada. Reconocí uno de los coches, DOS327.

Inteligencia. Así que Goffman y sus secuaces ya están al tanto de esto.

—Ebi Hakimi —insisto yo—. El chico al que le dispararon en el ojo.

—Exacto.

—Figura en las notas de campo de Heber —digo—. Estoy convencido.

—Como «H.» —dice Birck—. Sí, yo también estoy casi seguro.

La rueda se va moviendo. Ebi Hakimi, H. en las notas de Heber. Tiene que ser él. Lisa Swedberg le pide a Heber que se ponga en contacto con Hakimi para que averigüe más sobre la amenaza contra Martin Antonsson. Heber busca a Hakimi, lo encuentra en el Café Cairo y le habla de Antonsson. Heber se da cuenta de que Hakimi ha oído hablar del tema. Luego Heber pregunta también por lo otro, lo que sea o quien sea, lo que le ha contado el 1601. No está claro qué ocurre después, pero parece que Hakimi se queda sin saber qué hacer y sale por la puerta del Cairo.

—Tenemos que hablar con ella otra vez.

—Pues sí. —Birck duda, pone la mano en el volante, tamborilea con los dedos—. Yo creo que Olausson tenía razón.

—¿A qué te refieres?

—Supongo que Inteligencia ha ido por delante de nosotros todo el tiempo. Sabían más que nosotros. Y este caso está o debería estar encima de su mesa, no de la nuestra. No tenemos ni su experiencia ni la información secreta necesaria para gestionar este asunto.

—Quieres decir que deberíamos darles lo que tenemos.

—Lo poco que tenemos. Pues sí. No pueden recriminarnos nada, Swedberg vino a buscarnos a nosotros. Yo creo que debemos acudir a ellos, después de hablar otra vez con Swedberg. No somos los únicos que queremos resolver el caso, y hay quienes están mucho más cualificados para ello. Aquellos que, formalmente, son los encargados de resolverlo, sin ir más lejos.

Muy a mi pesar, reconozco que Birck tiene razón.

—Tenemos que convencer a Swedberg de que hable con Inteligencia.

—Exacto —dice Birck—. Ella ya ha estado en contacto con Goffman, está claro.

—Eso es lo que no me explico. Por qué no consintió en hablar con ellos cuando se vieron.

—Puede que eso tenga una explicación... —dice Birck pensativo—. Pero hay otra cosa.

—¿Ajá?

—Ebi Hakimi. Veintidós años, de origen persa, empadronado en Husby. Es el único nombre que hay en esa dirección. Miembro de Radicales AntiFascistas desde hace tres años, mientras estudiaba ciencias políticas, sociología e historia económica en la universidad. Sospechoso de daños al mobiliario urbano, desobediencia civil y tenencia de arma blanca. Todo a la vez, en una manifestación celebrada en Salem hace casi exactamente tres años. Yo, por mi parte, he hecho una modesta aportación.

—Birck muestra el dictáfono y lo mueve en el aire—. Esta mañana, cuando visité a Ebi Hakimi en el hospital. Salí para allá en cuanto oí esto. Joder, no te imaginas la pinta que tenía. Lo habían operado para sacarle la bala y cuando llegué estaba en observación, así que me senté a esperar. Al cabo de dos horas o así, conseguí esto.

Birck pulsa el botón del archivo.

Un rumor de fondo, el pitido monótono y rítmico de un aparato. Se oye la voz de Birck, suave pero firme, clara, el tipo de voz que uno utiliza cuando sabe que no le van a dar más que una oportunidad.

—¿Quién mató a Thomas Heber?

—...

—¿Quién mató a Thomas Heber?

Responde una voz que suena débil y titubeante, arrastrando las vocales. Es casi imposible oír lo que dice.

—Denzasuega.

—¿Quién será el próximo en morir? —continúa Birck, sin dudar ni detenerse en la respuesta anterior, como si leyera unas preguntas que hubiera escrito otra persona.

—De... se.

—Luego volvió a desmayarse —dice Birck.

—¿Puedes ponerlo otra vez?

—¿Quién mató a Thomas Heber?

—...

—¿Quién mató a Thomas Heber?

—Denzasuega.

—¿Quién será el próximo en morir?

—De... se.

—¿Qué es lo que dice? —pregunto—. ¿Denzasuega y Dese? ¿Qué coño es eso?

—Tenemos que procurar que Inteligencia compruebe los nombres, si es que son nombres. Puede que no signifiquen nada en absoluto, pero es lo que tenemos.

—En todo caso, no ha dicho Antonsson.

—No. No lo ha dicho, lo cual me desconcierta un poco, máxime teniendo en cuenta que Swedberg dijo que no estaba segura del todo. Pero ya se aclarará, llegado el momento. Estuve hablando con una enfermera —continúa—, que se extrañó de que no los hubiera informado de inmediato de que Hakimi se había despertado. Cuando se tranquilizó, le hice prometer que me avisaría si se producía algún cambio en su estado.

Birck pulsa el botón del móvil.

—Ya, ¿y...? —digo.

—Pues que acabo de recibir un mensaje de que Hakimi murió hace poco más de dos horas.

Cerca del muelle, el agua está congelada. Nieva. Los copos se arremolinan danzando hacia el suelo.

Pienso en sus últimas palabras. Denzasuega. Dese. Me pregunto cuáles serían las últimas palabras de Thomas Heber, si le dijo algo a un extraño en el metro, tal vez, cuando iba camino de la cita con Lisa Swedberg. O si le negó dinero a un mendigo o si se lo dio. O si no dijo nada.

Puede que no haya últimas palabras que decir.

Nos olvidamos unos de otros en algún punto del camino. La *Casa* del Pueblo de la social-democracia sueca se ha convertido ahora en la Casa del *Pueblo*. La xenofobia ha alcanzado cotas altísimas. Quizá por eso alguien se haya atrevido a escribir «SUECIA PARA LOS SUECOS» en una fachada de Bandhagen, y nadie se ha molestado en borrarlo. El responsable de eliminar las pintadas a lo mejor está de acuerdo con el mensaje. Nadie sabe ya lo que el otro piensa, quién piensa qué de quién.

La dirección que Lisa Swedberg mencionó antes de marcharse a toda prisa es la de un edificio de ladrillo de cuatro plantas. Se supone que la fachada debía ser beis, pero en contraste con la blancura de la nieve resulta sucia y amarillenta.

Delante del edificio hay un Volvo de color oscuro y matrícula UNO737. En el techo hay una luz azul dando vueltas y parpadeando sin cesar. Delante del Volvo, un coche patrulla azul y blanco con las puertas delanteras abiertas, como un ave con las alas desplegadas. El portal del bloque está abierto y por él salen Dan Larsson y Per Leifby. El uno lee algo en su cuaderno mientras el otro bebe un refresco sin gas.

—Mierda —dice Birck.

Sin saber muy bien a qué se refiere, salgo del coche y voy tras sus pasos. Birck levanta la voz y consigue que Larsson aparte la vista del cuaderno.

—¿Qué ha pasado?

—Está ahí arriba —dice Larsson con un fuerte acento nasal de la región de Småland.

—¿Quién?

—Una tal Swedberg, Lisa —lee Larsson en el cuaderno—. Según la identificación, nacida el...

—¿Está viva?

Leifby deja la pajita y nos observa boquiabierto.

—Me costaría mucho creer que lo esté.

—¿Y qué hacéis vosotros dos aquí abajo?

—Un hombre con traje nos ha dicho que él se encargaba —dice Larsson—. Nosotros lo que tenemos que hacer es acordonar.

—Un hombre con traje —repite Birck.

—Sí, ¿por? —Leifby vuelve al refresco. Hace un ruido burbujeante al sorber—. Sí, exacto. Es un hombre que lleva traje.

—¿Y eso ha sido suficiente para que abandonéis el lugar del crimen?

—Es que es de los Servicios de Inteligencia —dice Larsson con los ojos muy abiertos.

—Acordonad esto —masculla Birck, y sigue adelante pasando de largo.

Nos quitamos los zapatos en el descansillo. El piso está en la segunda planta y, según dice la puerta, ahí vive un tal «LUNDIN». La entrada es pequeña, y a la altura del

corazón siente uno una punzada al ver las botas rojas de Lisa Swedberg en el suelo, entre los demás zapatos. El olor a cadáver es evidente.

—Debió de ocurrir ayer —digo.

—Pisadas por todo el pasillo —dice Birck, mientras avanza hacia el umbral de la puerta del salón—. Con cuidado.

A la izquierda hay un cuarto de baño, luego el rincón cocina, con la encimera llena de platos y vasos sin fregar. Enfrente se ven dos habitaciones, las dos igual de grandes. Una de ellas, un dormitorio; la otra, un salón dominado por un tresillo, la tele y una estantería de color oscuro. El techo es bajo y el color del linóleo se ha estropeado por el paso del tiempo y el humo del tabaco.

En el sofá hay un almohadón y una manta. Alguien ha pasado ahí la noche. En el suelo, entre la mesa baja y la estantería, yace boca arriba el cadáver de Lisa Swedberg. Lleva una camiseta de tirantes sin sujetador, un pantalón de chándal amplio y unos calcetines gruesos. Tiene los ojos cerrados. La camiseta está manchada de sangre y entre los pechos se ven tres agujeros de un arma de fuego.

En cuclillas, a su lado, espera un hombre al que reconozco.

—El hombre de la silla para las visitas más incómoda del mundo —dice Goffman, y se pone de pie—. Perdonad que sea grosero, pero ¿qué coño estáis haciendo aquí?

Birck le explica el porqué de nuestra presencia en el piso, sin que Goffman llegue a enterarse de mucho. Gira la cabeza como buscando algo, como si se le hubiera olvidado dónde ha dejado el sombrero.

—¿Cuándo recibisteis la llamada? —pregunta Birck.

—Hace un cuarto de hora. El cartero llegó con el correo y le pareció que olía raro en el rellano. La casera es una bruja paranoica, así que llamó a la policía. Larsson y Leifby consideraron que era algo que podían tomarse la molestia de comprobar, así que se plantaron aquí. A saber qué tenían ellos que hacer en esta zona. ¿No son de la policía de Huddinge?

—Pues sí —digo—. Entonces ¿la encontraron Larsson y Leifby?

—Eso es —dice Goffman, y dobla los largos dedos paliduchos y se mete las manos en los bolsillos.

—De un tiro —dice Birck—. Bueno, tres.

—Eso parece, ¿verdad que sí? —Goffman rodea el cadáver describiendo un amplio círculo y su perfil se ve claramente. Cuando se mueve, es como si toda la habitación se moviera con él—. Tres impactos, por lo menos. Tendremos que revisar el piso en busca de algún tiro fallido. —Saca la mano derecha del bolsillo y hace como si sostuviera en ella una pistola invisible—. Uno, dos, tres en el pecho. —Baja la vista al suelo—. Yo creo que debía de encontrarse aquí, más o menos —dice en voz baja.

—Las pisadas terminan en el umbral —dice Birck.

—Ah. Sí. Naturalmente. Y con un revólver, ¿verdad? Ni un casquillo, al menos que yo vea.

—El asesino ha podido llevárselos —digo.

—Ya. Pero, en ese caso, debió de tener mucho tiempo, y eso es algo que una persona que acaba de matar a alguien rara vez tiene.

—No creo que Lisa Swedberg tuviera la menor oportunidad.

—La persona que muere no suele tener ninguna oportunidad.

—Alguien ha debido de oír algo —dice Birck—. Alguien del bloque, quiero decir.

—Ah, pues sí —dice Goffman. Saca el móvil del bolsillo interior de la americana—. Puede ser. Los técnicos están en camino.

—Di que manden a Markström y a Hall —dice Birck.

—¿Ellos no son del distrito central?

—Son los mejores a la hora de preguntar de casa en casa. Y están de servicio.

Goffman se lleva el auricular a la oreja. Alguien responde al otro lado, y Goffman se presenta como David Sandström, de la policía del distrito sur.

—Joder —dice Birck en voz baja.

—¿Lisa vivía aquí? —pregunto.

—Ella misma dijo que llevaba un tiempo yendo de acá para allá —dice Birck—. Antes de que llegaras ayer, cuando estábamos sentados hablando. Dijo que llevaba un par de años sin casa en condiciones. Se quedaba muchas veces con la chica que vive aquí, Annelie Lundin. Parece que está de viaje, ha ido a algún país lejano, a Asia oriental. Tendremos que comprobarlo, pero seguro que es cierto. Además, tenía un amigo en Döbelngatan en cuya casa dormía a veces. Hice una búsqueda rápida sobre Swedberg, pero no encontré nada fuera de lo normal. Los padres viven en Södertälje. Y allí nació ella.

—¿Y sus antecedentes penales?

—Nada de particular —dice Birck—. Naderías. Destrozos, alteración del orden público y cosas así. Lo peor son unas amenazas contra un miembro del Partido de los Suecos.

Mientras Birck habla, Goffman va murmurando por la vivienda, como buscando algo. Es imposible saber qué, porque lo único que suelta Goffman son frases inconclusas.

—Ella debió de dejar entrar a la persona que lo hizo —digo—. Estaba en casa, alguien llamó a la puerta y ella le abrió. Lo que significa que lo conocía.

—Sí —dice Birck—. Puede ser.

—Y era alguien en quien confiaba. No debería ser un círculo demasiado amplio.

—No, por suerte —dice Goffman desde la cocinita, con la vista clavada en el fregadero—. Por suerte, los Radicales AnfiFascistas son un grupo reducido.

—¿Los Radicales AntiFascistas? —dice Birck—. ¿Cómo puedes estar seguro de eso?

Goffman no responde. Yo trato de calcular las dimensiones de los orificios de bala que hay en el pecho de Lisa Swedberg.

—Vaya mierda —dice Birck—. Con lo cerca que estábamos. ¿Cuándo va a venir el dichoso técnico?

No queda muy claro a quién ha dirigido la pregunta. A mí me entran ganas de ponerle a Birck la mano en el hombro, creo que lo está necesitando.

—Ya vendrá —dice Goffman—. Tranquilo.

Birck no dice nada. Yo tampoco. Nadie dice unas últimas palabras, se hace un gran silencio.

—Me extraña que durmiera en el sofá —digo.

—¿Cómo?

—Si la que vive aquí, Lundin, va a estar de viaje una temporada, ¿por qué Swedberg no dormía en su cama?

—A lo mejor prefería el sofá —dice Birck—. Quién sabe.

—Bueno, puesto que aquí ya hemos acabado —dice Goffman, que se ha colocado entre los dos—, propongo que nos vayamos en mi coche.

—¿Ya hemos acabado? —pregunto.

—Yo ya he visto todo lo que me hacía falta ver. ¿Nos vamos? Antes de que esto se llene de gente.

—Yo tengo mi coche aquí —dice Birck.

—Lo sé. —Goffman ya va camino de la entrada—. Pero en el mío la música es mejor.

—Una historia trágica, lo de Heber y Swedberg —dice Goffman cuando ya estamos en su coche, saliendo de Bandhagen—. Trágica, más que trágica.

Es un Volvo pequeño, fresco, que rueda bien y con un asiento trasero bastante cómodo. Está tan bajo que uno tiene la sensación de encontrarse en una cápsula. A la altura de los ojos, el mundo pasa de largo. Un discreto aroma a colonia cara de caballero flota en el coche. Está forrado de negro y gris y la radio policial está apagada. En la radio normal, canta Bob Dylan, susurrante y triste, *she looked so fine at first, but left looking just like a ghost*.

—¿Adónde vamos? —pregunta Birck.

—Todavía no lo he decidido. —Goffman se para en un semáforo—. El coche es un buen sitio para pensar. Y tenemos que pensar. Y hablar.

—¿Este coche es tuyo? —pregunto.

—¡Ja! Ya me gustaría. Pero no, aunque yo soy el que más lo utiliza.

—Entonces eres tú. Tú nos has estado siguiendo todo el tiempo.

—Pues sí.

La mirada de Goffman va pasando de la carretera al retrovisor. Se aprecia en sus ojos un atisbo de arrepentimiento, como si acabara de confesar algo que ha estado haciendo en contra de su voluntad, pero es imposible decir si es teatro o no. Para Goffman, todo, incluso la vida, podría ser un juego.

—Por desgracia —añade—. Por desgracia, es verdad.

—¿Quién va en el DOS327?

—Mi colega.

—Un colega que se llama...

—Una colega —dice Goffman—. Se llama Iris.

—¿Dónde está?

—Ahora estará en casa, durmiendo un par de horas, por lo que yo sé. Esta noche ha tenido guardia.

—En la puerta de la casa de Martin Antonsson —digo.

El semáforo pasa de ámbar a verde. Goffman sale tranquilamente a la rotonda, gira a la izquierda y vamos despacio hacia el norte. Por un segundo, entre las copas de los árboles, se entrevé a lo lejos la cúpula blanca del Globo.

—Sí —dice Goffman—. En casa de Antonsson.

—¿Por qué? —dice Birck.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué nos habéis venido pisando los talones?

—En nuestra sección, algunos no terminaban de creerse que nos habíais entregado de verdad la investigación de Heber. —Sonríe vagamente y se le arruga la piel alrededor de los ojos. Son unas arrugas finas, que revelan una vida sin complicaciones, o cierta tendencia a enfrentarse a los contratiempos con una sonrisa—. Y, por desgracia, resulta que tenían razón.

—A propósito —dice Birck vacilante. Saca el dictáfono del bolsillo del abrigo, lo sostiene a la altura de la mejilla derecha de Goffman—. Creo que deberías oír lo que hay aquí grabado.

Goffman lo mira de reojo.

—Me temo que ya sé lo que contiene —dice—. Entrevistas con Lisa Swedberg, ¿verdad?

Birck retira la mano.

—A ver, no quería decir eso, claro que me interesa —dice Goffman—. Puede que sea lo mejor. Para todos. ¿Es el único soporte que contiene los archivos?

—Sí. Pero los he cortado, he conservado solo lo que interesa. Escucha sobre todo el último archivo —dice Birck—. No son Swedberg y Heber, sino lo único que conseguí sacarle a Ebi Hakimi antes de que muriera.

Goffman coge el dictáfono y se lo guarda en el bolsillo del pantalón.

—Ebi, ya —dice, y mueve la cabeza despacio—. Lo que yo digo, una historia de lo más trágico.

En algún momento, mientras íbamos en el coche, Goffman ha cambiado de música, de Dylan a The Beach Boys. Llevo todo el rato intentando verle las manos a Goffman, pero al mismo tiempo se me olvida todo el rato. Como si Goffman hubiera convertido en un arte conseguir distraer la atención de sus manos.

—¿Y cómo es que tú sabes lo que contiene el dictáfono? —pregunto—. Teniendo en cuenta que son conversaciones confidenciales entre un investigador y los sujetos a los que entrevista...

—Confidenciales —dice Goffman, como si paladeara la palabra en la boca—. Ahora es cuando no sé por dónde empezar.

—Empieza por contarnos por qué tú también apareces grabado en el dictáfono —dice Birck—. En una conversación telefónica que mantuviste con Lisa Swedberg.

—Pues sí —dice Goffman, distraído por lo que parece ser un dilema entre quedarse en el carril derecho o cambiar al otro—; quizá debería empezar por ahí, precisamente.

Así que Goffman nos cuenta una historia. Una historia que, al final, resultará que no es del todo verdad; aunque, claro, esperar otra cosa habría sido una ingenuidad.

Todo empieza un día de febrero, cuando Goffman está en su despacho. Es un hombre que prefiere estar en movimiento, en coche o a pie, y tener que pasar mucho rato en la misma silla del mismo despacho lo pone de mal humor. En parte por esa razón reacciona como lo hace y se enfada cuando recibe la noticia. Un documento le comunica que sus cometidos en la agencia secreta han cambiado por decisión de una persona cuyo nombre no se indica pero que se encuentra por encima de él en la escala. A partir de ahora, deberá investigar y recoger información sobre grupos suecos de extrema izquierda.

Él es un hombre sencillo, con una visión sencilla de la vida. Nunca se ha implicado en política, ni ha simpatizado ni con la derecha ni con la izquierda. Él prefiere soluciones sencillas a problemas complicados, y lo que está bien y lo que está mal son menos importantes que lo práctico. Así que decide que lo mejor es trabajar intensamente, reunir en el menor tiempo posible la información suficiente para poder decir que ha cumplido con su deber y seguir adelante en la vida, dedicarse a otras facetas más productivas de la actividad de la Secreta.

No tarda en dar con la pista del Cairo, donde, al igual que yo, es un forastero. Tiene buen olfato, el tipo de olfato que se huele dónde está la información, y ese olfato es el que lo conduce hasta Lisa Swedberg. La sigue desde el Cairo una tarde y averigua su número personal de identidad.

—Más vale que yo no averigüe el número personal de la gente —dice Goffman—. Porque una vez que lo tengo, puede ocurrir cualquier cosa.

A principios de marzo, se entera de que existe cierto vínculo entre Lisa Swedberg y un delito grave, cuya investigación nunca se resolvió. Ella era culpable, de eso no cabe ninguna duda, tras un par de comprobaciones básicas de Goffman. Una mañana, ella se despierta y se lo encuentra allí, sentado en la silla con las piernas cruzadas y las manos unidas, tal y como se coloca uno cuando se le aparece a alguien en esas circunstancias.

La informa de lo que sabe, y de cómo lo ha sabido. Luego le ruega, ojo, le ruega, es la palabra que él utiliza, un intercambio de servicios. Ella puede contar con el silencio de Goffman a cambio de cierta información.

—No con demasiada frecuencia —dice Goffman—, ni tampoco acerca de asuntos que pudieran perjudicarla. Ese era el acuerdo, si es que puede llamarse así.

—Le hacías chantaje —dice Birck—. Y te aprovechabas de una persona prácticamente impotente.

—Ya, bueno, sí —dice Goffman. Supongo que hay que llamar a las cosas por su nombre.

Se hace el silencio. Yo me estoy mordisqueando el labio, pienso. The Beach Boys cantan *we'll be planning out a route we're gonna take real soon, we'll all be gone for the summer...*

—¿Qué delito era? —digo.

—Si hay algo que he aprendido en esta vida es que no hay que hablar mal de los muertos. Dejémoslo en que fue un delito grave, pero perfectamente comprensible, dadas las circunstancias. Ella no quería hacerle daño a nadie sin necesidad. En lo esencial, era una bellísima persona.

Por desgracia, en la vida de Goffman no se incluye la confianza en las personas, por buenas que parezcan. Por eso se siente impelido a mantenerla vigilada y continúa siguiéndola. Un poco más tarde, en marzo —Goffman asegura que no recuerda la fecha, pero yo creo que podría decirnos hasta la hora exacta—, va siguiéndola tranquilamente en el coche, a unos veinte metros de ella bajo un fuerte sol primaveral. El sol se refleja en el capó del coche, el campo de visión de Goffman se vuelve blanco y Lisa Swedberg desaparece por un instante y luego desaparece de verdad, ya no está en la calle.

Pero cosas más raras han ocurrido en la vida de Goffman, así que aparca el coche y acude al lugar donde la ha visto por última vez, y examina el suelo, las calles perpendiculares de la zona, las tiendas y las cafeterías. Y allí, en una de ellas, la ve sentada.

—En compañía de Thomas Heber —digo.

—Exactamente.

Aunque, como es lógico, entonces Goffman no sabe quién es Thomas Heber mientras le saca unas fotos con el móvil. Es Iris quien lo identifica dos horas más tarde, cuando Goffman le enseña las fotos.

Siguen vigilando a Lisa Swedberg y, unos días después, al ver que sube a casa de Thomas Heber, Goffman no necesita más para ponerse a investigar a fondo el pasado de Heber.

—No tardé en averiguar lo que ya sabéis —dice—. AAF, las revueltas de Gotemburgo, sociología, movimientos sociales, bla-bla-bla. Lo que me llamó la atención fue que siguiera clasificado como persona de «posible interés» para nuestra sección.

Goffman se pone en contacto con Lisa Swedberg y ella le dice la verdad, tal y como Goffman esperaba, salvo en lo referente a la cuestión de si ella tiene algún vínculo con la universidad. Menciona a varios estudiantes a los que conoce, con los que simpatiza y se relaciona, pero no a Heber. En ese punto y en sentido estricto, Goffman debería romper el acuerdo y filtrar lo que sabe de su pasado, pero —dice, dándose dos golpecitos con el dedo en la nariz— algo lo mueve a conservar la frialdad y seguirle el juego.

—Y a poner escuchas en el piso de Heber —añade.

—Naturalmente —dice Birck.

—Naturalmente —repite Goffman.

Iris consigue que lo haga un joven analista de la Judicial a cambio de información de los registros de los Servicios de Inteligencia, a los que él no tiene acceso. La

información es de tal naturaleza que le facilita un empujón discreto pero eficaz para ascender en la jerarquía de la organización, así que acepta.

Es un micrófono de los clásicos, de los que se activan cuando la gente habla, y puesto que Heber vive solo y todavía no se ha convertido en ese tipo de persona que habla consigo mismo en voz alta, las grabaciones de su piso contienen sobre todo las conversaciones que mantiene con Lisa Swedberg, puesto que ella es prácticamente la única persona que va a verlo.

—Una suerte —dice Goffman, mientras vamos deslizándonos despacio por delante del Globo—. Eso nos ahorró muchísimo trabajo. Yo, por ejemplo, soy de los que hablan solos en voz alta.

—Me lo imagino perfectamente —digo.

—Es triste, la verdad. Lo de hablar solo. —Goffman pone cara de haber quedado decepcionado con un descubrimiento que acabara de hacer sobre sí mismo—. ¿No os parece?

—Pues sí —dice Birck.

Desde ese día, Goffman lo sabe todo de Heber y de Swedberg, incluso lo que se dicen mientras se acuestan. Es una experiencia rara, dice, eso de saber qué se decían mientras tenían un orgasmo dos personas que hoy por hoy están muertas.

—Habrían formado una buena pareja —asegura luego—. ¿Verdad?

Ni Birck ni yo decimos una palabra.

—En fin, puede que no os sea fácil estar de acuerdo cuando no los habéis visto juntos nunca.

Teniendo en cuenta el control de información que están ejerciendo sobre Heber, pueden dedicar los recursos diarios a otros asuntos. Cuando Goffman llama un buen día a Swedberg para verificar el soplo de un ataque inminente a una granja de visones situada a las afueras de Estocolmo, no tiene ni idea de que está sentada enfrente del hombre en cuyo piso han puesto un micro.

—Y ahí es cuando me oís —dice, y se da unos toques en el bolsillo, donde tiene el dictáfono—. Y así es como yo dejo mi aportación, tan insignificante como involuntaria, a esta historia.

A primeros de diciembre, Goffman le presenta a Lisa Swedberg una información que solo puede haber oído cuando ella hablaba con Thomas Heber. Es un paso en falso, un instante de descuido por parte de Goffman, que se siente torpe, aunque no lo es. En el acuerdo se dice solo que Lisa Swedberg debe decirle a Goffman la verdad, no al contrario, pero cuando uno le pone una escucha a alguien y oye lo que Goffman tuvo oportunidad de oír, cambia un poco, así que él también responde sinceramente a las preguntas de Lisa.

—Si la habíamos seguido. Pues sí. Si la habíamos escuchado a escondidas. Pues sí. Dónde. Pues en el piso de Heber. Idos al cuerno, policías de mierda. —Goffman levanta la vista al cielo—. Y así.

Ella no le dice a Heber nada del asunto, quizá porque teme que signifique el fin de su relación, o el fin de la carrera de Heber como investigador.

—Pues sí, claro que se lo dijo —dice Birck—. Se vieron en la calle, en algún sitio, una última vez. Heber lo grabó, aunque no era ninguna entrevista. Y entonces ella se lo dijo. Le dijo que su piso no era seguro.

Aquello lo deja sorprendido. Trata de ocultarlo, pero no lo consigue.

—¿Eso le dijo?

—Sí. Está en el dictáfono.

—Eso puede significar varias cosas.

El Volvo de color oscuro se desliza por el puente que une la plaza de Gullmarsplan con el barrio de Södermalm, al ritmo de The Beach Boys, que suenan muy bajito. El azul onírico del cielo y del mar en la canción presenta un contraste macabro con la realidad. En el coche de Goffman, el mundo está ligeramente desvirtuado, como si tuviera una leve inclinación y se hubieran borrado los límites.

La vida continúa como siempre los días previos al asesinato. Cuando la radio de la policía carraspea en plena noche de Santa Lucía, Goffman está en el coche, delante de su piso de Gärdet, incapaz de entrar por una razón que no sabe formular con palabras. Un presunto asesinato en la calle de Döbelnsgatan le activa el olfato, y se dirige allí, echa un vistazo al callejón y ve el cadáver de Heber. Luego se dirige a toda velocidad a la calle de Vanadisvägen, abre el piso de Heber con la misma llave que el analista de la Judicial usó para entrar y se lleva el micrófono.

... I have watched you on the shore, standing by the ocean's roar...

—No hice un buen trabajo —dice Goffman avergonzado—. Sé que entré sin protección en los zapatos, no me paré a pensar... Estaba estresado y tenía falta de sueño. Esa era una de las razones por las que queríamos hacernos con la investigación lo antes posible. Me vi obligado a espabilar y tuve que informar a Olausson de lo desafortunado de la situación aquella misma noche. —Guarda silencio mientras entramos en la calle de Ringvägen, antes de añadir—: Soy una persona práctica, pero sé lo que dice la ley sobre la información obtenida mediante escuchas. Se habría armado un escándalo de aúpa.

Birck sigue con la mirada los letreros navideños de los comercios. Incluso los quioscos tienen candelabros de Adviento y duendes navideños que brillan para que los vea todo el mundo.

... do you love me? Do you, surfer girl?

—Quedé con Lisa en cuanto pude y traté de hacerla hablar pero, por razones comprensibles, estaba totalmente destrozada de pena y de rabia. Creo que nos acusaba a nosotros de lo ocurrido, a pesar de lo ilógico que era, pero claro, esos sentimientos no se rigen por la lógica.

—En cambio, vino a vernos a nosotros —dice Birck.

—Lo sé, la vimos.

—¿Quién mató a Thomas Heber? —digo.

—Ah —dice Goffman—. La pregunta del millón. A esa todavía no podemos responder. Lo que sabemos es que John Thyrell, el niño de la vecina, seguramente vio al asesino. Le hemos enseñado una serie de fotografías de caras conocidas para nosotros, pero, como era de esperar, no conseguimos otro resultado que despilfarrar el dinero del contribuyente. Valía la pena intentarlo, aseguraban mis colegas, pero no sé yo, no estoy tan seguro. Luego sabemos que uno de los cuchillos del juego del Café Cairo coincide con la herida que presentaba Heber. Pero técnicamente no podemos vincular ese cuchillo en concreto con el cadáver de Heber, puesto que el cuchillo no está. Ni siquiera podemos situarlo en el lugar del crimen, puesto que no sabemos quién lo utilizó. Lo que sí sabemos es que alguien ajeno al café, o que pretendía parecer ajeno al café, entró en el Cairo aquella misma noche. El problema es que, esa misma noche, desaparecieron de la caja del bar mil doscientas quince coronas.

—Un robo común para agenciarse dinero —dice Birck.

—O alguien de sus propias filas que quería que lo pareciera —dice Goffman—. Esa asociación está internamente más dispersa de lo que quiere aparentar. Quién sabe. Alguien, claro. Siempre hay alguien que lo sabe. Pero nosotros no.

—Yo estuve allí —digo—. En el Cairo. No dijeron nada del dinero.

—Supongo que no querían que recayeran sobre ellos más sospechas. Ya los tenemos bastante vigilados, por diversas razones.

Después de girar entramos en Hornsgatan, donde la gente camina con mucho peso en las bolsas, cansados pero contentos, esperanzados.

—Míralos —dice—. Compras, compras y más compras. De eso únicamente van estas fiestas. En fin, el caso es que nosotros creemos que la cosa fue así: a finales de noviembre llega al conocimiento de Lisa Swedberg que existe una amenaza inminente, si es que decidimos llamarla así. Lo más probable es que sea Ebi Hakimi quien se lo menciona, si damos crédito a las notas de la investigación de Heber. Swedberg se queda destrozada, se preocupa y le parece que tiene que hablar con alguien. Acude a Heber, naturalmente, puesto que la relación entre investigador y sujeto entrevistado le permite desvelarlo sin que la delación tenga mayores consecuencias. El problema es que alguien se entera de que Heber lo sabe. Cómo y quién es algo que ignoramos, pero seguramente se trata de alguien de sus propias filas, como suele decirse.

—Ese grupúsculo dentro de los RAF —digo.

—Sí, llamémoslo así, hasta nueva orden. Ellos intuyen que Heber va a abandonar el papel de investigador para convertirse en un ciudadano responsable y cumplidor, que irá a la policía y contará lo que sabe. Así que le cierran la boca. Después surge la siguiente cuestión, consecuencia lógica de lo que nosotros sabemos, es decir: ¿cómo demonios sabía Heber todo aquello? Buscan entre los suyos y no tardan en comprender que tiene que ser Lisa Swedberg. Deciden zanjar el asunto y, en un intento de que la muerte de Heber no se vincule con la suya, esta vez utilizan un arma

de fuego. Puede que supieran que, entonces, no íbamos tras ella, pero lo más probable es que no. Tres son las personas que lo saben: yo, Iris y yo, y un tercero. Seguramente es la casualidad.

—Hay otra persona que conoce el atentado —digo—. El 1601. Si damos crédito a las notas de Heber.

—Ya —dice Goffman—. Si les damos crédito.

—¿Tenéis motivos para no hacerlo? —dice Birck.

—Yo creo en él tanto como en otros investigadores. Es decir, estoy seguro de que habrá partes que sean verdad. Pero también oculta información. Por ejemplo, dejó fuera su relación con Swedberg.

—¿Sabéis quién es el 1601?

—No.

—¿Tú dirías la verdad si la supieras?

—Seguramente, no —dice Goffman.

Nos encontramos en el semáforo, delante del puente de Västerbro, que se alza y se extiende ante nosotros. Mi mirada se cruza con la de Goffman. Está serena, es sincera, pero yo estoy convencido de que nos está engañando.

I've been in this town so long that back in the city I've been taken for lost and gone and unknown for a long, long time...

—¿Por qué Antonsson? —dice Birck.

—Él dona dinero a raudales a elementos xenófobos como Resistencia Sueca y Frente Popular. Ahora es mayor, claro, puede rondar los cuarenta y tantos. Compró un número extraordinario de acciones en los años noventa y las vendió por casualidad en el momento oportuno, antes de que estallara la burbuja de las telecomunicaciones, y se ganó la independencia económica. En fin, sea como sea, ahora es un hombre de mediana edad con poquísimos tiempo para gastarse el dinero. Además, es un idealista y le encanta la cultura de la supremacía blanca. Sabemos que, además, tiene mucho talento para jugar con las acciones, y que es un actor importante a la hora de distribuir la música del movimiento de la supremacía blanca en el norte de Europa. Si consiguieran eliminarlo, no lograrían solamente reducir las aportaciones económicas. Además, conseguirían debilitar un parte importante del movimiento y la cultura de la supremacía blanca, que tiene una base muy sólida en la música y la simbología. Es un objetivo político inteligente por parte de la extrema izquierda.

... it's all an affair of my life with the heroes and villains...

—Ebi Hakimi —dice Birck—. Tuvo que ser él.

Goffman enarca las cejas.

—¿Tuvo que ser él quien hizo qué?

—A quien Lisa le robó el dictáfono —dice Birck—. Ella decía que se lo habían dado, pero yo creo que no es verdad. Creo que ella se lo llevó. El dictáfono vincula a Hakimi con el lugar del crimen y con Heber.

—Pues sí —dice Goffman—. Seguro que eso fue lo que pasó.

—Nunca sé si estás hablando en serio o si estás diciendo lo contrario de lo que piensas —digo.

—Lo siento —Goffman observa el semáforo. Cambia a verde—. No puedo evitarlo.

Nos paramos y bajamos del coche delante de la Casa, en Kungsholmen. Tres hombres protegidos por gruesos abrigos, podrían tomarnos por un padre y sus dos hijos.

—Doy por hecho que este es, por el momento, un punto final —dice Goffman, con una nueva frialdad en la mirada—. Que podemos ser claros entre nosotros, y que vosotros hacéis aquello para lo que os pagan mientras yo me ocupo de lo mío. Y que transmitiréis cualquier información a Iris o a mí mismo.

—Sí —digo—. De acuerdo.

Por encima de nuestras cabezas, tan alto que parece que va rozando las nubes, va volando un ave gigantesca. Nadie más parece verla. Desaparece sobre las aguas con unas alas alargadas y unos movimientos suaves. La sigo con la mirada. Una sensación extraña: en realidad, no estoy aquí.

Goffman mira el coche.

—Pero bueno, fíjate, se me ha olvidado quitar las luces de emergencia. Siempre me pasa lo mismo, qué despistado soy.

III

LIKE A GHOST

En los días sucesivos baja la temperatura en Estocolmo, de quince grados bajo cero a entre veinte y veinticinco, y los gatos y los perros sin dueño que vagan por las sombras de la ciudad mueren de frío. A medida que pasan los días, crece también el rumor de una tormenta de nieve inminente, que el Instituto Meteorológico e Hidrológico de Suecia ha bautizado con el nombre de Edith. Edith se mueve, para empezar, por la zona oeste de Rusia y es, en sentido estricto, un huracán. Sopla a treinta y siete metros por segundo cerca del ojo mismo, y se calcula que la tormenta llegará a Estocolmo en torno al 24 de diciembre. Las páginas web de los periódicos vespertinos siguen su avance. Ofrecen listas de las peores tormentas de invierno de la historia. Emiten en directo. Esperan emocionados. Como todos. En las noticias, los secretarios de prensa de los meteorólogos, los policías y los servicios de protección civil recomiendan a quienes vuelvan a casa por Navidad que esperen a que haya pasado la tormenta y que no viajen hasta el lunes, 23 de diciembre.

Con la fama de Edith crece también la tormenta en la Casa. La muerte de Ebi Hakimi provoca reacciones violentas en los medios y en los suburbios. Tanto el policía que le metió la bala en el ojo al manifestante, ese genio en particular, como la institución, la Policía en general, se convierten en el blanco de duras críticas y acusaciones de abuso de poder. La ministra de Justicia vuelve de una visita a Gran Bretaña para hacerse cargo de la situación y es verdad que la cosa empieza bien cuando la ministra lamenta la muerte del manifestante. Luego, tal y como esperaba todo el mundo, empeora la situación mucho más al calificar a los manifestantes de extremistas violentos, y la intervención de la Policía de, «en general, muy eficaz y adecuada».

Quien me busque la noche del 16 de diciembre me encuentra sentado en una silla en un piso de Salem, frente a frente con mi padre, entre las cuatro paredes del hogar en el que me crie. Mi madre está de cena de Navidad con los que fueron sus colegas, antes de que mi padre enfermara tanto como para necesitar asistencia domiciliaria.

Quien nos vea por primera vez seguramente tardará un poco en apreciar las similitudes, la nariz algo aguileña, las cejas, tan marcadas, la sonrisa un tanto torcida y esa manera de coger el asa de la taza de té que tenemos en la mesa.

En la tele están pasando el discurso navideño del día, con el líder del Partido de los Demócratas Cristianos. Más parece el director ejecutivo de una empresa bursátil dudosa que un político, pero tiene una voz amable, que tranquiliza a mi padre.

—Creo que me voy a ir a la cama dentro de nada —dice—. Estoy cansado, ¿sabes? Mientras tú te pasabas el día divirtiéndote tan ricamente en el colegio, yo no he parado de trabajar.

—Ya —digo.

La lucidez que irradiaba la voz de mi padre la última vez que hablamos por teléfono ha desaparecido y la ha sustituido un valle más profundo que ninguno de los valles en los que ha caído hasta ahora. Esta noche es la primera vez que me habla como si yo fuera un niño.

—Porque en el colegio lo pasas bien, ¿verdad? —dice un tanto inseguro.

—Yo en el colegio casi nunca me lo pasaba bien, papá. Y lo sabes.

No me responde. Clava la mirada en el té, como si hubiera olvidado que lo tenía ahí, y toma un sorbo con cuidado.

En el televisor, el líder de los Demócratas Cristianos alude a la importancia de la familia en Navidad, la única época del año en que todos llegan de aquí y de allá para reunirse en torno al tradicional menú navideño y al árbol de Navidad con su luz esperanzadora. Los seres humanos somos proclives a conservar las tradiciones, continúa; algo que cobra más importancia si cabe a la luz de los cambios sociales que indica un estudio reciente del Instituto Social.

Dejo de mirar la tele y me fijo en el periódico, que está doblado encima de la mesa:

DATOS DE UN NUEVO ESTUDIO: LOS HIJOS DE GRUPOS MINORITARIOS
SOMETIDOS A DISCIPLINA, VIGILANCIA Y AISLAMIENTO.

Los hijos de familias de grupos minoritarios sufren un control social excesivo en el seno familiar, según un nuevo informe del Instituto Social. El objetivo es evitar que crezcan como occidentales. Varias organizaciones antirracistas se han mostrado muy críticas con los puntos de partida y las conclusiones del informe.

—¿Estabas leyendo esto? —digo, y doy unos golpecitos en la primera página del periódico.

No me responde. No vuelvo a preguntar, no tengo fuerzas.

Nos tomamos el té. Tengo ganas de tomarme un Sobril, pero me aguanto. Tengo que hacer un esfuerzo por dejarlo. Pronto se me pondrá la espalda caliente y pegajosa de sudor, y empezarán a temblarme las manos. Para distraerme, ayudo a mi padre a enjuagar el cepillo de dientes y ponerle encima un pegote de pasta, y se lo doy. Se acuerda de cómo se lava uno los dientes, pero no de cómo preparar el cepillo. Me imagino un parásito que se mueve en la cabeza de mi padre de forma totalmente arbitraria y que lo va devorando por dentro, le va sustituyendo la memoria por agujeros negros, huecos.

Le ayudo a meterse en la cama, a pesar de que mi madre asegura que no es necesario. Luego le pongo los labios en la frente y le susurro unas palabras, antes de salir y cerrar la puerta. Me siento en la silla que hay fuera, al lado del dormitorio, donde suele sentarse mi madre cuando él está descansando.

Y en ese momento, al verme en el pasillo por el que Micke y yo nos perseguíamos de niños con espadas y escudos de plástico, entonces me pongo a llorar.

Christian se apoya en la pared mientras va subiendo las escaleras. Todo le da vueltas. Ya se ve en el rellano, ya se encuentra en el sofá.

—¿Cuánto hace que lo tienes? —pregunta, para parecer normal—. Me refiero al sofá. Tengo la sensación de que lo tienes desde que te conozco.

—No lo sé —dice Michael, sin apartar la vista del móvil—. Vaya mierda.

—¿Qué pasa?

—Acaba de llegarme un mensaje de Jens.

Christian nota un escalofrío de mal presagio. No hay muchas personas que le den miedo. Jens Malm es una de ellas.

—¿Qué quiere?

—Me preguntaba una cosa de Lisa Swedberg.

—¿Qué?

—Si yo sé quién la mató.

Christian levanta la vista.

—¿Y lo sabes?

Michael se encoge de hombros y sonrío. Tiene una sonrisa bonita. Le arranca una chispa de lucidez a los ojos.

La historia lo recorre como una oleada, y recuerda cómo eran las cosas antes, cómo él y Michael se mantenían unidos en Hagsätra, cuando no había nadie más. Entonces eran casi unos niños y, a pesar de todo, lo tiene muy presente: que Michael estaba aburrido e iba deambulando por el aparcamiento de Salem, entre los coches. Era invierno, Michael llevaba menos de dos meses en el movimiento juvenil, Christian, poco más de uno. Michael estaba convencido de que estaban en el sitio correcto, Christian, en cambio, no. Todavía.

Christian le había rapado el pelo. Lo hicieron en el cuarto de baño de Christian, una noche en que su madre no estaba en casa. En lugar de la frondosa melena rubia apareció un pelo corto y rasposo. Después de dudar varios días, Christian también se lo afeitó. Le pareció una liberación, casi como convertirse en otra persona, una versión más pura de sí mismo.

Michael llevaba la camiseta negra de SKREWDRIVER debajo de la cazadora. Christian ya no utilizaba la suya. Estaba fumándose un cigarro, tenía un mechero de plástico con la bandera sueca.

Michael se detuvo junto a uno de los coches, un BMW oscuro, y le escupió encima. Luego Christian oyó el ruido de una llave al cortar la pintura del coche, un ruido incesante y agobiante. Siguió sin parar, de un coche a otro, hasta que atisbaron cerca unos focos vacilantes y un coche entró en el aparcamiento.

Él y Christian echaron a correr, primero él, y su amigo unos pasos por detrás. Era invierno, por la noche. Brillaba la luna. Tenían quince años. Christian iba a cumplir

dieciséis seis meses después, Michael, al cabo de dos.

Unos días más tarde, estaban de vuelta en Salem, aunque no vivían allí. Había oído hablar de uno nuevo que era capaz de agenciarles alcohol barato, más barato que Oliver, y más que todos los de Hagsätra. Había que recorrer un buen trecho, pero valía la pena. De camino a Salem pasaron por el aparcamiento, porque Michael quería ver si los coches seguían allí.

Y allí seguían. Un par de sombras se movieron por el aparcamiento, y luego se oyó una voz en la penumbra:

—Mira, ahí está. Ahí está la puta esa.

Tiempo y espacio se fundieron en uno. Si hubieran llegado un minuto después, o un minuto antes, sus caminos nunca se habrían cruzado. Entonces puede que todo hubiera sido distinto.

Michael echó a correr, pero no era a él a quien buscaban. Era a Christian. No llegó más allá del estrecho pasaje entre dos edificios de por allí. Ahí lo alcanzaron y todavía hoy, después de tanto tiempo, puede sentir los golpes, lo fuerte que le arremetían a patadas, el sabor de sangre en la boca. Una patada rompió algo, una costilla. Gritó de dolor.

Habían cogido a la persona equivocada, pero no importaba. Le dieron una patada en la cabeza y todo se volvió negro. Tenía la cabeza rapada, el suelo estaba muy frío y él iba a morir a los quince años.

De eso hacía ya mucho, pero lo recuerda: recuerda cómo Michael se escondió en las sombras, invisible para los otros. Christian no se lo echó en cara, aunque podría haberlo hecho.

En la pared de Michael colgaba un póster de la cara de Charles Manson con el texto «DO SOMETHING WITCHY TO LET THE WORLD KNOW THAT YOU WERE THERE». Se lo habían regalado, decía, pero Christian estaba bastante seguro de que lo había comprado él.

Eran las tres y cuarto, el 28 de mayo. La radio daba la noticia de que acababa de producirse un robo a un banco en Kisa. Según decían, tres hombres habían desaparecido en un coche, en dirección a Malexander.

A pesar de que hacía cuatro meses de la paliza, a Christian aún le costaba trabajo andar, pero ya no le dolía respirar. Soñaba con aquello por las noches. Allí arraigaba el miedo, allí crecía. El miedo, y la convicción.

No estaban en el movimiento de Jens Malm. Aquello era una asociación juvenil más abierta, que exigía menos de sus miembros. Ya existía antes, pero la disolvieron, y la habían reactivado hacía poco. Estaría bien, en opinión de Jens Malm, que Michael viera cómo se consolidaba una formación política desde la base. Y al parecer añadió que, si no estaba a gusto, siempre podía decírselo.

Pero a gusto sí que estaban, al menos al principio.

Hacía cuatro meses de la paliza. En cuatro meses podían pasar muchas cosas.

Estaban en la plaza de Kärtrorp repartiendo folletos. En la salida del metro de Skarpnäck. En Jakobsberg. En Orminge y Gustavsberg, en Solna, Danderyd, Gärdet.

Estaban por todas partes. Y no estaban solos. En otras plazas de otras zonas de la ciudad había más, y más. Por primera vez, algo empezó a crecer en el pecho de Christian: una sensación de poder.

—No importa si lo sé o no —dice Michael, a propósito de la muerte de Lisa Swedberg—. Lo importante es que no lo sepas tú.

—¿Por qué no puedo saberlo?

—¿A ti qué te parece? No quiero que te veas en apuros.

—Pero si ya estoy en apuros. El cuchillo lo robé yo.

—Pero eso fue porque yo no podía estar en dos sitios al mismo tiempo. Y no confío en nadie más que en ti. —Michael parece triste de verdad—. No quería, pero no me quedó más remedio. *No nos quedaba* más remedio. Lo entiendes, ¿verdad?

—Pues claro —dice Christian, y cuando lo dice, Michael está seguro de que es verdad.

—Era necesario —dice Michael, como para convencerse a sí mismo también—. Todavía no entiendo cómo coño lo supo ella.

—Si hubieras escuchado el dictáfono, lo comprenderías. Además, resulta que el tal Hakimi de mierda también lo sabía. —Se ríe—. Suerte que la poli nos solucionó ese tema por lo menos. Así no tuvimos que hacerlo nosotros.

Aquello, tanta matanza, se extiende a través de Christian como un cáncer. No se encuentra bien y le gustaría poder mostrarlo, poder hacer lo que le pide el cuerpo, inclinarse y vomitar.

—Empezó con Heber —dice Michael—. Él se lo dijo a Hakimi, que se lo dijo a Swedberg. La cuestión es cómo coño se enteró Heber.

—Pues yo creo que más de uno nos ha oído hablar del asunto. Es lo que pasa cuando tenemos que resolver las cosas sobre la marcha.

—Ya. —Deja a un lado el móvil—. Seguro que es el mismo cerdo que cogió el dictáfono. —Se le ha puesto la mirada fría y turbia—. ¿Cómo coño podemos tener una fuga después de todas las pruebas y de tantos controles como hacemos?

Se levanta, se pone a pasear de un lado a otro. Así ha estado últimamente. Michael, impredecible y paranoico; Christian, tratando siempre de calmarlo. Pero en esta ocasión no lo consigue. Lo que de verdad querría es irse del piso. Entonces Christian cae en un detalle.

—¿Y cómo te enteraste tú de que Heber lo sabía?

Eso no se lo había preguntado. Lo había aceptado también en esa ocasión, hasta ese punto confía en Michael.

—¿Es que no confías en mí? —pregunta Michael, como si pudiera notar la inseguridad en la voz de Christian.

—Claro, no es eso.

Michael duda, Christian se lo ve en los ojos, y luego:

—Heber me llamó porque quería hablar conmigo.

—¿Y le cogiste el teléfono?

—Llamaba de una puta cabina. No reconocí el número. No debí responder. — Michael se queda delante de la ventana—. Mierda. Lo sabe demasiada gente, o lo han oído, o conocen a alguien que ha oído algo. Empieza a ser demasiado arriesgado.

—Pero ¿Heber te dijo para qué llamaba? —dice Christian—. ¿Qué quería?

—Sí. Dijo que sabía lo que estábamos haciendo.

—¿Qué sabía? ¿Lo que se decía de Antonsson? ¿Cómo coño iba a salir eso de nosotros? Solo lo sabemos tú y yo. Y Jonathan.

Michael niega con la cabeza.

—Yo también creía que era eso lo que había averiguado. Y que fue Jonathan quien se lo dijo. Pero no, no era lo de Antonsson. Era...

Michael no concluye la frase. Se queda callado.

—Yo creo que fue Jonathan quien se llevó el dictáfono —dice Christian al fin.

—Yo también. Pero no puedo demostrarlo, él no era el único que dormía aquí. Y no podemos permitirnos dejarlo fuera, sabe demasiado.

Christian respira hondo, le gustaría encontrarse en otro lugar, dice:

—¿No deberíamos parar esto?

Seis meses atrás, es verano. Jonathan cumple años, veintidós. Él lleva metido algo más de tres años, después de que lo embaucara Christian en la fiesta de una amiga, en Salem. Han reconstruido el movimiento, dice Christian, desde la base. Son más fuertes que nunca. Van a cambiar Suecia.

Jonathan no puede resistir la tentación, no puede defenderse de la unidad ni de la visión: el valor del pueblo está por encima del valor del individuo. Hay que protegerlo. Lo ponen a prueba, pasa varios test de acceso, hace el juramento de lealtad. Al mirarse en el espejo, se ve más recto de lo que solía, y tiene en la mirada otra convicción, como si le hubieran inyectado un nuevo sentido a su vida cotidiana.

En junio recibe la llamada de una mujer que simpatiza con ellos. Quiere hacerle un regalo: una cucaracha judía que ha participado en una violación de grupo de una joven en Kista. El judío, que es de Polonia o de por ahí, está en una de las dependencias de una de las agencias de seguridad del centro comercial Kistagallerian.

Por fin puede demostrar que es digno. Se dirige a Kista ese mismo día, pero por el camino empieza a dudar. Puede que lo estén engañando. El sol le da en la cara cuando el metro va pasando por Hallonbergen.

Se encuentra con la mujer. Se llama Iris y trabaja en seguridad. Le da una garantía para demostrar que está de su parte, le dice que sabe que le gusta colocarse a veces y le da un par de gramos de anfetis.

Jonathan se mete parte de la droga. Se le taponan los oídos y se le llenan los ojos de lágrimas. Le arden y le pitan las vías respiratorias. Es una sensación deliciosa. Ella lo lleva a una habitación. Ahí tiene encerrado al judío.

—Un cuarto de hora —dice Iris—. No te lo cargues.

Jonathan sonrío. Jonathan es invencible.

El judío sobrevive por los pelos. Oirá mal el resto de su vida, y tendrán que ponerle los dientes nuevos, quizá tenga que guardar reposo en el hospital unas semanas hasta que se le enderecen los huesos rotos, pero no se va a morir.

Para poder demostrarlo, le hace una foto con el móvil, pero antes se limpia las manos. El relámpago del flash de la cámara alumbra de pronto la oscuridad de la habitación.

Jonathan sale. Allí solo están Iris y él.

—Ven conmigo —dice ella despacio, y lo coge del brazo. Y en ese momento Jonathan se da cuenta de que allí pasa algo raro.

Hace mucho mucho tiempo. En Hallunda. Jonathan está en secundaria y no ha llegado aún a la pubertad. Primero se meten con él por eso y luego, cuando los acosadores comprenden que pueden hacer mucho más que meterse con él, empiezan a darle golpes y patadas.

El que le ayuda, no, el que lo protege es Ebi Hakimi. Ebi, cuyo acento le gusta mucho a Jonathan. Es como si cantara cuando habla. Es una persona agradable, buena persona, incapaz de hacerle daño a nadie a propósito. No es que se adhiera al movimiento pacifista, en Hallunda eso no es rentable. Al contrario. Pero Ebi es bueno y justo. Comparte el tabaco con Jonathan cuando salen a fumar a escondidas en las pausas. Le presta películas, porque Jonathan no puede permitirse comprarlas. Le ayuda con los deberes cuando no sabe hacerlos.

Se alejan un poco durante el bachillerato. Jonathan quiere hacer un módulo de construcción, Ebi sociales, y especializarse en comunicación y liderazgo. Van a institutos distintos, en distintas partes de la ciudad. Quieren mantener el contacto y, en un principio, lo consiguen, pero Ebi no tarda en hacer nuevos amigos. Jonathan también, claro; son amigos que lo llevan a conciertos de Totenkopf. Que le presentan a personas como Christian.

El acento de Ebi. Poco a poco, Jonathan aprende a aborrecer su recuerdo. El recuerdo es lo único que tiene ahora que ya no se ven. El acento indica pereza y desinterés. Conseguir eliminar el acento extranjero practicando no es un imposible. Mucha gente lo consigue.

Y a pesar de todo, ese agujero. Existe en algún lugar de su fuero interno, incluso ahora que ha empezado a relacionarse con quienes hoy por hoy son sus compatriotas. El recuerdo de los años con Ebi lo colma de pena y de añoranza. No se atreve a hablarle a nadie de sus sentimientos. Eso lo convertiría en un traidor.

Iris lleva a Jonathan a una habitación con dos sillas y una mesa. En la mesa hay un mando a distancia. Allí espera un hombre de traje. Se presenta como Paul y tiene las manos resbaladizas. Se pasa toda la conversación apoyado en la pared observando a Jonathan.

Iris le explica que el regalo que acaban de hacerle tiene una condición. No va a pedirle mucho, dice, solo una cosa.

—¿Qué? —dice Jonathan.

—Información. Y que no le enseñes a nadie la foto que has hecho. Será muy raro.

—¿Información sobre qué?

—Sobre vuestro movimiento. Cosas que nos viene bien saber. Qué opináis, qué pensáis, qué estáis planeando en cada momento y esas cosas. Y es importante para nosotros.

Jonathan se levanta de la silla.

—Esto es ilegal. No puedes hacerme esto.

—No, no —dice Iris—. Lo único que yo he hecho ha sido meteros a los dos en la misma habitación, sin testigos. Lo que vosotros hayáis hecho dentro no es cosa mía.

—Vete a la mierda.

—Si no haces lo que te pido —dice Iris, como si no lo hubiera oído—, tenemos un problema. Para que no tenga que ser así, he pensado que podemos llegar a un acuerdo que serás lo bastante sensato como para aceptar. Algo tenemos que darte por las molestias.

Le ofrece dinero y silencio absoluto. Mucho dinero.

—Nada de lo que digas podrá llevar hasta ti —dice—. Anonimato absoluto. Y sé que te hace falta el dinero.

Suena compasiva. Y eso lo asusta.

Por si fuera poco, Iris coge el mando a distancia que está en la mesa y lo dirige a la caja cuadrada que hay por tele y que está detrás de Jonathan. Parpadea una luz roja. Iris pulsa el botón.

Aparece la habitación donde acaba de estar Jonathan. Y allí sigue el hombre, destrozado a golpes.

A partir de ese momento, tiene que estar pendiente de dos móviles. Son idénticos, para no despertar sospechas. La única diferencia es la imagen del fondo de pantalla. Es una misión repugnante. Jonathan es un chivato, un traidor. Por dentro siente como si todo hubiera empezado a romperse en pedazos. Para mantenerse a flote, va de anfetaminas. Se las compra a un tal Felix, en el barrio de Söder.

El verano pasa como una neblina. Iris se pone en contacto con él a veces y luego siempre está insatisfecha. Él le facilita la información que tiene, pero no es muy valiosa que digamos. Eso lo comprende hasta él.

Están a finales de agosto. Va a ir de campamento a Västergötland, a practicar el tiro con armas de fuego y estrategias de ataque. Se le han terminado las anfetanas y pide una cantidad de dinero algo mayor a cambio de información sobre la disposición y el contenido del campamento. Por primera vez, los ojos de Iris desvelan algo más que decepción e indiferencia.

Y es allí, precisamente, durante el campamento, donde lo descubren. Practican estrategias de ataque con pistolas de pintura, artes marciales. Jonathan sostiene un arma de fuego por primera vez. Por las tardes, compiten jugando al juego de la cuerda, practican una variante sueco-finlandesa del rugby, beben cerveza, asan salchichas en la barbacoa...

Ocurre la última noche: el teléfono va a parar a las manos equivocadas. Las manos de Christian.

—No quiero hacerlo —dice Christian—. Pero no me queda más remedio.

Parece triste, piensa Jonathan. Como si de verdad no quisiera hacerlo. Luego Christian le da un puñetazo en el estómago. Jonathan reconoce la sensación y la experimenta casi dándole la bienvenida. Se lo merece. Siente cierto alivio, la verdad. Por fin se ha terminado.

—Perdona —dice Christian—. Pero lo que has hecho...

Jonathan cree que lo oye sorberse la nariz, pero no está seguro. Está oscuro y en el estómago le duelen los intestinos, como si estuviera sufriendo espasmos.

Christian le atiza en la cara. Jonathan está a punto de gritar cuando le rompe la nariz, pero no le da tiempo, porque en ese momento se desmaya. Al despertar, se encuentra tumbado en el suelo de su tienda. Tiene la cara pringosa. Le lleva un rato comprender que es sangre. Tiene las manos atadas a la espalda y lo ciega una linterna que lo obliga a cerrar los ojos muy fuerte. Le han tapado la boca con cinta adhesiva de color plateado.

—No —oye resonar la voz de Christian—. Abre los ojos.

Jonathan se obliga a obedecer. Un rayo de dolor le recorre la nariz, de la que sale una mezcla parduzca de mocos y sangre que chorrea por encima de la cinta adhesiva.

A medida que se le habitúa la vista a la intensa luz blanca de la linterna, atisba la boca del cañón de una pipa. Christian tiene en la mano un revólver y respira con dificultad, con los dientes apretados.

Jonathan trata de decir algo. Christian deja el revólver y le quita la cinta.

—¿Dónde está? —atina a murmurar Jonathan.

—Aquí solo estoy yo —dice Christian.

—Pues yo no quiero hablar contigo.

—Aquí solo estoy yo —repite. Acto seguido, se derrumba, acerca la cabeza a la de Jonathan, le pega la boca a la oreja, le susurra—. Está esperando ahí fuera. Quiero que me escuches con atención. Tienes dos opciones, y debes elegir la primera, porque ni tú ni yo somos capaces de aguantar la segunda, ¿lo pillas?

Jonathan asiente con desesperación. Christian se incorpora otra vez.

—Una —dice en voz más alta—. Le comunicas a tu amiga lo que voy a decirte, y ya procuraré yo que le comuniqués eso y nada más. Si no lo haces, puedes elegir la opción número dos.

Le pone otra vez la cinta a Jonathan, le pega el cañón del arma a la sien. Está helado.

Jonathan quisiera gritar. No sabe qué elegir. Christian quita el seguro. Jonathan se meca encima. Siente el calor que se extiende por las ingles y los muslos.

No quiere morir. Quiere ser uno de ellos. Es todo lo que tiene.

—Elige bien de una puta vez, coño —masculla Christian.

Me despierto con el pelo de Sam en la cara. Está tumbada de espaldas a mí, encogida, con el trasero pegado a mi barriga, los omoplatos en el pecho. Tengo la espalda y el cuello doloridos. Sam está más pálida que yo, pero mientras ella tiene la piel fresca y suave, noto que la mía está caliente y áspera, cubierta de sudor reseco. Estoy exhausto, cualquier movimiento que haga es un temblor, una convulsión, tengo la boca seca.

El mundo se desmorona. Siempre empieza así, las paredes se desploman sobre mí. A medida que aumenta el miedo, acuden las náuseas. No es la abstinencia física del Sobril lo que hace que me vuelva del revés, es el miedo, esa oleada de sentimientos que se originan dentro, que el cuerpo no consigue albergar.

Me obligo a levantarme, voy al cuarto de baño dando traspiés y consigo abrir el grifo. El agua cae y da en el lavabo y yo me agacho sobre el váter, vomito haciendo tan poco ruido como puedo, pero las arcadas son tan fuertes que me cortan el estómago y me cuesta respirar.

Se me nubla la vista. Estoy hiperventilando. Se me saltan las lágrimas.

A saber cuánto tiempo me paso sudando entre convulsiones en el suelo del cuarto de baño, con el olor a vómito flotando alrededor. Se ve que he tirado de la cadena, porque el olor no tarda en desaparecer y en el váter no hay más que agua limpia. Al final, consigo levantarme. El mundo se tambalea, se inclina. Abro el armario y encuentro un tubo de Sobril en el fondo de una vieja bolsa de aseo, saco dos cápsulas y me las tomo, pero evito mirarme al espejo.

Ayer no estaba ni borracho ni colocado y, aun así, después de dejar Salem, el tiempo es como una secuencia onírica, como una bruma. ¿La llamé yo? Sí, fui yo.

Pero no recuerdo de qué hablamos.

Lo que recuerdo es esto. Sam, que se arrodilla al lado de la cama y me desabrocha los vaqueros. Los mechones de su melena que me hacen cosquillas en las caderas. Incluso ahora, a la mañana siguiente, cuando lo único que tengo es el recuerdo, me quedo sin respiración. Se me había olvidado, o quizá me había obligado a olvidar, lo buena que es.

En el espejo del cuarto de baño observo en los hombros las marcas de sus uñas, cinco en uno y cuatro en el otro. Verlo me llena de una angustia repentina, pero no es tan intensa como debería. El Sobril la atenúa.

Me pongo un buen pegote de pasta de dientes en el dedo y me lo extiendo por los dientes y las encías. Luego vuelvo a la cama con Sam, y siento un gran alivio al ver que sigue dormida. Puede que no me haya oído. Le paso el brazo por la cintura y la barriga, que está más blanda que antes; es la primera vez desde hace mucho, pero me resulta lo más natural del mundo. Da gusto estar en casa.

Parece que duerme sin soñar, plácidamente. Cuando se despierta, deja los ojos cerrados, me pone la mano en la nuca y me rasca suavemente la cabeza con las uñas, se me eriza la piel. Ella se da cuenta, sonrío, se desliza la mano entre los muslos, empieza a respirar más despacio. Luego me pone el dedo en los labios, yo lo chupo. Ese sabor lo reduce todo a un rumor blanco y agradable, y lo olvido todo mientras el Sobril me zumba en las sienes, y ella me coge la cabeza y la guía, me va dando instrucciones con decisión y sin palabras, y cuando por fin pongo la boca donde ella quiere, me quema lo caliente que está.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta luego.

—Voy a... Voy a ver a Grim.

—Ajá. —Fuerza la voz para no desvelar nada, de modo que lo desvela todo—. ¿Y eso por qué?

—Tengo que verlo.

Sam no dice nada. Se queda tumbada en la cama jugando a algo en el móvil mientras yo me visto. Tiene las mejillas sonrosadas. Abro la boca para decir algo, pero la cierro otra vez y me siento en el borde de la cama.

—Es que... tengo que...

—Lo sé —dice.

Sam deja el teléfono y se pasa la mano por el pelo enmarañado. Luego se mira la palma de la mano con una risita.

—Tengo esperma en el pelo.

—Lo siento.

—Bueno, en cierto modo, me gusta. —La sonrisa se esfuma, y vuelve a ponerse seria—. ¿De qué habláis cuando os veis?

—De nada en particular.

—¿Habláis de mí?

—A veces.

Bajo la vista.

—Oye —dice Sam, y alarga la mano, me toca el brazo—. Que no pasa nada.

—¿Por qué lo dices?

—Porque por la cara que has puesto, parece que vayas a echarte a llorar.

Después de darle a Sam una copia de la llave del piso, me voy, salgo a la calle de Chapmansgatan con sus aceras llenas de aguanieve sucia mezclada con arena. Me pregunto dónde estará Goffman. Desde que nos separamos, no he visto el Volvo de color oscuro, y tampoco creo que Birck lo haya visto. Lo más probable es que Goffman esté en algún lugar de Estocolmo, esperando algo. Al pasar por delante del quiosco, leo las primeras páginas. No se ha cometido ningún atentado durante la noche. Quién sabe si no serán palabras vacías.

Denzasuega. Dese.

Las últimas palabras de Ebi Hakimi quizá fueran el producto de un temblor en su cerebro que ordenó a la boca emitir unos sonidos semejantes a palabras, unos sonidos que puede que no signifiquen nada. Podían ser la respuesta a las preguntas de Birck. Podía ser que tras ellos hubiera dos nombres. Quién sabe. Quién sabe si lo sabía el propio Ebi Hakimi.

—¿Me has echado de menos? —pregunta Grim en la fresca sala de visitas, sentados uno frente al otro.

—Sí.

—Yo también. —Se inclina sobre la mesa y olfatea el aire—. Te has acostado con alguien.

Muy a mi pesar, me ruborizo.

—Sí.

—¿Con Sam?

—Sí.

—Enhorabuena. —Grim sonrío—. ¿Sabe que has venido hoy también?

—Sí.

—¿Era la primera vez que os acostabais?

—Desde que cortamos, sí.

—¿Y qué tal?

—Eso no es asunto tuyo.

—O sea, mal.

—Yo no he dicho eso. —Dudo, no debería decirlo, pero algo en mi interior me impulsa a ello, me pone las palabras en la boca—. Me recordó algo que...

—¿Qué te recordó?

—Que yo siempre decía que no me las arreglaría sin ella.

Grim suelta un resoplido.

—Vaya rollo más manido.

—Era verdad. Eso era lo que sentía.

—¿Y ya no te sientes así?

—No lo sé.

A Grim aquello no parece importarle ni mucho ni poco. Suelta un bostezo, largo y sonoro, antes de llevarse las manos a la cara para olérselas. Hace una mueca de asco.

—Las medicinas que me dan, creo que me noto el olor en la piel, en los poros. Joder, qué asco.

—Podrías dejar de tomártelas.

—¿Cómo? Si comprueban que me las trague. —Grim tiene un destello de curiosidad en la mirada—. Esta vez hay algo diferente.

—Ya, ¿el qué?

—A ti te pasa algo. —Apoya los brazos en la mesa como puede—. Estás como arrepentido.

—Sí.

—¿Por qué?

—No creo que pueda dejarlo. Y solo me quedan dos.

—¿Solo te quedan dos pastillas de Sobril?

—Sí.

—Pues tendrás que conseguir más.

—No puedo. Si me lo prescriben, queda registrado. Y entonces me pillan.

—¿Tienes síndrome de abstinencia?

—Creía que me iba a morir.

Grim me mira con algo que, si uno no se anda con cuidado, podría tomar por compasión.

—Sé cómo es —solo dice eso—. Pero inténtalo. Es casi imposible dejarlo del todo sin ayuda. La única forma es ir reduciendo gradualmente.

—¿De verdad quieres que me desenganche del todo?

—Pues claro.

—¿Y por qué?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Desde que empecé a intentarlo, mi vida ha sido un infierno.

—*Fuck you*, Leo. ¿Has vuelto al trabajo en la pasma o no?

—Sí, pero...

—¿Qué pero ni qué pero?

—Pues es que parece que disfrutes viendo lo mal que lo paso.

—Para nada. Y me parece fatal que digas eso.

—Es que no sé si puedo contar contigo. ¿Te parece raro que tenga mis dudas?

—Ya te digo, *fuck you* si no me crees, a mí qué mierda me importa.

Nos quedamos en silencio. Aunque no quiero, me avergüenzo de haber dudado de él.

—¿A qué has venido? —pregunta.

Me sudan las palmas de las manos. Quiero levantarme y largarme de allí, pero trato de no mirar a la puerta, porque eso le daría ventaja a Grim. No es fácil hablar con una persona cuando tienes que decir la verdad todo el rato.

—Tú sabes quién es Felix, ¿verdad? El camello de Söder.

—¿Qué coño es esto? No me digas que colaboras con los estupas.

—No es por ninguna investigación —digo—. Es que necesito su número.

—¿Para qué?

No respondo.

—¿Para qué? —insiste Grim.

—Ya sabes para qué —respondo irritado.

—Creía que tenías su número.

Niego con la cabeza.

—Me deshice de todos esos números cuando me reincorporé al trabajo. Y no puedo localizarlos desde la Casa sin despertar sospechas.

No sé qué estará pensando Grim. Está tratando de decidir si le estoy mintiendo o no.

—Quiero una tele.

—Eso no te lo puedo conseguir —digo—. Es demasiado. Puedo conseguirte un móvil mejor, pero nada más grande, es imposible.

—Uno en el que pueda ver la tele y leer las noticias —dice Grim.

—Voy a ver en robos, igual tienen alguno del que puedan deshacerse.

Grim menea la cabeza.

—Uno nuevo, con tarjeta de prepago. Uno que pagues tú. Joder, que ya mismo es Navidad.

Eso me hace reír. La tarjeta de prepago es mucho más difícil de rastrear.

—Qué va, tú, nada de tarjeta de prepago —digo.

—De acuerdo, pues una de contrato.

—De acuerdo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Grim tiene los ojos como una muñeca, lo que exprese con ellos depende del observador. Uno ve lo que quiere ver. Me dice el número de Felix, una cifra tras otra.

—¿Te acordarás? —pregunta.

—Si me has dado el número que no es, si no consigo hablar con Felix, me encargaré de que te quiten el teléfono que ya tienes.

—Si no consigues hablar con él es que no has marcado bien el número.

Se abre la puerta y entra Gorila, el de la enorme barba roja y superpoblada.

—La visita ha terminado. Ya es la hora de la sesión matinal de John.

—Si necesitas más pastillas —me dice en voz baja, como para que Gorila no lo oiga, o eso espero—, tengo otros números a los que podrías llamar.

—¿No decías que querías que me desenganchara del todo?

Grim se echa a reír.

—Nos vemos, Leo.

—Bueno. —Me inclino hacia delante—. Según tú, no le pegaste, sino que... —hojeo los documentos— estuviste bailando con él.

—Eso es.

—Según él, la cosa ocurrió en la calle, y tengo dos testigos que dicen lo mismo. ¿Es verdad?

—¿El qué?

—Que bailasteis en la calle.

—Sí, supongo.

—No es muy habitual, ¿no? Sobre todo cuando estamos a veinte bajo cero.

—Yo no tenía frío.

—Y si solo estuvisteis bailando —continúo—, ¿cómo es que el anillo que llevas en el dedo anular deja una huella que coincide bastante bien con la que él tiene en la cara?

—Y yo qué coño sé.

Cuando la detuvieron, tenía una tasa de cero con dos, la metieron en un calabozo para borrachos y allí la dejaron un rato, hasta que la soltaron otra vez. No parece que haya mejorado mucho. La mujer sigue apestando tanto a alcohol que el aire de la habitación resulta sofocante. Me mareo.

Hace cuatro horas, un hombre perdió dos dientes en la puerta de un bar de Vasagatan. Aseguraba que lo golpeó una mujer. La mujer dice que estaban bailando. Puede que sea una cuestión de definiciones, pero no lo creo.

—Gracias —le digo, y me levanto, porque de alguna forma tengo que poner fin a esto—. Pues no tengo más preguntas que hacer.

Todo vuelve a ser como siempre.

En mi despacho, con la copia del interrogatorio encima de la mesa y la puerta abierta. Suenan los teléfonos en los otros despachos, pero no en el mío. En una radio están dando las noticias y luego ponen la versión de «Little Drummer Boy» de The Beach Boys. Las voces y el sonido me hacen retrotraerme en el tiempo, al viaje por Estocolmo en el coche de Goffman.

Camino a casa, más tarde ese mismo día, veo a Levin en la otra acera de la calle Kungsholmsgatan. Lleva el abrigo cruzado tapándose el cuerpo larguirucho, el cuello

levantado sobre las mejillas para protegerse del viento creciente y de la nieve. Hace tanto frío que la humedad se congela en el aire y se convierte en perlas pequeñísimas. Levin camina con las manos en los bolsillos del abrigo, con firmeza, aunque no parece estresado ni nervioso. Un coche sale del cruce y Levin levanta la mano, lo detiene. Entra en la parte de atrás, y yo espero un edificio más allá. El coche se esfuma en dirección al hospital de Sankt Göran. No me da tiempo de ver al conductor. Podría ser Goffman.

Recuerdo las palabras de Grim. Que, según él, Levin había ido al psiquiátrico a ver a alguien. Que le pidió a Grim que mantuviera la boca cerrada. No sé si será verdad.

En una pared de ladrillo llena de publicidad y de carteles hay una foto gigantesca del líder del Partido de los Demócratas de Suecia. Le sonrío al fotógrafo bajo el eslogan: «EL PARTIDO DE TODA SUECIA».

Saco un Sobril del bolsillo y tomo nota de que es el último. Mierda. Busco el número de Felix. Verdaderamente, en el último segundo.

Si uno se para a pensarlo, comprende que es demasiado arriesgado, así que la única solución es no pararse a pensarlo, sino hacerlo.

Llamo al portero automático y miro alrededor. La calle Maria Prästgårdsgata es un montón de charcos helados y de coches aparcados, tipos de la tele obsesionados consigo mismos vestidos con ropa que no va conjuntada. A nadie le importa porque aquí no hay nada de lo que sospechar.

—¿Sí? —se oye el carraspeo a través de la boca del portero automático.

—Hola.

No hace falta más. La cerradura emite un clic. Empujo la puerta y entro en el rellano. Felix vive en la segunda planta, subo por la escalera, llamo a la puerta y espero. Al otro lado se oye a mucho volumen una música como de un juego antiguo de Nintendo. Ese ruido electrónico busca la forma de salir al rellano y retumba entre las paredes.

Cuando se abre la puerta, Felix me saluda con una mueca, lleva solo unos vaqueros y va sin camiseta. Está escuálido y tiene mala cara, parece un moribundo, y quizá lo sea, precisamente.

—Junker —dice Felix, y se lame el labio—. Cuánto tiempo. Pasa, pasa. Estaba haciendo cuentas.

Cierro la puerta y echo el pestillo. Felix se pierde en el interior del piso, que solo tiene tres habitaciones, y apaga la música. Huele agrio, a cerrado, una mezcla de sudor y hierba. En una mesa del salón hay un paquete de heroína tan grande como un ladrillo, bolsas con polvo y marihuana, tubos varios de color negro, naranja y blanco, blisters con pastillas y cápsulas... Al lado, una botella de whisky medio llena y un

vaso vacío. Cerca de la mesa, en una silla de madera, está Felix con un bloc y un bolígrafo.

—¿Salen bien? —pregunto.

—Si hay algo que salga bien en estos momentos es este negocio.

Felix suelta una risotada. Echa mano de la botella y sirve un par de dedos en el vaso, lo prueba.

—Acabo de venderle cincuenta gramos de coca a la dueña de un pub. Para ofrecer a su lista de invitados. Antes, cinco gramos de morfina a un par de bomberos, y diez petas a una señora de guardería. —Vuelve a reír—. ¿Te imaginas? A una señora de guardería. Esta ciudad es un disparate. Me siento como un puto duende de Navidad.

—Hoy por hoy se llama maestra de preescolar.

Felix da otro sorbo.

—Ya, y yo soy distribuidor de medicamentos.

Saco los billetes del bolsillo interior del abrigo y se los enseño.

—Tengo prisa, ¿puedes solucionármelo?

—Ah —dice Felix, y aparta el vaso, coge los billetes, los cuenta—. Sí, en la lista de la compra decía Sobril. —Entorna los ojos como un vendedor de trajes que calculara la talla del cliente—. ¿Por qué dosis andas?

—De veinticinco a cincuenta miligramos al día. No quiero subir, pero tengo que aplacar el síndrome de abstinencia.

—Ya —dice Felix rascándose la mejilla—. El problema es que yo Sobril no tengo.

Me lo quedo mirando atónito, doy dos pasos al frente.

—Trae la pasta.

—Tranquilo, Junker, tranquilo. Cuando me llamaste creía que tenía, pero al mirar he visto que no.

Felix me mira a mí, luego el sofá que tiene enfrente de la mesa, un mueble de Ikea desfondado y descolorido, con dos cojines no menos descoloridos. Detrás de uno de los cojines hay un arma, sin lugar a dudas.

—¿Y entonces?

—Pues tengo otras benzos, ¿vale? Y créeme, me lo agradecerás.

Felix rebusca en la mesa y coge dos tubos con la tapa blanca, uno naranja y otro negro.

—OxyContin —dice, y agita en el aire el tubo naranja—. O Halcion. Yo te recomiendo Halcion. Ya es casi imposible de conseguir. Además, tiene un espectro de acción muy concentrado que debería irte de maravilla si lo que quieres es mantener a raya el mono.

—¿Halcion? ¿El somnífero de los ochenta? ¿Y qué coño iba yo a hacer con eso?

—Oye, oye, que en el mundo de la mitología, *Alción* era un ave capaz de aplacar los vientos huracanados y las olas del mar. Créeme, algo de eso hay en la pastilla. Halcion es una benzo superpotente. Consigues el efecto con una dosis mínima. Nunca

más de medio miligramo, a menos que quieras sufrir pérdida de memoria e ir por ahí como un zombi. Cero veinticinco miligramos bastan para quedarse química y plácidamente tranquilo y lúcido. Además —añade con una sonrisa—, Halcion formaba parte del cóctel que apagó la llama de Heath Ledger.

Felix me lanza el tubo. Lo atrapo y leo la etiqueta. Está en inglés. Le quito el tapón y se me hace la boca agua. Son unas pastillas pequeñas, ovaladas.

—Esas son de cero veinticinco. También tengo de cincuenta, si te hicieran falta. Siempre que no te echas a dormir, te sentirás despierto y súper bien.

—¿Cuánto? —digo—. ¿Cuánto quieres por ellas?

Felix agita los billetes en el aire.

—En realidad, es más. Pero bueno, ya mismo estamos en Navidad. Y no todos los días tiene uno el honor de venderle a las fuerzas del orden. O sí, bueno, casi. Pero no a un agente tan corrupto como tú.

—*Fuck you*, Felix.

—Feliz Navidad.

Tenía diecisiete años y le dolía al respirar.

Desde la cama de su habitación, Christian veía las imágenes en la tele, cómo sus amigos se enfrentaban a un grupo de rojos en Medborgarplatsen. La policía estaba allí. En los alrededores del plano central, Christian vio cómo Michael tiraba el puño de acero en una papelera y se largaba de allí. Él no había podido participar, la neumonía lo había dejado extenuado y estaba rabioso. Tenía muchísimas ganas de estar en el sitio, con todos ellos. Pero allí estaba, tratando de hacer los deberes, aunque no podía concentrarse.

Un par de meses después. Era verano y hacía calor. Michael y él iban a las fiestas del movimiento juvenil. Hacían el saludo de Hitler. Se reían, pero no del gesto.

Aquella noche le hicieron a Christian la primera mamada de su vida. Se llamaba Olivia y tenía ese tipo de tetas con las que uno sueña a los diecisiete años. Llevaba un chaleco brillante de látex, de color caqui, con un escote que dejaba bien a la vista el profundo canalillo.

—Espera —dijo Olivia cuando estaban en los servicios.

Se bajó despacio la cremallera del chaleco, que era muy entallado. Sonrió. No llevaba sujetador. Cuando se le separaron los pechos, Christian lo vio: la cruz gamada que iba surgiendo, tatuada en el centro.

Christian y Michael apalearon a un inmigrante de mierda de camino a casa. Se le rompieron los dientes como si hubieran sido de cristal.

Aquella noche, tumbado en la cama en Hagsätra, le costaba conciliar el sueño. Pensaba, cerraba los ojos. Se le hacía un nudo en la garganta y se sentía de lo más extraño cuando comprendió el rumbo que estaban tomando las cosas.

Iban desfilando con antorchas, con la cabeza rapada y botas militares. Los rojos y los enemigos de los suecos les escupían y gritaban que no querían nazis en sus calles. ¿De verdad que no lo entendían?

Christian y Michael, dos de los más imberbes de las Juventudes de los Demócratas de Suecia. Los protegían los mayores, aquellos que eran más grandes y más fuertes. Así es como funciona toda hermandad.

En Salem estuvo a punto de morir. Los atacantes eran turcos. Según Michael, fue por algo más que por el coche. Según Michael, los turcos sabían que ellos pertenecían a las Juventudes de los Demócratas de Suecia. Según Michael, los turcos odiaban a los suecos.

Christian había empezado a cambiar: lo sentía en el corazón, en las manos, en su fuero interno como si se le hubiera alterado la composición del núcleo.

En los escaparates y los cristales relucientes veía su imagen y se sentía orgulloso, integrado. Como si, al igual que a su mejor amigo, le hubieran permitido formar parte de un grupo que compartía un secreto, una certeza. Un grupo que comprendía dónde se hallaba el problema y cuál debía ser la solución.

Y después, en un abrir y cerrar de ojos, aparecieron la desorientación y el miedo.

—No me lo explico —dijo Michael una noche, aquel mismo otoño. Todavía tenía el teléfono en la mano—. No me explico lo que acaba de pasar.

—¿Quién era?

—Nille.

Nille, Niklas Persson, era su jefe de grupo, un camorrista que guiaba a los miembros del sur de Estocolmo.

—¿Ajá? —dijo Christian.

—Acababa de hablar por teléfono con el presidente.

—¿En persona?

Michael asintió aterrado.

Un par de meses atrás les pusieron un nuevo director federal, un hombre de Sölvesborg con una vista afilada. En la mirada se le entreveía una nueva visión de lo que las Juventudes de los Demócratas de Suecia defendían y deberían defender.

—Exige que se haga limpieza en las filas —dijo Michael—. Justo la mierda que nos temíamos.

Llevaban tiempo diciéndolo, pero no había pasado nada. Según los rumores, el presidente y un equipo de unos cuantos lacayos iban a trazar un mapa de los antecedentes de los miembros y, sobre todo, del uso de la violencia. Las Juventudes de los Demócratas de Suecia eran el futuro del partido madre, y si el partido madre quería crecer un día y convertirse en un verdadero agente con poder en la escena política, sus miembros debían aprender a contenerse. Nada de broncas. Nada de declaraciones nazis. Nada de uniformes en las reuniones ni en las manifestaciones. Más valía contar con menos miembros que fueran fiables que tener un ejército, más poderoso en número, pero impredecible, con tendencia a salir en las primeras páginas de los periódicos. Así que ya habían empezado en serio.

—¿Pero qué pasa? ¿Te han echado?

—Sí. Hasta nueva orden. Y no soy el único.

Algo le vibró a Christian por dentro.

—¿A mí también?

Michael negó con la cabeza.

—No, no creo. No dijo ningún otro nombre, pero sí que yo no era el único. Ya lo verás si te llaman por teléfono.

—Pues es que yo... —Christian trataba de expresar sus sentimientos con palabras—. No quiero seguir de todos modos.

Michael sonrió sin ganas.

—Me gusta esa lealtad tuya, pero joder, no tienes que salirte solo porque salga yo.

—Ya, pero es lo que quiero.

Michael se lo quedó mirando.

—¿Seguro?

Christian bajó la vista, miró el teléfono, que su amigo aún tenía en la mano.

—Sí.

Aquella serena conversación desembocó enseguida en un silencio difícil de interpretar. Christian encendió la Playstation de su amigo, le dio uno de los mandos y cogió el otro. Estuvieron jugando al hockey. Christian era Finlandia, Michael, Suecia. A medida que iban jugando, Michael se fue enfureciendo cada vez más, a pesar de que Christian lo estaba dejando ganar. Se aferraba al mando con tanta violencia que se le pusieron los nudillos blancos.

—Joder, tengo que salir a andar, a hacer algo —dijo Michael en medio del tercer tiempo, y soltó el mando—. No soporto estar aquí sin hacer nada, coño, estoy demasiado cabreado.

Las calles brillaban con la lluvia, el cielo estaba cargado de pesadas nubes, que se veían más negras que el negro cielo y que parecían estar latiendo encima de sus cabezas. Caminaban juntos, con las manos en los bolsillos de la cazadora, dejaron atrás el centro de Hagsätra y continuaron en dirección a Långsjön. Se detuvieron junto al túnel y se quedaron viendo pasar los trenes de cercanías como una cascada.

—Vaya... hipócritas de mierda. —Michael encendió un cigarro—. Los que ahora se queden defienden exactamente lo mismo que nosotros. Quieren lo mismo, han identificado el mismo problema. La única diferencia es que son demasiado cobardes para demostrarlo. Y entonces, ¿cómo coño vamos a poder cambiar Suecia? ¿Quieres uno?

Christian cogió un cigarro del paquete, lo encendió y dio una calada.

—Sí —dijo, después de un rato tratando de decidir si estaba o no de acuerdo—. Son todos unos hipócritas.

—Y el peor de todos es ese hijo de la gran puta de Sölvesborg. ¿Quién coño se ha creído que es, eh?

Christian clavó la vista en el suelo: cristales y latas aplastadas, una bolsa rota del supermercado Ica.

—Voy a llamar a Jens —dijo Michael—. Se va a cabrear a base de bien. Ya sabes que él lo lleva diciendo todo el tiempo, ¿verdad? Desde que nos cambiaron al presidente. Que esto era lo que iban a hacer.

—Sí.

—Oye, ¿qué te pasa?

Christian levantó la cabeza.

—¿Cómo que qué me pasa?

—Pues que... es como si esto no tuviera importancia.

Christian respiró hondo, se quedó mirando el ascua del cigarro.

—Nada, que estoy muy decepcionado —dijo entonces.

Y el teléfono de Christian no sonó. Él podía quedarse. A pesar de todo, lo dejó; por lealtad. Llamó a Nille y se lo dijo. Nille respondió que lo comprendía.

Para dejarles claro que lo ocurrido era una traición, tanto Christian como Michael rompieron a pedradas las ventanas del local del partido.

El presidente federal los denunció a la policía. Los condenaron a una multa. El odio fue creciendo en los ojos de Michael. Se extendió, se le contagió a Christian. Pronto cumplirían dieciocho.

Cuando el taxi se detiene esa mañana a la entrada de la Casa, el cielo está inquieto, en movimiento. El termómetro del salpicadero indica veintidós grados bajo cero. El frío se clava en las mejillas, en los dedos, en todas partes. Se avecina la tormenta.

En la cabeza, los cojinetes se mueven despacio y a trompicones por la falta de sueño. Me vendría bien algo fuerte que los pusiera en movimiento, pero solo tengo café. No quiero tomarme aquí el primer Halcion. El Halcion me da miedo.

Un par de patas de silla bien gruesas abren la puerta de mi despacho. Tras ellas viene Birck, agarrando el respaldo con las manazas. Aparta con el pie la silla desvencijada de las visitas y planta allí la nueva.

—Ya está —dice—. Feliz Navidad.

—Gracias, pero había empezado a gustarme la otra.

—Oye, tú no estás bien. —Birck se sienta en la silla nueva—. ¿A que no?

Al otro lado de la ventana, en la distancia, resuena un rumor entre los árboles muertos.

—Joder, sí que hace viento —dice.

—Ya.

Birck da unos golpecitos con la uña del dedo índice en el brazo de la silla.

—¿Sin novedad sobre Antonsson o los RAF?

—No —digo—. ¿Qué novedad iba a tener?

—Yo qué sé. La verdad, a mí ese asunto me parece un lío. ¿Se supone que lo iban a matar? Asesinato, un delito que no prescribe. Ahí hay algo raro.

—Toda esta historia es rara. Y ya oíste a Goffman. Antonsson es una pieza importante.

—A mí me ha dicho cosas un pajarito —dice Birck pensativo—. Al parecer, como el paranoico que es, el tal Antonsson se ha encerrado en su chalé de Stocksund, con vigilancia policial y todo. Una buena forma de gastar el dinero del contribuyente. Entre tanto, Inteligencia va llamando uno tras otro a los miembros del grupo interno de los RAF, y los están interrogando como si fueran terroristas.

—Puede que lo sean.

—Ya. —Birck se levanta de la silla—. O chicos de los suburbios que han escuchado más de la cuenta a Rage Against the Machine. ¿Con qué estás?

—La agresión de Vasagatan.

—Guay.

—¿Y tú?

—Un hombre de ochenta y cinco años ha amenazado a una mujer de setenta y nueve con el cuchillo del pan. El hombre lleva tres años en cama y la mujer es sorda. Pero él la ha amenazado, insiste ella, si hemos de creer al intérprete. Y yo creo que sí, que hay que creerlo. Los intérpretes son gente de bien. —Se agarra al respaldo de la silla—. ¿Te vas a quedar hasta muy tarde?

—No lo sé.

—¿Vas a ir al Sankt Göran?

—No, estuve anteayer.

—¿Y te fue bien?

—Sí.

Birck me mira, un tanto inseguro.

—Ten cuidado.

—Ya sabes que siempre lo tengo.

Al oírme, Birck se echa a reír. Coge la silla en volandas, abre la puerta y retrocede hasta salir.

—Pues nada, me llevo conmigo esta silla tan cómoda. Nos vemos.

Al cabo de un rato, vuelvo a poner mi silla en su sitio y, al verla ahí, al otro lado de la mesa, me digo que así es como tiene que ser.

—¿Te has enterado? —dijo Michael al teléfono.

—¿De qué? —dijo Christian.

No estaba muy despabilado, lo había arrancado del sueño el timbre del teléfono.

Miró el reloj de la mesilla de noche: las once de la mañana y siete minutos.

—Han matado a Daniel Wretström en Salem.

—¿Quién es Daniel Wretström?

—Uno de los nuestros. —Michael parecía abatido—. El batería de Vit Legion. Los que lo han matado eran una banda de *cabezas negras*.

Christian se incorporó en la cama.

—Pero él no era de Estocolmo, ¿no? ¿Qué coño estaba haciendo aquí? ¿Es que tenían concierto?

—Estaba de visita, creo que tiene aquí unos primos o algo.

El batería de Vit Legion, asesinado. Aquello era inconcebible.

Estaban a 10 de diciembre. Llevaban menos de dos semanas en Resistencia Sueca. Jens Malm fue el que los introdujo, presentó a Christian y a Michael a unos cuantos de los demás miembros.

Les llevó su tiempo tener claro quién era Jens Malm. En una fiesta, Christian vio una fotografía de dos hombres que sostenían una corona de flores. Llevaban cazadoras negras, vaqueros negros y botas de caña alta, iban enmascarados. La estatua: Gustavo II Adolfo, en Gotemburgo. Los dos hombres estaban inmóviles y mirando al suelo, en actitud doliente.

—El 6 de noviembre de 1992 —dijo Malm, que se materializó al lado de Christian con una cerveza en la mano—. La primera vez que pudimos celebrar el día. Yo soy el de la izquierda. Fui con mi mejor amigo.

Dijo aquellas palabras lleno de orgullo. En la corona había un símbolo que Christian reconoció: la runa del gancho de lobo. Simbolizaba defensa y resistencia.

—¿Quién es? —preguntó Christian—. Tu amigo.

—Se llamaba Linus —dijo Malm—. Lo mataron de camino a casa cuando volvía del metro, tres meses después, una banda de cabezas negras.

Malm no lo dijo, pero Christian lo sabía porque se lo habían contado: una semana más tarde, Malm le atravesó el cuello con la navaja a uno de los autores. Salió en los periódicos, Christian había visto los recortes.

Cuando Malm levantó el vaso para beber, Christian vio el tatuaje del antebrazo derecho. Allí estaba otra vez, la runa del gancho de lobo. Discreto, pero elegante.

—¿Estás pensando en hacerte uno? —dijo Malm sonriendo.

—No puedo hacerme un tatuaje de Resistencia Blanca Aria —dijo Christian—. Pero a lo mejor uno de Resistencia Sueca.

—Si te lo haces, procura que se vea cuando tú quieras, pero también que sea fácil esconderlo bajo las mangas o con un cuello alto...

Los tatuajes visibles elevaban el estatus: para el resto de la sociedad era un estigma, pero, dentro del movimiento, constituía una prueba concreta de la convicción de cada uno. Él y Michael tardaron tres meses en hacerse uno: el nombre y el símbolo de Resistencia Sueca en el pecho.

Malm asintió complacido.

Era de Nyköping, y resultaba difícil averiguar otros datos más concretos sobre su persona. Había estado en el Partido Nacional Nórdico, pero lo dejó por Resistencia Blanca Aria. Dirigía muchos de sus atentados contra campos de refugiados e iba haciendo avanzar las posiciones del movimiento. Después de cometer homicidio, lo condenaron a una pena de prisión, y cuando salió unos años después, se había desvinculado de Resistencia Blanca Aria. Nadie sabía por qué. Observaba desde la distancia a los Demócratas de Suecia y a sus juventudes, veía cómo se debilitaba el partido al mismo tiempo que él sentaba las bases de lo que pronto sería Resistencia Sueca. La vida de Jens Malm incluía el tipo de anécdotas que la gente contaba mientras bebía cerveza con el brazo derecho apuntando al cielo. Decían que, en una ocasión, le atacaron dos perros policías que le destrozaban la pierna mientras que él sostenía impasible la bandera en una mano y hacía el saludo con la otra, bien alta y firme. Que él solo había ahuyentado a cinco activistas de la Acción Antifascista de una manifestación en los jardines de Kungsträdgården. Que les robó armas a los Hells Angels para financiar la lucha.

Les enseñó a Christian y a Michael un puñal de las SS que había pertenecido a Reinhard Heydrich, el oficial que fundó los servicios de inteligencia, *Sicherheitsdienst*, y al que el Führer en persona describió como «el hombre del corazón de acero».

Madre mía.

Dejó que Christian lo tocara, incluso que lo sopesara en la mano. Era bastante pesado. Sintió cómo se colmaba de historia, de su participación en ella: como si una parte de su ser siempre hubiera estado hueca, y la lucha que ahora habían emprendido hubiera echado raíces, lo hubiera colmado.

Ser miembro de Resistencia Sueca era una elección vital, lo hecho no podía deshacerse. Christian y Michael prestaron el juramento:

«Yo, como el ario libre que soy, hago aquí y ahora un juramento inquebrantable: unirme al grupo con los hermanos que forman este círculo y proclamar que, en lo venidero, no temeré la muerte ni tampoco al enemigo. La lucha exige más que palabras, y yo tengo el deber de llevar a cabo lo que sea preciso para salvar a nuestro pueblo, nuestras fronteras y nuestra cultura de la amenaza exterior. Para asegurar la victoria absoluta de la raza blanca. Nos encontramos en una guerra sin cuartel y no

tenemos intención de deponer las armas antes de haber abatido al enemigo, hasta el último hombre. Con nuestra lucha creamos el futuro de nuestros hijos».

Aquellas palabras sonaban peligrosas, venenosas. Importantes.

Les dieron listas de libros que debían leer, y el *Manual del activista de Resistencia Sueca*, aprendieron a cumplir las reglas que imponía el movimiento: controlar el consumo de alcohol; evitar las drogas en las manifestaciones y actuaciones; no atacar nunca en inferioridad numérica, solo en situación de superioridad; si, en una manifestación, tienes el honor de portar la bandera, tu principal prioridad será no soltarla bajo ningún concepto: siempre debe ondear alto como un símbolo de nuestra lucha.

Tenían por delante el reto de avanzar con precaución y con serenidad: la lucha les llevaría tiempo. Según Jens Malm, eran más de cien en total. Jens Malm llamaba al hijo de Sölvesborg hipócrita y traidor a la raza. Y la limpieza en el seno de las Juventudes de los Demócratas de Suecia era parte de una corriente muy preocupante en que el movimiento nacional corría el riesgo de sucumbir a fuerzas que odiaban a los suecos, que odiaban a la raza blanca.

Menos de una semana después del asesinato de Daniel, peregrinaron a Salem. Todos estaban allí. Brindaron por Daniel, gritaron que volverían a verse en el Valhala. Había algo ridículo en todo aquello, en todos aquellos racistas de bar que se encontraban allí, pero que cambiaban según soplara el viento, que aseguraban que oían a Ultima Thule y participaban en la lucha pero que se apartaban educadamente en el metro cuando pasaban los cabezas negras. Que participaban cuando les convenía, que no se atrevían a mantenerse erguidos cuando de verdad era necesario.

Al mismo tiempo, la solidaridad prendió algo muy profundo en sus corazones. Eran muchísimos. Cuando oyes el ruido de una multitud como esa, es difícil no emocionarse.

Vieron a algunos miembros de Demócratas de Suecia, el partido madre. Vieron a Nille y a otros de las Juventudes de los Demócratas de Suecia.

—Espero que sepan contenerse —murmuró Michael—. Si no, los van a echar a ellos también.

Escucharon los discursos sobre dolor y lucha y libertad. Brindaron. Muchos lloraban, pero no Christian. Él todavía estaba emocionado por la solidaridad, por la sensación de unidad, y cerró el puño en el bolsillo sólo de pensar en lo que le habían hecho a uno de los suyos.

Qué extraño estar otra vez en Salem. Era la primera vez desde la agresión. El tiempo se detuvo y, en un suspiro, se encontraba en el aparcamiento, perseguido por aquellas dos negras sombras. Aunque en esta ocasión, no salió huyendo. En esta ocasión se quedó allí, y opuso resistencia.

Después fueron con Jens Malm en dirección a Bandhagen, iban en el coche que tal vez fuera la razón de todo lo que vino después. Se oía un zumbido agradable y Jens ponía en el equipo música a Vit Legion, en honor a Daniel. Estaba emocionado y nos habló de conciertos a los que había asistido, lo bueno que era Daniel con la batería. Llegaron a Bandhagen, pero continuaron hasta el centro de Estocolmo. Malm no quería parar de hablar, de recordar. Al final dieron la vuelta. Michael tenía que volver a casa.

Christian iba en el asiento trasero. Por la ventanilla se veían los suburbios uno tras otro, siguiendo la línea verde del metro, las casitas de Stureby y luego Högdalen, y los bloques macizos de apartamentos de Rågsved.

Con las notas de Vit Legion entraron en la calle de Glanshammargatan, al ritmo de un batería muerto que tenía la misma edad que ellos cuando le arrebataron la vida.

Un año después. Jens Malm nombró a Michael líder de la facción de Estocolmo de Resistencia Sueca. Christian estaba a su lado.

Las grandes ideas requieren personas pequeñas.

Allí lo tenían, era su momento.

A finales de agosto, el campamento acaba de terminar para Jonathan. Tiene la nariz rota después del puñetazo de Christian, y en su fuero interno se siente dividido entre la lealtad a los unos y a los otros.

De entrada, teme por su vida, está convencido de que otros miembros van a atacarle. El miedo lo persigue por las noches hasta el corazón del sueño. En su momento comprenderá que solo él, Christian y otra persona lo saben. Nadie más está al tanto de la traición de Jonathan.

Tiene la posibilidad de explicarle a Christian lo que pasó, cómo lo engañaron. Que le dieron dinero para que siguiera con las anfetaminas, que así quedó atrapado en sus garras. Christian le asegura a Jonathan que tendrá la posibilidad de desquitarse.

El otoño y octubre envuelven Estocolmo. Las hojas de los árboles que hay delante del piso de Jonathan amarillean, se secan, las arranca el viento y caen al suelo.

Una noche, Iris se pone en contacto con él. Lo llama al teléfono seguro y, cuando suena, Jonathan cuenta: uno, dos, tres... Si no llega a tiempo de responder después de cinco, no lo coge, ese es el acuerdo. En esta ocasión sí le da tiempo y responde al tercer tono. Quedan en lo que se ha convertido en su lugar habitual, en el coche de Iris, en una calleja cerca de la vieja pista de baile de la zona de Stora Skuggan. Hace frío y, como siempre, ella arranca el motor al verlo llegar. Él se sienta en el lugar del copiloto, abatido, y se alejan de allí.

—¿No te ha seguido nadie? —pregunta.

—En ese caso no habría venido.

—Es importante que tengas la certeza absoluta.

—No me ha seguido nadie.

—Muy bien.

Le pide que la ponga al corriente de las novedades en Resistencia Sueca, qué está pasando y qué piensan hacer, cómo y cuándo. Él le facilita unos fragmentos de la verdad, tal y como le han ordenado que haga, unos fragmentos que, en el fondo, son insignificantes pero suficientes para que ella no sospeche que la está engañando. Le habla de la última reunión de la facción, de que están planeando sincronizarse con Gotemburgo y con Malmö para tener más fuerza. Que la idea se le ocurrió a Jens Malm, y que ha desarrollado una estrategia para poder ponerla en práctica.

Así están organizados, en facciones. Jens Malm es el líder nacional, el líder supremo. A sus órdenes están los líderes de las distintas facciones con base en el resto de las ciudades.

—De acuerdo, Jonathan. Muy bien.

Iris no toma notas. Nunca lo hace, pero Jonathan está casi seguro de que graba todas las conversaciones, no sabe cómo.

Recorren la rotonda de Sveaplan, en dirección a Odengatan. Jonathan va en el asiento, que está muy bajo, y se siente extrañamente protegido del mundo. El coche de Iris infunde sensación de seguridad. Se detienen ante un semáforo en rojo e Iris lee algo en el móvil.

—Mierda —dice, pero se arrepiente enseguida, Jonathan se da cuenta.

—¿Qué pasa?

—Nada. Nada que tenga que ver con nosotros.

—Cuéntame.

Ella niega con la cabeza. Luego parece reflexionar un segundo y mira a Jonathan de reojo.

—¿Sabes quién es Martin Antonsson?

—Pues claro, es uno de los que financian...

Iris se muerde el labio.

—Los RAF se están planteando ir por él.

—¿Cómo?

—Es todo lo que sé.

El semáforo se pone verde.

—Todavía no. Pero me lo han confirmado dos fuentes distintas. Mi colega ha estado haciendo averiguaciones.

—¿Y estáis seguros de que es verdad?

—Seguros no estamos nunca, pero hay indicios muy claros. Incluso tenemos pruebas físicas que apuntan a que es verdad.

—¿Qué pruebas?

—Entre otras cosas, encontramos un plano de la casa de Antonsson en el domicilio de uno de los implicados. Más no te puedo decir. Pero tú de esto no digas ni una palabra. Te lo digo solo porque alguno de vosotros tiene que saberlo, por si os encontráis cerca de él...

Jonathan evita mirarla, se concentra en la carretera y el asfalto, que va desapareciendo debajo de ellos.

—Necesito dinero —dice.

Eso basta para que ella comprenda. Silencio e información a cambio de dinero. Así es como funcionan las cosas ahora. Al menos, eso es lo que cree Iris.

—Puedes dejarme en el metro de T-Centralen —dice.

Cada vez se despiden en un lugar distinto, nunca a la misma hora del día. La irregularidad es la clave para que su vínculo siga siendo invisible y desconocido, para mantenerlo intacto.

Cuando Jonathan sale del coche de Iris en la calle de Vasagatan, baja a las profundidades de la tierra, pasa el control del metro y coge la línea roja en dirección al sur, como se supone que debía hacer. En Slussen, cambia de tren y se dirige a Hagsätra. No mira a la gente de alrededor, puesto que nadie mira alrededor. Si alguno de los colegas de Iris lo va siguiendo, es arriesgado comportarse de un modo distinto

a los demás. Tan solo unos cuantos pasajeros se suben donde él está, y va cambiando de vagón en cada estación. A la altura de Gullmarsplan, está seguro: nadie lo sigue. Y entonces puede coger el teléfono y llamar a Christian.

—Tenemos que vernos —dice Jonathan—. Voy de camino.

Esa noche la pasa Jonathan despierto en la cama, y ahí se le ocurre la idea por primera vez. La información que recibió lo ha tenido demasiado ocupado, y no ha podido serenarse ni pensar en lo que de verdad implica. Después de contárselo a Christian, le dieron las gracias y le dijeron que se quedara quietecito, le comunicaron que Christian transmitiría la información a un nivel superior, para que lo supieran quienes tenían que saberlo.

—Bien, Jonathan —dijo Christian—. Muy bien. Ahora vete a casa y duerme un poco.

Y ahora, en este momento, mientras está ahí tumbado él solo pensando en la oscuridad, oyendo únicamente su respiración, entonces le viene la idea a la cabeza: Ebi.

Él forma parte de Radicales AntiFascistas, está en ese grupo de negros. Si Jonathan consigue que abandonen el plan, Antonsson seguirá apoyando la lucha del movimiento nacional. Además, no le pasará nada a Ebi, que en otro tiempo fue su amigo y que lo protegió. Jonathan cierra los ojos. Se han visto en las manifestaciones, a distancia, sin interponerse en el camino del otro.

Por la mañana el dinero de Iris ya le ha llegado a la cuenta. Llama a Felix. La semana siguiente se la pasa entera colocado, de fiesta sin parar. Es la única forma de no pensar.

La noche del 19 de octubre se le terminan las drogas. Debería dejarlo, seguir el consejo de Christian, quedarse quietecito y hacer lo que le han pedido, pero al final no puede soportarlo. Ha empezado a tener alucinaciones y a veces ve a Ebi que se le aparece en los andenes del metro y en el hormiguero de gente de la calle de Drottninggatan, incluso de pie al lado de la cama cuando Jonathan se despierta a media noche cubierto de un sudor frío, sin saber ni dónde está. Las drogas lo desorientan. Luego, cuando se acaban, llega la ansiedad.

Lo va sitiando, se apodera de él.

JA: *soy jonathan. ¿podemos vernos?*

EH: *¿para qué?*

JA: *tenemos que hablar.*

EH: *¿de qué?*

JA: *así no.*

EH: *sí, tiene que ser así. ¿qué pasa?*

JA: *me han llegado rumores de que la vais a cagar.*

EH: *¿de qué hablas? ¿qué rumores?*

JA: *¿podemos vernos?*

EH: *no. ¿qué rumores?*

JA: *el atentado contra martin antonsson.*

JA: ¿hola?

No le contesta. Menudo gilipollas negro de mierda. ¿Por qué coño no comprende Ebi lo mucho que le cuesta llamarlo, las dimensiones de la traición que comete al hacerlo?

Jonathan borra los mensajes en cuanto los recibe. ¿Qué mierda puede hacer si no? Es como si viviera entre las líneas, una pseudovida llena de dudas.

Llama a Christian y le pregunta si hay novedades con respecto a Antonsson. Nada. Iris se pone en contacto con él y le pide que confirme o desmienta lo que se rumorea sobre un ataque contra un colegio judío. Han visto a miembros de Resistencia Sueca merodeando por el colegio, como reconociendo el terreno. Jonathan lo desmiente. Tres días después llevan a cabo la acción, escriben «CERDOS JUDÍOS» y «1488» en la fachada.

Jonathan se excusa cuando lo llama Iris, indignada y cabreadísima; le dice que lo habían informado mal.

Unas semanas después:

JA: ¿lo has comprobado siquiera?

EH: sí.

JA: ¿y...?

EH: ¿cómo lo sabías?

JA: eso da igual. ¿puedes evitarlo?

EH: no.

JA: ¿por qué no?

EH: porque hacerlo es lo correcto.

JA: ¿se lo has dicho a alguien? ¿que yo lo sé?

EH: ¿estás loco? si la gente se entera de que he estado en contacto contigo me echarán y me tacharán de traidor.

Jonathan lee el último mensaje de Ebi una y otra vez. No sabe qué responder. Jonathan no aborrece a Ebi. Aborrece aquello por lo que Ebi lucha. Llama a Iris, le pide más dinero. Ella le exige a cambio más información, y Jonathan no tiene nada. Empieza a invadirlo la desesperación, se va apoderando de él y, con ella, aparece una idea nueva: quizá debería dejar que ocurriera. Lo ha intentado. *Hacerlo es lo correcto*. Es difícil detener a aquel que cree en algo.

Jonathan no se decide hasta la víspera de la manifestación en el Råambshovsparken, por la noche, y además, por una coincidencia de lo más extraño.

Durante la reunión de planificación y la fiesta subsiguiente en el barrio de Enskede, Jonathan llama a Christian a un rincón. Christian está borracho, pero tiene la mirada sombría.

—¿Qué pasa? —dice Jonathan.

—Nada. Es que... No, no es nada.

—¿Te has enterado de alguna cosa más? —dice.

—¿Sobre qué?

Siempre que hablan de temas que, directa o indirectamente, tienen que ver con la traición de Jonathan, se avergüenza.

—Antonsson.

Christian asiente despacio, deja la lata de cerveza en la encimera.

—Está bajo vigilancia. No va a pasar nada.

Jonathan está en el cuarto de baño, delante del espejo. La nariz se le ha curado bien. Oye al otro lado de la puerta la música y las risas, las palabras de lucha, los lemas. Están incitándose unos a otros, preparándose para la contramanifestación.

Lo peor de todo es la soledad, pero se mantiene tranquilo. Las instrucciones y las órdenes de Christian son una profilaxis, imponen cierto orden en el caos que Jonathan siente en el corazón.

Se hace tarde esa noche, tardísimo. Si se va a su casa de Hallunda ahora, no le dará tiempo a dormir apenas nada. Pregunta si puede quedarse a dormir.

—Pues claro. —El líder le echa el brazo por el hombro—. Eres uno de nosotros. Cada día te vemos más digno. Puedes dormir en el sofá de la cocina, no eres el único que se queda esta noche.

Y es ahí, en la mesa, al lado del sofá, donde lo ve: el dictáfono de color azul oscuro. Lo encuentra en la penumbra y lo escucha. Oye la voz del hombre, a la mujer. Oye que mencionan el nombre de Ebi y se queda de piedra.

Sigue tumbado, mirando perplejo el dictáfono. Una vez que ha tomado la decisión, no lo duda. Más tarde, se sorprenderá al pensarlo.

JA: en los columpios mañana a las 8. tengo que darte una cosa.

EH: ¿el qué?

JA: ya lo verás. tienes que venir. solo.

Los columpios son el único lugar que se le ocurre para no tener que darle a Ebi más detalles, por si alguien viera sus mensajes. Hay algo que no encaja, piensa Jonathan. Allí está pasando algo muy raro, rarísimo. Espera la respuesta de Ebi. Nada. ¿Qué significa el silencio de Ebi? ¿Debe confiar en él?

Luego deja el piso de Enskede con el dictáfono en el bolsillo. Sale de allí conteniendo la respiración.

La mañana de aquel día ponen fragmentos del debate televisivo del día anterior en un noticiario. En el debate, el director de la Policía hace lo imposible por defenderse de un criminólogo escorado a la izquierda que asegura que la muerte de Ebi Hakimi es más bien el resultado del abuso de poder de las instituciones que de un fallo en el trabajo policial. Pasan unas imágenes que han grabado videoaficionados y se ve pasar a Ebi Hakimi. Va enmascarado y sujeta una esquina de una bandera enorme. En el margen del fotograma se ven banderas suecas. Eso es antes del caos, cuando aquello no era todavía más que una manifestación y una contramanifestación entre los RAF y Resistencia Sueca. Al mismo tiempo, Birck y yo estamos hablando con Lisa Swedberg por penúltima vez.

Me pregunto cómo reaccionarían sus padres al saber que había muerto. A diferencia del asesinato de Ebi Hakimi, la muerte de Lisa Swedberg ha pasado casi inadvertida en los medios, quizá porque los Servicios Secretos han hecho cuanto estaba en su mano para silenciarlo todo.

Se quebrará, seguro, tarde o temprano. Tarde o temprano se quebrará todo.

Birck y yo, cada uno con un café en la mano, tenemos la vista fija en el televisor. Es sábado y me gustaría tener el día libre. Fuera de las paredes de la Casa hace tan mal tiempo que me ha sido imposible venir a pie desde Chapmansgatan, hoy también he tenido que pedir un taxi. El viento no sopla con demasiada fuerza por ahora, pero a veinticinco grados bajo cero es casi insoportable. Por el pasillo deambulan policías de guardia que llegan cansados y machacados por el viento con las mochilas y maletines, con gruesos chaquetones y abrigos.

—No estés triste por Ebi Hakimi —dice Birck, y observa la sonrisa un tanto condescendiente del Jefe Nacional de la Policía mientras la voz del criminólogo repiquetea fuera de plano—. ¿Y se supone que ese es el espíritu?

—Eso creo.

—Qué tío más falso —dice Birck, sin que quede claro a quién se refiere, y toma un sorbo de café.

En la tele pasan imágenes de archivo del violento altercado de septiembre en Umeå. Siguen otras de una marcha por el centro de Estocolmo, unas semanas después. Los que protagonizan la marcha pertenecen al Partido de los Suecos, y con ellos se mueve un muro de furgones policiales que protegerán a los miembros del partido de los contramanifestantes.

Birck apaga el televisor.

—¿Te vas a tomar una o qué?

Tengo el tubo de Halcion en la mano, totalmente a la vista. Debo de haberlo sacado del bolsillo sin darme cuenta. Lo guardo otra vez.

—Ten cuidado con eso —dice—. No parece que hayan salido de la farmacia, precisamente.

—No las estoy tomando. Es que me gusta llevarlas encima.

Birck no dice nada. Y se va a su despacho.

Yo me pongo a leer la declaración del hombre en cuya mejilla han estampado un anillo durante la agresión en Vasagatan, y la paso para registro y archivo. Fuera, cerca de la Casa, van aullando las sirenas de las ambulancias. Suena el teléfono. No contesto. Y pronto llegará Edith. Según la radio, en honor al día van a poner música de temática relacionada con las tormentas, *You're the Storm*, de The Cardigans, *Call it Stormy Monday*, de T-Bone Walker, *Weather Storm*, de Massive Attack, y, lógicamente, *Hurricane* y *Blowin' in the Wind*, de Bob Dylan. Y allí estoy yo, escuchando a T-Bone Walker, concretamente, el verso *the eagle flies on Friday, and Saturday I go out and play*, que suena una y otra vez, cuando la puerta se abre de repente y allí está Birck.

—¿Por qué no coges el teléfono?

—Ah, ¿eras tú el que llamaba?

—Ven a mi despacho.

El despacho de Birck tiene las mismas dimensiones que el mío, pero parece más grande. Tiene un escritorio más pequeño y las paredes están cubiertas de estanterías abarrotadas de archivadores. Es luminoso y huele vagamente a su colonia. Una gran alfombra azul oscuro cubre parte del suelo, a pesar de que va contra las normas de salud en el entorno laboral. En un rincón crecen altas dos plantas muy lozanas en sus maceteros; en el otro hay instalado un televisor plano pequeño, con un canal de noticias puesto.

—No sabía que tenías tele —digo.

En el escritorio, un ordenador y un teléfono fijo. El auricular está descolgado al lado y se ve una lucecilla que parpadea.

—¿Estabas al teléfono?

—Es Oscar Svedenhag. —Birck cierra la puerta, se sienta en la silla, coge el auricular y se lo lleva a la oreja—. Ya estoy, voy a poner el altavoz.

Me siento en la silla de las visitas de Birck, una versión más antigua de la que ha tratado de regalarme. Esta es incluso más cómoda de lo que parece. Se oye un carraspeo en el altavoz. Por lo demás, está en silencio, aparte del débil tintineo de unas campanillas y de alguien que canta *he knows if you've been bad or good, so be good for goodness' sake*.

—Venga —dice Birck—. Leo, di hola.

—Pero... ¿esto de qué va?

—Yo creo... —Oscar parece sereno, pero bajo la superficie resuena un temblor en la voz, como si acabara de estar gritándole a alguien—. Esto solo lo estáis oyendo vosotros dos, ¿verdad?

—Claro, aquí solo estamos Leo y yo.

—¿Estas conversaciones no se graban automáticamente?

—No —dice Birck.

—Leo —dice Oscar—, cuando viniste al Cairo, yo estaba sacando un molde del horno. ¿Qué era?

—¿Por qué?

—Quiero comprobar que eres tú de verdad.

—¿Es que no me reconoces la voz?

Tardo unos segundos en responder, hasta que Birck suelta un suspiro de impaciencia.

—Tarta cremosa de chocolate.

—Vale —dice Oscar, más tranquilo—. Gracias.

—¿De qué va esto?

—Yo creo que está a punto de pasar algo.

—¿El qué?

—No estoy seguro. Es... están pasando cosas muy raras. Todo el mundo..., yo qué sé, puede que sea yo, que me estoy volviendo paranoico. Voy a tener que ir a tres entierros el mes que viene. El de Thomas, el de Ebi y el de Lisa. Será por eso.

—Lo siento —dice Birck—, pero nosotros no somos psicólogos.

—Lo sé, pero es que... Yo creo que va a pasar algo. Que la cosa va a estallar muy pronto.

—¿El qué? —insisto—. ¿Qué es lo que va a pasar?

Se oye un carraspeo en el auricular. Un frigorífico se abre y se cierra, retiran un tapón y se oye el bisbiseo de las burbujas. *You better be good for goodness' sake!*

—Tengo aquí delante unas cuantas cosas de Ebi. Creo que será mejor que vengáis a buscarlas.

—Este asunto no es cosa nuestra —digo—. Tienes que hablar con los Servicios de Intelig...

—Ni muerto. Sobre todo después de la caza de brujas que se traen con nosotros últimamente con esa paranoia que tienen con el terrorismo. Si les enseño esto, les da algo.

—Es muy de agradecer que prefieras dárnoslo a nosotros, pero...

—No es que quiera, es que sé que tengo que hacerlo.

Birck garabatea algo rápidamente en un *pos-it*:

mente

—Bueno, nos va a llevar un rato llegar hasta allí —digo—. Con el tiempo que hace... ya sabes.

Es la mañana previa a la manifestación y Jonathan ha dormido poquísimo, prácticamente nada, y el efecto del alcohol aún persiste. Le escuecen los ojos y tiene un dolor tremendo en las sienes. Y, hasta el último momento, se pregunta: ¿vendrá Ebi?

Cuando por fin llega, cuando se acerca caminando hacia los columpios de Hallunda aquella mañana, es como un sueño raro. La última vez que se vieron fue a finales de verano, una vez, hace mucho tiempo. Un gran contraste en comparación con esta época del año, a mediados de diciembre, cuando Hallunda se presenta gris y fría y la nieve cruje bajo los pies. Y aun así: es una sensación familiar, sorprendente. En su fuero interno hay algo que sabe recordar.

—¿Qué dices que tienes? —pregunta Ebi, que evita mirar la cabeza rapada de Jonathan.

—Esto. —Le enseña el dictáfono—. Contiene un montón de archivos de sonido, conversaciones entre dos personas. Mencionan tu nombre. Una mujer que se llama Lisa Swedberg.

Ebi se sorprende al oírlo y no quiere ni tocar el dictáfono.

—Tú sabes de qué va la cosa, supongo —dice Jonathan.

—No. No sé nada.

—A mí no me mientas. Escúchalo. Y sea lo que sea lo que estáis tramando, tenéis que parar.

—Oye, nosotros hacemos lo que nos sale.

Ebi se sienta en uno de los columpios. Jonathan se guarda el dictáfono en el bolsillo y se sienta en el otro. En el que se sentaba siempre.

—¿Por qué él? —dice Jonathan en voz baja—. ¿Por qué Antonsson precisamente?

—Lo sabes de sobra.

—No. Hay otros muchos objetivos posibles.

—El estudio de música. Su almacén. Su dinero. Y lo demás. —Ebi tenía la cabeza gacha, pero ahora la levanta y mira a Jonathan cara a cara—. Por no hablar de que es un puto nazi convencido.

«Nacionalsocialista», piensa Jonathan, que siente el impulso de abalanzarse sobre Ebi, de atizarle con todas sus fuerzas. Cuando respiran se les forman delante de la boca unas nubecillas que se mezclan en el aire.

Jonathan le ofrece otra vez el dictáfono.

—Llévatelo —dice—. Yo no lo quiero. Yo... Mira, yo no quiero que te pase nada malo.

Ebi parece dudar. Luego coge el dictáfono que le está ofreciendo Jonathan. Sus dedos se rozan. Ebi tiene la piel tibia. Jonathan contiene la respiración.

—Tú no quieres que a Antonsson le pase nada. Es eso.

—Yo no quiero que maten a nadie. —Jonathan respira hondo—. Y punto.

Ebi se queda de una pieza y pone cara de asombro.

—¿Qué?

—No quiero que lo matéis, entonces...

—¿Eso es lo que crees que vamos a hacer?

—¿Y qué coño iba a ser si no?

Ebi reacciona con una risotada, pero no es ni de burla ni de alegría. Jonathan lo ve, se lo ve en los ojos.

—¿Pero cómo demonios...? Nunca haríamos nada parecido. ¿Quién cojones ha difundido ese rumor?

Tiene el nombre de Iris en la punta de la lengua. No puede decirlo.

—Tiene un estudio de música y un almacén de música y productos de promoción. Ahí es donde atacaremos. No vamos por él personalmente. O bueno, sí —se corrige Ebi—, pero no así.

—Pues no es eso lo que parece por lo que dicen en el dictáfono. La mujer, como demonios se llame..., Lisa, ella piensa que queréis machacarlo a él.

—Bueno, hay quienes abogan por eso —dice Ebi—. Pero son voces que todos acallan enseguida. Es demasiado peligroso. Y no está bien.

Jonathan siente un gran alivio. En la mano de Ebi: el dictáfono. Le está dando vueltas, le pasa el pulgar por la pantalla apagada.

—Sabrás... ¿Tú sabes qué es esto? —dice Ebi, ahora con un tono más suave—. O sea, ¿sabes quién era el propietario?

—No.

—El sociólogo al que mataron.

—¿Qué?

—¿Es que no te has enterado?

—Sí, pero no sabía que esto era suyo.

—Creen que lo matamos nosotros. Que los culpables somos los RAF.

—¿Quién lo cree? ¿La policía?

—Sí.

—¿Y es verdad?

—No, coño. Para nada. —Se ríe—. Te diré más, incluso tengo motivos para creer que una de los nuestros estaba liada con él.

—Y entonces ¿por qué cree la policía que habéis sido vosotros?

—Existen... ciertas pruebas que nos incriminan. Pero yo estoy casi seguro de que alguien trata de jugárnosla, de ponernos las cosas difíciles. En la manifestación de hoy no vamos a poder hacer nada. Y, lógicamente, tú no sabes nada de eso, ¿verdad?

—¿De qué? ¿A qué te refieres?

—A por qué tenemos encima a la poli todo el tiempo.

Jonathan se levanta del columpio.

—¿Qué demonios significa eso?

Ebi se lo queda mirando sin pestañear. Luego suspira y niega con la cabeza.

—Nada. No sé. Tengo una confusión como una mierda. No debería estar hablando contigo, me arrepiento de haber venido. No puedo... No puedo confiar en ti.

Al bajarse Jonathan del columpio con tanta rapidez, lo ha dejado balanceándose adelante y atrás.

—Siéntate otra vez, anda —le ruega Ebi.

Jonathan detiene el columpio, se sienta. Tiene frío.

—El sociólogo se llamaba Heber —dice Ebi—. ¿Tú no hablaste con él?

—¿Por qué iba yo a hablar con él? Si ni siquiera sé quién es, joder.

Ebi raspa la nieve con la punta del zapato.

—Estaba investigando sobre nosotros. Entrevistaba a gente de tu bando y del mío.

—Ebi examina el aparato—. ¿Cómo se pone en marcha?

—Aprieta el botón —dice Jonathan, y se levanta del columpio, se inclina sobre su hombro, nota el olor del pelo de Ebi. Lo tiene recién lavado, un olor fresco—. Mira, pulsa ahí.

—Gracias. —Ebi pone en marcha el aparato y en la pantalla se despliega una lista de archivos—. Yo creo que son las entrevistas que hacía.

—Lo que yo he oído sonaba como una entrevista, sí —dice Jonathan—. ¿Y tú estás ahí? ¿A ti también te entrevistó?

—No —dice Ebi—. A mí no llegó a entrevistarme. Pero yo creo que le habría gustado. Lo intentó. Había oído lo de Antonsson y quería preguntarme. Y...

—¿Qué?

Ebi apaga el dictáfono. Jonathan se pregunta qué estará pensando.

—¿Cómo ha llegado esto a tus manos? —pregunta despacio.

—Lo tenía un tío al que conozco.

—¿Quién?

Jonathan dice el nombre.

—¿Y de dónde lo había sacado él? —dice Ebi.

—No lo sé.

Ebi se levanta.

—Pues tuvo que quitárselo a Heber, esa noche. Si no, ¿cómo iba a tenerlo? Y, entonces, tuvo que ser... Tiene que ser...

—¿Qué quieres decir?

—Ahora no puedo hablar de eso, tendremos que dejarlo para la próxima, si es que nos vemos otra vez. Pero deberías comprobar las cosas en tus propias filas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No puedo quedarme más. —Ebi duda un instante—. Nos vemos en la mani, supongo.

—Sí. Ten cuidado.

Y eso es todo. Es lo último que le dice a Ebi.

El café Cairo abre a las diez. Eso nos da media hora, antes de que Oscar Svedenhag levante la persiana. Birck aparca el Citroën al mismo tiempo que la radio comunica que el Instituto Meteorológico ha elevado el nivel de alerta ante la llegada de Edith, que para la región de Estocolmo es de clase 3.

—Va a ser una noche de perros —dice Birck.

—Ya.

Nos abrimos paso apresuradamente a través del frío. La calleja queda protegida por las casas y el viento se nota menos, pero, aun así, se adueña de la puerta y la empuja hasta que casi da en la fachada.

A Oscar le ha crecido el eccema de la barbilla, está más rojo y más brillante que la última vez que lo vi.

—La otra íbamos con prisa y no pudimos presentarnos como es debido —dice Birck, y le da la mano—. Gabriel.

—Oscar —dice él, sorprendido ante la cortesía de Birck.

Cuando no hay clientes, el Cairo parece más pequeño. Las mesas están limpias y rodeadas de sillas bien colocadas. Huele a detergente y a café. Detrás de la barra hay una jarra de café recién hecho, y Oscar saca tres tazas, dos negras y una roja. En el mostrador hay una caja blanca del tamaño de una caja de zapatos.

Oscar nos sirve una taza a cada uno y abre la caja.

—Son cosas de Ebi —dice—. Su compañera de habitación las reunió cuando lo hirieron, porque temía que no..., bueno, que no volviera. Algunas cosas estaban en el apartamento, otras las llevaba encima.

Oscar se aclara la garganta, como si el ruido pudiera ayudarle a apartar la idea.

—Yo creía que vivía solo —dice Birck—. Era el único empadronado en esa dirección.

—Una cosa es el padrón —dice Oscar—. Y otra la realidad.

La caja contiene pequeños objetos de recuerdo como broches, escudos de tela, pegatinas, viejas fotos de festivales y manifestaciones, una llave que puede ser del candado de una bicicleta o de algún tipo de caja y un móvil. Lo cojo.

—Está encendido —digo.

—Sí —dice Oscar con la voz empañada—. Al parecer, la compañera lo ha tenido encendido... Tienen el mismo y le servía el cargador. —Coge una de las fotografías—. Esto me ha llamado la atención. La hicieron con una cámara digital, y luego la han revelado.

En la foto se ve a cuatro hombres jóvenes en hilera, juntos pero sin tocarse. Tienen la cabeza rapada y el sol de espaldas, y llevan botas y vaqueros ajustados. Ante sí sostienen una banderola sucia de color amarillo con un texto en mayúsculas que parecen azules. Es difícil adivinar el color al contraluz, pero las palabras se leen con toda claridad: «¡ECHAD A LOS INMIGRANTES! ¡SUECIA PARA EL PUEBLO SUECO!».

—Fue para una manifestación del Frente Nacionalsocialista de hará tres años más o menos —dice Oscar—. Hoy esos chicos pertenecen a Resistencia Sueca. La fundó Patrik Höjer, un tío de Strängnäs que se dedicaba a la música de «supremacía blanca» a mediados de los noventa y era amigo de los que dispararon al periodista Björn Söderberg. Poco después del asesinato de Salem se hicieron muy fuertes, desde el punto de vista del número de miembros, o como queramos llamarlos. Luego la cosa fue decayendo, y resucitó en cuanto los Demócratas de Suecia entraron en el parlamento.

—¿Existe alguna conexión? —pregunta Birck—. Entre la entrada en el parlamento y la resurrección del grupo.

—Seguro que sí. Hubo gente que se sintió traicionada por los Demócratas de Suecia cuando rebajaron el tono racista. Hoy Resistencia Sueca tiene más miembros que nunca, solo en la región de Estocolmo son cien, puede que más. Bueno, el caso es que esa foto es la causa de que Ebi se implicara políticamente y se uniera a los RAF.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Se lo preguntamos. Siempre lo hacemos. Todos pasan por un proceso bastante largo antes de entrar, teniendo en cuenta el riesgo de que..., bueno. Queremos saber que la gente cree de verdad en lo que nosotros creemos, que no están fingiendo o algo parecido.

—¿Cuántos años tenían en esta foto? —digo.

—Unos diecinueve. Tienen todos la misma edad, y yo sé que ese —dice Oscar, y señala al joven de la derecha— tenía diecinueve cuando les hicieron la foto. Se llama Jonathan Asplund y era amigo de la infancia de Ebi Hakimi. Los dos son de Hallunda. Al parecer, Jonathan era una buena persona, un chico amable y generoso con todo el mundo, pero muy dócil. Receptivo a las ideas y opiniones de los demás. Varios de sus amigos eran como Ebi, no eran suecos. Ebi y Jonathan se separaron en el instituto. Y ahí empezó todo.

—¿Ahí empezó todo? —dice Birck.

—Por aquel entonces tendría diecisiete más o menos, calculo, y cada vez se escoraba más a la derecha... O, bueno, lo que ocurrió más bien fue que había en Hallunda un grupúsculo de extrema derecha que no eran ni organización siquiera, sino solo unos cuantos racistas que no lo decían abiertamente; les gustaba beber cerveza y escuchar música de grupos de supremacía blanca como Totenkopf y Vit Aggression. Empezó a ir con ellos y, a partir de ahí, bueno, todo cuesta abajo... —Da unos toquitos con los nudillos en la foto—. A veces no hace falta más. Los mayores les lavan el cerebro. Uno de los amigos de Ebi le enseñó la foto, y él se quedó destrozado. Cuando lo contaba, casi se le saltaban las lágrimas. Pero para Ebi no era solo la sensación de haber perdido a un amigo. Además, comprendió que, si incluso una persona como Jonathan podía verse arrastrada a esa mierda, cualquiera podía caer. Ebi quería contrarrestar activamente ese riesgo y pensaba que los RAF eran una buena herramienta para ello.

—¿Pero qué pasa con esto? —Birck deja de mirar la fotografía y se centra en el resto de las cosas que hay en la caja—. No nos dice gran cosa.

—Yo creía que habían perdido el contacto por completo —dice Oscar, y se rasca el eccema, raspando con las uñas la piel enrojecida. Coge el móvil—. Pero no era así. Al menos, no del todo, y, desde luego, estuvieron en contacto poco antes de la muerte de Ebi. —Abre el buzón de mensajes del móvil—. Mira. Empieza en octubre..., bueno, leedlo vosotros mismos.

Me inclino por encima del hombro de Birck y leo los mensajes guardados:

JA: *soy jonathan. ¿podemos vernos?*

EH: *¿para qué?*

JA: *tenemos que hablar.*

EH: *¿de qué?*

JA: *así no.*

EH: *sí, tiene que ser así. ¿qué pasa?*

JA: *me han llegado rumores de que la vais a cagar.*

EH: *¿de qué hablas? ¿qué rumores?*

JA: *¿podemos vernos?*

EH: *no. ¿qué rumores?*

JA: *el atentado contra martin antonsson.*

JA: *¿hola?*

—¿Y Ebi Hakimi no responde a esto? —dice Birck.

—No —dice Oscar—. No responde.

—¿Te resulta familiar el tema?

—¿Quieres decir el atentado?

—Sí.

—Claro que sí, pero suena peor de lo que es. El plan era sabotear su estudio de música.

—El estudio de música —repite Birck—. ¿Y me lo tengo que creer?

—Tú puedes creerte lo que te dé la real gana. ¿Queréis ver el resto de los mensajes o no?

—Sí.

—Pues aquí van. Los anteriores eran del 19 de octubre, me parece. Esto es a primeros de noviembre.

JA: *¿lo has comprobado siquiera?*

EH: *sí.*

JA: *¿y...?*

EH: *¿cómo lo sabías?*

JA: *eso da igual. ¿puedes evitarlo?*

EH: *no.*

JA: *¿por qué no?*

EH: *porque hacerlo es lo correcto.*

JA: *¿se lo has dicho a alguien? ¿que yo lo sé?*

EH: *¿estás loco? si la gente se entera de que he estado en contacto contigo, me echarán y me tacharán de traidor.*

—¿Eso es así? —pregunto—. ¿Habráis echado a Hakimi de haber sabido que mantenía contacto con Asplund?

—Depende —dice Oscar—. No nos gustan los espías.

—No sois ni el KGB ni el MI6 —dice Birck.

—No, pero el principio es el mismo.

—Ya, solo que él ni siquiera está espionando a nadie —digo—. Lo que quiere es ayudaros.

—Sí, bueno —dice Oscar—. Pero parecería otra cosa. Si son incluso amigos de la infancia...

Veo por casualidad el juego de cuchillos que hay detrás de la barra. Sigue faltando el cuchillo que echamos de menos la última vez.

Tras la lectura de los mensajes siento un peso en el pecho; al principio no soy capaz de explicarlo, pero luego caigo en la cuenta. Es la frialdad de las palabras que se intercambian los dos amigos de la infancia, ver que el abismo que los separa es tan grande que cada palabra genera sospecha. Me los imagino ahora, cada uno en su cama, cada uno en un extremo de la ciudad, bien entrada la noche, leyendo los mensajes una y otra vez, tratando de descifrarlos. Reconozco la distancia más que bien.

—Después viene un tiempo de silencio entre ellos, o al menos por lo que se ve en el móvil. Aunque podría haber eliminado mensajes, haber hecho limpieza en el historial. Pero, en ese caso, también habría borrado estos. Jonathan le escribe a Ebi a última hora, la víspera de la manifestación en el Rålambshovsparken, y ya no hay nada más.

JA: en los columpios mañana a las 8. tengo que darte una cosa.

EH: ¿el qué?

JA: ya lo verás. tienes que venir. solo.

—O sea, que se ven a las ocho de la mañana, antes de la manifestación —digo.

—Por lo menos no es descabellado suponer que así fue —dice Birck.

—¿Sabes qué hace Hakimi después?

—Sí —dice Oscar—. Viene aquí. Teníamos una reunión antes de la manifestación, empezaba a las once. Hakimi acababa de hablar con Lisa Swedberg. Nos dijo que se había puesto enferma y que no podía colaborar en la manifestación.

Yo ojeo otra vez la fotografía de los cuatro jóvenes. En la cara de Asplund se aprecian cicatrices muy marcadas, una que le atraviesa las cejas de parte a parte y otra que le recorre la mejilla izquierda como un paréntesis.

—Tiene unas cicatrices enormes —digo.

—Como casi todos —dice Oscar.

—Menciona el atentado contra Antonsson —dice Birck con cierto temor—. Vuestro atentado contra Antonsson.

Se nota perfectamente que Oscar se pone en guardia.

—Por eso dudaba si enseñaros esto o no.

—¿Lo habíais planeado?

—Yo no, pero sabía de la existencia del plan.

—¿Quiénes participaron en ese plan?

—Eso no lo pienso decir. Y no tenéis ningún derecho a exigirme esa respuesta.

Birck me mira y menea la cabeza. No tiene sentido. Además, tengo la sospecha de que nos vamos a enterar de todos modos en cuanto nos metamos en el coche.

—¿Qué era lo que iba a darle? —dice Oscar—. Me refiero a Asplund. ¿Qué iba a darle a Hakimi? ¿Lo sabéis?

Miro a Birck de reojo. Veo cómo parpadea.

—Pues no —digo—. Ni idea.

Solo cuando Birck está al volante y yo en el asiento del copiloto, saco el móvil del bolsillo del abrigo y lo cuelgo. Giro la cabeza hacia Goffman, que está en el asiento trasero y tiene mala cara. Con él está Iris, su colega.

—¿Ha funcionado? —pregunto con el teléfono en la mano—. ¿Se oía bien?

—Perfectamente —dice Goffman, y guarda su teléfono.

Christian cruzó la pesada puerta, que se cerró tras él. Lo dejaron pasar y tuvo que enseñar el documento de identidad. Lo cachearon, dejó los zapatos y el abrigo en unas bandejas de plástico que pasaron el control de seguridad mientras él cruzaba el arco del detector de metales. Se oyó un pitido. El guardia, un hombre agrio con una nuca poderosa y unas manos rechonchas, señaló con gesto cansino la cadena que asomaba por el cuello del jersey de Christian.

—Es eso —dijo—. Quítatela.

—¿Tengo que quitármela?

—No. Pero si no te la quitas, no entras.

La cruz gamada, pequeñita y hecha a mano en plata, quedó en el centro de la bandeja, cuyo tamaño resultaba desproporcionado y hacía que la joya pareciera una miniatura.

Lugar: la institución juvenil de Mariefred. A Michael lo habían enviado allí, dado lo joven que era. La zona estaba rodeada de un alto muro parduzco con una verja igual de alta. La parte superior de la verja estaba inclinada hacia dentro, hacia el área del edificio institucional, para impedir los intentos de fuga. Tenía un aspecto aterrador.

—Gracias —dijo el guardia—. Bueno, no habrá nadie con vosotros en la sala de visitas, pero sí hay una cámara. O sea que si ocurre algo, lo vemos.

Christian se puso otra vez la cadena y la escondió debajo del jersey. Notó el frío del metal en el cuello.

La habitación a la que lo llevaron era más pequeña de lo que se había imaginado. Michael ya estaba sentado esperándolo. Lo primero que vio Christian fue que tenía la mejilla un poco inflamada y morada. Se figuraba por qué, pero no quiso preguntar, no soportaría ver confirmada su sospecha.

Delante de Michael había una mesa de madera clara y, al otro lado, la silla que debía ocupar Christian.

Hacía tres semanas, no más, no había pasado más tiempo desde la última vez que se vieron. Pero lo parecía. Michael llevaba una ropa que no era suya, unos pantalones de chándal grises y una camiseta del mismo color. Ese color acentuaba la mala cara que tenía.

—Hola —dijo Christian mientras se sentaba en la silla.

—Llevas la cadena —dijo Michael mirando el jersey.

—Pues claro. —Christian la sacó—. Me la he tenido que quitar en el control de seguridad. —Dudó un instante—. ¿Cómo estás?

Michael parpadeó despacio, como si se cansara solo de oír la pregunta.

—Estoy bien. Supongo.

Dio la impresión de querer sonreír, y entonces advirtió Christian los huecos en la encía superior, los dientes que le faltaban.

Miró el reloj que había encima de la puerta. No hacía ni media hora que iba en el tren camino de aquel lugar. Se le antojaba irreal que no hubiera pasado más tiempo.

—Te aclaman —dijo Christian—. Todos te aclaman.

—Lo sé.

En un prado de césped a las afueras del centro de Skarpnäck se armó una buena, Resistencia Sueca y un grupo de rojos. Había sido una manifestación pacífica contra el racismo, con familias con niños y estudiantes que se habían reunido para demostrar su aversión por la xenofobia. Al menos así lo describieron después en los medios de comunicación. En los medios siempre era igual.

Estaban allí, en una contramanifestación planificada, para demostrar su descontento, demostrar su odio y su fuerza.

Ahora tenían veinte años. Christian trabajaba en un almacén de material de construcción cerca de Älvsjö, y Michael en una empresa de instalaciones de fontanería cuya central estaba cerca del Globo. Los dos se habían pedido el día libre.

Eran muchos, casi cincuenta. Un grupo que se llamaba Radicales AntiFascistas se había enterado y vio la oportunidad de atacar al enemigo que era su objeto de odio. Ellos eran menos, no habían logrado reunir la cantidad suficiente de seguidores para suponer una amenaza real.

Christian, Michael y los demás iban armados y tenían escudos, bengalas y porras. Iban cantando marchas militares camino del césped.

La multitud llevaba pancartas y banderolas en medio del campo. Los cochecitos de niño se disputaban el espacio al lado de jubilados y estudiantes, todos cogidos de la mano, formando una cadena. Una mujer negra muy gorda hablaba desde un escenario micrófono en mano. Tenía una voz nasal y quejumbrosa. Tan solo unos cuantos policías vigilaban la zona.

Michael arrojó una bengala en medio de la muchedumbre. Christian lanzó una segunda. Se oyó gritar a alguien. A medida que crecía el miedo, ascendía el humo, rosa violáceo y muy denso.

Los de Radicales AntiFascistas llegaron corriendo desde el otro lado del campo. Se detuvieron a un tiro de piedra de los de Resistencia Sueca. Los Radicales dieron dos pasos al frente, los de Resistencia dieron tres. La distancia se iba encogiendo, empezaba a resultar claustrofóbica.

Todo se convirtió en un batiburrillo de eslóganes y de golpes. Los policías, hombres fuertes armados de porras y escudos, echaron a correr hacia ellos. Christian los veía con el rabillo del ojo, y cuando los tuvo lo bastante cerca, pudo apreciar el nerviosismo reflejado en sus ojos: aquello no se lo esperaban.

Al lado de Christian iba Michael, y uno de los rojos lo golpeó en el cuello con un mazo de madera.

Michael se retorció y gemía de dolor, se le doblaron las piernas mientras Christian se abalanzaba sobre aquel cabrón. Era un tío que tendría la misma edad que él, puede que fuera algo más joven. Tenía un pañuelo alrededor de la cara y llevaba puesta la capucha.

Christian le dio un codazo en el pecho y los dos cayeron al suelo, Christian quedó encima del otro. Le arrancó el pañuelo, le arreó un puñetazo en la cara descubierta y la sensación del pómulo en los nudillos partió a Christian en dos por dentro.

En el límite de su campo de visión entrevió cómo Michael volvía a ponerse en pie, se frotaba el cuello.

—Ese cerdo podría haberme matado —oyó Christian que decía entre los gritos y el estruendo.

Michael dio un paso al frente, le dio una patada en la cara a aquella basura de tío. Le partió el labio y un buen chorro de sangre densa salió disparado, le salpicó la mejilla y también el suelo, al lado de la cabeza.

Christian se levantó, dejó el pañuelo, que aún tenía bien agarrado entre los dedos. Le temblaban las manos.

Michael le dio a su atacante otra patada en la cara, más fuerte esta vez. Se oyó un crujido cuando se le fracturó la mandíbula, y de la garganta del activista caído surgió un grito ronco.

Se parecía a una palabra, pensó Christian, pero no era capaz de distinguir cuál.

Michael tomó impulso para una tercera arremetida y Christian le rodeó los hombros con los brazos, tratando de apartarlo.

—Ya vale —masculló—. Mírame, ya vale, ya vale.

Michael le apartó las manos sin mirarlo a los ojos.

Y pateó una tercera vez. En la sien. El joven abrió los ojos de par en par, como si estuviera lleno de asombro, y la boca también la tenía abierta. Desde donde estaba, Christian podía verle la garganta, de la que no surgía ningún sonido. Y al hombre empezaron a temblarle las piernas.

Michael dio un paso al frente, levantó la bota encima de la cara, como justo antes de ir a pisar un insecto. Y luego, dio un pisotón.

Uno de los ojos salió disparado de la cuenca.

Christian se apartó para vomitar.

En el seno de la organización, lo aclamaban por su convicción y su capacidad de convertir en actos las ideas, pero para el sistema judicial sueco tales capacidades no suponían ninguna diferencia. Lo condenaron a seis años de cárcel. Christian se libró. Con la ayuda de un abogado con ganas de hacer carrera, consiguió defensa propia. Cuando recibió la sentencia, lo primero que sintió fue un alivio inmenso al ver que se

libraba; luego vino la vergüenza. Debería haber compartido aquello con su amigo. Le pesaba el sentimiento de culpa por haberse librado, por el hecho de que toda la responsabilidad recayese sobre Michael.

—¿Ha venido alguno de los demás? —preguntó Christian.

—No, solo Jens y tú. Todavía no han recibido el permiso de la institución. Pero ya vendrán.

—Envié siete u ocho solicitudes anteayer. —Trató de sonreír—. Se te echa de menos.

Michael asintió.

—Estupendo. Eso es estupendo. —Se inclinó sobre la mesa—. Ahora te toca a ti, tendrás que encargarte hasta que yo salga.

—Pues es que no sé si soy la persona adecuada.

—¿Por qué no ibas a serlo?

—Yo no soy como tú.

—¿Y eso qué puñetas significa?

—Yo no tengo tu capacidad de liderazgo y lo sabes.

Nunca se anduvieron con secretos sobre ese particular. Michael debía ser la figura visible. Christian solo era su peón.

—Pero puedes hacerme los recados. Es lo único que tienes que hacer. Estaremos en contacto continuo por teléfono y eso. Ya nos arreglaremos.

Christian se miró las manos.

—No sé si puedo.

Michael sonrió.

—Tienes que creer en ti mismo, exactamente igual que crees en nuestra lucha. Mereces creer en ti mismo, en tu capacidad.

En la siguiente visita, Christian sospechaba que la cosa sería mucho peor que la primera vez. Los moretones y los arañazos eran una cosa. Christian había oído rumores: había gente allí dentro que odiaba a Michael y aquello que defendía; gente que estaba dispuesta a hacerle daño. Pero cuando Christian llegó, se encontró a Michael sentado tan tranquilo y tan sano. Los moretones de la otra vez habían desaparecido.

—No te preocupes —dijo sonriendo—. Ya lo he resuelto.

—¿Que lo has resuelto? ¿Cómo?

—Eso da igual.

Pasó un tiempo de desorientación. Resistencia Sueca se debilitó, la gente abandonaba, y los que llegaban nuevos eran poquísimos. No era culpa de Christian, pero a él se lo parecía.

Eligieron portavoz de los Demócratas de Suecia al hijo de Sölvesborg. Hablaban del tema por teléfono, de que la tendencia del tiempo que pasaron en las Juventudes de los Demócratas de Suecia empezaba a darse también en el partido madre: limpieza en las filas. Selección y remodelación.

—Su problema es que cree que lavándole la boca a la gente le lavas también las ideas —dijo Michael—. Pero claro, las cosas no funcionan así.

—Pero va ganando seguidores —dijo Christian—. Muchos.

Michael resopló al teléfono.

—Una pandilla de hipócritas todos ellos. Si siguen así, pronto dejarán la cuestión de la inmigración y querrán abrirle la puerta a todo el mundo. Atraen a gente que debería estar en nuestro bando, con nosotros. Para nosotros son un obstáculo más que otra cosa.

Pero ¿cuál es nuestro bando?, pensaba Christian. ¿Quiénes somos nosotros? A la última reunión de la facción acudieron diez personas.

—¿No crees que ellos están en nuestro bando? —dijo Christian—. Lo disimulan un poco para avanzar y subir en las encuestas de opinión.

—Eso da igual. Son unos populistas, lo único que les interesa es conseguir poder. En cuanto se acerquen al escenario de los partidos políticos tradicionales, influirá en su política. El partido no tiene corazón, no tiene una verdadera ideología.

Por allí cerca, un hombre lo llamaba a gritos con voz de mando.

—Tengo que cortar. Hablamos.

—Vale —dijo Christian, y sintió que lo echaba de menos—. Hablamos.

Visitaba a su amigo siempre que podía, lo veía degradarse en aquella institución. No soportaba verlo así, todo se le tambaleaba. Al final, la angustia que le provocaba la visita era mayor que el alivio que sentía después de verlo.

Empezó a sentirse embotado, entumecido. Vio a tres chicos que acosaban a una chica en el metro. Se bajaron y la dejaron en paz justo cuando Christian acababa de tomar la decisión de intervenir.

Trató de captarla para Resistencia Sueca, pero no lo consiguió. La chica lo llamó nazi asqueroso.

—Eres consciente de que este es, con toda probabilidad, el trayecto en coche más lento de la historia de la humanidad, ¿verdad? —dice Iris.

Iris Berger tiene mi edad, media melena de pelo oscuro que le cae en mechones lisos a ambos lados de las mejillas. Lleva un abrigo de color verde parduzco. Hace que parezca veinte años mayor. Va sentada con las manos en los bolsillos y la cara vuelta hacia el lado contrario al de Goffman mientras avanzamos por las calles de Kungsholmen de vuelta a la Casa. Tiene los ojos grandes y castaños, tan oscuros que puedo ver reflejados en ellos las fachadas de la calle Hantverkargatan.

—No puedo ir más rápido con este tiempo —dice Birck, y contiene la respiración, pone el freno, para no estropearle la Navidad a una señora con andador que, muy resuelta, cruza la calle a un tiro de piedra del paso de cebra.

I've got a feeling this year's for me and you, so happy Christmas...

Goffman asoma la cabeza entre Birck y yo.

—¿Podéis apagar eso?

I can see a better time, where all our dreams come tr...

—Gracias. —Goffman cruza las manos, trenzando esos dedos tan largos que tiene —. ¿Qué decían los mensajes?

—Deberíais haberlos leído en voz alta —oyen decir a Iris desde el asiento trasero.

—¿No habría resultado un tanto extraño, dada la situación? —dice Birck—. ¿Quién puñetas lee las cosas en voz alta?

Saco del bolsillo el teléfono de Ebi Hakimi y se lo doy a Iris.

—Jonathan Asplund se puso en contacto con Ebi en octubre —dice Birck—. Según él, corre el rumor de que los RAF están a punto de cagarla, como él lo llama, y alude al atentado contra Antonsson. Supongo que está preocupado por su amigo de la infancia. Es una situación muy extraña, así que es comprensible que Hakimi se quede desconcertado, y que despierte su interés.

La carretera va pasando despacio bajo nuestros pies. Iris le da el teléfono a Goffman, que se lo guarda en el bolsillo sin mirarlo siquiera.

—En su último intercambio —dice Birck—, la víspera de la manifestación, Asplund le dice a Hakimi que tiene algo que quiere darle, y le pide que se reúna con él en los columpios a las ocho. Supongo que se trata de un sitio en el que acostumbraban a quedar.

—Tengo poquísima capacidad de concentración. Me pierdo continuamente. —Goffman parpadea una, dos, tres veces, se mira las uñas. Las tiene limpias, como si acabara de hacerse la manicura—. Este es un rompecabezas de lo más raro. —Suspira—. Con la manía que les tengo yo a los rompecabezas.

Birck sube por Bergsgatan. Ve por el retrovisor que Iris está inquieta y aburrada. En una esquina, el fuerte viento desprende un anuncio publicitario, que sale volando y da

una voltereta en el aire antes de caer sobre el asfalto y seguir arrastrándose por la calle. No nieva, pero el viento es tan pertinaz que arranca la nieve que ha caído antes, forma remolinos que trepan por las fachadas.

—La mañana del día de la manifestación en el Rålambshovsparken Hakimi y Asplund se ven —dice Goffman—. La noche anterior, Asplund le ha advertido a Hakimi que tiene algo que debe darle. ¿Podríamos suponer que es el dictáfono?

—Pues sí —dice Iris—. Pero es un vínculo endeble.

—Exacto —dice Goffman—. Ese es nuestro problema.

—No comprendo por qué tiene que ser endeble —dice Birck—. Asplund se lo da a Hakimi, que se lo da a Swedberg, y así es como, al final, llega a nosotros.

—Ya —dice Goffman—. Puede. Pero, de ser así, ¿qué hacía en poder de Asplund?

—A lo mejor él es el asesino —digo.

—Eso es —dice Birck—. Con independencia de lo que digan los Servicios Secretos, los únicos que cometen delitos graves no son los musulmanes y los rojos.

—No —dice Iris, que no parece haber oído a Birck—. Asplund no es.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunto.

—Tiene coartada para los dos asesinatos.

—Así que lo habéis interrogado —pregunta Birck—. ¿Por qué?

Nadie dice nada. Birck suelta un suspiro.

—Resistencia Sueca —digo—. ¿Quiénes son sus líderes?

—En el plano nacional, un tipo que se llama Jens Malm —dice Iris—. Un tío de lo más desagradable. Luego está dividido en varias facciones geográficas, la mayor de las cuales es la de Estocolmo. A la que pertenece Jonathan Asplund. Su superior directo, o como queramos llamarlo, es un chico que se llama Christian Västberg.

—¿Y no pueden ser ellos?

—No es probable —dice Iris—. La principal amenaza no procede de la derecha, sino de la izquierda.

—Hay una cosa que yo no entiendo —digo—. ¿Cómo supo Asplund que los RAF planeaban un atentado contra Antonsson?

—Porque Iris lo tie... —dice Goffman, se interrumpe, sonrío y meneo la cabeza.

—Joder —dice Iris mirándolo enfurecida.

—¿Qué? —digo.

—Me estoy haciendo viejo. Perdón. A veces la boca se adelanta a la cabeza.

—No lo pillo —digo.

—Pero yo sí —dice Birck con frialdad—. Lo sabía por la misma razón por la que sabéis que tiene coartada para los asesinatos. Se lo dijisteis vosotros. Lisa Swedberg era tu informante —le dice a Goffman. Mira a Iris—. Y Jonathan Asplund es el tuyo.

Iris lo mira como si aquello fuera una acusación. Puede que lo sea.

—Ya, bueno, entonces podemos descartar a Asplund, ¿no? —digo.

—Sí. Aunque, claro —dice Goffman dudoso, mientras el teléfono empieza a sonar y él se lleva la mano al bolsillo—. Eso explicaría por qué... —Se lleva el teléfono a la oreja—. ¿Hola? ¿Cómo? Pero ¿cuándo? Y el autor de los hec..., comprendo. De acuerdo. Vamos ahora mismo.

Se retrepa en el asiento. Todos aguardan expectantes. Es tal la tensión que generan esos segundos de silencio que me entran ganas de poner la radio otra vez.

—Lo han apuñalado —dice al fin, como si acabara de informarnos de qué hora es—. Hará diez minutos, durante un mitin en la Estación Central.

—¿A quién? —dice Birck—. ¿A Antonsson?

—No.

Las últimas palabras del moribundo que quedaron grabadas en el dictáfono, ralentizadas por su acento extranjero, la medicación y la lesión cerebral. Las voy descifrando mentalmente.

—¿Quién mató a Thomas Heber?

—Denzasuega.

Resistencia Sueca.

—¿Quién será el siguiente?

—Dese.

DS. Lo que quiere decir es Demócratas de Suecia. Es él.

Mierda.

—¿Está vivo? —pregunta Iris.

Goffman no responde.

IV

SOME DAY SOON
WE ALL WILL BE
TOGETHER

Tenía las manos quietas sobre la mesa. Un anillo de compromiso lanzaba destellos desde el dedo anular. La mujer que lo llevaba miraba con gesto exigente a Christian, que estaba sentado enfrente de ella.

—Cuéntame —dijo la mujer— cómo han sido las cosas últimamente. ¿Empezamos por ahí?

No llevaba ningún documento, ni archivador ni carpeta. Ni siquiera un bolígrafo. Christian se preguntaba si formaba parte de su trabajo poder retenerlo todo en la cabeza, o si le daba igual.

—Ha estado bien. Como siempre. —Dudó un instante, se tocó el colgante de plata que llevaba en el cuello, escondido debajo de la camiseta—. ¿Qué quieres que te diga?

—Lo que sientes. Lo que has hecho las últimas semanas, cómo te encuentras. —Sonrió—. Tú eliges.

El tiempo avanzaba sin cesar y, aun así, se había parado. Nada era como antes y, aun así, todo estaba igual que siempre.

—Me siento inseguro... No sé cómo explicarlo. Y en realidad, no tengo a quién acudir. Supongo que por eso he venido.

La semana pasada vio un anuncio en el autobús: «¿NECESITAS AYUDA CON LO COTIDIANO? HABLA CON UNO DE NUESTROS TERAPEUTAS COGNITIVO-CONDUCTUALES AUTORIZADOS. ¡¡SIN COSTE ALGUNO!!». Memorizó la dirección, pero no había pensado en ir hasta que pasó por delante del local de camino al gimnasio. Le dieron una cita y luego, cuando se vio en la acera, no sabía qué estaba haciendo en realidad. Y allí estaba ahora, aún sin saberlo.

—Te sientes inseguro —repitió la mujer—. ¿Sobre qué?

—O bueno, inseguro no sé. Solo. Mi mejor amigo lleva varios años encerrado. Supongo que es eso.

—¿Encerrado? —dijo la terapeuta—. Quieres decir que está en la cár...

—Sí.

La mujer asintió.

—Comprendo.

Christian miró alrededor. Era una sala despejada y luminosa, le recordaba a un anuncio inmobiliario. Se miró las manos, vio que tenía los puños cerrados. Trató de relajarse.

Resistencia Sueca estaba desmoronándose. Eso era, se decía, eso, la derrota era lo que más lo perturbaba. Él no podía guiarlos, no tenía la misma capacidad que su amigo. Sus manifestaciones eran más esporádicas que sistemáticas, los adeptos que conseguían, cuando por fin se les unían, eran cada vez menos. Estaban hundiéndose, eso podía verlo cualquiera.

—¿Estáis en contacto?

—Un poco, por teléfono y eso. Voy a verlo, pero de cada dos veces que pido permiso, una me la rechazan. Y... Él está muy mal allí dentro. Lo sé y no puedo hacer nada para remediarlo. Lo estoy pasando fatal.

—Pero esa inseguridad, o esa soledad, ¿cómo se ponen de manifiesto?

—No salgo mucho. Me limito a relacionarme con la gente que conozco.

Erik, Klas, Daniel, Frank, Jack. Podía acudir a ellos, pero todos pertenecían a Resistencia Sueca, no conocía a nadie más. Se sentía aislado, encerrado en sí mismo. Llevaba sin hablar con su madre desde la noche de Navidad. Cerca de seis meses. La relación con Anton era peor todavía. Llevaban vidas totalmente distintas. A veces los lazos de sangre no significan nada, pensó Christian, y aquella certeza lo sorprendió. Anton tenía mujer e hijos de pelo rubio y caras simétricas. Su mujer era guapa. Parecían del partido de los verdes, lo cual era repulsivo.

Un recuerdo le vino a la memoria: Christian tenía quince años. Anton le regaló una camiseta de un grupo de música. La misma camiseta que, a no mucho tardar, lo conduciría hasta Michael.

—¿Puedes hablar con ellos? —preguntó la mujer—. Con tus amigos.

—No exactamente. O bueno, la verdad es que podría, pero no quiero.

—Entiendo.

Christian se preguntaba si de verdad lo entendía. Se preguntaba si era sueca, cuánto tiempo llevaba casada, si su marido era sueco, por qué partido votaba. Bajó la vista, porque la mujer tenía los ojos de un azul intensísimo y era como si pudiera ver en un segundo quién era él de verdad.

—Yo... —empezó—. A veces veo por el centro a gente de mi edad. Van de la mano, llevan un cochecito de niño. Pienso que van camino a casa, después de comprar algo para el niño, quizá. Tienen trabajo en el sector servicios o así, viven en una casa adosada o en una casa de propiedad cooperativa al sur del barrio del sur, de Söder. Cogemos el mismo metro y nos bajamos en la misma estación, vamos a casa. Y me sorprende ver lo distintas que son las vidas que vivimos, cuánto han conseguido ellos, mientras que yo no he...

—¿Qué?

Deslizó la mirada hacia el ventanal. Fuera, el cielo tenía el mismo color que las paredes del interior de la sala.

—Ellos han seguido una línea recta, mientras que yo he ido a trompicones todo el camino.

—¿Qué es lo que te ha hecho dar trompicones?

—Yo... Aquello por lo que creo y por lo que lucho. O en lo que creía y por lo que luchaba.

Se arrepintió en el acto, oyó la pregunta subsiguiente en la cabeza, palabra por palabra, antes de que ella la formulara:

—¿Y en qué creías?

Christian se miró las manos. Otra vez tenía los puños cerrados.

—Nada. No era nada.

Resistencia Sueca le había exigido todo su tiempo: folletos, pegada de carteles, planificación de fiestas, organización de actuaciones y manifestaciones, a pesar de que el número de miembros menguaba continuamente, y las conversaciones y los viajes a la institución de Mariefred. Jens Malm lo agobiaba a preguntas todas las semanas. Tenía el mismo trabajo que hacía cinco años, vivía en el mismo piso. Cuando trataba de recordar con cuántas mujeres se había acostado el año pasado, dejaba de contar al llegar a doce. Recordaba el nombre de poco más de la mitad. Las conocía en fiestas y en bares. Casi todas eran muy jóvenes y sentían admiración por él y por Michael. Él utilizaba esa circunstancia y sabía que no estaba bien, pero le daba igual.

Y eso era lo que más lo asustaba, se dijo ahora al caer en la cuenta. Que ya le daba igual.

—Tengo la sensación de que para ti es importante —dijo la mujer—. Aquello en lo que crees y por lo que luchas.

—Pues es que... Es que me ha ocupado tanto tiempo... En general no he avanzado nada en los demás aspectos de la vida.

—Y ahora has empezado a dudar, ¿no? O eso me ha parecido.

Christian no respondió. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, si no estaría a punto de acabar la hora. Ya se arrepentía de haber venido, no debería haber entrado allí cuando ella le abrió la puerta y lo invitó a pasar.

Miró el reloj que había sobre la puerta. La una y cuarto. Llevaba allí quince minutos.

—No lo sé —dijo al fin, y se dio cuenta de que era verdad.

Recordó la paliza en Salem, hacía ya muchos años, y todavía podía sentir el dolor, la indefensión. Con ese recuerdo volvió el odio, mezclado con todas las demás veces en que se había cruzado con ellos por calles, campos de fútbol, callejones oscuros... Eran una epidemia, una enfermedad que se propagaba hasta el interior de sus propias filas: pensó en los Demócratas de Suecia. Uno de los últimos miembros era una polaca, una feminista declarada. La sola idea... Este país necesita una limpieza, de dentro afuera.

—Todos necesitamos algo que dé sentido a la vida —dijo la terapeuta—. A veces puede exigirnos mucha dedicación, y en esos casos tenemos que relegar otros aspectos. Así funcionan las cosas. El día tiene veinticuatro horas, y la semana, siete días. Es imposible llegar a todo.

No era que todo dependiera de Christian, precisamente. Desde la institución de Mariefred y con el beneplácito de Jens Malm, Michael había intentado remodelar algunas partes de Resistencia Sueca como una organización intrapenitenciaria para camaradas condenados. No funcionó. El personal del sistema penitenciario y las organizaciones penitenciarias ya existentes se encargaron de impedir que cobraran fuerza.

—Por separado no somos más fuertes que cualquier otro —solía decir Michael—. Pero unidos somos algo mucho más grande, mucho más.

Y era verdad. Al menos Christian se había convencido de que así era.

—Y ese amigo tuyo, el que está encerrado —dijo la terapeuta.

—¿Sí...?

—Háblame de él.

Christian se estuvo mordisqueando el labio hasta que empezó a temer que se le hiciera un agujero, volvió a mirar por la ventana. El sol parecía querer abrirse paso por entre las nubes.

Estaba nervioso por una razón que era incapaz de describir con palabras. Luego lo contó: se habían criado a un par de calles el uno del otro. Se conocieron en una fiesta. Tenían las mismas aficiones. Les gustaba la misma música y tenían el mismo estilo a la hora de vestir. Se hicieron muy amigos, y cuando los demás se fueron distanciando en el tránsito a la vida adulta, Michael y él se unieron más si cabe. Eso era todo. Christian miró a la terapeuta, con la esperanza de que aquello fuera suficiente.

—¿Por qué está encerrado?

—Agresión.

—¿Y te preocupa que lo esté pasando mal en la cárcel?

—Sé que lo está pasando mal. Si hasta se lo oigo en la voz cuando hablamos por teléfono.

Llevaba ya más de cinco años encerrado y solo le habían concedido permisos muy breves. Como si fuera poco ver hasta qué punto lo destrozaba la privación de libertad, Christian había empezado a oír rumores. Cuando iba a verlo, los gorilas soltaban comentarios malévolos y alarmantes. No decían nada expresamente, pero podía leerse entre líneas: cuando se veían, Michael siempre tenía moretones en la cara, en los ojos, un labio partido... Se quejaba al sentarse o al levantarse, se llevaba la mano al estómago o a las costillas... Esas cosas no deberían pasar, pero pasaban, y Christian sabía por qué: por las ideas que tenía y porque las defendía.

—Decías que ya lo habías resuelto —le recordaba Christian—. Que ya estaba resuelto.

—Bueno, Christian, no es tan sencillo —respondía—. Pero no pasa nada.

Christian siempre le preguntaba qué quería decir, pero él nunca se lo explicó.

Al cabo de una hora se levantó de la silla, le dio la mano a la terapeuta y abandonó la consulta. Le dijo que gracias, pero que no pensaba volver.

Ya en la acera, notó un viento cálido que soplaba entre los edificios; levantó la vista al cielo, cerró los ojos y notó que el sol le caldeaba la cara.

Al principio es imposible oír nada más que un ruido ronco que atraviesa el rumor de la gente, pero a medida que se van pasando las imágenes una y otra vez, surge claramente la palabra que alguien está gritando.

Traidor.

Es una escena curiosa. Tenía que haber pronunciado el discurso fuera, donde ponen el mercado navideño de la plaza de Sergel, pero en el último minuto, a causa de la tormenta, el partido solicitó permiso para pronunciarlo en el enorme vestíbulo de la Estación Central. A saber por qué, el caso es que lo concedieron, y ahí es donde ocurre. Quizá por esa razón los contramanifestantes son tan escasos y tan inofensivos. Se encuentran al fondo, con una banderola... Ellos no tenían permiso para acceder a la estación, así que solo están los que han conseguido burlar los controles de la policía. Una vez dentro, parece que la policía ha decidido no hacer nada, salvo tenerlos bajo control. Una lástima, porque distraen bastante.

En el vestíbulo hay mucha gente, muchos que están escuchando, pero también otros que deambulan por allí arrastrando maletas y bolsas llenas de paquetes, que esperan un tren que, con total seguridad, no saldrá por culpa del mal tiempo. Hay niños con globos de los grandes, de los que hay en el parque de atracciones, de color rojo navideño y brillantes, con las iniciales de los Ferrocarriles de Suecia en mayúsculas blancas. Un duende de la Navidad que está en una esquina los va repartiendo. Se oye música navideña y, para aquel que lo presencia gracias a un vídeo grabado en un móvil, el principio del discurso queda ahogado en *a beautiful sight, we're happy tonight, walkin' in a winter wonderland*.

Está dando el discurso en un escenario circular, grande y alto como una cama elástica. A cada lado tiene un altavoz que refuerza el tono grave de su voz, y a su espalda, un fondo con el nombre del partido y la anémona azul. Al pie del escenario hay tres guardaespaldas con traje oscuro, y una veintena de agentes uniformados, que guardan una distancia de un metro entre sí, rodea al público. Otros cuantos policías de uniforme circulaban entre el público, y muchos a los que no se ve, porque los responsables de la unidad de protección de personas de los Servicios de Inteligencia han desplegado una vigilancia sin igual para proteger al joven líder político.

Se lo ve tranquilo, de vez en cuando da un paso al frente o a un lado en el escenario, pero por lo general no se mueve de su sitio, delante del fondo. Alterna entre un tono grave y otro relajado, hace que el auditorio se ría de una broma sobre los ferrocarriles de Suecia, pero también les pide a los viajeros que tengan cuidado con la tormenta, que Edith es una dama a la que más vale no contrariar.

—Todos los datos de que disponemos indican que esta tormenta no es de las mansas, así que tened cuidado, por favor.

Luego inicia el discurso preguntando por qué está aquí hoy, y remite al último informe del Instituto Social sobre los niños de las familias de inmigrantes, a los que controlan y vigilan conscientemente para que no reciban una educación occidental.

De ahí pasa a hablar de las tradiciones y los valores suecos, y hasta ahí todo es como siempre ha sido, pero entonces aborda el asunto del significado del multiculturalismo para el desarrollo social. Subraya sus facetas positivas, pero hace especial hincapié en las más complejas.

Se oye de fondo esa voz mecánica que anuncia los retrasos de los trenes, los cambios de andén y, con menos frecuencia, las salidas. El tiempo ha provocado un caos. Prolongan el discurso los numerosos simpatizantes del partido que lo interrumpen con sus aplausos cada vez que levanta la voz y suelta una perla política.

—El suecismo debe ser abierto y receptivo —dice— para que las personas que vienen aquí puedan convertirse en una parte de ello. Y no es su responsabilidad. No podemos exigirselo. Lo que podemos pedir al refugiado que viene a este país es que esté dispuesto a asumir los valores suecos y la cultura sueca. Pero para que eso sea posible, el suecismo debe ser abierto. Y esa responsabilidad no puede tenerla nadie más que nosotros.

Aplausos. El líder sonríe.

Uno de los muchos globos explota. El estallido es tan fuerte que la gente se sobresalta. Puede que esa sea la chispa, quién sabe.

—Aquí viene —dice Birck, y para la grabación—. ¿Ves?

—Sí.

Detrás del escenario se mueve una sombra. No es posible determinar la estatura, pero lleva ropa negra y la capucha de la sudadera puesta.

Aparentemente es como estar en la boca del lobo. Imposible conseguirlo. Quiquiera que sea, le dispararán o, peor aún, lo matarán a palos un instante después de que levante la mano. Pero de pronto, todo queda a oscuras. Nadie sabe por qué, si es parte del plan del atentado o si tiene que ver con el tiempo.

Corte del suministro eléctrico.

Lo que se sabe es que dura exactamente diecisiete segundos.

Estamos los dos en un cuartucho de las oficinas de la policía en la Estación Central y repasamos las imágenes mudas de las cámaras de vigilancia, pero precisamente esta versión del ataque aparece grabada con la cámara de un móvil.

—Tienes veintitrés cámaras que inspeccionar, ¿y quieres ver una grabación enana en un móvil? —digo.

—Quería oír el sonido —dice Birck, y levanta la vista hacia una de las pantallas grandes que nos rodean.

—Mira, ahí —dice el ayudante de policía, que está impresionado delante de una de las pantallas gigantes donde puede verse la grabación de las cámaras de vigilancia—. Está ahí, escondido detrás de la columna, así que no se lo ve muy bien. ¿Creéis que lo hizo a propósito?

—¿Lo de esconderse de las cámaras? —digo.

—Sí.

—No, no lo creo.

Observamos las imágenes de las cámaras de vigilancia. El hombre está inmóvil, parece dirigir la mirada al escenario. Distinguimos el pecho detrás de la columna y vemos que respira intensamente, con celeridad.

Con el apagón, todas las cámaras se quedan a oscuras. Cuando vuelve la luz, el líder del partido está en el suelo y el micrófono se le ha caído de las manos. Parece sorprendido, hasta que se le extiende por la cara una expresión de algo parecido a la pena. Se oye gritar a alguien, luego gritan muchos. Es posible verles la cara. El cuchillo está en el suelo, al pie del escenario, y el agresor ha desaparecido. Al ser imágenes en blanco y negro, la sangre parece de color gris oscuro sobre la camisa blanca.

—¿No recuerda mucho al procedimiento que siguió el asesino de Heber? —dice Birck—. Por ejemplo, le ha clavado el cuchillo más o menos en el mismo lugar que a Heber.

—Pues sí.

Y Heber murió de la cuchillada. En cualquier momento, esto puede pasar de un intento de asesinato al asesinato de un político.

—Una vez más —le digo al ayudante.

—¿Entero?

—No, los últimos segundos antes del apagón.

Presenciamos otra vez los últimos segundos, tomados por una cámara que capta la zona de la derecha del escenario, lo bastante lejos para que el agresor no tenga en la pantalla más de dos centímetros de altura.

Alrededor, en las salas contiguas, suenan los teléfonos. La oficina de la Estación Central no es grande y, a través de las paredes, los timbres suenan apagados.

El cuchillo, que estaba en el suelo, junto al líder del partido, ya lo ha recogido una agente uniformada que, cumpliendo con su deber, lo ha tratado con suma delicadeza y lo ha enviado de inmediato a la Casa, donde a su vez lo mandarían a que lo analicen los peritos. Antes de que eso ocurriera, yo me asomé por encima del hombro de Birck y lo estuve observando en el suelo de aquel vestíbulo enorme.

—Desde luego, es ese —dijo Birck.

Y sí, parecía ser un cuchillo que encajaría a la perfección en el juego de cuchillos del Café Cairo.

—Sí. El mismo cuchillo y el mismo *modus operandi* que con Heber. Fijo que es el mismo asesino.

Al líder del partido lo llevan al hospital y el lugar se ve inundado de policías que luchan por evacuar la estación y despejar el lugar del crimen. Una tarea absurda, todas las pruebas que pueda haber se contaminarán sin remedio.

El mismo asesino. Debería ser sencillo, pero no tenemos nada y aquello es un caos. Aparte de en la Estación Central, reina el caos sobre todo en Västerbron. Por la

radio policial que hay en la mesa del ayudante, una voz chisporrotea anunciando que, a causa de la intensidad del viento, un conductor ha perdido el control del coche y se ha estrellado contra un semáforo. El conductor se ha librado con tan solo una conmoción cerebral, pero el semáforo ha salido muy mal parado. Debilitado tras la colisión, no ha sido capaz de soportar las ráfagas de Edith, sino que ha ido cayendo despacio hasta quedar tumbado sobre la calzada, y ha provocado una colisión en cadena.

—¿Cómo demonios se ha escapado? —digo—. ¿Cómo coño ha podido escabullirse?

Birck se apoya en la pared, cierra los ojos, se aplica las yemas de los dedos sobre los ojos y aprieta fuerte, pone cara de dolor. Yo me pongo a tamborilearme con los dedos en el muslo. *Can't think of anything to think.*

—No lo sé —dice Birck sin abrir los ojos—. No parecía que hubiera muchos agentes en ese lado.

Deberían haber tenido toda la Central supercontrolada.

—Sí, ya, pero ¿detrás del escenario también? ¿Y de qué le da a uno tiempo en... cuánto era, diecisiete segundos?

Se vuelve hacia el ayudante, todavía con los ojos cerrados.

—Sí —dice el ayudante inseguro, mirando a Birck—. Diecisiete.

—Los guardaespaldas sí controlan. Se les nota. Pero solo son dos, tres segundos de distracción es lo único que hace falta. Aquí el tío tiene diecisiete. Además, está oscuro.

Mi cuerpo registra que la primera oleada de caos va atenuándose. Tengo la cabeza ligera, como si me hiciera falta comer o beber agua para que no perder el conocimiento, pero no es eso. Aprieto entre los dedos el tubo de Halcion que tengo en el bolsillo.

No tuvimos la menor posibilidad. Ni de lejos. Íbamos por el camino que no era hacia el lado que no era, hasta el final.

—¡Joder! —grita Birck, y da un puñetazo en la pared—. Mierda, mierda, mierda.

El ayudante parece asustado. Birck tiene la cara roja, se ha quedado ahí quieto, respirando. Yo debería decir algo, pero no sé el qué.

—Si dejamos la histeria —dice luego, más tranquilo—. Y hacemos lo que todo el mundo debería hacer, y observamos lo que sucedió de hecho y lo que sabemos... —Abre los ojos—. ¿Qué tenemos?

—¿Cómo?

—Tú, te brilla la frente. ¿Tienes fiebre?

—Ah, sí, no, estoy bien.

Seguramente, no lo estoy. Me iría bien un vaso de agua.

—Vale —dice—. Si miramos lo que ocurrió. ¿A ti qué te parece? ¿Y dónde coño están Iris y Goffman, a todo esto?

—Iris había salido a llamar por teléfono y a ver cómo iba la evacuación de la estación. Y Goffman no tengo ni idea de dónde está.

—Aquí —dice el ayudante. Va pasando la imagen de las distintas cámaras adelante y atrás en las pantallas—. Aquí está Goffman. Esto es... un par de segundos después de que haya vuelto la luz.

La cámara capta parte de la zona de restaurantes de la Estación Central. Muchos han encendido la linterna del móvil. Los que no estaban sentados delante de un plato de comida basura, a la espera de que mejorase el tiempo, iban de un lado para otro tirando de maletas y bolsas. Cuando vuelve la corriente y la Estación Central se ve inundada de esa luz fría de siempre, la gente reanuda en el acto lo que estaba haciendo. Un hombre va cruzando en zigzag por entre la multitud, va enmascarado, lleva la capucha puesta y una bufanda que le cubre la parte inferior de la cara. Desaparece de la imagen.

Según informan los primeros testigos, el hombre salió corriendo y entró en un coche que estaba esperándolo aparcado por allí cerca. Según otros, subió a uno de los trenes de cercanías que había en el andén. Un tercer testigo asegura que se esfumó en el metro.

—¿Adónde irá después? —dice Birck.

—Va hacia los trenes —digo—. Mira las cámaras de los andenes.

El ayudante tiene el bigote sudoroso. Saca un pañuelo del bolsillo y se lo pasa por la boca.

—¿Pero quién demonios lleva pañuelo hoy en día? —dice Birck.

—Es un regalo —murmura el ayudante mirando hacia las cámaras.

Han pasado cincuenta y siete minutos desde el ataque. Birck se lleva el teléfono a la oreja y, en cuanto le contestan, pide la lista de los trenes, cercanías y autobuses que hayan salido de la Estación Central en la última hora.

—¿Está hecha? —dice sorprendido—. Vale. ¿Y quién la ha hecho? Ah, pues gracias. —Corta la conversación—. Parece que alguien de la Casa ya había hecho la lista.

Observo una de las pantallas en la que el ayudante ha congelado la imagen del agresor.

—¿Quién demonios es? —digo.

—No lo encuentro —nos informa el ayudante—. No puedo localizar ninguna otra imagen en la que aparezca. —Está destrozado, como si lo acabaran de suspender en un examen muy importante—. Lo siento. En estos momentos, esa es la única imagen que tengo de él.

Es alto, tiene la espalda ancha y lleva ropa oscura; más no se puede ver.

—Vamos muy por detrás —dice Birck, más para sus adentros que para los demás—. Todos van muy por detrás. Buscarlo así, a ciegas, será de poca ayuda. El agresor no se está moviendo al azar.

—Ebi Hakimi se entera por Asplund de que está circulando el rumor de un atentado —digo—. Asplund es miembro de Resistencia Sueca. Su superior inmediato es Christian Västerberg. —Levanto la vista del suelo. Tengo que conseguir un vaso de agua—. ¿Dónde podemos encontrarlo?

Otoño. Ya tenían la fecha de la puesta en libertad: faltaban tres meses. Le llegó el mensaje de texto ayer, ya tarde, de un número de teléfono que no reconocía. Christian no se atrevió a responder.

Una fecha, eso era todo lo que contenía el mensaje. Si Michael tenía la posibilidad de mandarle un mensaje, ¿no debería haberle escrito algo más? A lo mejor no se atrevía.

Faltaban un par de minutos para las once de la mañana. Hoy no empezaba hasta las doce, se había tomado la mañana libre para poder organizar los folletos, que eran cada vez menos. Jens Malm lo llamaba casi a diario. La mayoría de las veces resultaba difícil saber qué quería en realidad. Era como si le reprochara el hecho de que no hicieran progresos.

—Vosotros, la facción de Estocolmo, sois nuestra vanguardia —decía siempre—. Si vosotros no hacéis progresos, nosotros tampoco podremos progresar.

Estaban muy diezmados. Los que seguían en su bando eran los que siempre estarían en su bando, los que eran fieles de verdad, los que estaban convencidos. Y esto estaba bien, decía Malm. Pero les faltaba dinero.

Christian veía a los niños jugando al pillapilla en el parque, delante de su casa. Si hubiera vuelto a ver a la terapeuta, se lo habría contado: que lo emocionaba estar allí viéndolos jugar, aunque no podría explicar por qué.

Sonó el teléfono. Lo cogió del bolsillo, se lo llevó a la oreja y respondió sin apartar la vista del parque. Uno de los niños perseguía a otro. A aquella distancia, sus voces se oían anormalmente pequeñas.

—Sí, hola —dijo Christian.

—Soy yo.

Michael. Se quedó de piedra y dio un paso atrás para alejarse de la ventana, se sentó en una de las sillas de la cocina.

—Hola. ¿Qué pasa?

—Yo... La cosa está negra, Christian. Muy negra.

—Pero ¿qué es lo que pasa? He recibido el mensaje, te quedan tres meses, está fenomenal.

—No creo que pueda resistir tres meses. Es que he... Necesito dinero.

Había tratado de mantener el ánimo, Christian lo sabía. Y también conocía los rumores que cundían: durante su estancia en aquella institución, había sido el blanco de otros grupos, delincuentes islamistas y extremistas de izquierda condenados por agresión grave bajo los efectos del alcohol y por intento de homicidio. Y por si fuera poco, el director de la institución penitenciaria era un judío muy conocido.

Y entonces lo soltó: las palabras surgieron en el auricular como un torrente, y Christian tuvo que esforzarse para que no se le escapara nada.

Michael había tratado de sobrevivir comprando su libertad. Y funcionó, mientras duró el dinero. Pero se había terminado.

—¿Cuánto necesitas? —dijo Christian.

—Más de lo que tienes.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

—Uf.

Lo soltó antes de poder contenerse. Era mucho más dinero de lo que él tenía, sí.

—Hasta ahora me había ayudado Jens, pero no creo que tenga mucho más. — Bajó un poco la voz—. No podré sobrevivir, Christian. En serio, no es broma. Si no lo consigo, no podré salir por mi propio pie.

Christian notó que el pánico le crecía en el pecho.

—¿Qué quieres que haga?

—Habla con Jens. Le he prometido hacerle los recados cuando salga a cambio de su apoyo. Ahora ya no tiene dinero, pero lo que sí tiene es línea directa con los Demócratas de Suecia. Y a ellos no les falta el dinero. —Un breve silencio, un carraspeo en el auricular; y luego—: Tengo que dejarte.

En realidad, era lógico. A cambio de que Christian y él le hicieran a Malm los recados cuando él saliera, Malm intentaría conseguir un trato debajo de la mesa. Era muy sencillo, mientras se mantuviera fuera del radar: faltaba un año para las elecciones. En aquellos momentos el dinero entraba a raudales en el Partido de los Demócratas de Suecia, de todas las fuentes imaginables o no y, además, aún había fuerzas en el seno de los Demócratas de Suecia que apoyaban a la Resistencia Sueca, fuerzas que trataban de cuidar de los suyos.

Así fue como Jens Malm se lo explicó a Christian aquella misma tarde, cuando se vieron después de que Christian llamara al trabajo para decir que estaba enfermo. Estaban en el coche de Malm, un BMW de color plateado que Christian no sabía cómo se podía permitir. El lugar: un área de descanso de la E4 dirección sur, una tierra de nadie en las inmediaciones de los suburbios de la parte sur de la ciudad.

—Lo único que tenemos que hacer —dijo Malm— es procurar que esto se mantenga en pie. Y de ninguna de las maneras puede llegar a la cúpula del partido. El hijo de la gran puta de Sölvesborg se mearía de miedo ante la idea de perder votos si se enterase. He estado hablando con mi contacto y vamos a ver cuánto puede sacar. ¿Cuánto necesitaba?

—Cincuenta.

—Cincuenta. Yo creo que lo podemos arreglar.

Miró a Malm, cayó en la cuenta de que era la primera vez que se veían solos. La cúpula se reunía todas las semanas, pero entonces siempre había presentes dos o tres más, por lo menos.

Malm cogió el móvil, envió un mensaje. Ya tenía más de cuarenta años, pero todavía conservaba las facciones definidas, los pómulos marcados, el pelo igual de

abundante y bien peinado. Llevaba un abrigo de otoño no muy grueso y una bufanda discreta, parecía un abogado o un agente inmobiliario. Cuando levantó el brazo para ajustar el retrovisor, se le bajó un poco la manga del abrigo, y Christian vio las tres palabras tatuadas en discretas mayúsculas: LEALTAD-DEBER-VOLUNTAD. El lema y el mantra de Resistencia Sueca. Y, al lado de las tres palabras, la antigua runa del gancho de lobo.

El área de descanso no era más que un quiosco de comida con aparcamiento, dos servicios públicos. Había unos cuantos coches aparcados más allá. Abajo zumbaba la E. Un collar de coches la cruzaban como un torrente.

—Bueno —dijo, y dejó el teléfono—. A ver qué responde. No debería tardar mucho. —Miró a Christian—. ¿Y tú cómo estás?

—Estoy bien, supongo.

—Estuviste bastante callado en la última reunión.

—Estaba cansado, acababa de llegar del trabajo.

Malm asintió pensativo.

—Solo una organización radical, intransigente, puede derribar el sistema actual. Siempre lo he dicho y lo digo ahora, a pesar de que trabajamos con el viento en contra. —Miró a Christian a los ojos y sonrió—. Y los soldados cansados son más que ningún soldado.

Christian también sonrió. Se quedaron un rato en silencio. La puerta del quiosco se abrió y por ella salió una mujer sola, con sobrepeso. Se dirigió a uno de los coches y, cuando se sentó al volante, el Opel se balanceó un poco.

—Espero que podamos ayudarle —dijo Malm—. Se lo merece, después de todo lo que ha hecho por nosotros.

El Opel se fue. Algo más allá había un Mazda. Christian vio algo que se movía en el asiento trasero. Le llevó unos instantes comprender que era una mujer, a horcajadas sobre un hombre. Con una mano se cogía el pelo y con la otra se agarraba al reposacabezas de uno de los asientos.

Del teléfono de Malm salió un pitido. Abrió el mensaje.

—Cincuenta mil —dijo asintiendo—. Luz verde. Lo llamaré para concretar los detalles.

Christian sintió un alivio inmenso.

—¿Quién es tu contacto?

—Niklas Persson, o Nille. Ha conseguido meterse en la secretaría del partido.

Christian se acordaba de él. Fue el que le comunicó a Michael que lo expulsaban de las Juventudes de los Demócratas de Suecia. Ya hacía mucho tiempo de aquello, pero Christian lo recordaba perfectamente, cómo se le ensombreció la mirada. Lo mucho que se enfadó.

—Sé quién es.

—Ya sé que lo sabes. —Malm se echó a reír—. Yo creo que a Nille todavía le remuerde la conciencia por haberos echado.

—A mí no me echó —dijo Christian—. Yo lo dejé voluntariamente, por lealtad.

—Sí, así fue. —Malm asintió—. Esa es tu principal fortaleza, Christian. Tu lealtad.

En el coche que había a unos metros, la mujer hizo unos cuantos movimientos impetuosos y acelerados con las caderas antes de hundirse en el asiento trasero. A Christian le pareció que podía oírla gemir.

Aquella misma noche sonó el teléfono. Era Malm.

—Nada —dijo—. Se ha jodido.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Oye, a mí no me hables así. —Malm le habló con frialdad—. Cálmate.

—Lo siento, perdona. ¿Qué ha pasado?

Malm había hablado con Nille por teléfono y le contó que necesitaban dinero, y juntos comentaron los detalles. Habían quedado en una fábrica de Solna para la entrega. Al cabo de media hora de espera, Malm empezó a temerse lo peor. Llamó a Nille, que no le respondió. Un cuarto de hora más tarde lo llamó Nille, estresado y nervioso.

Alguien había oído su conversación. Había oído «Resistencia Sueca», había oído «cárcel», había oído el nombre del preso.

La noticia no tardó ni cinco minutos en llegar a oídos del líder del partido. El líder del partido interrumpió la operación en el acto. Al parecer, levantó la voz, algo totalmente inusual en él: estaban en el arranque de la campaña electoral. Debían centrarse en sí mismos y en los electores. Tenían ciertas obligaciones para con sus patrocinadores. No podían gastar el dinero en salvarle el pellejo a nazis condenados a prisión. Y luego: por lo que a él se refería, podían cargarse al nazi en cuestión.

Cuando dejó de gritar, destituyó a Nille.

—Tienes que llamarlo —dijo Malm—. Para que lo sepa.

—Pero... si no tiene el dinero... lo van a...

—Lo sé, pero ¿qué coño podemos hacer?

—Tiene que haber otra forma.

—Necesita el dinero enseguida —dijo Malm—. Es imposible conseguir tanto por vía legal.

—¿Y por una ilegal?

—Jamás en la vida, Christian. —La voz de Malm sonó ahora más grave—. Eso no favorecería la lucha del movimiento nacional, y recuerda que eso está por encima de cualquier otra cosa. Todo lo que hagamos debemos hacerlo teniendo eso en mente. Y en este caso...

—¿Qué?

—Te lo prohíbo. Es una orden. Llámalo y se lo cuentas.

Malm rara vez daba órdenes. Siempre se salía con la suya de todos modos. Al hacerlo esta vez, resonó en sus palabras un tono amenazador.

Christian miró el reloj.

—Iba a llamarme sobre las diez. Es cuando tiene permiso para llamar.

—O sea, dentro de doce minutos. —Malm carraspeó un poco—. Pues dispones de doce minutos para pensar qué le vas a decir.

Se oyó un clic en el auricular. Christian miró el teléfono y tuvo que hacer un esfuerzo para no estamparlo contra la pared.

Trece minutos después sonó el teléfono. Christian estaba sentado en el suelo del salón, tratando de decidir qué debería hacer. Cuando apretó el botón y se llevó el teléfono a la oreja, se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que iba a decir.

Michael parecía esperanzado, animado, a pesar de lo tarde que era.

—¿Está todo listo? —preguntó.

Christian cerró los ojos.

—No.

Y entonces le explicó la situación, y cuando hubo terminado, guardó silencio. No había más palabras.

—Vale. —Michael respondió tranquilo—. Comprendo. Entonces ha sido el líder del partido, ¿no?

—El líder del partido, sí —dijo Christian.

—Comprendo —repitió.

Christian no sabía lo graves que serían las amenazas que había contra él, pero no le preguntó, no quería arriesgarse a que pareciera que desconfiaba.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé.

Sobrevivió, según se vio después, por pura chiripa: lo trasladaron a otra institución más cerca de Estocolmo para que se preparase para la vida en libertad. En el sistema penitenciario tomaron la decisión tres días después de que ellos dos mantuvieran aquella conversación.

En Mariefred no habían conseguido que se quedara solo, y en el nuevo centro, la amenaza era menor. En lugar de matarlo a palos, le dieron una serie de puñetazos y patadas en el estómago.

Se pasó unas semanas meando sangre pero, a simple vista, eso fue todo.

Fuera, delante del piso de Jonathan en Hallunda, arrasa la tormenta. Está al lado de la ventana y le da la espalda al televisor, donde alternan las actualizaciones de la noticia del atentado contra el líder del partido y los estragos que está causando Edith.

A la luz del día, Hallunda no es sino un montón de bloques de pisos, fachadas pintarrajeadas y una ciudad sin ley. Así lleva siendo mucho tiempo, pero sobre todo desde los disturbios de mayo, cuando quemaron coches y los cabezas negras se enfrentaron a policías que los llamaban monos, empeorando más todavía la situación. Ahora, con este tiempo, Hallunda se muestra como la negrura en las afueras de la ciudad bajo la forma de una ruina grisácea.

Se han quedado con Jonathan. Otra vez. Lo han engañado. Joder, por qué tengo que ser tan imbécil, piensa.

Y al mismo tiempo, se siente avergonzado.

Se ve en el reflejo del cristal: el pelo corto, las cejas marcadas, una de ellas cortada por la mitad por una cicatriz, la nariz chata, los pómulos bajos, los ojos rasgados, alargados. Lleva unos vaqueros amplios de color negro y una camiseta blanca. En el borde de la manga se atisba un tatuaje, la palabra «SUECIA» y una cruz gamada. Tiene los brazos pálidos y delgados. Procura no mirarse el tatuaje.

Saca el móvil y llama a Christian. Oye el crepitar entrecortado de los tonos de llamada, pero nadie responde.

Mira de reojo la puerta del piso, luego el puño de acero que tiene delante, en el alféizar. Es lo único que tiene, si ocurriera algo.

Jonathan se aparta de la ventana. No quiere verse. Donde se encuentra ahora, cerca de la pared, puede sentir la tormenta en los tablones del suelo, que se resienten. La ventana tiembla, como si estuviera a punto de ceder.

Llama a Christian otra vez. No contesta.

El piso tiene una entrada pequeña, una puerta que da a un cuarto de baño, una cocinita, donde esperan los platos sucios del día. Allí lleva viviendo tres años, desde que se fue de casa. Una de las paredes la cubre una bandera sueca enorme, y Jonathan ha escrito a mano «RESISTENCIA SUECA» en la cruz amarilla. En el escritorio hay un paquete envuelto, contiene una bata. «Para mamá, de Jonathan», ha escrito en la tarjeta, que tiene la misma forma que el capuchón de un enanito y que está pegada al lazo del paquete.

Los tonos de llamada siguen sonando, pero nadie contesta.

Los limpiaparabrisas del coche de Iris tratan de mantener la visibilidad, pero se esfuerzan en vano. Christian Västerberg está empadronado en la calle Olshammarsgatan 19, en Hagsätra, un viaje que, en condiciones normales, lleva poco más de quince minutos. Con este tiempo, la cosa es diferente.

A nuestro alrededor, Estocolmo está a punto de caer. Los aeropuertos de Arlanda y Bromma han suspendido el tráfico aéreo. En el Báltico sube el nivel del agua y Edith ha levantado ya más de un metro las aguas del lago Mälaren, y el ímpetu del oleaje destroza los bloques de hielo más cercanos a la orilla.

Los vehículos de salvamento obstruyen la carretera. Iris baja la ventanilla de la puerta del conductor y enseña la identificación policial a un ayudante de policía con desparpajo.

—¿Adónde vais? —pregunta a voces el ayudante.

—Hagsätra —dice Iris.

—¿Cómo?

—Hagsätra.

Se echa a reír.

—Pues suerte.

Iris sube otra vez la ventanilla. En la radio suena una canción navideña, *it's worth the wait the whole year through, just to make happy someone like you*.

—Christian Västerberg —dice Birck pensativo—. ¿Quién es?

—Uno de los tapados, activo en el seno de Resistencia Sueca. Sabemos que es un eslabón intermedio entre miembros como Jonathan Asplund y el líder de la facción de Estocolmo, Keyser. Västerberg y Keyser son amigos de toda la vida.

—Keyser —digo—. ¿De qué me suena?

—Hará unos diez años le sacó a patadas un ojo a un activista de izquierdas. Le cayó una pena de cárcel durísima.

—No —digo—. No me refiero a eso.

—Pues, teniendo en cuenta lo poco conocido que es su estatus, apenas sabemos nada de ellos. Su actividad es extremadamente cerrada. Como has visto, Asplund es nuestro contacto dentro del movimiento.

—¿No deberíais haberlos tenido vigilados? —dice Birck.

—Ya, claro, es muy fácil decirlo —responde Iris con acritud—. Sobre todo es fácil decirlo después de visto lo visto.

—Esto no es un grupo de scouts. Es una organización de militantes neonazis. Pues claro, joder, claro que, con todos vuestros recursos, deberíais...

—Nuestra sección depende de dos cosas. De lo que ocurra ahí fuera y de que tengamos información al respecto. No tenemos a la gente vigilada de forma permanente, sobre todo cuando no son sospechosos de ningún delito. Y además, también nosotros disponemos de recursos limitados. Nos hemos centrado mucho en los RAF. Tenemos un contacto en el seno de Resistencia Sueca, como ya sabéis, y

hasta ahora nos ha proporcionado información muy exacta de lo que estaban planeando. Nada indicaba esto.

—Puede que Asplund no lo supiera —digo.

—Sí —dice Iris secamente—. Puede que no lo supiera. Ni siquiera podemos estar seguros de que hayan sido ellos. No sabemos quién es el agresor.

Nadie dice nada. A nuestra espalda, un árbol se desploma sobre el quitamiedos de la carretera, que cede y cae arqueado en medio del carril.

Y entonces lo recuerdo, recuerdo a Christian Västerberg. Tengo la vaga idea de que el apellido del amigo era un tanto extraño. A lo mejor Keyser, sí. Hubo un caso de agresión en Salem hace mucho tiempo, y creo que estaban involucrados. Yo todavía vivía en casa, pero pasaba muy poco tiempo allí. Me gustaría saber si Grim tiene noticia del caso. Puede. No recuerdo si Västerberg era el agresor o la víctima. Puede que esos detalles no tengan importancia.

Christian Västerberg vive en uno de los altos bloques de pisos de alquiler, cerca de una pizzería. Salimos del coche y la nieve nos entra enseguida por dentro del abrigo, del cuello, en los ojos y en la boca, en todas partes.

Un viento más fuerte y afilado nos azota como una ola.

Birck e Iris se encuentran el uno al lado del otro. Él está inspeccionando no sé qué en el móvil, ella se guarda las llaves del coche en el bolsillo del abrigo. Luego cae una sombra pesada y rápida y, un segundo después, Iris se abalanza sobre Birck y un golpe ensordecedor —como cuando un contenedor se estrella contra el suelo— hace temblar la tierra y nos taponan los oídos. Una plancha de latón de diez centímetros de grosor y varios metros de anchura acaba de caer de uno de los tejados.

—Gracias —dice Birck conmocionado.

—De nada.

Levanto la vista al cielo, que está a punto de despedazarse. Las nubes se ven pesadas y oscuras. Con la siguiente ráfaga de viento, el ruido se convierte en un alarido y nos agachamos instintivamente. Se oye un crujido por allí cerca, pero no sé dónde, porque el sonido nos llega tan débil que no se puede localizar. Al otro lado de la calle el viento arranca parte de la fachada. Caen tejas, se estrellan contra el suelo, se hacen añicos.

Iris mira a Birck.

—¿Estás bien?

—Eso creo.

Luego se da la vuelta. La plancha ha caído tan cerca del coche que se ha llevado consigo uno de los retrovisores laterales.

—Y el coche también —dice—, prácticamente.

Christian aparta la vista del televisor, donde no dejan de pasar más y más y más imágenes del atentado, hasta el infinito. ¿Dónde está Michael? Quiere ponerse en contacto con él, pero no se atreve.

El teléfono no para de sonar una y otra vez. Es Jonathan. No le contesta.

Una oleada de arrepentimiento lo atraviesa con tal fuerza que está a punto de arrastrarlo y sospecha que no podrá resistir mucho más.

El tiempo en prisión le había procurado a Michael una serie de cicatrices nuevas y una frialdad nueva en la mirada. Y fortaleza: se las había arreglado. Había sobrevivido. Pudiera ser que las peores cicatrices no fueran visibles, llegaría a pensar Christian después: Michael podía parecer sombrío de pronto, abstraerse en sus pensamientos y mostrarse ausente de una forma distinta. Consiguió trabajo de portero en un almacén. Lo aborrecía, y no hacía más que lo estrictamente necesario para no perderlo.

A la primera reunión de la facción que se celebró después del regreso de Michael vinieron tres personas más de las que se habían presentado las últimas veces. Ahora había siete personas en total.

—No debes culparte —dijo Michael—. O sea, de que quedaran tan pocos mientras yo estaba en el trullo. Sé perfectamente que hiciste lo que pudiste.

Christian no sabía qué decir. ¿Hizo lo que pudo? No sabía qué responder a esa pregunta. Michael nunca lo culpó por las pérdidas ni porque estuvieran a punto de disolverse; no esa vez. Se había limitado a asentir y a poner cara de circunstancias. Lo comprendía, dijo. Pero, añadió, la cosa no acaba aquí.

—Ahora hay un clima distinto —continuó Michael—. No solo aquí, sino en toda la Región Nórdica. Están con nosotros. —Se echó a reír—. ¿Lo pillas? Y pronto, Europa.

Acababan de celebrarse las elecciones parlamentarias. La tele mostraba imágenes del hijo de Sölvesborg, sonriente. Los Demócratas de Suecia habían superado la célebre barrera del cuatro por ciento y habían logrado un papel potencialmente decisivo como fuerza emergente en la política sueca. De eso se trataba en aquellas elecciones, en realidad. No de cuál de los bloques obtendría la mayoría. Suecia está dispersa, dividida. Los Demócratas de Suecia obtuvieron toda la atención, tanto antes como después de las elecciones.

—Ya es cuestión de tiempo —dijo Michael aquella noche, mientras veía la tele.

—¿El qué es cuestión de tiempo?

—Que lo maten.

Christian lo miró de reojo sin saber qué quería decir. Que el líder tenía enemigos era algo que todos sabían y que pronto se pondría de manifiesto con claridad más que

deseable: la extrema izquierda lo odiaba profundamente. Y pronto lo odiarían también algunos en la extrema derecha.

Michael invertía toda su fuerza en Resistencia Sueca. La organización creció hasta alcanzar los cincuenta miembros, todos los cuales pagaban una cuota. Tuvieron que trasladarse a un local más espacioso. Llevaron la sede a otra zona. Varios de ellos ya habían pertenecido al movimiento con anterioridad, pero la mayoría eran altas nuevas, que reclutaban en los institutos de enseñanza y en internet, a través de contactos de contactos. Los medios escribían sobre ellos en términos que pretendían que se percibieran como preocupantes. Consiguieron el efecto contrario. Empezaron a ser visibles otra vez. La gente se les unía.

Él y Michael se inspiraban en la historia: a lo largo de aquel año leyeron *March of the Titans: The Complete History of the White Race* y la nueva edición de *The Racial Elements of European History*, de Hans F. Günther, publicada por primera vez en 1927. Era una lectura extraordinaria, potente.

Todo iba encajando y la facción de Estocolmo no paraba de crecer. Iban consiguiendo afiliados, uno tras otro, en los suburbios de Salem, Kärrtorp, Ösmo, Bålsta y Alby, pero también en zonas más elegantes como Danderyd, Vasastan y Vaxholm. Iban por el centro de Estocolmo repartiendo folletos con escolta policial. Christian iba con Michael, asombrado y abrumado. Pronto llegaron a los cien.

—Es una pasada —dijo Christian.

—Pues es solo el principio —dijo Michael sonriendo.

Hay quienes se limitan a quedarse a un lado observando la historia, viendo cómo discurre. Otros contribuyen a crearla, se encuentran en el epicentro. Dejan una huella que lo cambia todo.

Delante del televisor, Christian despliega de nuevo el pasado, se traslada con la imaginación a los recuerdos que conserva. Estos se entremezclan, se convierten en una bruma. Han ocurrido demasiadas cosas. El ser humano no puede poner orden en una realidad que es caótica.

Michael había dicho antes cosas parecidas. Al principio era una broma, seguida de risas más que nada: que deberían lanzar cócteles molotov al escaparate de la Dirección General de Migraciones. Prender fuego a los campos de refugiados y matar así montones de pájaros de un solo tiro. Así había sido siempre. Ni siquiera en octubre y noviembre, cuando bosquejaban el escenario y los detalles empezaban a perfilarse, creyó Christian que fueran a llevarlo a cabo. Al decirle Jonathan que los Servicios Secretos habían empezado a recibir información de un atentado inminente contra Martin Antonsson, Christian se lo transmitió a Michael. Vio una chispa en sus ojos.

No era la primera vez que ocurría, la primera vez que utilizaban ese tipo de estrategias.

Atacaron a los RAF y a todos los demás, y a ellos los atacaron igualmente. A veces, Christian pensaba en todo aquello como en un juego, un juego serio donde los dos bandos seguían las mismas reglas, con unas consecuencias violentas.

Descubrían todas las tentativas, a veces, al cabo de unas horas, otras veces, de unos días, pero resultaban eficaces de todos modos. Debilitaban y provocaban irritación.

En esta ocasión, había más detalles, que paulatinamente, fueron cuadrando: podrían utilizar a Jonathan y su contacto con los Servicios Secretos, utilizar el hecho de que los RAF planeaban un atentado contra Martin Antonsson. Un cuchillo desaparecido en el Café Cairo podría dirigir las sospechas de la policía hacia ellos y fortalecer los conflictos internos de los rojos. Toda burocracia tiene recursos limitados, y el que la policía se centrara en los RAF dejaba libre a Resistencia Sueca, momentáneamente.

Nadie, salvo él y Christian, conocería la verdad. Ni siquiera Jens Malm.

Pero no resultó así.

No involucraron a nadie más, pero se vieron obligados a resolver pequeños detalles y problemas sobre la marcha, cuando había otras personas cerca. A Christian le parecía que pegaban el oído, que los miraban con curiosidad...

—Yo creo que la gente se figura lo que está pasando —dijo una noche de noviembre—. Creo que se va a descubrir.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es más que nada una sensación. —Miró a Michael—. ¿No estás de acuerdo?

Se encontraban en un rincón apartado de un bar de Folkungagatan. Fuera caía una lluvia densa y oscura. Los letreros de neón brillaban.

—Ya —dijo Michael al fin.

—Pues entonces lo paramos.

Michael negó con la cabeza.

—Vamos a continuar. Y todavía no lo sabe nadie, puede que algunos lo sospechen, pero están de nuestra parte. Eso es lo que importa. —Bajó la voz—. He estado hablando de ello con Jens.

—¿Y qué le ha parecido?

Michael no dijo nada, pero el entusiasmo que le vio en los ojos fue respuesta suficiente.

Aquella noche cogieron el metro para ir a casa. Michael parecía tranquilo y sereno, con las manos en los bolsillos de la cazadora y una sonrisa en los labios. Christian también trataba de sonreír. Le salió un gesto tirante como una mordaza.

El 5 de diciembre, hace unas semanas: el periódico vespertino *Expressen* sacó la noticia de que varios activistas de los Demócratas de Suecia se estaban dedicando a lo que el diario llamaba ataques racistas en internet. Expulsaron del partido a todos aquellos a los que descubrieron. El líder del partido echó a quienes se atrevieron a decir la verdad.

Traidor. Cobarde. Populista.

El odio iba creciendo, casi podía tocarse.

En los foros de internet y blogs diversos que llevaban sus amigos y colegas, conocidos y desconocidos, resonaban las reacciones. Christian estaba al ordenador cuando sonó el teléfono. Hasta que no lo sacó del bolsillo y notó lo resbaladizo que estaba no se dio cuenta de lo mucho que le sudaba la mano. No podía apartar la vista del hilo que había leído en el foro, desde el primero hasta el último mensaje. A lo mejor Michael tiene razón, se dijo. Parece que es verdad que tenemos apoyo en esto. Si lo consigue, puede convertirse en un héroe.

Ahora tenían el viento a favor. Los dados les daban la suerte, una y otra vez.

Christian no reconoció el número con el que se iluminó la pantalla del teléfono. Le dio a responder y se llevó el teléfono a la oreja sin decir nada.

Una voz de hombre, profunda y serena:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Christian cerró el ordenador.

—Sí.

—¿Con quién hablo?

—¿Con quién querías hablar?

—Con Christian Västerberg. ¿Eres tú?

—¿Quién eres?

—Me llamo Thomas Heber y soy investigador de la Universidad de Estocolmo.

—Ajá... —Christian sopesaba la posibilidad de colgarle—. ¿Y qué quieres?

Y Heber se lo contó.

Christian dijo que sí, aunque no sabía explicar por qué. Se vieron en una sala para grupos de la biblioteca de Skärholmen. Se negó a que lo grabara. Heber fue tomando notas.

Había entrevistado a muchos antes que a Christian, no solo de movimientos como Resistencia Sueca, sino también de sus contrarios, como los RAF. Más no podía revelar acerca de los sujetos entrevistados, y nunca revelaría más a nadie, ni siquiera en un interrogatorio policial.

Podía contarle cualquier cosa, le prometió Heber. Christian estaba protegido por el anonimato hasta el punto de que podía desvelar la comisión inminente de un delito y Heber no haría nada al respecto, no haría nada, salvo escuchar.

Heber le aclaró que era un ejemplo, sin más, pero Christian sintió el burbujeo de la risa en el pecho. Heber no tenía ni idea de hasta qué punto había acertado. La risa se convirtió en la garganta en un resuello discreto. A Christian se le enturbió la mirada.

Estuvo a punto de dejarse llevar. Estaba sudando. Heber no pareció darse cuenta, o le dio igual.

Gran parte de la conversación giró en torno a la vida de Christian. En un principio, se arrepintió de haber aceptado. Hablar de sí mismo le resultaba raro y desagradable, pero después tuvo que reconocer que Heber era muy bueno. Era una persona que infundía confianza, y la conversación hizo que Christian se sintiera momentáneamente seguro, con una seguridad que fue creciendo. Heber lo dejaba hablar hasta que guardaba silencio, y solo entonces le hacía otra pregunta. En un par de ocasiones, no quiso responder, y cuando se negaba, Heber decía que no tenía importancia, que estaba bien, que pasaría a la siguiente.

Hablar de uno mismo era liberador. Era como si los remordimientos desaparecieran.

El sentimiento de deslealtad, de traición, cuando por fin se le presentaba unas horas después, pasaba casi inadvertido.

—¿Has oído lo que dicen? —preguntó.

—No —dijo Heber enarcando las cejas.

Christian llevaba un peso que lo estaba ahogando. Así que se lo contó. Dos frases. Heber recibió la información con la sorpresa en la mirada.

—¿Estás diciendo que alguien piensa atacar al líder del partido?

—Sí.

Christian se preguntó qué estaría pensando.

—¿Puedes evitarlo? —dijo Heber.

—No me atrevo. No puedo hablar más del tema, porque nadie sabe ni cuándo ni dónde. Ya he dicho demasiado. Y estoy... Si alguien se entera de que...

—Nadie se va a enterar —dijo Heber.

Christian sudaba. Ya no podía seguir guardandoselo. Había pasado mucho tiempo, y durante todo ese tiempo había hecho tantas cosas que no debía, había hecho daño a muchas personas. Se sentía perdido.

La habitación se tambaleaba. Parpadeó.

—Sé quién será el autor —dijo al fin.

Se lo contó a Thomas Heber, que no podía difundirlo, que debería habérselo guardado, pero que quizá se sintió como Christian y pensó: no puede suceder.

Luego: Michael, que lo llamó la noche del 12 de diciembre y le dio instrucciones de que robara un cuchillo. No podía negarse, no podía oponerse. Solo cuando se

enteró de adónde tenía que ir después del robo en el Café Cairo —a la universidad—, comprendió lo que estaba a punto de ocurrir.

Están aporreando la puerta. Va a abrir.

En la tele se suceden más imágenes del atentado. Se nota el pulso latiéndole en las sienes. Nota lo cerca que está de la historia, cómo todos hablarán de aquello. Lo cerca que está del centro. Le produce vértigo. Y siente una culpa tan grande que, cuando la oscuridad es lo único que existe en el apartamento, le parece imposible de sobrellevar, aunque nada puede hacer para remediarlo.

De modo que la sobrelleva, él, que no es más que un número, que solo es el 1601 en las notas de un investigador.

Jonathan llama otra vez. Ahora se mantiene lejos de la ventana. El viento la hará estallar en cualquier momento, está convencido. Ha bajado el estor, no sabe por qué. A lo mejor para evitar los fragmentos de los cristales, pero el estor es de tela. Puede que no sirva de nada.

Se acuerda de pronto del dictáfono y se pregunta dónde estará ahora. Se lo había dado a Ebi, pero no está claro adónde fue a parar después. ¿Se quedó con él? ¿Lo encontró la policía cuando murió?

Quién sabe si no se le cayó del bolsillo durante la manifestación. Quizá siga en el suelo del Råambshovsparken.

Se la han pegado. Es la única explicación. Y él se lo ha tragado. Ellos siempre son más listos, siempre van un paso por delante. Jonathan no era más que un peón en manos de Christian. Se siente tan predecible... Tan imbécil...

Y al mismo tiempo: tan asustado.

El líder del partido. Madre mía. Quitarlo de en medio para siempre es una posibilidad real. Jonathan ha visto y oído cómo se discutía tanto en foros de internet como entre sus amigos.

Pero ahora ha ocurrido, por Dios, imagínate si muere.

Suenan los tonos de llamada, hasta que se oye un clic y se interrumpen.

—¿Hola? —dice Jonathan—. ¿Hola, Christian?

La comunicación no es buena. Todo se corta y cruje con la tormenta. Luego, a través del ruido, se oye: la voz.

—Sí.

—¿Por qué no lo coges?

—Es que...

No termina la frase.

—¿Hola? —dice Jonathan.

—Sí, dime.

—Tú lo sabías.

—Sí.

—Es... tú... Os habéis quedado conmigo. Me habéis tenido como un puto... ¿cómo demonios se dice?

—Lo sé —dice Christian—. Era necesario.

—Los de Resistencia Sueca están acabados, lo sabes, ¿no?

Christian no responde.

—¿Tú apoyas esto?

Solo se oye la tormenta.

—¿Hola? ¿Me oyes?

—Sí.

Jonathan se sienta abatido en el borde de la cama.

—¿Tú apoyas esto?

—No puedo responder a eso, Jonathan.

—¿Él está ahí?

—¿Quién?

—Él.

—No.

—Mentira.

Christian no responde.

—¿Cómo se encuentra?

—No lo sé —dice Christian—. Tengo que colgar.

Se interrumpe la conversación. Jonathan se queda sentado en la cama, con el teléfono en la mano.

Detrás del estor, la tormenta quiebra el cristal de la ventana. Los fragmentos hacen cortes profundos en la tela.

Christian deja el móvil y se vuelve hacia Michael.

—Ya se ha dado cuenta.

Michael tiene la mirada vacía.

—¿Quién?

—Jonathan.

—Ajá. Bueno.

—¿Y cómo estás?

Michael se quita la toalla de la frente.

—Estoy sangrando mucho. Y me siento un poco mareado. Pero me alegro de que ese cerdo esté muerto.

—No sabes si está muerto. —Christian está viendo la tele—. Todavía no han dicho nada.

—Es cuestión de tiempo. El cuchillo entró donde debía.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Todo estaba a oscuras.

—¿Por quién me tomas? ¿Les has dicho a los demás que lo hemos hecho nosotros?

—No, todavía no.

—Pues envía un mensaje a todos los miembros, tienen que saberlo.

Christian no dice nada. Y tampoco envía el mensaje.

Va al cuarto de baño y coge una toalla limpia del armario, la humedece un poco y se la da a Michael. Tiene la cara manchada de sangre reseca de la herida en la frente. Se limpia con la toalla.

—¿Has enviado el mensaje?

—¿Qué?

—El mensaje colectivo.

—Ah. —Christian duda, saca el móvil del bolsillo—. No, no se ha enviado. Supongo que será por la tormenta.

—Inténtalo otra vez.

—Voy. —Se sienta enfrente de su amigo—. ¿Qué ha pasado?

—Se fue la luz. Era mi única posibilidad, así que la aproveché.

—Me refería a la frente.

—Un fragmento de una teja. No era más grande que una moneda de cinco coronas, así que no me dejó fuera de combate, pero joder cómo cortaba. —Sonríe—. ¿Te das cuenta de lo que hemos hecho? Ahora todo cambiará. Da igual lo que nos pase, ahora nada será igual.

—¿Por qué has venido aquí?

—No sabía dónde meterme. Tenía que ir a algún sitio, pero no me atrevía a ir a casa. Si saben que soy yo, y no es que lo crea, pero si lo saben, será el primer sitio donde miren. Pero en la calle no quiero estar, joder. Esta tormenta se carga a la gente.

Esperaré a que deje de sangrar, luego pensaba quedarme en tu trastero. ¿Te parece bien? Si vienen, diles que no sabes dónde estoy.

Christian se levanta y va a buscar la llave del trastero, se la deja delante, encima de la mesa.

Respira hondo.

—¿Te acuerdas? —dice—. ¿A principios de diciembre, cuando te llamó Heber desde la cabina?

—Sí. —La toalla está ya empapada de rojo—. ¿Por qué coño no deja de sangrar?

—Pues fui yo —dice.

—¿Qué?

—Se lo dije yo. Se puso en contacto conmigo para preguntarme si tenía algo en contra de que me entrevistara. Yo se lo dije durante la entrevista.

Michael levanta la vista. Con una mirada que se le clava a Christian. Ni se lo había imaginado, Christian se da cuenta en ese momento: Michael ha confiado en él en todo momento.

—¿Cómo?

—Que fui yo —repite—. Yo le dije tu nombre durante la entrevista. Le conté lo que pensabas hacer.

—¿Tú?

—Sí.

—Te estás quedando conmigo.

Christian nota el ardor en los párpados, siente cómo las lágrimas presionan y quieren salir.

—No.

Michael se levanta, pero lo hace demasiado rápido y se marea, se apoya en la pared.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

—No tuve más remedio.

—Pero... cómo... por qué...

Se queda sin aire, se hunde en el sofá.

—Estás muerto —dice Michael—. Lo pillas, ¿verdad? Para mí estás muerto.

—Sí.

—Y Heber está muerto por tu culpa.

—Lo sé —dice Christian.

—Si fuiste tú quien robó el cuchillo que yo iba a usar, joder.

—Ya, pero no sabía qué ibas a hacer con...

—¡No mientas! —grita—. No me mientas otra vez. Claro que lo sabías, coño. Tú me preguntaste si había tirado el móvil al agua. Tú te encargaste de que Jonathan hiciera que Inteligencia se fijara en los RAF. Tú eres tan responsable como yo. ¿Cómo coño eres capaz de... has llamado a la pasma también? ¿Están en camino?

—No.

—¿Los has llamado? —grita.

—No.

—Si me estás mintiendo... —dice jadeando sin resuello—. Le pegaré un tiro al primero que entre por la puerta, ¿entiendes? Los mato a todos. ¿Eso es lo que quieres?

—No los he llamado, Michael —dice Christian mirándose las manos.

—¡Mírame, joder!

Hace un esfuerzo extraordinario por obedecer. Le resulta doloroso. Demasiado doloroso para poder aguantarlo.

—No los he llamado.

No era así como tenía que salir. Michael no debía estar allí, sino andar por ahí escondido. Eso fue lo que dijo. Christian no debía ponerse en contacto con él.

—¿Cómo coño has podido ser tan idiota? —Michael habla en voz baja, serena, de repente. Como siempre: Michael, que controla, que sabe lo que hay que hacer—. ¿Por qué cojones no dijiste nada?

—Lo intenté. Pero no me hiciste caso.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Que lo intentaste?

Pues sí. Ahora se da cuenta. No hay más que decir.

—Bueno. —Se levanta otra vez, coge el teléfono—. Voy a ver si puedo mandar el mensaje.

Esta vez sí se atreve. Christian va a la cocina y abre la despensa. La lámpara del techo parpadea una, dos, tres veces. Tantea con la mano encima del último estante. Ahí. Ahí está.

Vuelve con el móvil en una mano, el revólver en la otra. Tiene el cargador lleno. Es el mismo revólver que se llevó la vida de Lisa Swedberg. ¿Eso también fue culpa de Christian? Ya no lo sabe. No sabe nada.

Le viene a la cabeza una frase, algo que alguien le dijo o le escribió una vez, hace mucho tiempo, «*que se rían todo lo que quieran, que se rían de nosotros, nosotros nos movemos, ellos están parados*». No puede recordar la cara de la chica. Se ha esfumado, como todo lo demás.

Michael advierte el arma que Christian lleva en la mano. Ahora se levanta, rápido, y esta vez la adrenalina le ayuda a mantenerse de pie. Levanta las manos, con las palmas hacia fuera.

—Christian...

—Perdón —dice, y le quita el seguro al revólver.

Luego Christian se pone el arma en la boca, con el cañón apuntando al paladar.

Fuera vuelan las tejas que ha arrancado el viento; caen al suelo, pero no se oye cuando se estrellan.

La luz del rellano está apagada cuando Iris abre la puerta. Aprieto el botón de la lucecilla roja. Un fogonazo y enseguida se enciende la luz en todas las plantas. Christian Västerberg vive en el quinto, el penúltimo piso del bloque de la calle Olshammarsgatan 19.

Iris y Birck sacan la pistola.

—¿Y la tuya? —me pregunta Iris.

—No tengo —digo.

Le llega un mensaje al móvil. Lo lee con la mirada inexpresiva.

—Es de Paul. No saben decir cuál es su estado. Lo están operando de las lesiones. Lo ha enviado hace quince minutos.

—¿Dónde está Goffman? —dice Birck.

—Ha revisado el archivo de Västerberg. Viene de camino. —Se vuelve hacia mí—. No tienes el arma reglament...

La interrumpe un ruido que nos sobrecoge a todos, el corazón me late el doble de rápido. A pesar del rumor constante de la tormenta, el disparo atraviesa los oídos, alto y agudo.

—Un disparo, ni uno más —dice Iris al ver que lo que sigue es silencio, y el silbido de la tormenta al otro lado de la puerta—. Eso puede significar cualquier cosa.

—Refuerzos —dice Birck—. Necesitam...

—No hay tiempo. Ve tú primero. —Me mira y dice—. Y tú te quedas aquí.

—No.

—No vas armado, Leo —dice Birck—. Espera aquí.

—Voy detrás.

Ninguno protesta, puede que porque no hay tiempo. Los sigo escaleras arriba, una planta tras otra. Llevan los brazos extendidos, las manos aferradas a la empuñadura negra del arma cuyo cañón apunta hacia abajo en diagonal. Vamos pegados a las paredes.

En la tercera planta, oigo un clic a mi espalda y, por un instante, desearía haberme quedado abajo, en el portal.

Alguien ha abierto una puerta allí mismo, a mi lado. Es un hombre joven. Saco la identificación policial y se la planto delante en cuanto abre la puerta.

—Chist —digo—. Policía.

—¿Qué...?

—Llama a la policía. Di que alguien está disparando en Olshammarsgatan 19. Diles que envíen ambulancias. Y no salgas de casa.

Birck e Iris van unos pasos por delante. Me apresuro para alcanzarlos. Tengo miedo, por primera vez en mucho tiempo. Detrás de mí, el joven cierra la puerta. Espero que llame a la policía. O puede que la primera llamada sea a los medios de comunicación.

Enseguida llegamos al pie del tramo de escaleras que conduce a la quinta planta. Desde aquí vemos las puertas de las tres viviendas, una a la izquierda, al final de la escalera, otra enfrente y otra a la derecha.

—Creo que su piso es el de enfrente —digo—. ¿No dice Västerberg en la puerta?

—No lo sé —dice Birck aguzando la vista—. Puede. Para verlo tenemos que acercarnos.

—Sí, pone Västerberg —dice Iris.

Nos mantenemos pegados a la pared el último tramo de subida, la ropa va haciendo ruido al arrastrarse sobre la superficie rugosa. Examino el suelo, y allí está. Le doy a Birck un toque en el hombro y le señalo.

Una gota, más pequeña que una moneda, una gota de sangre.

Iris sortea la puerta y se coloca a un lado, Birck y yo, en el otro. La luz del rellano parpadea, hace que todos nos quedemos parados, conteniendo la respiración. Noto otra vez el olor de la colonia de Birck. En el interior del piso no se oye ningún ruido, pero quizá los ahoga el fragor y el rugido de Edith.

Birck señala el picaporte y le hace un gesto a Iris. Ella lo coge despacio y lo baja. Cerrado con llave. Retira la mano rápidamente.

Mierda.

—Christian —dice Iris en voz alta—. Christian, ¿me oyes?

Silencio.

—Christian, me llamo Iris, soy policía. Tengo conmigo a dos colegas. Se llaman Leo y Gabriel. Queríamos hablar contigo, ¿puedes abrir la puerta?

Me sorprende lo neutra que le suena la voz, casi cálida. Como una hermana mayor, firme pero considerada.

—Christian —dice Iris otra vez.

—Christian está muerto —se oye una voz de hombre al otro lado. Suena brumosa y sorda, como si el propietario estuviera resfriado. Y muy cerca de la puerta—. Pero no he sido yo. Lo ha hecho él.

—Comprendo —dice Iris mirando a Birck. Tiene los nudillos blancos alrededor del arma—. No pasa nada. ¿Tú cómo te llamas?

No hay respuesta.

—¿Puedes decirme cómo te llamas? —repite—. ¿Estás seguro de que está muerto? Puede que...

A través de la puerta se oye reír al hombre. Es una risa sin contenido, no conlleva nada.

—Pues claro que estoy seguro. Se ha pegado un tiro en la cabeza.

—¿Puedes abrir la puerta?

Lo único que se oye es la respiración. Luego:

—Sí.

—Queremos hablar contigo y ver cómo está Christian. Solo eso. ¿De acuerdo?

—Está muerto, ya os lo he dicho.

—Queremos hablar contigo —repite Iris.

—¿Podéis ponerlos delante de la puerta? Quiero verlos.

—Sintiéndolo mucho, no podemos hacer eso. Nos verás cuando abras la puerta.

—¿Vais armados?

—Sí. Pero no vamos a utilizar las armas. Es solo que tenemos que llevarlas, ¿comprendes?

—Sí.

—¿Nos abres?

—Voy a abrir.

Iris baja la vista hacia el picaporte. Se oye el pestillo al girar. La puerta se abre despacio hacia fuera. No sé qué pasa, estoy detrás de Birck, que da un paso adelante cuando la puerta se desliza.

—Mierda —dice Iris entre dientes.

Cambia de posición, y es rapidísima, me sorprende. A pesar de todo, es demasiado lenta.

Un disparo suena desde dentro del piso e Iris lanza un grito al mismo tiempo que la pared que tiene detrás queda salpicada de rojo.

Iris se agarra el brazo. El arma lacada de negro se le cae de las manos al suelo reluciente del rellano de la escalera. Luego la arrastran al interior de la vivienda.

Yo rodeo la puerta y paso al otro lado, donde Iris se encontraba hace un momento. Al pasar, veo que Iris tiene un brazo alrededor del cuello y que la arrastran al interior del piso. El brazo pertenece a un hombre, pero Iris lo tapa, no puedo verle los rasgos. Va vestido de negro, parece que le sangra la cabeza, y el brazo es rudo. Más allá de la entrada se atisba un salón y, en el suelo, un cuerpo sin vida. ¿Christian Västerberg? ¿O será él el que tiene a Iris?

Y entonces caigo.

Ni siquiera sé qué aspecto tiene Västerberg.

Como estoy pegado a la pared, me mancho con la salpicadura de la sangre de Iris, se me impregna la ropa.

—Cógela —dice Birck entre dientes al tiempo que levanta el percutor.

Tengo a mis pies el arma de Iris. Trago saliva y me agacho, la cojo, la sopeso en la mano. El corazón se me acelera tanto que me mareo. Es una P226-357. Madre mía. Podría destrozarse un coche con ella.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Birck.

—Sí.

—Pues el percutor, coño.

Contengo la respiración mientras dejo que la corredera empuje el proyectil hasta la recámara, oigo el clic cuando se coloca. Me noto la espalda caliente, ardiendo.

—Goffman está en camino —digo—. ¿Esperamos? Tenemos que comunicar que puede que tengamos a un rehén retenido.

—¿Esperar? Y una mierda. —Birck se asoma por el canto de la puerta y echa un vistazo al interior del apartamento—. No lo veo. ¿Y tú?

Cierro los puños alrededor del arma, me martillean las sienes. En los límites de mi campo de visión va surgiendo un marco negro. Visión tubular. Parpadeo una y otra vez, tengo que controlar la respiración.

La luz del recibidor está apagada. El cadáver yace inerte en el suelo del salón. Alrededor de la cabeza se ha formado un charco de sangre. No respira.

—No —consigo articular—. No sé dónde está.

Al final del pasillo, el piso se bifurca en forma de T, con el salón al fondo, una habitación a la derecha y otra a la izquierda. La ventana del salón no refleja ninguna silueta, salvo la mía, que se entrevé en el umbral. No sé si las habitaciones tienen puertas, ni cuántas balas le quedan. Si Sam se las arreglaría en el caso de que me ocurriera algo ahora.

—Tú primero —dice Birck.

Tengo un pie en la entrada. Sobre la cabeza adivino la sombra de una lámpara. Veo con el rabillo del ojo la mano izquierda de Birck, que busca el interruptor. Lo encuentra, se oye el clic.

La luz es fuerte y clara. Hay chaquetones colgados en las perchas y, en el estante de los sombreros, una bandera de Suecia primorosamente doblada. La alfombra está arrugada hacia dentro, quizá se haya doblado mientras él tiraba de Iris.

Mantengo la vista al frente, evitando bajarla y mirar el arma que llevo entre las manos.

Voy siguiendo la pared derecha del pasillo, Birck avanza pegado a la izquierda. Hurga en los bolsillos de los chaquetones, busca algo. Al final, encuentra el documento de identidad. Christian Västerberg mira muy serio a la cámara. Tiene la cara definida y los rasgos marcados, simétricos, y pertenece al cadáver que tenemos delante. Atino a preguntarme qué estaría pensando cuando le hicieron la foto.

La tele que hay en el rincón del salón está encendida. Están poniendo *Cita en San Luis*.

—*Did he come yet?* —pregunta la niña—. *I've been waiting such a long time, and I haven't seen a thing.*

—*Did who come?* —pregunta Judy Garland.

—*Santa Claus* —responde la niña con los ojos muy abiertos.

El diálogo de la película se entremezcla con el susurro de la tormenta, se convierte en una alfombra sonora de fondo. Los cristales de la ventana tiemblan tintineando, como si fueran a ceder en cualquier momento.

Giro a la derecha, doblo la esquina con el arma por delante. Me noto las mejillas encendidas, ardientes. La empuñadura de la P226 se ha vuelto resbaladiza entre mis manos. No puedo poner el dedo en el gatillo, no me atrevo.

La puerta de la cocina está abierta. Un candelabro de adviento brilla en el alféizar de la ventana. En el frigorífico hay tarjetas navideñas y fotografías, eso es todo.

—Leo —dice Birck bajito a mi espalda.

Giro la cabeza. Birck está exactamente igual que yo, pero hacia el otro lado, apuntando a otra puerta abierta. Atisbo los pies de una cama, una colcha. Ahí dentro la luz no está encendida.

Birck recorre con la mirada el suelo, donde se ven salpicaduras de sangre. Conducen al dormitorio. En su interior se oyen jadeos y gruñidos.

La luz parpadea una vez, dos veces. Me esfuerzo por fijar la vista.

—Estamos aquí —dice Birck—. Estamos delante de la puerta del dormitorio. No quiero que te lleves una sorpresa. Vamos a entrar.

Detrás de nosotros, la ventana del salón se quiebra con una ruidosa cascada de cristales, como si se hubiera caído al suelo la vajilla.

—¿Me oyes? —dice Birck, más alto.

No hay respuesta. Birck me mira. Tiene la mirada fría, serena. El cañón de la P226 ha empezado a temblarme entre las manos. No puedo relajar los brazos. Me duelen los hombros. Es como si el arma destilara un veneno que se me estuviera extendiendo por todo el cuerpo.

Pestaño y me viene la imagen de Waltersson, tumbado en el puerto de Visby, llevándose la mano al cuello después de que yo le haya disparado. No era eso lo que debería haber sucedido, pienso. Yo no debería haber estado allí entonces, ni tampoco debería estar aquí ahora. No debería salir vivo de aquí.

En el dormitorio. Tanteo la pared con la mano en busca del interruptor.

—Voy a encender la luz —digo—. ¿Vale?

Ninguna reacción. Parece que no me oye.

—Voy a encender la luz —repito—. Pero antes quiero comprobar que has entendido lo que acabo de decirte. No quiero que te lleves ninguna sorpresa, ¿vale?

Enciendo la luz y por fin podemos verlo.

Podría ser él, el enmascarado que vimos en las cámaras de vigilancia de la Estación Central. El hombre que, posiblemente, le había quitado la vida al líder de un partido político. El hombre que gritó «traidor». No estoy seguro.

Varios cuadros, unos armarios y una estantería cubren las paredes. En un rincón, un escritorio y una silla. La cama de un cuerpo está en el centro de la habitación, hecha y lisa. Al otro lado de la cama está él con Iris delante, como si fuera un escudo. La tiene agarrada por el cuello con el brazo izquierdo, con la mano a la altura del hombro. La está agarrando tan fuerte que apenas puede respirar. En la mano derecha tiene un revólver, cuyo cañón pasa continuamente de apuntar a Birck a apuntarme a mí. De una herida que tiene en la frente mana un hilillo de sangre que baja por la ceja y sigue la forma de la mejilla.

—Tranquilidad —dice Birck, ni se sabe a quién.

Iris tiene el brazo derecho colgando. Puedo ver el agujero de entrada de la bala en el abrigo, casi negro. Respira con jadeos entrecortados. Igual que el hombre que la retiene. Es más baja que él, y le aplasta la cabeza contra el hombro. Ella se mueve todo el rato, trata de liberarse. Iris cierra el puño de la mano izquierda y da tirones con el brazo, le clava el codo tan fuerte como puede en algún punto a la altura de las costillas; él se tambalea y suelta un lamento.

—Quieta —dice entre dientes—. Estate quieta, puta imbécil. —Y le pone la pistola en la sien—. Y vosotros también, estaos quietos.

—Vale —dice Birck—. Nos quedamos quietos. ¿Nos cuentas lo que ha pasado?

Niega con un movimiento rígido de cabeza a derecha e izquierda. El revólver se ve firme ahora en la mano, ya no se mueve, sino que está dirigido a un punto invisible entre Birck y yo.

—¿Podrías...?

—Cierra el pico. Cállate de una vez.

Agarra a Iris con más fuerza. Ella levanta el brazo sano, pone la mano alrededor de la muñeca de él y tira para poder tomar aire.

—Cuéntame qué ha pasado —repite Birck—. Con Christian. ¿Por qué está ahí muerto?

—Era un puto traidor.

—¿Y por eso lo has hecho? —digo.

Se pone rígido, pasa de la expresión ceñuda al asombro. Luego dirige el revólver hacia mí. Contengo la respiración.

—No he sido yo. Ha sido él. Se ha pegado un tiro.

—¿Y por qué se ha pegado un tiro? —dice Birck.

—Que te calles —grita, y apunta a Birck.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Cómo has pensado poner fin a esta situación?

—Largaos de aquí.

—Eso no puede ser, lo siento —digo despacio—. En todo caso, tendríamos que llevarnos a Iris.

Él niega moviendo la cabeza indignado.

—Claro que sí —dice Birck—. Suelta a Iris, deja que venga con nosotros. Y nos iremos. Te lo prometo.

—Si lo hago, me dispararéis.

—No, no vamos a disparar.

Nos observa como sopesando cuál de nosotros es el más débil, quién dudaría más antes de dispararle, para así tener el mayor número de probabilidades de salir de allí.

—No vamos a... —digo, pero no me da tiempo a más.

Iris dobla el cuello hacia arriba, hacia atrás, pega la cabeza al hombro. Tiene la boca a la altura del cuello. Veo asomar los dientes. En un abrir y cerrar de ojos, se los clava en el lóbulo de la oreja.

Él jadea y aguanta el tipo sin apartar la vista de nosotros, con el arma aún apuntándonos. El color de la cara le va cambiando de blanco nieve a rojo intenso, y se esfuerza por respirar a pesar del dolor.

A Iris le chorrea la sangre por la boca, la barbilla y el cuello.

Él parece calmarse, baja la vista y ajusta bien el brazo alrededor de Iris. Luego, cierra el puño de la mano izquierda y lo estampa contra el agujero que hay en el abrigo de Iris. Golpea una vez, con el puño cerrado, empieza a apretar en la herida. El cuerpo de Iris se estremece como si lo atravesara una descarga eléctrica, y respira entre dientes. Él vuelve a golpear. Iris lanza un gemido, más alto.

La tercera vez, pierde el control. Abre la boca y le suelta la oreja. Escupe. Cae al suelo un amasijo de sangre y piel.

Y entonces, Iris deja escapar un grito.

—**A**trás —dice entre dientes—. Atrás y saliendo.

—¿Qué vas a hacer? —dice Birck.

—Atrás.

—Retrocedemos si nos dices qué vas a hacer. No queremos que se produzca ningún suceso inesperado.

—Voy a salir.

—¿Del apartamento?

—Sí.

—¿Con este tiempo? —dice Birck, con voz insegura—. Piénsatelo.

—Atrás —grita; y lo salpica todo de saliva.

Preso de aquel brazo sigue Iris, aunque más relajada. Ha dejado de gritar, parece debilitada y apoya la cabeza en el hombro. Se le pega en el pelo la sangre de la oreja.

Damos un paso atrás, él da tres pasos adelante. Rodea la cama. Enseguida estamos tan cerca que puedo verle el color de los ojos. Birck y yo vamos retrocediendo paso a paso, hasta que llegamos al salón, a la altura del cuerpo sin vida de Christian Västerberg. El pecho y el halo de sangre que le rodea la cabeza se ven cubiertos de cristales de la ventana que ha roto el viento.

Casi puedo sentirlo, puedo sentir cómo el hombre que tenemos delante se obliga a evitarlo, se esfuerza por no ver el cadáver por última vez.

—De espaldas a la tele —masculla—. De espaldas a la tele.

Retrocedo, piso los cristales. Por la ventana rota entran unas ráfagas de viento tan frías que queman. Tengo calambres en los brazos. Él avanza despacio, paso a paso, empujando a Iris por delante. Va alternando y apuntándonos a Birck y a mí, a mí y a Birck.

—¿Cómo habéis venido? —pregunta—. ¿Cómo habéis venido? —repite más alto al ver que nadie responde.

La razón de ese silencio es que, en realidad, no deberíamos mentirle, pero preferiríamos no decirle la verdad. El hecho de que hayamos venido en coche, en el coche de Iris, le proporciona, de hecho, una salida. Infunde esperanza; y la esperanza es peligrosísima. Hace que la gente se sienta más desesperada, sea más drástica. Al mismo tiempo, es extremadamente arriesgado no decir la verdad ante un delincuente que tiene un revólver en la mano y un rehén por escudo.

—En coche —dice Birck.

—¿Qué coche es?

—Un Volvo. Matrícula DOS327.

—Dame las llaves. Tíramelas.

—No podemos —digo.

El cañón del revólver apunta otra vez a la sien de Iris.

—Si no me las dais, la mato.

Busco la mirada de Iris.

—Dáselas.

Le brilla la frente de sudor, y tiene el blanco de los ojos inyectado en sangre. Niega con la cabeza.

Él aprieta más todavía y vuelve a poner la mano en el agujero del abrigo. Busca con el pulgar el agujero de bala en la tela. El dedo desaparece dentro.

Iris contiene la respiración con un ruido ronco y rasposo, tiene la boca abierta y los ojos desorbitados, como de asombro, y busca el brazo con la mano izquierda. Cuando por fin lo agarra, es incapaz de apartarlo y lo único que puede hacer es tratar de controlar la respiración, como si estuviera combatiendo un ataque de asma.

—Dámelas —grita.

Iris desiste, se mete la mano izquierda en el bolsillo del abrigo y saca las llaves del coche. Él las coge y sigue empujándola por detrás.

Se para, parece que aguza el oído. Lo único que se oye es el rumor de la tormenta y el sonido débil de la tele detrás de mí, Judy Garland, que canta *have yourself a merry little Christmas, and let your heart be light...*

En la entrada, la puerta del piso, que da al rellano, está abierta.

—¿Hay alguien en la calle? —dice. Apunta a la sien de Iris—. ¡Reponde! ¿Hay alguien?

—No —digo.

... next year, all our troubles will be out of sight.

Llega a la entrada, de cara a nosotros, retrocediendo. Da un paso, dos, tres. Arrastra consigo a Iris, incapaz de oponer resistencia. Está a un paso del umbral.

En un abrir y cerrar de ojos, ya no está, un segundo después, él aparece detrás de los dos en el vano de la puerta. Los dedos largos y huesudos empuñando un arma lacada en negro, idéntica a la que yo tengo en la mano.

—Michael —dice Goffman apuntándole al cuello—. Por fin nos conocemos.

Se puede apreciar perfectamente cómo en la mirada se esfuma la agudeza y se impone un turbio vacío; cómo la última adrenalina desaparece y el cuerpo se vuelve más dócil. Se acabó. Cuando Goffman, con todo el cuidado del mundo, le quita el revólver de la mano, se lo ve al principio como rendido, pero yo creo que casi siente un gran alivio al verse libre del arma.

Suelta a Iris. Se le doblan las piernas y se cae en el suelo de la entrada. Birck sale corriendo, se arrodilla a su lado. Yo me quedo de pie en medio del montón de cristales, suelto el arma. Al lado del zapato descansa la cabeza de Christian Västerberg. Tiene los labios salpicados de pólvora. La sangre sale del agujero de la nuca.

Goffman lo ha puesto boca abajo en el suelo del rellano, le ha colocado las esposas. Está tranquilo. Parpadea y respira, eso es todo.

Allá lejos, muy lejos, se intuyen las luces azules de la ambulancia que se lleva a Iris al hospital Södersjukhuset. Lo sigo con la mirada desde el asiento del copiloto del coche de Goffman, hasta que desaparecen las luces.

En el asiento trasero va el hombre con las manos y los pies atados, sentado entre Birck y Durelius, un ayudante imperturbable de la policía de la región sur de Estocolmo. Durelius fue el primer agente que se presentó en el lugar de los hechos, a pesar de que llegó a pie desde Rågsved con el tiempo que hace, no es una hazaña menor y bien vale una plaza en el asiento de atrás. Conserva una calma asombrosa, teniendo en cuenta que, seguramente, será la primera vez que va en coche con una persona que haya cometido otro delito que el de hurtar algo en una tienda.

Estamos rodeados de coches de la policía, dos delante y uno detrás, como si lleváramos a un diputado. El sujeto, por su parte, va con la cabeza gacha, la barbilla pegada al pecho, con la boca de la pistola de Birck en las costillas.

—¿Cómo te sientes, Michael? —dice Goffman.

—La oreja... —dice.

—Se te curará bien, ya verás, es solo el lóbulo —dice Goffman—. Si ya ha dejado de sangrar incluso.

—Me duele —dice irritado.

Tiene mala cara, seguramente le irían bien una cama de hospital y un gotero, pero ese tipo de ventajas escasean para quien ha intentado matar al líder de un partido.

—¿De verdad que se lo ha arrancado de un mordisco?

—Sí —dice Birck.

Goffman lleva un traje gris oscuro debajo del abrigo, camisa blanca y corbata negra. El pelo, normalmente limpio y bien peinado, está ahora enmarañado y tieso. La tormenta zarandea el coche sin cesar, una sensación parecida a cuando un avión comienza el descenso para aterrizar. Me siento mareado.

—¿Se sabe algo de cómo está? —digo—. ¿Si va a sobrevivir?

—Todavía lo están operando —dice Goffman, y mira por el retrovisor—. Si sobreviviera, Michael, ¿qué te parecería? ¿Un fracaso?

Se ve que Michael no ha oído la pregunta.

No tendrá que facilitarnos nada, salvo el nombre y el número de identidad. Si dice algo más, tampoco está obligado a decirnos la verdad. No tiene que decir nada. Puede que nunca lleguemos a saber nada, salvo que fue él.

—Keyser —dice Goffman—. Un apellido poco común. ¿Es turc...?

—Holandés. Significa «césar».

Y ya no dice más.

Tarde, esa noche, me siento en el despacho de Birck a ver las noticias de la tele. Todos esperan el informe del hospital Karolinska, pero no dicen nada. Me pregunto qué significará ese silencio.

¿cuándo llegarás a casa?, pregunta Sam.

pronto

me estoy durmiendo

procuraré no despertarte

En internet, en blogs y foros de extrema derecha, son muchos los que apoyan el atentado de Keyser. Los grandes diarios nacionales y las redes sociales publican pantallazos de sus sitios web, aparecen destacados en las noticias de la televisión.

—¿Qué pasa? —dice Birck—. ¿Por qué me miras así?

—Por los pelos —digo—. Podías haber muerto. Delante de la casa de Västerberg, cuando cayó la plancha del tejado.

—Ah, sí. Ya, he tenido suerte.

—Tenías a Iris.

Birck no dice nada, sigue mirando la pantalla. Luego sale del despacho. Yo me quedo sentado. Dan las diez, dan las diez y cuarto. Entonces ofrecen la información del Karolinska: han operado al líder del partido de las heridas sufridas durante el atentado. Al llegar al Karolinska estaba consciente, pero perdió el conocimiento poco antes de que le administraran la anestesia. Perdió sangre antes y durante la operación, pero no tanta como habría podido perder si hubiera tenido peor suerte. Es difícil determinar su estado con exactitud en esta fase, pero el equipo médico que lo ha atendido considera que la operación ha sido un éxito.

Me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración, de que tengo en la mano el tubo de pastillas. Salgo al pasillo para decírselo a Birck, pero no lo encuentro.

—¿Birck? Se ha ido —dice distraído uno de los ayudantes que está viendo la tele en el comedor.

—¿Adónde iba?

—Decía que iba al hospital de Södersjukhuset. —El ayudante suelta una risotada—. Con este temporal. Menudo chiflado.

Todavía sopla el viento al otro lado de la ventana de Chapmansgatan, pero las ráfagas son más débiles en comparación con cómo azotaban ayer cuando llegué a casa.

Ahora es cuando se aprecian claramente los efectos de Edith. La calle ha quedado flanqueada de tejas rotas. Hay una papelera arrumbada algo más allá, a unos cincuenta o sesenta metros de la plataforma de piedra a la que estaba fijada. El viento la ha arrancado. Y ahora veo el coche que está aparcado en la calle, a medio camino entre la plataforma de piedra y la papelera. Tiene el parabrisas roto. La papelera debe de haberse estrellado contra él antes de seguir arrastrada en brazos del viento. Partes de la fachada de la acera de enfrente se han caído y el aislante que ocultaban ha quedado al descubierto.

Vuelvo a la cama, donde dormita Sam. Un hilillo de saliva le corre por la comisura de los labios y forma una mancha minúscula en la sábana. Estaba dormida cuando he llegado a casa y no he querido despertarla.

—Tengo que irme —le susurro.

—Es domingo —dice ella en un murmullo, y se vuelve—. ¿O todavía es sábado?

—No, es domingo. —Le doy un beso en la frente—. Pero en estos momentos no hay un solo policía libre en Estocolmo.

—¿Lo habéis cogido?

—Sí. —Le acaricio el pelo—. Lo hemos cogido.

Sam abre los ojos, parpadea un poco.

—¿Estás bien?

—Ni un rasguño. Por una vez.

—¿Has hablado con tu familia?

—¿Por qué lo dices?

—Para ver si están bien, después de la tormenta y eso.

—Ah, claro. No. Pero los voy a llamar.

Bosteza y me pone la mano en la cara, la pasa por la barba.

—Deberías afeitarte.

—Lo sé.

Me quedo besándola un rato largo antes de levantarme. Parece una obviedad y a lo mejor por eso precisamente le hago la pregunta.

—¿Seguirás aquí cuando vuelva?

Ella se incorpora y se apoya en los codos.

—¿Quieres que siga aquí?

—Sí.

Sonríe vagamente. No creo que haya advertido mi vacilación. No sé si nos va a salir bien, otra vez.

—Pues ya lo verás —dice.

Estoy en mi despacho, después de haberme traído la vieja radio del despacho de mi compañero de pasillo. Están poniendo una canción navideña, una voz solitaria que, en vano, entona *some day son, we all will be together, if the fates allow*.

Tan solo han transcurrido unos minutos desde que Jens Malm, de Resistencia Sueca, se haya abstenido en público de comentar la actuación de Michael Keyser, y no han pasado más de dos horas desde la declaración en la que Demócratas de Suecia anunciaba que el líder del partido se encuentra en buen estado, dadas las circunstancias, y que espera que el sistema judicial sueco siga su curso y que no se derrame sangre ni en su nombre ni en ningún otro. La declaración termina diciendo que el partido desea a Suecia una Navidad en paz y tranquilidad.

La fiesta navideña de la sección empieza dentro de una hora, pero yo no pienso ir. En el comedor ya han empezado con los preliminares. Mis colegas beben cerveza y juegan a «Identifica al malo»: en un proyector, van pasando imágenes de delincuentes, actuales y antiguos, unos más conocidos que otros. El primero que grite el nombre, porque hay que gritar si quieres que te oigan, gana un billete de cien coronas.

Cerca de mi puerta oigo voces, Olausson y alguien más.

—Que se atrevieran a hacerlo —dice Olausson—. Joder, nunca pensé que nadie se atreviera. Y no se ha muerto, menuda suerte ha tenido.

El otro está de acuerdo.

—Pues yo no voto por Demócratas de Suecia —continúa Olausson—, pero tienen mucha razón en parte de lo que dicen, eso hay que reconocerlo. ¿Oíste el discurso que pronunció antes de que lo apuñalaran?

El otro dice que sí, que con la noticia del atentado ha oído partes del discurso.

Pienso en Thomas Heber, el investigador solitario que parece que se enamoró de Lisa Swedberg. A todo el mundo lo echa de menos alguien, y me pregunto qué estarán haciendo ahora los padres de Thomas Heber. Me pregunto si el pequeño John Thyrell estará viendo las noticias y sabrá lo que ha ocurrido. Si él y su familia estaban en casa, en el piso de Döbelnsgatan, mientras Edith lo arrasaba todo a su paso, o si estaban en la calle camino de algún sitio. Por un instante, estoy a punto de coger el auricular y llamarlos para preguntar si el niño está vivo, pero me contengo.

Pienso entonces en las preguntas sin respuesta, en las preguntas que quedan y que siempre quedarán por responder. La mayoría son insignificantes, pero no tienen respuesta y eso es un incordio. Como, por ejemplo, por qué Lisa Swedberg durmió en el sofá en lugar de dormir en la cama, a pesar de que la persona en cuya casa se

alojaba temporalmente vivía fuera. Puede que Birck tuviera razón. Lisa Swedberg prefería el sofá.

Quedan varios agujeros negros y lagunas por el estilo, pero en una investigación policial siempre queda alguno. La historia nunca puede reconstruirse al cien por cien. Así es el pasado. Es una unidad siempre móvil, siempre incompleta.

Me pregunto cómo terminará el *Calendario de Navidad*, cuál será el argumento, en realidad. A lo mejor procuro ver el último capítulo mañana, con Sam.

Llaman a la puerta. Es Charles Levin. Mentor no es la palabra adecuada, pero no se me ocurre otra.

Está demacrado y por eso parece más alto, estirado. En la cabeza, por lo general rapada al cero, asoma una alfombra de pelo de dos o tres días, y las gafas redondas de montura negra están encajadas a medio camino del gancho de la nariz. Tiene un sombrero en la mano y se queda en la puerta, con el grueso abrigo de invierno abierto y la mirada fija en la silla de las visitas.

—¿Vale para sentarse?

—Sí.

Cierra la puerta.

—A duras penas, oye —dice cuando ya se ha sentado—. Esta silla lleva los años peor que yo.

Bajo el volumen de la radio. A lo largo del otoño hemos tenido encuentros esporádicos y breves. He intentado conectar con él por teléfono montones de veces, y las pocas ocasiones en que ha respondido sospecho que ha sido porque no ha comprobado antes quién llamaba. Desde que me reincorporé nos hemos visto aquí y allá, encuentros fugaces por los pasillos y algún saludo en la cantina, cuando salía de la Dirección Nacional de la Policía y tenía algún asunto que atender en nuestras oficinas.

Así es siempre. Interrogantes y ningún contacto, extrañas coincidencias y detalles sueltos, la noticia de que fue Levin quien me colocó en la unidad de Asuntos Internos, y de que lo hizo bajo las amenazas de alguien que está por encima de él, alguien que conoce su pasado. Un pasado que nadie más parece conocer. Grim, que dice que Levin va a visitar a alguien del Sankt Görán. Puede que sí, y puede que no signifique nada. Puede que no.

Y luego, como si nada hubiera pasado, como si todo hubiera sido una red que se me hubiera entretejido en la cabeza, esto. Levin, que llama a la puerta de mi despacho la víspera de Navidad.

—No habrás venido a probar la silla, ¿no?

—No —dice Levin—. No he venido a eso. —Un breve silencio—. Has tenido un primer mes tranquilo, tengo entendido.

—Muy tranquilo —digo—. No ha pasado nada de particular.

Levin suelta una risotada, pero suena forzada. Cambia de postura en la silla, con cuidado. El respaldo cruje un poco.

—Es aterrador —dice luego—. ¿No te parece?

—¿Te refieres a Keyser?

—Sí. Así, a ojos de la gente, parece que los Demócratas de Suecia son un partido inocente. Como si hubieran ido volviéndose, cómo dicen... un partido convencional.

—Es que es lo que son. Acabo de oír a Olausson en el pasillo y hasta él, un puto fiscal, reconoce que hay muchos puntos en los que tienen razón.

—¿Eso ha dicho? ¿Olausson?

—Sí.

—O sea que él también —dice Levin pensativo.

Se hace un silencio.

—Goffman llegó de milagro, según dicen. Tiene tendencia a hacerlo así.

—¿Es que os conocéis?

—Demasiado bien. Ya te lo contaré algún día.

Nos quedamos callados. El ambiente está tenso, demasiado tenso.

—¿Es verdad que hace un tiempo fuiste al Sankt Görán a visitar a una persona?

—pregunto en voz baja.

Levin no parece alterarse al oír la pregunta. Trato de interpretar sus manos, busco señales. Las tiene inmóviles, cruzadas encima de las rodillas.

—Es verdad —dice—. Como sabes, me jubilo esta primavera. Uno tiene que escribir sus memorias después de jubilarse. Me quedan seis meses, así que esto es una especie de salida nula, supongo. No he avanzado tanto. Me pongo con ellas cuando tengo tiempo. La visita que hice al Sankt Görán tiene que ver con una investigación antigua. Un caso que no logré resolver y del que hablaré en el libro. Cada vez se me nubla más la memoria, tenía que comprobar unos datos y fui a visitar a una de las personas implicadas. Es una mujer que está en el Sankt Görán.

Observo la piel que le rodea los ojos, esos músculos pequeños, pequeñísimos, que se tensan cuando una persona está mintiendo. Levin sonrío un poco, como si lo supiera. Puede que por eso esté aquí, me digo. Levin se ha imaginado que Grim no iba a guardarse el secreto. Quiere comprobar qué es lo que sé, y que no voy a hacer nada respecto a ese asunto. Sea cual sea el asunto.

—Y si es así —digo—, ¿por qué era tan importante ocultar la visita?

—Se trata de una investigación de asesinato, o quizá de homicidio. Nunca lo averiguamos, pero está registrada como asesinato y no hace mucho que se eliminó la prescripción. Si se supiera que he visitado a esa persona, correría el riesgo de infundir falsas esperanzas en los familiares, y no quisiera que eso pasara. Y estas cosas siempre acaban filtrándose de una forma o de otra, ya lo sabes.

Podría ser verdad. Suelto una tos.

—¿Dónde vas a celebrar la Navidad, Leo?

—Con Sam, y luego en Salem, ¿por?

—Por curiosidad. —Levin levanta las manos—. Es que me preocupo por ti.

—¿En serio?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que sí.

Levin tiene algo en la mirada..., como si quisiera tocarme o algo así. Me cruzo de brazos. Me siento como un niño y me pregunto si, además, parezco un niño.

—Aunque —continúa Levin— es como si hubiera surgido un abismo entre nosotros desde mayo. Como si ya no pudiéramos hablar. Pero me importa lo que te pase.

—Ese abismo ha surgido por ti —digo, sorprendido—. Tú fuiste el que empezó a evitarme. Sobre todo desde que reconociste tu implicación en lo de Gotland. De la que, por cierto, te libraste sin muchas complicaciones. Con una puta nota, vamos. ¿Te parece respetuoso? Joder, podrías habérmelo dicho.

—Comprendo que estés enfadado, Leo, y yo...

—No estoy enfadado, estoy cabreadísimo.

—Siento mucho que las cosas fueran como fueron, pero me vi obligado. Y no puedo contarte lo que quieres saber y lo que querías preguntarme cuando llamabas.

—¿Quién te obligó? ¿Qué es lo que saben de ti?

Levin sonríe, con una sonrisa débil y sin alegría.

—No puedo responder a esa pregunta.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Aquella nota de Levin manuscrita, con una letra tan elegante y estilizada que al lector casi le pasa inadvertido lo agoreras y terribles que son sus palabras. La he leído tantas veces que me la sé de memoria.

Me alegro de estar aquí y oírte respirar. Oír que estás vivo, exactamente igual que yo después de los sucesos de Gotland. Sucesos que, como quiera que se miren, conducen hasta mí, no hasta ti.

Me llegó un memorándum. En él me daban instrucciones de que te colocara en nuestra unidad: alguien a quien poder exigir responsabilidades si fuera necesario. Habían hecho una búsqueda y consideraron que eras buen candidato. Todo era hipotético, «si y solo si» y «en el peor de los casos» y «por si se daba la eventualidad de que alguna de nuestras operaciones nos comprometiera».

Me llegó de arriba, de esos paranoides, y no tenía otra opción. Me amenazaron con filtrar información de mi pasado. Todavía me amenazan. No puedo decirte más. Por ahora.

Perdóname, Leo.

Charles.

—Y el memorándum —digo—. ¿Puedo verlo, por lo menos?

—No te hagas el tonto, Leo. Como todos los memorandos importantes, hace ya mucho que se destruyó.

—¿Quién lo destruyó?

—Yo, naturalmente.

Abro la boca, pero no sucede nada. Lo único que sale es aire, y silencio. Es inútil, y lo sé.

Levin se levanta despacio de la silla y saca del bolsillo interior un sobre fino de color marrón, lo deja en la mesa.

—En realidad, lo único que quería era desearte feliz Navidad y darte un regalo. Espero que te guste. A mí me pareció de lo más acertado la primera vez que lo leí.

Cojo el sobre, lo tanteo.

—¿Qué es?

—Es el único ejemplar que existe, que yo sepa. —Se pone el sombrero—. Lo siento, pero tengo que irme. Voy a cenar con un buen amigo en el restaurante Operakällaren.

—Vale.

—¿Has pedido algún regalo por Navidad?

—Una cafetera. ¿Y tú?

¿Debería haberle comprado un regalo? ¿Esperaba que le hiciera un regalo? ¿Y qué podía comprarle? Si hubiera existido algún tipo de suero de la verdad, creo que me habría lanzado y habría intentado hacer que se lo tomara.

—Yo ya no pido nada. —Lo dice sin pena, pero también sin alivio, y pone la mano en el picaporte—. Espero que te regalen la cafetera. Uno vale lo que vale el café que hace. —Duda un instante—. Y tú y Sam..., antes la has nombrado. ¿Estáis...? ¿Estáis bien?

—Sí —digo.

Levin sonrío sin ganas.

—Se te nota. Es como si hubieras encontrado tu sitio.

Yo creo que tiene razón, pero no digo nada.

—Feliz Navidad, Leo.

—Feliz Navidad.

Mi mentor abre la puerta, sale y se esfuma. A saber cuánto tardaremos en volver a vernos. El sonido de los preparativos de la fiesta aumenta y luego se va atenuando.

Abro el sobre. Contiene un libro viejo y delgado, de no más de treinta páginas, obra de un tal L. P. Carlsson, publicado en 1901. La cubierta es de color beis y está muy desgastada, y lleva el título impreso en negro. *El agente caído*. Lo leo de principio a fin allí mismo, en mi despacho.

Luego lo guardo, cierro la puerta con llave y saco del bolsillo el tubo de Halcion.

A pesar de que el país se halla inmerso en un profundo sopor, voy caminando inquieto. Es la noche de Navidad y son las seis y media de la tarde. Dejo Salem, su barrio (donde viven sus padres), tras pasar con ellos su Navidad, me dirijo a la estación del tren de cercanías de Rönninge. Solo durante breves instantes a lo largo del día me he sentido unido a algo más grande, algo que comparten todos en las demás casas y en las demás salas de estar. El resto del tiempo me he sentido extrañamente solo.

esta noche duermo con mi madre, escribe Sam en un mensaje.

¿nos vemos mañana?, le respondo mientras espero el tren.

vale, contesta ella, y unos segundos después: *te quiero*.

Aquellas palabras me hacen contener la respiración mientras espero el tren en el andén desierto.

Todo está en silencio.

De Salem voy al lugar que seguramente me corresponde. No sé qué voy a hacer aquí, pero sé que lo hago por mí más que por ninguna otra persona.

—Feliz Navidad, Leo.

Me desabrocho el abrigo, me instalo en la silla de siempre y no sé lo que siento. Rabia, tal vez, por no poder mantenerme alejado. O tal vez alivio al verme allí por fin, al no tener que fingir que soy lo que no soy. Dejo el móvil, su regalo, encima de la mesa, entre los dos.

—Feliz Navidad, Grim.

Agradecimientos

A la editorial Piratförlaget, gracias por vuestro apoyo y por creer en mí y en Leo. Sin vosotros, este relato no habría pasado de ser una idea. Mi agradecimiento en particular a Sofia, que es mi editora y es extraordinaria, y a Anna, esa correctora maravillosa. Siempre estáis de parte del relato, hasta el final.

Gracias, Marina, Anna, Marc y todos los demás integrantes de Pontas Agency, que han contribuido a que mis relatos lleguen a más lectores de los que nunca me atreví a imaginar.

Gracias, Leif, por la buena compañía, las buenas ideas y, tanto o más porque, cuando más lo necesitaba, te tomaste el tiempo necesario para leer *El agente caído*, y me dijiste que te parecía que era buena y también lo que se podía mejorar. Coincidí contigo en todo (o casi).

Gracias también a Gösta, Astri y Christine.

Gracias a mi madre, a mi padre y a mi hermano, y gracias a Karl, Martin y Tobias. Y gracias, Mela, por ser tan juiciosa y perspicaz en lo ínfimo y lo sublime y en todo lo demás, y gracias por tu sentido del humor, tu comprensión, tu cariño y tu amor. Sin ti no solo habría sido peor escritor, sino también peor persona. Te quiero.

Christoffer
Bajo el primer sol estival
en Hagsätra, 2014



CHRISTOFFER CARLSSON, nacido 1986 en Halmstad, es un escritor sueco. En 2014 se doctoró en criminología en la Universidad de Estocolmo. Imparte clases de criminología en la universidad.

El agente caído es la segunda novela de la serie protagonizada por el policía Leo Junker. Con la anterior, *El hombre invisible de Salem*, obtuvo en 2013 el premio a la mejor obra del año de la Academia Sueca de Escritores de Novela Negra, convirtiéndose en el ganador más joven de la historia de este prestigioso galardón. *El agente caído* fue seleccionada como una de las mejores novelas suecas de 2014 por el periódico *Kvällsposten*.